Comprender Portugal

Carlos Taibo

Comprender Portugal

Carlos Taibo

Carlos Taibo

Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de libros sobre la Europa central y oriental contemporánea, la globalización, el decrecimiento o los movimientos de resistencia, no es ésta su primera aproximación al mundo portugués. En relación con éste ha publicado Parecia não pisar o chão. Treze ensaios sobre as vidas de Fernando Pessoa (Através, 2010; versión castellana, C omo si no pisase el suelo , Trotta, 2011), Galego, português, galego-português? , junto con Arturo de Nieves (Através, 2013), y una traducción ficticia, al gallego, de la Poesia de Fernando Pessoa (Los Libros de la Catarata, 2014).

Carlos Taibo

Comprender Portugal

PRIM ERA EDICIÓN: FEBRERO DE 2015

SEGUNDA EDICIÓN: ABRIL DE 2018

DiseñO de cubierta: CARLOS DEL GIUDICE

© Carlos Taibo, 2018

© Los libros de la Catarata, 2018

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

Fax. 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

Comprender Portugal

ISBN: 978-84-9097-438-4

E-ISBN: 978-84-9097-619-7

DEPÓSITO LEGAL: M-9.127-2018

IBIC: HB/1dsp

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente pos ible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir p artes, se haga constar el título y la autoría.

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Au toría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto. Siempre habrá de constar el nombre del autor.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términ os de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo se podrán alterar con el permiso expreso del autor. Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonComm ercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http:// creativecommons.org/ licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta.

Prólogo a la segunda edición

El primer sorprendido de que la edición inicial de esta obra se haya agotado soy, con toda evidencia, yo. El segundo, con certeza, no es otro que el editor, quien a buen seguro asumió la tarea correspondiente antes con el propósito de dar satisfacción de un capricho de quien escribe estas líneas que con la firme convicción de que el producto correspondiente tuviese una salida comercial razonable. Bien es verdad que lo que ahora celebran editor y autor tiene un relieve limitado: que haya que describir como un éxito el hecho de que se venda un millar de ejemplares de un ensayo en un país que cuenta con 46 millones de habitantes no deja de ser un retrato cabal de dónde estamos, y ello por mucho que sea cierto que esta obra a duras penas se ha beneficiado de reseñas y críticas en los medios de incomunicación al uso. Su única, o casi única, tarjeta de presentación ha sido —parece— el boca a boca.

La reedición de este libro es, para mí, una noticia inesperada por cuanto el trabajo que el lector tiene entre sus manos es, antes que nada, y tal y como acabo de sugerir, el producto de un capricho. A diferencia de otros de mis textos, cuya gestación puede vincularse con las querencias de un movimiento social o con los avatares de un debate público de mayor o menor

enjundia, en el caso de Comprender Portugal no me qu eda más remedio que reconocer que asumí la tarea de la escritura en virtud de un impulso fácil de describir: me apetecía hincarle el diente a la condición de un país que siemp re he sentido cercano, por no decir que mío, y que me ha hecho disfrutar de momentos —paisajes, conversaciones, lecturas— muy agradables. Hablo de un libro que, por lo demás, a diferencia de otros muchos que he entregado a la imprenta, fue creciendo sin un plan premeditado y, tal vez por ello, acabó por exhibir un carácter erudito que con certeza no estaba en mi intención. Y es que, subterráneamente, partí, antes bien, de la certificación de que faltaba, y en los hechos creo que sigue faltando, un manual de divulgación que dé cuenta de lo que ha sido y es Portugal.

No sé si rendirme a la conclusión de que, no sin paradoja, la propia condición erudita del texto ha venido a beneficiar su difusión, respaldada por un tipo de lector que pide algo más que un trabajo introductorio que delinee, de manera inevitablemente superficial, un puñado de datos generales. Aunque lo anterior algo pueda tener de verdad, no me resisto, sin embargo, a poner aquí por escrito un argumento que, en relación con esta obra, he esgrimido en alguno de los más bien escasos actos de presentación de Comprender Portugal . El argumento en cuestión subraya que cuando viajamos a un país exótico —China, la India o Etiopía—, y permita el lector que eluda los tópicos vinculados con el adjetivo correspondiente, lo normal es que nos pertrechemo s con lecturas varias que nos permitan acercarnos a la historia, la geografía, la cultura, la literatura o la economía del lugar en cuestión. No actuamos de la misma manera, en cambio, cuando viajamos a Italia, a Francia, a Alemania, a Inglaterra o a… Portugal. En parte —intuyo— porque suponemos qu e tenemos un conocimiento certero en lo que hace a la realidad de esos países, y en parte porque damos por descontado que esa realidad es suficientemente próxima a la nuestra como para no reclamar ningún esfuerzo mayor de acercamiento y comprensión. Me parece a mí que no es esta una conducta muy razonable —las ignorancias y los preconceptos son más comunes de lo que una primera percepción sugiere— y que, al cabo, una de las explicaciones de por qué este libro ha salido adelante es la que recuerda que muchos de sus lectores han preferido sortear las presunciones que me ocupan. O han interpretado, en su caso, con criterio muy respetable, que Portugal es también un país exótico.

Confesaré, de cualquier modo, que, más allá de la discutible utilidad práctica de este libro, lo que me guió en la tarea de escribirlo no fue el mismo proceso mental-emocional que me condujo, años atrás, a publicar un volumen de ensayos sobre la vida, sobre las vidas, de Fernando Pessoa. Si en el caso del trabajo sobre el poeta lisboeta lo que estaba por detrás era una difícilmente describible atracción —igual es preferible hablar de fascinación — por la peripecia vital del triste oficinista que paseaba por las calles de la Baixa, en el del libro que hoy reencamino hay, a tono con lo que ya he señalado, un impulso más racional y utilitario que no acierta a ocultar, sin embargo, la irrefrenable atracción, de nuevo, que suscita en mí su objeto. Alguien se atrevió a sugerir en su momento que este libro es demasiado frío y que, de resultas, no delata un amor visible por Portugal. Me veo obligado a disentir: una cosa es que uno se reserve el derecho a señalar, con ojo crítico, lo que no le gusta y otra que de lo anterior se derive la conclusión, a mi entender fácilmente desmontable de la mano de una rápida ojeada a estas

páginas, de que su autor no siente un irrefrenable y saudoso cariño por el país que es su objeto. Una cosa es que uno haya buscado, de manera no necesariamente premeditada, el lado oscuro de la literatura portuguesa y otra muy diferente que de ello se deduzca que no se ha dejado llevar tantas veces por el placer que proporciona la lectura de Almeida Garrett, de Júlio Dinis o de Natália Correia. No está de más que agregue, por cierto, que más de uno de mis amigos portugueses estima que sobrevaloro los conocimientos que, en materia de literatura, asisten a sus compatriotas adolescentes.

Permítaseme que asuma, y voy acabando, un comentario coyuntural. En algún momento del libro me atreví a sugerir que pareciera como si España y Portugal llevasen el pie cambiado, en lo que respecta a las percepciones recíprocas, en el seno de la Unión Europea. Si, cuando se hizo valer el supuesto “milagro español”, pocos fueron quienes en Portugal se percataron de las ficciones correspondientes, hoy asistimos a una réplica de la mano de tantos españoles que abrazan sin dudarlo el mito —creo que de tal se trata— de que el país vecino ha encontrado un originalísimo antídoto frente a las miserias de la deuda y de los rescates. Debo confesar al respecto de ese mito —por eso lo califico de tal— mi más absoluto escepticismo, que bebe tanto de la certificación de que son muchos los problemas que oculta —léanse al respecto los numerosos y bien fundamentados textos que, sobre desigualdades sociales o agresiones medioambientales, se publican en www.jornalmapa.pt o en guilhotina.info— como de la constancia de que quien a estas alturas piense que las tasas de crecimiento ilustran un futuro mejor debe empezar a revisar la cordura de algunas de sus percepciones. Si tengo que anotar el argumento en otra clave, diré que el renacimiento, en los últimos meses, y bien es verdad que a menudo acompañado de un deje de ironía, de las tres efes que quisieron retratar la dictadura de Salazar —la del fado que se revelaría a través de un épico triunfo en Eurovisión, la del fútbol que adquiriría carta de naturaleza merced a la Eurocopa ganada por Portugal en 2016 y la de esa Fátima visitada una vez más por un papa— no anuncia nada bueno.

Ahora sí termino. Y lo hago para recordar que en esta nueva edición poco más he hecho que corregir algunos de los errores detectados en la primera. A tono con las observaciones incluidas en el párrafo anterior, y habida cuenta de mi escepticismo con respecto a lo que puedan significar la presunta bonanza económica portuguesa o el triunfo, recién mentado, de la selección nacional de fútbol en París en 2016, me he inclinado por mantener los argumentos expresados en el texto primigenio. He agregado a este, eso sí, un breve epílogo en el que pretendo explicar por qué Portugal tiene una muy apreciable capacidad de atracción para muchas gentes sensatas. Y he preferido resistirme, con éxito, a la dura presión psicológica ejercida por el editor de Catarata, Javier Senén, quien, madridista enfervorizado —permítaseme esta redundancia—, ha porfiado en que corrigiese mis opiniones, a su entender nada objetivas, sobre las figuras de Cristiano Ronaldo y José Mourinho. Hace unos pocos días que, en un bar madrileño, y al amparo del previsible cambio de percepción que, al calor de la condición de esas dos emblemáticas figuras, el español de a pie estaría experimentando en relación con los amigos portugueses, un paisano, dramáticamente perdido el norte, no dudó en glosar la chulería congénita de estos últimos. Qué tiempos aquellos en los que los portugueses se nos antojaban personas corteses y educadas hasta la extenuación.

CARLOS TAIBO

Febrero de 2018

Prólogo A LA PRIMERA EDICIÓN

Como casi siempre me ocurre, me han asaltado muchas dudas en lo que se refiere al título que debía corresponder a este libro. Aunque durante un tiempo me incliné por un escueto Portugal , al final se impuso la consideración de que algo más había que incorporar a ese título. Confesaré, aun así, que no estoy muy satisfecho con eso de Comprender Portugal : si, por un lado, el proyecto se antoja demasiado ambicioso, por el otro el lector inquisitivo se preguntará qué es lo que, al cabo, hay que comprender en el país objeto de atención en estas páginas.

No soy un desentrañador de misterios y, aunque lo fuera, en este libro no me intereso ni por la autoría y el significado de los paneles de São Vicente de Fora, ni por la presunta falsedad de las cartas de Mariana Alcoforado, ni por los muchos lugares esotéricos que jalonan la geografía portuguesa [1] . Hablando en propiedad, sólo de manera tangencial, y a buen seguro que poco afortunada, me acerco a las grandes disputas que rodean a Portugal, a su deriva histórica y a su congoja contemporánea. El lector en ellas interesado bien hará en bucear en los escritos de Alexandre Herculano, de Oliveira Martins o de Antero de Quental, como bien hará en leer con detenimiento libros como Portugal: razão e mistério, de António Quadros, y O labirinto da saudade , de Eduardo Lourenço [2] . Tres son las razones que en este prólogo aconseja n abrir un hueco, sin embargo, a la consideración de las di sputas en cuestión: si la primera señala que las materias por las que se interesan todos los textos mencionados a duras penas se asoman a este libro —o lo hacen, en el mejor de los casos, de manera instrumental—, la segunda recuerda que las polémicas portuguesas al respecto están más

vivas que las españolas, algo que con certeza guarda estrecha relación con la todavía caliente desaparición del imperio colonial, y la tercera refiere que son muchos los extranjeros que se han hecho eco de la dificultad de entender Portugal, a lo que se sumaría un “exceso mítico de interpretación” autóctono [3] .

Para sondear el “enigma portugués” del que habló Cunha Leão no hay mejor guía que el libro, recién mencionado, de Eduardo Lourenço, que al cabo nos habla de un país extraño, sin mayores problemas de identidad nacional, pero inmerso en una permanente y ensimismada reflexión sobre su historia, sobre sus grandezas y sobre su irrefrenable decadencia, todo ello al amparo de una razón marcada ante todo por el “haber sido” [4] . Lourenço ha tenido a bien subrayar que la mayoría de las historias de Portugal son “robinsonadas”, en la medida en que cuentan las aventuras de un héroe aislado que habita, sin disfrutar de interlocutores externos, un universo previamente desierto. De ahí, agrega el propio Lourenço, el llamativo peso de los monólogos en la literatura portuguesa, y la debilidad, en cambio, del teatro y de la novela [5] . Una de las secuelas de esta trama es el asentamiento de instancias en las que se dan cita tensiones muy dispares. Ahí está, para testimoniarlo, el texto por antonomasia de la literatura portuguesa, Os Lusíadas de Camões, que es al tiempo una sinfonía y un requiem . Ninguno de estos problemas ha sido encarado, por añadidura, después del 25 de abril de 1974, cuando, sobre el papel, la desaparición traumática del imperio colonial invitaba a contemplar la imagen de Portugal, acaso por vez primera, “en el espejo del mundo” [6] , lejos de las autopercepciones, fueran éstas crueles o complacientes. Lourenço enfatiza que fue aquélla una oportunidad perdida. Y, si la discusión correspondiente parecía moderadamente zanjada de resultas del milagro portugués que siguió a la incorporación del país a la Unión Europea, el carácter equívoco y efímero de ese milagro ha hecho que reverdeciesen viejos fantasmas en lo que el propio Lourenço llama “el hombre enfermo de Europa” [7] . Para el autor de O labirinto da saudade el problema principal de Portugal “no es un problema de identidad, sino de hiperidentidad , de casi mórbida fijación en la contemplación y en el goce de la diferencia que nos caracteriza o que imaginamos tal en el contexto de los otros pueblos, naciones y culturas” [8] . A diferencia de España —donde los problemas, que no faltan, son otros—, Portugal sigue intentando encajar en el presente, sin éxito palpable, un pasado glorioso, y lo hace de la mano de una tendencia, al parecer irrefrenable, encaminada a construir épicas cosmovisiones para, acaso, contrarrestar la percepción, muy extendida, que recuerda el peso insignificante del país. Piénsese en el quinto império del padre Vieira y de Pessoa, en el saudosismo de Teixeira de Pascoaes o en el genio de la raza de Sardinha y del propio Salazar [9] .

Bien: aclararé que de todo lo anterior poco se habla en las páginas de este libro, que son mucho más simples, como no podía ser menos habida cuenta de los conocimientos, limitados, de su autor. Este último no es, por lo demás, ni un historiador, ni un filólogo, ni un antropólogo, ni un filósofo, y nunca ha presumido de lo que pudiera acarrear de saluda ble su condición de profesor de Ciencia Política. Añadiré que esta obra que el lector tiene en sus manos no es tampoc o, hablando en propiedad, una introducción a Portugal, au n- que pueda, con un poco de generosidad, servir de tal. Para demostrar que no fue concebida como una introducción bastará con recordar que no incluye,

como de lo contrario hubiera sido preceptivo, ningún capítulo dedicado expresamente a la economía o al arte portugueses —pese a que estas materias se asomen marginalmente al texto—, y que infelizmente presta escasa atención específica a las mujeres. Por si poco fuera, y frente a lo que puedan invitar a concluir mis antecedentes, apenas se habla en este libro de política en sentido estricto. Tampoco se encuentra el lector, en fin, ante nada que recuerde a una guía de Portugal: otros explicarán mucho mejor que yo por qué hay que visitar Marvão, Monsanto da Beira, Batalha, Tomar, Évora, Óbidos, Sintra, Amarante, Nazaré, Sagres, Leiría, Elvas, Ponte de Lima, Monsaraz, Angra do Heroísmo —apenas se le presta atención en esta obra, desgraciadamente, a los dos archipiélagos portugueses—, Guimarães o Castelo de Vide.

Tengo que agregar que éste es un libro pensado para su lectura por españoles (y permítaseme que aquí, y por una vez, eluda sesudas consideraciones sobre lo que significa este gentilicio). Dudo que tenga mayor interés, en otras palabras, para portugueses, con la única excepción, acaso, del capítulo IV, el que estudia los encuentros y desencuentros lingüísticos entre Galicia y Portugal. Lo digo de otra manera: a buen seguro que a un adolescente portugués no será preciso explicarle, como se hace en esta obra, quiénes son Fernão Mendes Pinto, Antero de Quental o Florbela Espanca. Parece, sin embargo, que en lo que se refiere a los españoles que invocaba hace un momento bueno sería que se animasen a hacer un esfuerzo de comprensión de lo que es el país vecino. Aunque el co nocimiento al respecto a buen seguro que ha ido a más, merced ante todo a los intercambios turísticos y comerciales, son muy pocos los españoles que estudian portugués, si dejamos de lado los casos de Extremadura —al amparo de un meritorio impulso oficial—, Andalucía —de la mano de una realidad algo menos estimulante— y, harina de otro costal, Galicia. En 2009, y busquemos asimetrías, una encuesta concluyó que sólo un 1 por ciento de los españoles podía mencionar el nombre del primer ministro portugués, en tanto un 55 por ciento de los portugueses podía hacer lo propio, en cambio, con el del presidente del Gobierno español [10] . Día tras día padecemos la ignorancia de esos locutores de televisión que pronuncian con esmerados acentos los nombres anglosajones pero no se han tomado la molestia de certificar que las lh de Coelho y de Carvalho se pronuncian como una ll . Por no hablar del escaso conocimiento que en España se revela en lo relativo a la literatura portuguesa, de la dificultad de encontrar periódicos, revistas y libros portugueses en Madrid, o de ese lugar vacío que se as igna a Portugal en los mapas meteorológicos españoles (aun cuando, y para decirlo todo, si fuera un lugar lleno no faltaría quien afirmase que había por detrás algún subterráneo espasmo colonial).

Alguien podrá apostillar que en nada hemos progresado, por lo demás, en lo que respecta a tópicos e imágenes colectivas. Me limitaré a señalar al respecto que, si hace un decenio, y según una encuesta que se realizaba periódicamente, los tres portugueses más conocidos en España eran —creo que por este orden— los futbolistas Luís Figo y Cristiano Ronaldo, y el escritor José Saramago, el fallecimiento de este último nos deja una lista desoladora: hoy la colman, en sus primeros puestos, el mentado Cristiano Ronaldo y José Mourinho, figuras ambas que tienen, eso sí, un peso innegable a la hora de contestar la imagen tópica del portugués como

alguien discreto, humilde, extremadamente cortés y trabajador con denuedo. Salta a la vista, de cualquier modo, y vuelvo a lo de las asimetrías, que el conocimiento de España es en Portugal más amplio que el que recorre el camino inverso. No se olvide que los portugueses, tal vez por razones obvias, viajan más a España que los españoles a Portugal: según un estudio de 2009, un 84 por ciento de los portugueses interrogados conocía España, a la que un 30 por ciento había viajado entre dos y cinco veces; entre los españoles, en cambio, sólo la mitad declaraba conocer Portugal y un 60 por ciento de los viajeros había repetido la experiencia [11] . Este conocimiento no ha evitado que, ante todo en los primeros años del siglo recién entrado, en Portugal se abriese camino una visible idealización, nada lúcida, y hoy en rápido retroceso, de lo que era la España del milagro [12] .

Voy terminando. Como el lector puede apreciar con facilidad, este libro se organiza en cinco capítulos. El primero propone una reflexión sobre por qué Portugal existe como instancia independiente y sobre cuáles son algunos de los rasgos más relevantes de su vertebración. El segundo se interesa por la historia portuguesa, de la mano de lo que a la postre quiere ser una comparación con la española de los últimos novecientos años. El tercero se acerca a la literatura portuguesa, y al respecto sopesa sus elementos singularizadores y adelanta un puñado de sugerencias de lectura. El cuarto analiza las muchas aristas que rodean a una vieja discusión: la que se pregunta si el gallego y el portugués son la misma lengua o, por el contrario, constituyen dos lenguas diferentes. El quinto, y último, configura una especie de miscelánea en la que, con el título genérico de “Portugales”, se sopesan cinco materias que a mi entender tienen su interés: las relaciones de Portugal con Brasil, la cocina portuguesa, el fado y otras músicas contemporáneas, el fútbol y su relieve en el Portugal de hoy y, en fin, la arquitectura manuelina.

Obligado estoy a incluir aquí una breve mención relativa a topónimos, nombres de persona y citas empleados en esta obra. En lo que a los primeros se refiere, y por razones fáciles de explicar, me he servido de los topónimos castellanos cuando éstos son los más comunes —Oporto y no Porto, Río de Janeiro y no Rio de Janeiro, Olivenza y no Olivença, Miño y no Minho, Duero y no Douro, Tajo y no Tejo— y también, en algún ejemplo menor, cuando la ubicación de los acentos —Leiría y no Leiria— podía invitar al error. Bien es verdad que en lo que se refiere a los topónimos gallegos —con excepción del que se refiere a la denominación del país, toda vez que he empleado el nombre Galicia , y no el de Galiza— he rehuido sus versiones en castel lano, aun a sabiendas de que este libro está redactado en esta lengua. Lo he hecho por entender que en muchos casos el topónimo presuntamente castellanizado tiene escasa tradición, obedece a discutibles decisiones ortográficas o vio la luz en virtud de imposiciones de regímenes dictatoriales. En otros casos que lo eran, a buen seguro, de topónimos castellanos arraigados, me ha parecido que merecía la pena recordarle al lector cuáles son las formas de esos topónimos que el reintegracionismo lingüístico entiende saludables (A Corunha, Marinha, Rianjo…). Creo que en ninguna circunstancia mi opción abre el camino, con todo, a problemas o confusiones. En lo que respecta, en segundo lugar, a los nombres de personas, he respetado en todo momento, por un lado, su forma portuguesa —Camões y no Camoens—, si bien en lo que se refiere a los gallegos, y ahora

para evitar, sí, confusiones, he echado mano de la forma más habitual —Castelao y no Castelão—, a menudo castellanizada. En la bibliografía final, en suma, el orden alfabético se asienta en el procedimiento común en el caso del español —la guía la ofrece el primer apellido—, y no en el habitual en el del portugués, que se sirve, como es sabido, del segundo de los apellidos.

Este libro es, si así se quiere, el producto de muchos años de viajes, conversaciones y lecturas. No constituye en modo alguno, por lo demás, mi primera incursión en el mundo portugués. Si en 2010 entregué a la imprenta un ensayo sobre las vidas de Fern ando Pessoa — Parecia não pisar o chão (Através, s. l.; apareció el año siguiente en castellano con el título Como si no pisase el suelo , editado por Trotta en Madrid)—, en 2013 publiqué, junto con Arturo de Nieves, un libro-encuesta — Galego, português, galego-português? (Através, s. l.)— y en 2014 entregué a la imprenta una traducción ficticia, al gallego, de la Poesia de Fernando Pessoa (Los Libros de la Catarata, Madrid). Esas obras, y el libro que el lector tiene en sus manos, no aciertan a esconder lo que parece evidente: un inocultable amor por Portugal que comparten, felizmente, muchas gentes. Algo tiene que ver ese amor con el contacto con una sociabilidad antigua que, ojalá me equivoque, la Unión Europea se está llevando.

Carlos Taibo

Enero de 2015

Notas

1. Véanse, por ejemplo, Freitas y Gonçalves, 1987; Paradinha, 2006; Fidalgo, 2013.
2. Quadros, 1986; Lourenço, 2013.
3. En la percepción de Boaventura de Sousa Santos remite a la ausencia de una burguesía o de una clase media que devolviesen el país a la realidad (Sousa Santos, 1994: 49-50).
4. Lourenço, 2013: 28.
5. Lourenço, 2013: 24.
6. Lourenço, 2013: 46.
7. Lourenço, 2013: 65.
8. Cit. en Castelo, 2011: 13.
9. Real, 2010: 46.
10. Hatton, 2012: 110.
11. Xerardo Pereiro, en Cairo, Godinho y Pereiro, 2009: 182.

12. Como casi todos los países amenazados, en un grado u otro, por una gran potencia, Portugal es más cosmopolita y abierto que España. O al menos lo son sus elites. Manuel Fontán, otrora director del Instituto Cervantes en Lisboa, lo confirmó: “En Portugal hay menos lectores que en España, pero los que leen en territorio portugués leen mucho más que el lector medio español” (cit. en Magalhães, 2012: 98).

Capítulo 1

¿Por qué existe Portugal?

“Montões de estátuas em pedaços

torres, castelos, catedrais,

templos sem Deus, cruzes sem braços,

são estreitados por abraços

de matagais!”

Guerra Junqueiro

Este capítulo inicial pretende encarar una materia mil veces abordada en Portugal: la de por qué éste existe o, para decirlo de forma más precisa, por qué existe como instancia independiente. La discusión correspondiente, que, repito, ha hecho correr mucha tinta en Portugal, apenas se ha hecho presente, en cambio, del otro lado de la frontera. Con el objetivo expuesto, en estas páginas intentaremos dar cuenta de los rasgos generales que definen el mundo portugués, consideraremos las divisiones internas que en éste se registran, hablaremos de la confrontación que —parece— mantienen Lisboa y Oporto, nos referiremos a los tópicos manejados en relación con los presuntos rasgos nacionales del país, discutiremos si nos hallamos ante un espacio mediterráneo o ante uno atlántico, examinaremos las tres grandes interpretaciones —geográfica, étnica, histórico-política— que se han aportado para dar cuenta de por qué Portugal surgió y se preservó como entidad independiente y, en suma, asumiremos una digresión sobre percepciones subjetivas y lugares geográficos.

Los rasgos generales del país

Este primer epígrafe no se propone otra cosa que rescatar un puñado de datos básicos que permitan fijar nuestro conocimiento sobre Portugal [1] . Quede claro, en cualquier caso, que sobre varias de las materias de las que hablaremos ahora volveremos con mayor extensión un poco más adelante.

El territorio continental de Portugal tiene 89.000 km [2] . A ellos habría que agregar unos 3.000 más aportados por los archipiélagos atlánticos de Azores y de Madeira. En total, Portugal cuenta con unos diez millones y medio de habitantes (acaso cinco millones de portugueses residen, por lo demás, fuera del país). Despuntan con mucha claridad dos grandes ciudades: la capital, Lisboa, y, en el norte, Oporto. Buena parte de la población se concentra en las áreas metropolitanas de esas dos ciudades y, en general, en

la franja litoral —de la sobrepoblación de esta última sólo se salva la costa alentejana [2] —, de tal forma que algo así como un 45 por ciento de los portugueses reside en un escueto 4 por ciento del total del territorio [3] . “El país se está deslizando hacia el mar”, señaló hace unos años la asociación ecol ogista GEOTA [4] .

Por razones obvias, habida cuenta del tamaño del país —cinco veces menor que el del conjunto español—, las distancias son forzosamente cortas. Recuerdo que hace años me sorprendió lo aparentemente poco que tardaba el tren que, los fines de semana, comunicaba Oporto, muy cerca de Galicia, con el Algarve, en la costa meridional del país. No es que el tren fuese particularmente rápido —a buen seguro que no lo era—: lo que sucedía, con toda evidencia, era que la distancia recorrida resultaba más bien corta en comparación con muchos de los trayectos que es posible acometer en el resto de la península Ibérica. No está de más agregar, con esta misma vocación, que de oeste a este, desde el mar hasta llegar a la frontera con España, las distancias son siempre reducidas: a duras penas superan en algún punto los 200 kilómetros.

El clima portugués, marcado por la presencia del océano, es en general más suave y menos seco que el que se registra en buena parte de España, con temperaturas menos extremas, por añadidura, que las que se hacen valer en ésta (o en Italia y en Grecia). En lo que respecta a localidades situadas, en la costa, en la misma latitud, la temperatura media en el verano es en Portugal entre 5 y 7 grados inferior a la que se registra en Cerdeña, en Sicilia o en Grecia [5] . La parte litoral del territorio portugués se caracteriza por la presencia de inviernos suaves y de sequías estivales atenuadas [6] . Aun así, y en sentido diferente, el clima es distinto del propio del Cantábrico español o francés: en la franja litoral portuguesa llueve menos que en el Cantábrico y es más frecuente que, en el verano, transcurran muchos días sin precipitaciones [7] . Nada de lo dicho hasta ahora impide, como veremos, que amplias áreas del país se vean marcadas por un clima mediterráneo. Las precipitaciones van cayendo, por lo demás, según se baja de norte a sur: mientras son de 1.150 mm anuales en Oporto, descienden a 708 en Lisboa y se sitúan en 453 en Faro. La temperatura media anual sube, en cambio, de norte a sur: si es de 14,4ºC en Oporto, se coloca en 16,6 en Lisboa y en 17,8 en Faro [8] .

Menudean los problemas para fijar qué es, paisajísticamente, Portugal, con una clara división de opiniones. Si Aubrey Bell aseveró que Portugal es una tierra de oasis, con unas cuantas manchas de fertilidad y hechizo aisladas en un todo de naturaleza ingrata, Marbot habló de un país “generalmente pedregoso”, en tanto Buchanan se refirió a esas “chozas miserables de la malhadada Lusitania, con campos sólo ricos de pobreza atroz” [9] . Alexandre Herculano tuvo a bien afirmar, con visible exageración y en referencia expresa a las gentes que habitaban la parte meridional de Portugal, que “el hombre del sur tiene odio, literalmente odio, no hacia las selvas, sino incluso hacia los árboles solitarios” [10] . Pero hay quien ha apreciado, por el contrario, un vergel que en buena medida sería el producto del océano y de su influencia. Ahí están las palabras de Camões, quien identificó “un jardín plantado en la orilla del mar”. Mi primera visión del Portugal meridional, much os años atrás, en un mes de noviembre y en los campos de Elvas y de

Estremoz —donde, por cierto, el paisaje cambia rápidamente—, se ajustó más bien a la imagen del vergel. António Sérgio recuerda los efectos que, en materia de variedad paisajística, corresponden a los vientos del océano, y subraya cómo no hay ninguna región portuguesa de clima rigurosamente seco, ni amplias áreas esteparias como las de Castilla o Aragón. Sobre el mismo argumento vuelve Josep Pla, quien escribe: “El paisaje se va abriendo y suavizando, la vida vegetal se hace más espesa” [11] . El propio Pla apostilla, de nuevo con notable exageración, que por cada árbol que hay en España se cuentan diez en Portugal [12] . Mucho antes, Hans Christian Andersen, al poco de dejar atrás España, había encomiado tanto el paisaje como la condición civilizada y moderna de lo que veía: “Era como salir de la edad media para entrar en el presente”, en un país de una belleza pintoresca, casas acogedoras, vegetación, campos cultivados y comodidades var ias [13] .

Nunca se subrayará lo suficiente, en fin, cómo la posición geográfica de España ha provocado un aislamiento secular de Portugal con respecto a Europa [14] . António José Saraiva ha hablado al respecto de una “especie de mentalidad insular” que afectaría al país [15] . No olvidemos que nos hallamos ante un espacio un tanto alejado —bien es verdad que esto merece más de una discusión— de los principales focos de civilización, y también de las principales invasiones y de los contactos culturales [16] . En realidad, no sin paradoja, y pese a los contactos, más bien débiles, con el noroeste europeo [17] , durante muchos siglos el Atlántico contribuyó a fortalecer el aislamiento que nos ocupa: nada había más allá de las costas portuguesas.

Las diferencias internas

Aunque en Portugal apenas se revelan singularidades étnico-nacionales y lingüísticas, ello no significa que el país no acoja en su seno diferencias a menudo muy notables. Los criterios de calificación al respecto son, a la postre, dos. Si el primero subraya el vigor de una división que separa el norte y el sur, el segundo hace lo propio con el interior y la costa.

En lo que se refiere a la determinación del límite que separaría el norte y el sur , tanto se ha mencionado el nombre de la cadena transversal que, con núcleo principal en la sierra de la Estrela y a manera de prolongación de la cordillera central ibérica, dividiría a Portugal en dos [18] , como se ha citado la divisoria del Tajo que, de nuevo, dibujaría áreas geográfica y socialmente diferentes. Para Salter, al norte del Tajo se manifestaría “Europa”, aunque sea una “Europa meridional”, en tanto al sur de ese río todo recordaría a “Marruecos” [19] . Es verdad que el límite entre el norte y el sur parece razonablemente fácil de fijar en el interior del país, donde la cordillera central sirve, como acabo de sugerir, de linde. No se presenta tan claro, en cambio, en el litoral, algo que acaso explica por qué los criterios para determinar en éste la línea separadora son dispares. Mattoso recuerda al respecto cómo Amorim Girão y Pierre Birot han distinguido tres franjas latitudinales —norte, centro y sur—, de tal suerte que la cordillera central perdería su condición de bloque separador del primero y del tercero para convertirse en elemento articulador principal del segundo, esto es, del centro portugués [20] .

Las cosas como fueren, son varios los datos geográficos que invitan a distinguir el norte y el sur de Portugal. Recordemos, por ejemplo, que el 95 por ciento de las tierras emplazadas a una altitud superior a los 400 metros se halla al norte del Tajo, donde no es infrecuente encontrar alturas de más de mil metros a sólo medio centenar de kilómetros de la costa. Precisemos que no hay, con todo, grandes alturas, como lo refleja literariamente la aseveración de José Saramago: “El viajero es natural de tierras bajas, muy hacia el sur, y, sabiendo poco de estos montes, los esperaba mayores” [21] . Orlando Ribeiro señaló, por otra parte, que el sur posee el 61,5 por ciento de las tierras bajas —las situadas por debajo de 200 metros de altitud—, al amparo de una región que, más bien llana, muestra extensas y deprimidas cuencas fluviales y apenas cuenta con áreas montañosas. Mientras el norte, por lo demás, dispone de más agua y presenta una mayor amplitud térmica anual, el sur es más llano y bajo, y acoge mucha menos lluvia [22] .

A duras penas sorprenderá que en virtud de estas diferencias se hayan hecho valer entornos humanos también distintos. Y es que la distinción entre norte y sur, que sigue disfrutando del apoyo de autoridades como Lautensach y Ribeiro, se ve refrendada por las conclusiones de expertos en ámbitos varios como la dialectología, las técnicas agrícolas, las relaciones de parentesco, las prácticas religiosas, la conducta electoral o las estructuras político-administrativas, y ello por mucho que la complejidad de los datos manejados obligue a la prudencia en lo que se refiere al establecimiento de cristalinas líneas divisorias [23] . Subrayemos que la nobleza más antigua procedía del norte —en donde está situada la ciudad, Oporto, que dio nombre al país—, un área mucho más poblada y, con el paso del tiempo, más católica, políticamente más conservadora y más entregada a la emigración. A los oídos de determinadas personas, la lengua del norte, más próxima al gallego, es, por otra parte, más pura y menos extranjerizante. José Mattoso ha tenido a bien señalar que el “norte atlántico” del país fue el origen de la nobleza feudal, y el vivero de la nobleza portuguesa de todos los tiempos, en tanto el “norte interior” aportó el escenario en el que se formó el espíritu municipalista del que más adelante hablaremos [24] . En el “sur mediterráneo”, en cambio, se preservó la tradición de una economía urbana que se impuso a la rural. “Si el norte atlántico proporcionó al país el modelo de reparto social que predominó en toda su historia hasta finales del siglo XIX, el norte interior ofreció el de una organización municipal luego exportada al resto de Portugal con la ayuda del Estado, y el sur dispensó el modelo urbano a partir del cual se desarrolló una economía de ámbito nacional, igualmente con la ayuda del Estado, que siempre se fortaleció antes con la utilización de recursos materiales y de procesos de dominación de tipo urbano que con los correspondientes recursos agrícolas.” [25] A efectos de distinguir estos espacios no está de más que anotemos que Orlando Ribeiro consideraba, ahora lejos de la geografía, que la línea divisoria principal entre el norte y el sur la aporta el Mondego. Al sur de este río la dominación árabe fue más duradera y profunda, y la reconquista más lenta y tardía. En tal área geográfica, la emplazada al sur, empieza el Portugal que configuraron, siquiera parcialmente, los portugueses del norte, empeñados en imponer instituciones, usos, lengua y otros rasgos uniformizadores. El propio Ribeiro se pregunta si las semejanzas del medio natural a ambos lados del estrecho de Gibraltar no serán una explicación suficiente de por qué los árabes decidieron abandonar enseguida Galicia y las tierras del

Duero para aferrarse a la parte meridional de la franja atlántica [26] . Merced a la misma trama conceptual, Ribeiro sostuvo que Portugal fue un país dual: románico en el norte y musulmán-mozárabe en el sur [27] .

Importa subrayar que las diferencias que nos ocupan tienen un refrendo de relieve en el régimen de distribución de la propiedad. Aunque en el norte había en la etapa medie val grandes magnates y propietarios, y muchas gentes asalariadas, también se hacía valer la presencia de muchos agricultores que trabajaban sus tierras, por reducidas que éstas fuesen. En el sur, en cambio, la propiedad quedó dividida en grandes dominios controlados por la Iglesia, por la aristocracia y por la Corona [28] . El sur se hallaba, pues, más polarizado que un norte en el que había estratos de población intermedios entre ricos y desheredados [29] . A los ojos de António Sérgio, lo anterior se tradujo, hasta hoy, en dos grandes problemas agrarios: si el del norte “asume la forma de una excesiva división y parcelación de la propiedad, auxiliada por el actual régimen de herencias, en el sur lo que impera es la insuficiencia del número de propiedades medias y pequeñas” [30] . No se olvide que en un tercio de la superficie de Portugal hay más de 250 fincas rústicas por kilómetro cuadrado, en tanto en otro tercio se revelan menos de 25. En la primera situación se hallan el noroeste, las Beiras alta y litoral, el oeste y el norte de Trás-os-Montes y el norte de Estremadura, en tanto en la segunda están el área que abarca desde el Tajo hasta las montañas del Algarve y el sudeste de las Beiras [31] .

Pero ya hemos señalado que, junto al criterio maestro que distingue en Portugal un norte y un sur más o menos diferenciados, hay otro que presta atención a la separación entre el interior y la costa. Puede afirmarse sin margen para la duda que hasta la década de 1960 se prestó mucha mayor atención a la primera distinción que a esta segunda [32] . Explicación relevante al respecto es la que aduce que la división entre interior y litoral remite las más de las veces a políticas y prácticas infelizmente premeditadas o, lo que es lo mismo, tiene bases poco naturales . Pensemos en los efectos de la industrialización de la franja costera y del im portante trasvase de población, camino de aquélla, desde las zonas rurales del interior. Claro que en más de un sentido el nuevo escenario demográfico se vio marcado por una cre ciente supremacía de un sur —bien que litoral— del país, producto ante todo del crecimiento de Lisboa y de la región circundante. Y digo de un sur por cuanto a los ojos de muchos —recordemos el límite ofrecido por el Tajo— Lisboa formaría parte del norte . No parece, por lo demás, que los esfuerzos encaminados a desarrollar el deprimido interior portugués, cercenados en los últimos años por la crisis, estén dando los resultados apetecidos.

Buen momento es éste para reseñar que la costa portuguesa, larga y casi rectilínea, sin apenas entradas y confrontada a un océano sin islas próximas, ha ofrecido a las formas de vida litoral un dominio, pese a todo, inevitablemente limitado. Sólo en cuatro lugares penetra el mar tierra adentro: la ría de Aveiro, los estuarios del Tajo y del Sado, y la ría de Faro [33] . Esa costa, muy parecida a la de Marruecos, no en vano una y otra se siguen geográficamente [34] , no complacía, por cierto, a Unamuno, quien habla de una “triste monotonía” [35] , y, más tarde, tampoco a Josep Pla, quien la describe, con crudeza, como “horripilante” [36] .

Lisboa-Oporto

Muchas veces se ha hablado de la macrocefalia lisboeta, que habría acabado por absorber buena parte de las energías del país. El único contrapeso a esa macrocefalia lo ofrece la ciudad de Oporto, no sin que falten las voces que identifican, al respecto, una doble macrocefalia —la lisboeta y la portuense— que, de nuevo, habría operado en detrimento del resto de Portugal.

Las cosas como fueren, estos dos grandes núcleos urbanos acogen casi la mitad de la población portuguesa. En 2011 el área metropolitana de Lisboa, incluida la península de Setúbal, tenía 2.800.000 habitantes, en tanto la de Oporto contaba con 1.750.000 [37] . En la trastienda, pero muy lejos, quedaba Coimbra, que ha perdido buena parte de su fulgor del pasado. No olvidemos que, a lejada una treintena de kilómetros del mar, no participó de la aventura de los descubrimientos , aunque sí recibiese el influjo del humanismo renacentista y, con el paso del tiempo, el de una cultura universitaria anquilosada y tradicionalista. Bueno es recordar, con todo, que pese a la doble macrocefalia reseñada, el hecho de que, Lisboa y Oporto al margen, las restantes ciudades tengan una población reducida bien puede ser una ventaja en términos de articulación del territorio, tanto más si empezamos a tomar en consideración, y debemos hacerlo, muchos de los indicadores que remiten al colapso del sistema imperante.

Comencemos nuestro repaso de hechos fundamentales con una consideración somera de la condición de Lisboa [38] . Desde que se dispone de datos solventes, parece que Lisboa ha sido de siempre la ciudad más poblada de Portugal. Tenía ya ese galardón en fecha tan temprana como 1290 [39] . En la ciudad se han concentrado muchas actividades productivas, administrativas y políticas, como por lo demás era lógico en el caso de la capital de una instancia política precozmente centralista [40] . Pero, y con el paso del tiempo, Lisboa se convirtió también en el centro de una red de comercio pluricontinental que en cierto sentido permitió revisar el papel de capital de un imperio colonial [41] . Ello fue así, con toda claridad, en relación estrecha con el mar. “Lisboa, como reina de los mares, reclama para sí el dominio sobre una parte tan vasta del océano como la que va desde la desembocadura del Tajo hasta África y Asia en un inmenso circuito marítimo”, afirmó hace medio milenio Damião de Góis [42] . La capital ha experimentado, por lo demás, sucesivas remodelaciones, la última de las cuales, no siempre realizada con criterio, se produjo con ocasión de la exposición internacional de 1998. No está de más que agreguemos que Lisboa siempre ha presumido de su clima. Recordemos al respecto cómo a principios del siglo XVII Luís Mendes de Vasconcelos señaló que en la ciudad y en sus proximidades hay zonas frías, templadas y calurosas, no sin llamar la atención sobre cómo en Sintra conviene ir abrigado todo el año, en la otra orilla del Tajo el sol pega siempre fuerte y Lisboa se encuentra a mitad de camino entre una y otra situación [43] . A menudo se ha subrayado cómo el Atlántico, con su frescor y humedad oceánicos, atempera la severidad del clima, meridional, de la capital [44] .

Por lo que se refiere a Oporto —núcleo comercial e industrial de primer relieve dentro del conjunto portugués, aunque muchos entiendan que ha padecido una delicada marginación en la información y en el conocimiento,

como si Portugal se resumiese en Lisboa—, sabido es que se trata de la capital del norte del país. Jaime Cortesão recuerda que tanto el Miño como Trás-os-Montes, carentes de ciudades de relieve —sólo levantaban un poco la cabeza la episcopal Braga y las feudales Vila Real y Bragança— [45] , necesitaban de una capital cabal, que al poco resultó ser, bien que situada más al sur, Oporto. A los ojos de muchos, y aun con el carácter conservador de ese norte que nos ocupa, Oporto ha sido la avanzadilla de las libertades y de las ideas sociales y cívicas, la ciudad de las revueltas populares del XVIII, del auge liberal en el XIX y de muchas de las luchas contra el salazarismo. Pese a ser parte principal en la construcción de Portugal, siempre se mostró inclinada a defender las libertades locales [46] . Cortesão describe Oporto como románico, franciscano y democrático, al tiempo que subraya cómo en la ciudad se reúnen el burgo medieval, la urbe barroca y el comercio marítimo. Claro que, pese al nombre y las apariencias, Oporto ha vivido mucho tiempo, y en buena medida, de espaldas al mar. Sólo ha recuperado terreno, en e ste ámbito, y en épocas recientes, merced al puerto de Leixões. Agreguemos, por retomar también aquí una observación meteorológica, que aunque la latitud de Oporto no es muy diferente de la de Nápoles y Estambul, estamos ante una ciudad de brumas, de cielos encapotados y de lluvia ligera pero constante [47] . Josep Pla recuerda al respecto que Oporto es una población típica del Atlántico, una ciudad de nieblas invernales y de atmósfera vaporosa y densa [48] .

No faltan, ciertamente, las semejanzas e ntre las dos grandes ciudades portuguesas. Reseñemos, así, que ambas están ubicadas en la margen derecha de la desembocadura de ríos importantes —el Tajo en Lisboa, el Duero en Oporto—, que las dos disfrutan hoy de complejos portuarios de relieve, que cuentan con los dos aeropuertos portugueses de mayor impacto y con los únicos metropolitanos existentes en el país, y que históricamente se han beneficiado de crecimientos notables, más o menos paralelos, de las poblaciones respectivas. Pero parece que tiene más sentido, a efectos de apuntalar nuestro conocimiento, buscar las diferencias entre una y otra ciudad. Digamos, por lo pronto, que el relieve geográfico-económico de Lisboa y de Oporto es distinto. La primera creció en un lugar estratégico de unión entre el norte y el sur, en un escenario marcado por la presencia de la mejor salida al océano, no sólo de Portugal, sino de toda la península Ibérica. Oporto, por el contrario, es la capital urbana del norte portugués, con una proyección menor, que a duras penas trasciende las fronteras del país. Ello es así por mucho que sea cierto, en paralelo, que encabeza el área más densamente poblada de Portugal y aquella que cuenta con las actividades más diversificadas [49] . Oporto es, por otro lado, una ciudad mucho más esparcida, en la que la presencia del campo y de las pequeñas plantaciones se aprecia con facilidad. No ocurre lo mismo, en cambio, en Lisboa, mucho más compacta y separada de las zonas semirrurales circundantes. En la capital portuguesa hace un siglo que desaparecieron la mayor parte de los huertos urbanos, algo que, por cierto, se tradujo en un deterioro visible de las condiciones de vida de muchos trabajadores [50] . Así las cosas, es mucho más sencillo establecer los límites de Lisboa que hacer otro tanto con los de Oporto.

En un terreno distinto, resulta más fácil la comunicación, a través del río, en Oporto que en Lisboa. El Duero es sensiblemente menos ancho y ello

permitió que ya en 1886 se construyese un puente que permitía unir las dos riberas. Hubo que aguardar a 1966 para que sucediese lo mismo en Lisboa, de la mano de lo que hoy conocemos como puente 25 de abril, y a 1998 para que se abriese un segundo puente, el de Vasco da Gama. La contrapartida, ciertamente, radica en el hecho de que la anchura del estuario del Tajo ofrece posibilidades portuarias mucho mayores que las que el Duero proporciona en Oporto. De hecho, el mar da palha lisboeta constituye el espacio litoral más interesante, en términos comerciales y de comunicaciones, de todo el territorio portugués, de tal suerte que para buscar recintos similares hay que desplazarse hasta las rías gallegas, varios centenares de kilómetros hacia el norte, o, con relieve menor, hasta los puertos del Algarve y de la Andalucía occidental [51] . Lisboa se ha beneficiado, por añadidura, de la cercanía del estuario del Sado, que no sólo es la salida natural del Alentejo: se ha convertido, a través del puerto de Setúbal, en una especie de anexo del puerto de la propia capital [52] . Esto al margen, el Duero se halla mucho más integrado en el paisaje urbano portuense que el Tajo en el lisboeta, a más de ser, eso sí, un río más salvaje e imprevisible frente a la seguridad que dispensa el mentado mar da palha [53] . La trama de comunicaciones es, en fin, más sencilla en Oporto, en donde un eje norte-sur resuelve la mayoría de las demandas, algo que no puede decirse de Lisboa, habida cuenta de la amplitud y de la anchura del valle del Tajo, y de las numerosas colinas que rodean la ciudad [54] .

A duras penas sorprenderá, en fin, que las dos grandes ciudades portuguesas hayan asumido una rivalidad que, unas veces marcada sin más por las chanzas, en otras ha dado pie a colisiones más o menos graves. Si así se quiere, por detrás de esa rivalidad despunta una relación similar a la que se ha establecido entre Barcelona y Madrid, Milán y Roma, Manchester y Londres, o Lyon y París: la de la ciudad industrial y mercantil frente a la capital administrativa y funcionarial, la de la ciudad de la burguesía emprendedora y de los trabajadores —Oporto— frente a la del arrebato aristocrático —Lisboa—. No deja de sorprender al respecto que falten, sin embargo, y hasta donde llega mi conocimiento, estudios sobre la deriva histórica de las percepciones respectivas y sobre sus manifestaciones populares. No se trata, claro, de una carencia invocable en exclusiva en lo que se refiere a los casos de Lisboa y Oporto: llamativo es que sean pocos los trabajos que sopesen las tensiones que se revelan entre Oviedo y Gijón, Reus y Tarragona, Cádiz y Jerez, o Murcia y Cartagena. Quede aquí constancia, de cualquier modo, de los desencuentros entre los lisboetas, los alfacinhas , y los portuenses, los tripeiros . Ahí están Eça de Queirós y Fernando Pessoa enfrentados a Camilo Castelo Branco y Júlio Dinis, la estación de Santa Apolónia frente a la de São Bento, la Brasileira del Chiado frente al Majestic, la ginjinha frente al vino de Oporto, el pastel de nata frente a la francesinha , el centro cultural de Belém frente a Serralves, el Bairro Alto frente a la Ribeira, la librería Bertrand frente a la Lello & Irmão, o el Benfica y el Sporting frente al Futebol Clube do Porto. Buen retrato de muchas de estas trifulcas es el libro de António Eça de Queiroz y António Costa Santos que se recoge en la bibliografía [55] .

Pero ahí están, también, los tópicos esperables. Si en Lisboa es común que a los portuenses se les considere rudos y provincianos, mal hablados y entregados a la confusión entre la b y la v [56] , en Oporto se escucha a

menudo que la capital, una mera antesala para conocer París, vive a costa del resto de Portugal, y en singular de Oporto, o se subraya que no parece justo que sus estirados habitantes habiten la única región portuguesa que alcanza una renta per cápita superior a la media de la Unión Europea [57] .

Los cambios en el hábitat humano

Permítaseme introducir aquí una rápida consideración de los cambios que el paso del tiempo ha podido provocar en el espacio portugués. No me refiero ahora a los que afectan de forma directa a la naturaleza, sino, antes bien, a los que tienen por escenario el hábitat humano. Estos últimos aparecen bien retratados en el libro de Duarte Belo titulado Portugal. Luz e sombra [58] . La obra recoge fotografías realizadas por el geógrafo Orlando Ribeiro varios decenios atrás, y las compara con otras, de los mismos lugares, ultimadas en época mucho más reciente. Si el lector se adentra en esa obra, bien hará en prestar atención a las fotografías recogidas en las páginas 39 y 150 —el cambio, radical, experimentado en la arquitectura en pequeñas localidades como Silvares y Freixo de Espada à Cinta—, 81 y 253 —la salvaje expansión de las construcciones en el área de Sintra y en la de Montemor-o-Novo—, 97 —la invasión por los automóviles— y 109 —la desaparición de las casas de ma dera tan características de muchas áreas del litoral— [59] . Un libro de reciente publicación, Portugal em ruínas , permite calibrar, por otra parte, la dimensión del abandono de muchos edificios singulares [60] .

Otro ejercicio interesante estriba en calibrar en qué medida son propias del pasado las realidades retratadas en su momento por antropólogos portugueses en Rio de Onor y en Vilarinho da Furna [61] . Y es que hay que prestar atención a la desaparición de tradiciones comunitarias muy fuertes plasmadas, por ejemplo, y hablo del primero de esos dos casos, en la existencia de un horno de pan compartido por los vecinos, de tierras explotadas de forma comunal o de la costumbre de compartir los rebaños. Es habitual, por otra parte, que viajeros y estudiosos identifiquen activos procesos de degradación del hábitat humano. Dejemos hablar, por ejemplo, a José Saramago, quien, nada menos que en 1985, treinta años atrás, apreciaba ya un franco deterioro: “Desde que salió de Trás-os-Montes, los ojos del viajero han procurado no ver los horrores diseminados por el paisaje, los hastiales de cuatro u ocho colores diferentes, los azulejos de los baños transferidos a las fachadas, los te jados suizos, las buhardillas francesas, los castillos del Loira armados, al borde de la carretera, en punto de cruz…” [62] . Es frecuente, en este mismo sentido, la afirmación de que, si buena parte de la costa portuguesa, con las excepciones evidentes del Algarve y del litoral próximo a Lisboa —las dos áreas geográficas que, junto con Madeira, atraen más turistas—, no ha experimentado una franca degradación, ello ha sido así en buena medida por disfrutar de un mar abierto y, a menudo, ventoso que para la industria turística trababa el posible negocio. No se malinterprete, aun así, lo anterior, toda vez que el deterioro del litoral portugués, sin alcanzar las cotas de muchos de los tramos costeros españoles, es infelizmente evidente.

Para reequilibrar el argumento, conviene que dé cuenta de algo, por lo demás, indisputable: en Portugal es harto frecuente toparse con un cuidado exquisito de ciudades y pueblos. Josep Pla afirmó al respecto, no sé si con

criterio o con imaginación, que en el país había una ley que obligaba a los propietarios de las casas a mantenerlas limpias, decentes y agradables, al menos en lo que hace a su aspecto externo [63] . Hay quien piensa que la pobreza —y acaso el conocimiento de lo que ocurría no muy lejos— ha sido, a este respecto, una bendición, en la medida en que ha evitado desastres bien conocidos en otros escenarios. Las cosas como fueren, basta con echar una ojeada a la condición de los pueblos portugueses de la desembocadura del Miño —así, Vila Nova da Cerveira o Caminha— para compararlos con el desastre que se ha abierto paso en la orilla de enfrente, la gallega. O con comparar de nuevo, y por rescatar otro ejemplo, Badajoz y Elvas. Llamativo, y afortunado, es que no exista todavía ninguna línea de alta velocidad ferroviaria en Portugal…

¿Un país mediterráneo o un país atlántico?

La de si Portugal es un país mediterráneo o, por el contrario, tiene un carácter atlántico es una vieja polémica azuzada en el siglo XX por los escritos, ambivalentes, del geógrafo, recién mencionado, Orlando Ribeiro [64] . A los ojos de Ribeiro, en el verano la climatología mediterránea se impone en toda la península Ibérica, con temperaturas elevadas, muchas horas de sol y ausencia de lluvias. Cierto es, con todo, que, en el caso portugués, la duración de la estación estival es menor en la costa occidental, en las sierras y en el norte. En la franja más occidental, y por añadidura, soplan brisas marinas que suavizan durante todo el año la temperatura. El verano aparte, en las montañas del norte son frecuentes las lluvias, que pierden peso, sin embargo, en el interior trasmontano. Durante el invierno se hace sentir a menudo el influjo de masas de aire frío que se suman a las propias del centro de la península [65] . El efecto final, retratado pedagógicamente, es que la “ influencia atlántica […] domina el clima portugués: sólo se atenúa en una época del año —el verano— y sólo queda al margen de ella un territorio —el sur—” [66] . Si hay que ser más puntilloso, convendrá agregar que una parte pequeña del territorio portugués, el noroeste del país, a duras penas puede decirse que reciba la influencia mediterrránea: en este caso cabe hablar, antes bien, de un “Portugal atlántico” casi puro [67] .

Ribeiro distingue al cabo tres regiones en Portugal. La primera, el norte atlántico, abundante en lluvias, la compondrían el Miño —donde los rasgos atlánticos alcanzan el mayor relieve—, la Beira litoral y la cuenca del Mondego. Las montañas que delimitan esta región se cuentan entre las que acogen mayores precipitaciones en Europa. A menudo se ha identificado como el “noroeste”, un espacio natural definido “por el predominio de los caracteres atlánticos, con una unidad histór ica mantenida a través de una población antigua y densa que, por su número y homogeneidad, constituyó el elemento aglutinante del Estado portugués” [68] . La segunda región identificada por Ribeiro es el norte trasmontano. En comparación con la anterior, el paisaje asume tonos severos y acastañados, la luz se hace más cruda, la tierra más dura y las gentes más retraídas. La vegetación es menos lujuriante, la densidad de población desciende notablemente y no hay núcleos urbanos importantes. Con lluvias escasas, inviernos moderados y veranos calurosos, la influencia mediterránea llega muy al norte [69] . Hablemos, en fin, de un tercer escenario: el sur. Si cabe entender que en el interior el sur empieza donde termina la cordillera central, en el litoral sus

límites son —ya lo sabemos— más nebulosos, en la medida en que la influencia del mar dibuja muchas variantes en la transición. De resultas, si para unos el límite septentrional de esta región lo aporta el Mondego, para otros hay que buscarlo en el Tajo. En provecho de la primera percepción, Ribeiro recuerda que en las ruinas de Conimbriga, c erca de Coimbra, se revela ya una imagen plenamente mediterránea [70] .

El propio Ribeiro concluye que la categorizació n que emplea no resuelve mágicamente todos los problemas en lo que se refiere a la determinación de las influencias atlántica y mediterránea. El geógrafo subraya, así, que hay aspectos mediterráneos que se insinúan en el propio corazón de Trás-os-Montes, que hay rasgos atlánticos que predominan al sur del Mondego y que estos últimos se revelan episódicamente, también, en la alta sierra del Algarve, en el extremo meridional del país [71] . Aun con ello, y pese a lo dicho anteriormente, en algunos textos de Ribeiro se hace evidente que a su entender son los elementos mediterráneos los que configuran el tejido esencial de la geografía y de la economía del país. Vinculan éste con el Mediterráneo a través de rasgos climáticos, formas de vegetación y modos de vida. Ello no es óbice para que nuestro autor reconozca, como ya sabemos, la importancia de las influencias atlánticas, claramente dominantes sólo en el noroeste. Porque, y a la postre, “el paisaje clásico portugués son esos verdes espesos, esa tierra productiva y ocupada, ese hormiguero de gentes del campo, y no los descampados solemnes del Alentejo o la soledad agreste de las montañas” [72] .

A estas alturas de nuestra exposición salta a la vista, de cualquier modo, el relieve que corresponde al océano en la fijación de las categorías empleadas por Ribeiro. Muchas veces se ha mencionado la poderosa influencia de aquél en todos los órdenes de la vida portuguesa. Silva Telles, por ejemplo, escribió: “Abierto ampliamente al mar y siendo muy poderosa la influencia de éste, el territorio portugués, en sus rasgos fundamentales, revela una simbiosis permanente con el océano contiguo” [73] . Lautensach, por su parte, señaló que la condición atlántica es la que determina de forma vigorosa la “personalidad geográfica” de Portugal [74] . El propio Ribeiro tuvo a bien recordar que la “orla oceánica” de Iberia registra con toda evidencia la influencia del Atlántico, algo que se revela en ámbitos distintos: en el clima, más moderado y húmedo, en el medio natural, que permite otra vegetación, y en las relaciones del hombre con el agua, que no son las mismas en un mar interior como el Mediterráneo, rodeado por tierras conocidas, y en un océano enorme y cargado de misterios [75] . En último término parece que puede afirmarse que la textura de las dos principales ciudades portuguesas algo le debe a lo que ahora nos ocupa. “Ciudad de granito ennegrecido por un clima húmedo, Oporto se parece más a las ciudades portuarias de la Europa media, con las cuales mantiene relaciones comerciales seculares, que la blanca Lisboa, metróp olis de apariencia ya mediterránea, armoniosamente reflejada en el Tajo de aguas tranquilas.” [76]

Los rasgos nacionales

La idea de que existen “rasgos nacionales” emergió en el XIX, cuando se hizo valer la percepción de que una nación era un organismo social al que inequívocamente debe corresponder un alma propia y singularizada [77] . Vaya

por delante que mi recelo con respecto a la presunta existencia de esos rasgos es el mismo que expresó Julio Caro Baroja en las líneas que siguen: “Todo lo que sea hablar del carácter nacional es una actividad mítica; es decir, que el que habla o charla se ajusta a una tradición, más o menos elaborada, sin base que pueda apoyarse en hechos científicamente observados u observables, tradición que tiende a explicar algo de modo popular, y que de hecho cambia más de lo que se cree o dice” [78] . El recelo en cuestión se ensancha por cuanto lo común es que, al hilo de lo que afirma Caro Baroja, se sobreentienda que los rasgos nacionales tienen una condición ahistórica y, de resultas, no se alteran al compás del tiempo y de las convulsiones.

Aun con ello, debo defender el interés del estudio de lo que, con respecto a la existencia de unos u otros rasgos nacionales, se ha dicho en diferentes momentos. Y es que una cosa es lo que los portugueses son —si es que son, colectivamente, algo— y otra la imagen que tienen de sí mismos, cuando la tienen, a la que se agrega la que pueden alimentar los observadores externos. Pese a que todas esas imágenes probablemente nada aportan en términos de conocimiento objetivo de la realidad, explican, sin embargo, y a menudo de manera imperiosa, nuestra visión de esa realidad.

Bueno será que empecemos con un repaso rápido de algunos de los tópicos que se han manejado en lo que se refiere al carácter atribuible a los portugueses [79] . Aunque Oliveira Martins aseveró que “ningún rasgo profundo distingue nuestra geografía; benigno, medio o templado es nuestro clima, y también nuestro carácter” [80] , lo cierto es que han menudeado las consideraciones sobre este último, con la saudade , “un mal que se disfruta, un bien que se sufre”, según Francisco Manuel de Melo [81] , como elemento conductor omnipresente. Recojamos de forma somera, sin mayor vocación de abarcar una materia muy amplia, opiniones varias. Así, y para Gilberto Freyre, entre los rasgos mayores del portugués se cuentan “el gusto por las anécdotas eróticas, el brío, la franqueza, la lealtad, la falta de iniciativa individual, el patriotismo vibrante, la imprevisión, la inteligencia, el fatalismo y la habilidad para imitar” [82] . Franz Villier, por su parte, estima que los rasgos en cuestión quedan bien retratados en un personaje, Gonçalves, de A ilustre casa de Ramires de Eça de Queirós. Conforme a esta percepción, los portugueses se mostrarían “llenos de llama y de entusiasmo que mueren en forma de humareda, tenaces y duros cuando siguen sus ideas, de una imaginación que los impulsa a exagerar hasta la mentira, y al mismo tiempo de un espíritu práctico siempre atento a lo que puede ser útil, de una vanidad, de un deseo de brillar, de un honor tan quisquilloso que caen en el ridículo, pero también de una gran sencillez, melancólicos pero al mismo tiempo locuaces y sociables, generosos, pródigos, desordenados, de espíritu vivo, aptos para comprender las cosas, en espera siempre de algún milagro que hará desaparecer todas las dificultades. Desconfiados de sí mismos, temerosos, hasta el día en que se deciden y se convierten en héroes” [83] . Agreguemos a esta larga lista de tópicos que para Salazar, el dictador, el portugués, aunque “bondadoso, inteligente, sufrido, dócil, hospitalario, trabajador, fácilmente educable, culto…”, es al tiempo “excesivamente sentimental, siente horror por la disciplina, es individualista sin saberlo, carece de espíritu de continuidad y de tenacidad en la acción” [84] . Y recordemos que no faltan los extranjeros entregados a la identificación

de virtudes hondísimas en los portugueses. Sérgio Campos Matos cita al respecto a Alphonse Rabbe —“raza de hombres apropiados para las grandes cosas […], hechos para vencer y mandar”, “raza fuerte y generosa”— y a Ferdinand Denis —“antiguos dominadores del mundo”, “pueblo religioso y apasionado”—.

Como cabía esperar, han sido frecuentes las comparaciones entre el presunto carácter portugués y el propio de otros pueblos. Al respecto las más habituales lo han sido, por lógica, las que se interesan por las diferencias con los castellanos y, de manera más general, con los españoles. Si Oliveira Martins estima que “hay en el genio portugués algo de vago y fugitivo, que contrasta con el carácter rotundamente afirmativo del castellano; hay en el heroísmo lusitano una nobleza que difiere de la furia de nuestros vecinos” [85] , Villier asevera que los portugueses son educados, corteses, con sentido de la fraternidad, menos espontáneos que los españoles, más tranquilos, más sensibles y más atentos con los débiles y con los animales [86] . La comparación con Castilla invita a Birot a afirmar, en línea con los autores citados por Campos Matos, lo que sigue: “Por un lado, un pueblo orgulloso y exaltado”, el de Castilla, “dispuesto a todos los sacrificios y todas las violencias que le inspire la preocupación por su dignidad; por el otro, más melancolía y más indecisión, más sensibilidad ante el encanto de las mujeres y de los niños, una humanidad verdadera en la que se reconoce uno de los tesoros más preciosos del patrimonio de nuestra vieja Europa” [87] .

En este mism o orden de cosas conviene subrayar que para Jorge Dias la religiosidad portuguesa no tiene el carácter abstracto, místico o trágico propio de la española [88] . Y es que se antoja un lugar común la afirmación de que el sen timiento religioso en Portugal parece exhibir una con dición distinta de la habitual en España. Unamuno celebra ba al respecto estas palabras de Guerra Junqueiro: “El Cristo español —me decía una vez Guerra Junqueiro— nació en Tánger; es un Cristo africano, y jamás se aparta de la cruz, donde está lleno de sangre; el Cristo portugués juega por los campos con los campesinos y merienda con ellos, y sólo a ciertas horas, cuando tiene que cumplir con los deberes de su cargo, se cuelga de la cruz” [89] . En paralelo, y aunque la religión tiene un peso innegable en la historia y en la vida portuguesas, es llamativo que hayan faltado grandes escritores místicos como lo son, en el caso español, Teresa de Ávila o Juan de la Cruz. La solemnidad parece, en este terreno, fuera de lugar en Portugal, donde a los ojos de algunos se aprecia cierto pagano desinterés por la religión entendida como vivencia profunda.

Si acabamos de reseñar un puñado de presuntas diferencias entre el carácter portugués y el español , bueno será que propongamos un contrapunto en forma de recordatorio de lo que, a los ojos de algunos, es una notable semejanza, en cambio, en lo que hace a los rasgos atribuibles a portugueses y gallegos. Al efecto, Rodrigues Lapa levanta la siguiente descripción de los rasgos caracterológicos de los segundos: “Profundo sentimiento de la tierra; ausencia de espíritu gregario que conduzca a una conciencia colectiva; afán de emigrar, para conquistar el pan o para conocer el mundo y sus formas; espíritu de iniciativa y coraje en la mujer; propensión al devaneo lírico y al humorismo, que nace precisamente de la confrontación

entre los dos polos, el subjetivo y el objetivo, y, terminando de forma hermosa, la saudade ” . Al final de su texto se pregunta Rodrigues Lapa si no son éstos los mismos rasgos que se atribuyen al portugués [90] .

Pese a lo dicho unas líneas más arriba, no siempre las descripciones de los rasgos nacionales ignoran contingencias históricas que podrían afectar a la deriva de aquéllos. En el caso de Portugal hay que referirse a esta cuestión por cuanto la identificación de los rasgos que nos ocupan se ha visto afectada por un debate insorteable: el relativo a la decadencia del país. Conforme a la visión de Herculano, y de otros, a partir del siglo XVI se produjo una corrupción del carácter nacional que, sin anular la heroicidad de muchas conductas, fue el producto de la mezcla con oriente y del yugo generado por el comercio y el saqueo [91] . Importa subrayar que esta percepción, muy extendida, no dejaba de invocar virtudes intrínsecas derivadas de los descubrimientos y de la gestación del imperio colonial. Se llamaba la atención, así, sobre la condición universalista y ecuménica de unos y otra, sobre el carácter predestinado y providencial de lo ocurrido, que anunciaba un futuro glorioso, y, a veces, sobre la vocación hegemónica de la península Ibérica [92] . Pero lo cierto es que, tras enunciar las virtudes de los portugueses de la edad media —generosos, elevados y buenos, confiados en sus fuerzas e integrantes de una sociedad armónica “que había surgido en medio de una reacción de creencia y de raza”—, Herculano enfatiza cómo esas virtudes se desvanecieron de resultas de la expansión ultramarina [93] . Esta última, que a menudo se asoció con falta de espíritu emprendedor y duda constante —Teófilo Braga, Manuel Pinheiro Chagas—, no dejó de provocar, bien es verdad, interpretaciones menos ariscas. Así lo demuestra el hecho de que permitiese que, mientras unos ponían el acento en el carácter aventurero de los portugueses, otros subrayasen el genio marítimo y el cosmopolitismo de éstos [94] , al amparo de una disputa que en algo recuerda a las que ha suscitado el fenómeno de la emigración en Galicia.

Más allá de lo anterior, y como tendremos la oportunidad de recordar al final de esta obra, cuando hablemos de las mitologías que rodean al fútbol portugués, es común se conciba a Portugal como un país “pequeño”, como un rinconcito plantado junto al mar [95] , que en una tarea heroica se habría levantado, sin embargo, por encima de sus posibilidades. Esa visión coexiste, ciertamente, con otras de marcado trazo autocrítico. Recordemos que, para Miguel Torga, “es realmente una penitencia andar por el mundo con Portugal a las espaldas”. A los ojos de Cesário Verde, y por otra parte, “Portugal es una incubadora de pereza y estupidez”. António Nobre, en fin, exclamó: “¡Qué infelicidad haber nacido en Portugal!” [96] . Esta onda de pensamiento alcanza hoy a muchos jóvenes novelistas que, al tiempo que muestran veneración por Portugal como territorio natal, la hacen acompañar de un profundo desprecio por la historia y, en particular, por las elites del país [97] .

Los factores geográficos

Tiene su sentido examinar las principales interpretaciones que se han aportado para dar cuenta de por qué Portugal es una instancia —un Estado, si se quiere cosificar de esta forma el argumento— independiente. En

sustancia son tres: mientras la primera identifica un puñado de rasgos de cariz fundamentalmente geográfico, la segunda echa mano de explicaciones de carácter étnico, en tanto la tercera refiere argumentos de naturaleza histórico-política.

En el pasado fue muy frecuente que la condición independiente de Portugal se vinculase con unos u otros factores geográficos. Reproduzcamos uno de los muchos argumentos, el de A. Martins Afonso, expresados al respecto: “El territorio de la Lusitania era, como lo es hoy el del Portugal continental, la región atlántica occidental, región natural que en su conjunto presenta caracteres morfológicos, climáticos y biogeográficos que la individualizan y distinguen de las demás de la península. El relieve, oblicuo a la costa, en Portugal, y generalmente paralelo a ella en España; el régimen de los ríos —torrenciales en España y navegables en Portugal, y el desvío en su dirección al alcanzar la frontera— muestra características muy diferentes entre la parte española y la portuguesa de su curso; el clima, lleno de excesos en España (‘Iberia seca’), es, en cambio, moderado en Portugal (‘Iberia húmeda’)” [98] .

En las últimas décadas se ha registrado, sin embargo, un visible retroceso de argumentos como el reseñado y parece imponerse sin mayor oposición la idea de que no hay una base físico-geográfica que dé cuenta de la aparición de Portugal como entidad independiente. Al respecto es común que se subraye que hay muchas semejanzas entre las regiones portuguesas y las áreas españolas limítrofes: no hay diferencias mayores entre Galicia y el Miño, entre el área de Zamora, Salamanca y Cáceres, por un lado, y las Beiras colindantes, por el otro, o entre Badajoz y Huelva, por una parte, y el Alentejo y el Algarve, por la otra. “La mayor parte de la raya, ‘seca o fluvial’, divide paisajes poco accidentados y semejantes a ambos lados” [99] . Ferraz de Carvalho vuelve sobre la misma tesis: “Las diferencias entre Andalucía y la provincia del Algarve son diminutas, y la mayor parte del territorio portugués pertenece a la meseta Ibérica, que Portugal comparte con España. […] No fueron los alineamientos montañosos los que fijaron las fronteras entre Portugal y España, ni son trechos de ríos importantes los que separan las dos naciones hermanas; muy al contrario, las principales cordilleras portuguesas son prolongaciones de las españolas, y los mayores ríos portugueses, que bajan de España, sólo en una diminuta parte de su curso sirven como límite” [100] . Completemos lo dicho con el recordatorio de que también el clima es genéricamente similar a ambos lados de la frontera. Aun cuando la humedad suele reducirse hacia el este, la transición nunca es brusca, sino paulatina, con el añadido de que en los lugares en los que lo anterior no es así, por efecto de la presencia de barreras montañosas, éstas no coinciden nunca con la frontera [101] .

Importa señalar, en este mismo orden de conceptos, que para António Sérgio el propio territorio portugués en modo alguno constituye una unidad geográfica, como por lo demás sucede, también, con el español. Sérgio cita al respecto a Amorim Girão —“Es indudable que algunas de las regiones portuguesas difieren más entre sí de lo que lo hacen con las regiones españolas colindantes” [102] —, no sin agregar que en España hay áreas con singularidades geográficas mayores que las portuguesas, circunstancia que, sin embargo, no ha abocado en su independencia [103] . Pareciera como si, al

cabo, y conforme a una visión muy extendida, las explicaciones de cariz geográfico tuviesen más relieve a la hora de dar cuenta de las diferencias existentes dentro del territorio portugués que de las que separarían a éste del español.

Por mucho que se antojen insuficientes a la hora de referir por qué Portugal es, desde hace ocho siglos, una entidad independiente, los argumentos de carácter geográfico que se han vertido en uno u otro momento merecen, con todo, atención. Rescatemos algunos de ellos. Orlando Ribeiro ha recordado, por ejemplo, que en Portugal no hay altas cordilleras como los Pirineos o Sierra Nevada, tampoco se hacen valer picos y valles que, como los de la cordillera Cantábrica, reciban lluvia abundante todo el año, y no existen estepas áridas como las del Levante ibérico ni llanuras interminables como las de las mesetas septentrional y meridional españolas. También hay diferencias que afectan a la altitud media del territorio, toda vez que, frente a lo que ya señalamos es común en Portugal, las cotas superiores a los 700 metros ocupan buena parte del territorio español, en el que, por añadidura, las costas suelen presentar perfiles distintos de los propios de las portuguesas: no hay en estas últimas nada asimilable a los acantilados del Cantábrico, a las rías gallegas o a lo que es habitual en las costas andaluzas y catalanas [104] . Cierto es, además, que la navegabilidad de los ríos más importantes se interrumpe en las proximidades de la frontera, en el buen entendido de que ni el fenómeno es claro ni resulta evidente el papel que esos ríos han desempeñado en la construcción de Portugal [105] . Por lo demás, la comunicación geográfica entre este último y España no ha sido comúnmente fácil. Sólo ha resultado sencilla en el Alto Alentejo. Tal y como lo recuerda António Sérgio, al norte del Tajo los pasos fáciles son escasos, con excepción de los que proporcionan el Miño en su curso final y el área de Verín-Chaves, y otro tanto cabe decir al sur, desde Barrancos hasta la desembocadura del Guadiana [106] . Saraiva subraya, por su parte, que en la linde de España y Portugal —o al menos en la mayor parte de ella— se revela un auténtico vacío: mientras los portugueses se arracimaron en la costa del país, lejos del interior, los castellanos buscaron ciudades que, como Madrid o Toledo, en el centro de la meseta, se hallaban distantes de la franja occidental de la península Ibérica [107] . La tesis de Saraiva frisa con otra que sugiere que los españoles —o al menos los castellanos— son un pueblo continental que, incluso en ultramar, se estableció en ciudades asentadas en el interior de los países, a la manera de lo que en la península Ibérica significan Madrid, Salamanca, Toledo o Valladolid [108] . Esta circunstancia se habría traducido a la postre en un esquema de doble capital: mientras una, la principal, se hallaba en el interior, otra —así, Sevilla— se vinculaba con el comercio americano [109] . Salta a la vista que el modelo portugués, si hacemos caso de estas categorías, es diferente. Si, por un lado, en él el peso recae en el litoral, por el otro no hay ningún coqueteo con eventuales dobles capitalidades, aun cuando cabe admitir que el papel de Oporto ha podido ser similar al asignado a Sevilla.

No hay que hacer ningún esfuerzo para comprender que por detrás de muchas de estas disputas despunta el peso innegable del mar, en cuyo ascendiente se dan cita factores tanto geográficos como políticos. Frank E. Huggett señala que lo que hizo grande a Portugal no fue ni el comercio ni la religión, sino la devoción por el mar y, en ocasiones, la locura por éste

provocada [110] . El antropólogo Jorge Dias afirmó, entre tanto, que, mientras otros países surgieron en virtud de la existencia, en su interior, de una fuerza absorbente y uniformizadora, Portugal vio la luz, antes bien, con el océano Atlántico como elemento unificador, como "punto natural de convergencia" [111] . Sérgio subraya, por su parte, que el número de puertos utilizables —mayor que el de hoy— permitió que la autonomía de Portugal se vinculase de forma intensa con el mar [112] . El hecho de que la costa portuguesa fuese una escala poco menos que obligatoria en la navegación entre el norte y el sur de Europa permitió en su momento, desde el punto de vista del mismo autor, el asentamiento de una burguesía cosmopolita enfrentada a la mentalidad y a los intereses de los señores rurales del interior [113] . Conviene anotar, sin embargo, que ha habido versiones diferentes en lo que respecta al papel desempeñado por el mar. Baste con recordar que António José Saraiva ha apuntado, con criterio, cómo la condición del Atlántico portugués ha sido muy distinta de la del Mediterráneo: mientras en éste menudeaban los puertos en todas sus orillas y muy pronto se desarrollaron las comunicaciones, el océano era un mar silencioso, ignorado por los navegantes y, hasta el siglo XV, sin otra orilla conocida con la que comunicarse [114] . Saraiva sugiere, con todo, que esas carencias en alguna medida fueron suplidas por el hecho de que tanto el Duero como el Tajo eran navegables casi hasta la actual frontera española, en tanto del Mondego podía decirse lo mismo en un buen trecho de su recorrido, circunstancias éstas que permitieron una simbiosis entre tierra y mar decisiva a la hora de posibilitar el arraigo de la población [115] .

Los factores étnicos

Conforme a una segunda visión, muy desacreditada en nuestros días, por detrás de la condición de independencia del país estarían rasgos propios de la nación portuguesa, que harían de ésta algo distinto de las propias de las demás naciones europeas. La pauta conceptual al respecto la marcó Teófilo Braga, para quien "los grandes hechos antropológicos de la formación de una raza y de su agrupamiento espontáneo en sociedad […] son consecuencia de elementos anteriores, de energías persistentes de acción del medio cósmico" [116] . En tal sentido, y en provecho de la formación de esa raza, se habrían hecho valer factores históricos diferenciadores de largo aliento, como es el caso de la presencia, en la franja atlántica de la península Ibérica, de la civilización dolménica, común a Bretaña, Gales, Irlanda y Galicia-Portugal [117] , o de la debilidad de la romanización y de la dominación árabe, fenómenos todos ellos que dibujarían, eso sí, inevitables diferencias entre el norte y el sur del país. Los hechos como fueren, las tesis que me ocupan remiten a la idea de que es posible encontrar un área territorial preexistente a la fundación de Portugal [118] , un espacio en el que operarían pueblos de perfiles más o menos precisos.

Tres son las grandes explicaciones que se han ofrecido en este terreno. La primera, la de los miñotos, remite al presunto origen godo, suevo o celta, en cualquier caso nórdico y europeo, de lo que Mattoso describe, irónicamente, como los "verdaderos portugueses" [119] . De manera más precisa, sobreentiende que la nobleza portucalense —la articulada en torno a las dos riberas del Duero en su desembocadura— descendería de forma directa de los godos, en un proceso mental paralelo al que condujo a Claudio Sánchez

Albornoz a convertir a los castellanos en sucesores de los visigodos. Cierto es que Oliveira Martins, como Murguía en Galicia, otorgó un relieve mayor a un origen celta que a su entender explicaría determinados rasgos de un carácter nacional que, frente al castellano, y tal y como ya hemos señalado, se ofrecería vago, fugitivo y nada contundente, aunque también, y al tiempo, heroico [120] . La tesis sueva se vincula ante todo con el hecho de que el ámbito territorial de dominación del pueblo correspondiente mal que bien se solapa con el que aportan el condado portucalense y Galicia [121] . Buen lugar es éste para anotar que en algo recuerdan a esta primera explicación los argumentos que invocarían el ascendiente de presuntos factores lingüísticos: el gallego-portugués presentaría, entonces, rasgos idiosincráticos distintos de los de las demás lenguas peninsulares y, de resultas, estaría en el origen de la nacionalidad portuguesa. Peres se ha permitido subrayar, sin embargo, que los límites de Portugal no coinciden con los del "romance románico de occidente", toda vez que éste se expandía, no sólo por Galicia, sino también por regiones entre el Duero y el Guadiana —la lengua casi alcanzaba Salamanca y sobrepasaba Cáceres— que no están incluidas en el territorio portugués [122] .

La segunda explicación nos habla de los habitantes de las Beiras, cuya condición hundiría sus raíces en la de los antiguos lusitanos, ahora desvinculados de cualquier atavismo celta. La resistencia de Viriato ante el invasor romano daría cuenta de una voluntad de hacer frente a quienes pretendían ocupar la franja occidental de la península Ibérica, que estaría en el origen de lo que al cabo sería Portugal. Mattoso recuerda que, aunque Herculano rechazó sin dudarlo semejante visión de los hechos, abrazada por Leite de Vasconcelos en 1897 [123] , se adhirió a una percepción que alguna relación, y más de una contradicción, con ella guardaba: la de que en el origen de Portugal estarían comunidades organizadas en concejos que, herederas de los municipios romanos, tendrían de nuevo en las Beiras su expresión mayor [124] . Los garantes de la preservación de esas comunidades habrían sido los mozárabes. Éstos, pese a ser transmisores de una cultura foránea, la árabe, habrían preservado la tradición de la organización municipal romana. En esta última línea, conviene rescatar que, frente a la épica viriatina, no faltan los estudiosos que aprecian en Portugal el ascendiente de la cultura lusorromana. Así, en Os povos primitivos da Lusitânia , de Mendes Correia, se sostiene que fue la infiltración de esa cultura —con la lengua, las instituciones y la conciencia correspondientes— en el "alma lusitana", realizada por los colonizadores romanos, la que dio origen de lo que acabó siendo Portugal [125] . De la mano de un argumento de aliento parcialmente similar, Jaime Cortesão, que creía en las explicaciones de cariz tanto étnico como geográfico, subrayó el papel de la acción administrativa de los romanos, y de la red vial por ellos construida, en la configuración de la nacionalidad occidental de la península Ibérica [126] .

Una última explicación, la tercera, con presencia sensiblemente inferior a la de las dos anteriores, se vincula con la condición de los alentejanos y da cuenta de la cercanía entre éstos y los árabes, que convertiría a los primeros en herederos legítimos de los mozárabes recién mencionados. Con arreglo a esta visión, mientras la cultura política portuguesa tendría su origen en el norte, la cultura popular conservaría, en cambio, un poderoso componente mental y tecnológico de origen mozárabe [127] . En este caso habría pesado

mucho más el designio de trasmitir las tradiciones árabes que el de preservar antiguos patrones de organización municipal.

Mattoso ha tenido a bien recordarnos que todas estas percepciones muestran asientos muy débiles: “La teoría celta se basa en fantasiosos caracteres conductuales cuyo fundamento es imaginario. La tesis goda se deriva del mito del origen racial de la aristocracia, de nuevo sin ninguna base objetiva. La mozárabe se vio definitivamente lastrada por la demostración, realizada por Sánchez Albornoz, del completo desmantelamiento de las instituciones municipales romanas: la organización en concejos es, de hecho, un fenómeno típico de la meseta, pero no es exclusiva de Portugal ni tiene un componente mozárabe más importante que los que remiten a otros orígenes. […] El proceso que está en la base de este fenómeno sólo puede explicarse en virtud de su carácter administrativo, político y estatal. No tiene una base étnica ni cultural” [128] . A las opiniones de Mattoso bien puede agregarse la certificación de que por sus dimensiones, y por su fragilidad territorial y demográfica, Portugal siempre ha necesitado de apoyos externos que garantizasen su independencia. Primero fue el papado, vital en el reconocimiento de esa independencia y en las negociaciones que condujeron a la firma, a principios del siglo XVI, del tratado de Tordesillas [129] . Durante mucho tiempo el apoyo lo proporcionó Inglaterra, de siempre interesada en obstaculizar la gestación de un gran Estado europeo en la península Ibérica, y ello pese a que Londres no otorgó garantía alguna en lo que se refiere a la preservación del imperio colonial portugués. A lo largo de buena parte del siglo XX apareció, en fin, un nuevo punto de apoyo: el proporcionado por Estados Unidos [130] . El relieve alcanzado por esas colaboraciones externas tiene un inequívoco efecto de reducción del ascendiente que, conforme a la visión que nos ha atraído, habría correspondido a eventuales, e imaginarios, procesos vinculados con la “formación de una raza y […] su agrupamiento espontáneo en una sociedad”.

Los factores histórico-políticos

Parece existir hoy un amplísimo acuerdo en lo que atañe a la idea de que el surgimiento y el asentamiento de Portugal se explican en virtud de factores histórico-políticos tan azarosos como complejos. Para justificar esta aseveración sirvámonos de tres testimonios cualificados que recorren el último siglo y medio. El prim ero es el de Antero de Quental, a cuyos ojos “la patria no es un accidente de naturaleza material, sino un hecho de conciencia humana” [131] . El segu ndo corresponde a António Sérgio, quien subrayó que m enudean los ejemplos de “sociedades políticas a las que no puede atribuirse un fundamento físico” [132] . El tercero lo enunció, en fin, José Mattoso, para quien Portugal “fue una construcción de los hombres, no de la naturaleza” [133] . Al amparo de per cepciones como las que nos ocupan, se ha sugerido que el país nació de una acción vinculada con revoluciones y conquistas, esto es, en virtud de un factor fundamentalmente político (Herculano) [134] , se ha señalado que fue fruto del azar y, al tiempo, del empeño de los barones del noroeste peninsular (Oliveira Martins), y se ha anotado, sin más, que es una realidad psicológica trabajada y consolidada por la experiencia histórica (Damião Peres) [135] . En la trastienda lo que despunta con frecuencia es, claro, un rechazo de las explicaciones de cariz

geográfico, bien expresado por Amorim Girão: “Digamos a nuestros vecinos que el territorio de Portugal no es distinto del de España. Con ello, lejos de menospreciar nuestro patriotismo, lo hemos exaltado, al mostrar que el vínculo nacional es tan fuerte que no tuvimos necesidad de encontrar un territorio aparte para vivir una vida independiente” [136] .

Es verdad, con todo, que cuando llega el momento de determinar cuáles fueron los hechos históricos, políticos o económicos que vinieron a dar cuenta del surgimiento, y del asentamiento, de Portugal, los p roblemas no son menores. Y no lo son, al menos, por tres razones. Si la primera remite al largo período de gestación de la nación —salta a la vista que el término está lleno de equívocos— portuguesa, la segunda nos habla de la di ficultad, bien que relativa, de fijar el espacio en el que tal surgimiento se verificó y la tercera identifica avatares vinculados con lo aquí llamaremos percepciones temporales complejas. Recordemos, en lo que se refiere a la primera cuestión, que la independencia portuguesa no se fraguó en un momento preciso y bien definido: se hizo valer, antes bien, al amparo de una etapa prolongada que acaso se inició —sigamos a José Hermano Saraiva— con la revuelta de Afonso Henriq ues y la conquista del condado de Portugal, en 1128; con la paz de Tui, en 1137; con la conferencia de Zamora y la sumisión al papado, en 1143; con la desaparición del título de emperador tras la muerte de Alfonso VII, en 1157, y con la bula papal de 1179, que acarreó el reconocimiento, por la Santa Sede, de la nueva monarquía [137] . Bien es verdad que el recorrido temporal podría ampliarse hasta nada menos que 1297, cuando, ya concluida la reconquista portuguesa, se firmó en Alcañices el tratado por el que se delimitaban las fronteras entre Portugal y Castilla [138] .

Tampoco faltan los problemas en lo que atañe a la determinación del espacio geográfico de asentamiento de Portugal. Aunque lo común es que se hable de las tierras situadas al norte del Duero, Cortesão emplaza ese límite más hacia el sur, en el Mondego. Ribeiro se pregunta, con buen criterio, por qué no habrían de reconocerse varios núcleos diferentes en la gestación de la nueva entidad y al respecto habla del configurado por Oporto, Braga y Guimarães, y del articulado en torno a ciudades como Coimbra, Leiría, Santarém, Lisboa, Setúbal, más los centros urbanos del Algarve [139] .

En lo qu e atañe a lo que hace un momento he llamado “percepciones temporales complejas”, me limitaré a aclarar que el asentamiento de la conciencia de identidad nacional es relativamente reciente, posterior, con certeza, a la escolarización generalizada y al servicio militar obligatorio. José Mattoso recuerda que, bien entrado el siglo XIX, cuando el rey D. Luís I preguntó, desde su yate, a unos pescadores si eran portugueses, la respuesta fue significativa: “¿Nosotros? ¡No, mi señor! ¡Somos de Póvoa do Varzim!” [140] . El propio Mattoso agrega que en la edad media, cuando se supone se asentó la portugalidad , era muy difícil que los campesinos hicieran suya una idea como ésta, tanto más cuanto que el rey en el que supuestamente se encarnaba era una figura ajena de la que en el mejor de los casos s e tenía el vago recuerdo de que había visitado las tierras correspondientes, y tanto más cuanto que a duras penas existían estructuras administrativas con las que vincular el concepto en cuestión [141] . A ello se sumó el hecho de que en la mentada edad media la condición de

portugueses quedaba un tanto subsumida en la más general de cristianos que luchaban contra los enemigos de la fe [142] , circunstancia que, aunque operaba en un sentido como elemento aglutinador de la identidad propia —evidente en la gestación de Portugal—, en otro diluía esa identidad en un magma más general.

Recojamos, de cualquier modo, tres de las grandes explicaciones histórico-políticas, acaso las más importantes, que se han aducido para fundamentar la consolidación de un Portugal independiente. La primera, de la mano de un argumento que se sitúa a mitad de camino entre lo geográfico y lo político-económico, invoca el peso decisivo, ya subrayado, del mar. António Sérgio se ha preguntado al respecto por el posible influjo de los contactos marítimos con el norte de Europa, traducido en Portugal en una "cuña europea y burguesa introducida en la masa de las poblaciones ibéricas" [143] . De esta forma quedaría enaltecido el carácter periférico y atlántico del país que, como Holanda en relación con Alemania, habría dado la espalda a España. La independencia portuguesa no habría sido, entonces, sino un episodio más del desarrollo de la economía urbana del norte europeo. Tal episodio aparecería vinculado ante todo con el comercio marítimo y lo habría protagonizado un pueblo en el que despuntaría por encima de todo un cosmopolitismo al poco cercenado por la ineptitud de unas clases dirigentes incapaces de frenar una profunda decadencia [144] . Al efecto habría sido decisiva la actividad de las gentes que poblaban el litoral, interesadas en afianzar un poder político independiente que fortaleciese sus negocios. De esta suerte, Portugal habría nacido de la suma de regiones diversas y, en cierto sentido, complementarias, y de la configuración de un fuerte núcleo en torno a ciudades portuarias y regiones litorales muy pobladas [145] . Aunque el argumento tiene su peso, conviene subrayar que la que al cabo fue la capital, Lisboa, se convirtió en el centro de ese núcleo bastante después del inicio del proceso de configuración del Estado y en cierto sentido fue una avanzadilla en tierras tardíamente integradas y poco pobladas [146] . Más allá de lo anterior hay que preguntarse —lo hizo Oliveira Martins— qué es lo que fue antes y qué lo que después. En la percepción del historiador, la marina portuguesa fue una creación de la monarquía y, en tal sentido, un producto de la nación que veía la luz [147] , de tal forma que a duras penas puede considerarse explicación del surgimiento de esta última.

La segunda percepción que anunciamos remite a las circunstancias políticas del proceso de independencia. No es sencillo establecer al respecto cómo se verificó la transición desde una situación de fragmentación de los poderes locales —en completa ausencia de instancias regionales y en un lugar marcado, también, por lo que en la mayoría de los casos fue la inexistencia de entidades administrativas de rango superior— en provecho de la instauración de una autoridad que exhibía alguna coherencia política. Parece, aun así, que la influencia de los delegados de la monarquía asturleonesa sobre las comunidades locales y regionales fue mu y superficial hasta el siglo XI [148] . Por lo demás, se hacían valer situaciones diferentes. Lo característico de Trás-os-Montes, en un escenario de aislamiento y escasa población, fue la preservación de instituciones comunitarias independientes y la tardía implantación de los poderes señoriales. Lo propio del Miño, en cambio, con alta densidad de población, fue el despliegue de una "agricultura intensiva, el valor atribuido a la reproducción de hombres,

animales y plantas, la precoz implantación señorial, la fácil comunicación con otras áreas y la capacidad de renovación constante” [149] . Cierto es que no puede desdeñarse en modo algu no, en paralelo, el papel del pueblo llano, mayor a me dida que se penetraba hacia el sur y, acaso, hacia el interior, donde el peso de la nobleza menguaba [150] . No se olvide que en amplias áreas del territorio afectado pervivían con fuerza los concejos y las gentes se hallaban un tanto alejadas de la tutela de nobles y señores.

Parece innegable, con todo, que al cabo se abrieron camino sucesivas revueltas de los condes portugueses contra los poderes de León y de Galicia [151] . Las familias prominentes buscaban garantías de seguridad en sus propiedades, al tiempo que procuraban fórmulas que permitiesen que sus siervos pudiesen entregarse al saqueo de tierras ajenas; con ello su acción tenía, ante todo de la mano de la guerra, un efecto aglutinador de voluntades [152] al que se sumó el apoyo dispensado por los obispos locales, interesados en que sus diócesis se independizasen de las leonesas [153] . Margarida Garcez Ventura ha subrayado que la afirmación del rey frente a los señores y frente a los soberanos extranjeros fue un pro ceso muy rápido en Portugal: se había manifestado con oc asión del reinado de D. Afonso II (1211-1223) y era en cua lquier caso evidente en el de D. Dinis (1279-1325) [154] . La propia Garcez Ventura señala que ya a principios del siglo XII había empezado a tocar a su fin la fragmentación del poder político característica del feudalismo [155] . No es de despreciar, en fin, el peso de decisiones encaminadas a evitar que matrimonios y sucesiones dinásticas se tradujesen en que Portugal quedase bajo el control de las casas reales de Castilla o de Aragón. La misma Garcez Ventura ha subrayado que desde el enfrentamiento de Valdevez, en 1141, las batallas definitorias de la frontera portuguesa no fueron militares, sino diplomáticas [156] . No se olvide, pese a ello, que los lazos matrimoniales entre las familias reales ibéricas eran muy frecuentes y que, aun cuando la identidad portuguesa se iba apuntalando, pervivía un sentimiento general de pertenencia común a un espacio panhispano [157] . Esto al margen, conviene no olvidar que la frontera con Castilla era muy permeable, de tal suerte que los nobles mantenían intereses y lealtades a uno y otro lado de esa frontera, al tiempo que las propias jurisdicciones eclesiásticas rompían la linde en cuestión [158] .

Mencio nemos una tercera, y última, explicación: la que asume la forma de la dimensión autojustificatoria de las victorias contra los musulmanes, a menudo amparada en la idea de que los reyes de Portugal disfrutaban de protección divina. No olvidemos que “la lucha contra el Islam será siempre el argumento mayor, la matriz de todas las victorias desde la fundación de Portugal hasta los confines del océano Ín dico, ya en el siglo XVII” [159] . Claro es que no faltó relieve, al tiempo, a la confrontación con Castilla y León, y a la búsqueda paralela de un equilibrio con los otros reinos peninsulares. En tal sentido, la independencia de Portugal fue innegablemente ventajosa para los reinos de Aragón y de Navarra, siempre descontentos ante los flujos centralizadores que llegaban de Castilla [160] . La confrontación con ésta durante los reinados de D. Fernando y D. João I permitió delimitar un segundo otro — el primero lo habían aportado los moros — que a buen seguro tuvo efectos importantes en materia de asentamiento de una identidad diferenciada [161] . El tercer otro llegó de la mano de los descubrimientos , que pusieron delante de los portugueses a gentes con

caracteres físicos, costumbres, religiones y lenguas muy diferentes [162] . Agreguemos que la dominación española que se abrió camino entre 1580 y 1640 tuvo a la postre —los hechos, ciertamente, podrían haber discurrido de otra manera— un efecto de aquilatamiento de la identidad nacional, fortalecida por el hecho de que los portugueses de a pie se vieron obligados a buscar entre sí un vínculo ajeno a las autoridades políticas [163] . Este recorrido bien podemos terminarlo con el recordatorio de cómo las invasiones foráne as —ahí está la francesa de principios del XIX— tuvieron también sus secuelas en forma de un cierre de filas ante amenazas que iban más allá de la sempiterna que procedía de España [164] .

Una carta de Unamuno

Permítaseme que, para terminar este capítulo, acometa una brevísima incursión en un terreno cenagoso: el de las percepciones personales, afables u hostiles, de lo que significan unos u otros espacios, mal que bien estudiadas por geógrafos, antropólogos y psicólogos. Lo haré de la mano de un breve texto de Unamuno en el que habla de “la división de España en noroeste y sudeste, mediante una diagonal, quedando a un lado el litoral todo cantábrico, con Galicia, y además Castilla la Vieja, León, etc., y al otro la vertiente del Mediterráneo, porque es una idea que se me arraiga la de que catalanes, valencianos y murcianos son más hermanos de los andaluces que del resto” [165] .

Muchas veces he glosado ese texto, con visible imaginación, para al cabo atribuir a Unamuno ideas que con toda evidencia no enunció. Pero, a mi entender, el escritor vasco nos estaba diciendo, indirectamente, que se sentía cómodo al norte de la diagonal mencionada —discurriría acaso desde las costas de Cádiz y Huelva hasta el Pirineo catalán, Portugal incluido— y que, en cambio, su comodidad no era la misma al sur. Vaya por delante que estoy seguro de que Unamuno no estaba poniendo en discusión la belleza de Córdoba o de Granada, y menos aún estaba enunciando ningún juicio sobre la condición de las gentes que habitaban esas ciudades. Supongo que lo que despuntaba en la opción del filósofo era cierto rechazo, tal vez inconsciente, de lo que significa el Mediterráneo, acompañado de una querencia por los vientos del océano, una subterránea adhesión a los espacios geográficos que consideraba castizos y, tal vez, alguna an imadversión hacia centros de poder cultural como Madrid y Barcelona.

Rescato las opiniones de Unamuno, y mi audaz ejercicio de interpretación sobre ellas, con el propósito de señalar que pareciera como si, en su Portugal , Miguel Torga echase mano de herramientas mentales similares, bien que con adhesiones —como se verá— muy diferentes. Y es que, y por lo pronto, parece servida la conclusión de que no todos los portugueses están hechizados por el verdor y por el mar. Torga opone la rudeza de la “madre Iberia”, la “patria telúrica”, descarnada y pobre, pero dotada de grandeza, a la dulzura de la “pequeña patria lírica y suave” que es Portugal [166] . A Torga no le agradan ni el mar, ni el verdor —“¡siempre el maldito verde!” [167] —, ni el cielo: rechaza todo aquello que escapa a las raíces y que no parece tener límites, en provecho de lo más próximo, austero y concentrado. Tampoco siente ningún afecto por los descubrimientos , en lo que a buen seguro es una réplica a una historia, la oficial, indeleblemente marcada por aquéllos.

Aunque no siempre el mar tenga en Torga una connotación negativa, en nuestro escritor el iberismo telúrico se impone, con claridad, al atlantismo [168] .

Si a Torga no le gusta el Miño —“Pese a pisar el más bello pedazo del suelo patrio, quería reposar en tierra real y consustancialmente mía” [169] —, circunstancia que acaso explica su escaso interés por Galicia, no duda, en cambio, en reivindicar el paisaje, y las gentes, de Trás-os-Montes, un “reino maravilloso” [170] . Pero también le atrae el Alentejo, y en su caso la Beira interior [171] . En lo que a las ciudades respecta, aunque en general las desdeña [172] , hace una excepción con Oporto, una urbe en la que cabe todo: “Firme, amplio, de buenos colores camoensianos, lleno de humos y desgraciado en la Ribeira, pero espiritual y feliz en las cimas de las torres” [173] . Para Torga hay, por lo demás, dos Oportos: “Uno, grueso, terroso, sucio como la trivialidad de la naturaleza: el de los callos; otro, sutil, etéreo, imponderable como la propia magia: el del vino fino” [174] . Una de las señas de identidad de Oporto es, por añadidura, que el mar le fue negado, algo que, a diferencia de Lisboa, ha permitido que la ciudad tenga un carácter más nacional, agrario y comercial [175] . Tiene uno por momentos la impresión, sin embargo, de que si para Torga algo hay que salvar en Oporto, ello es así porque, de lo contrario, Lisboa quedaría sin ningún contrapeso efectivo. La capital no deja de ser un monstruo que enaltece la parte aventurera de la sangre portuguesa. “Es ante todo, y simultáneamente, un muelle de embarque y desembarque de la prisa que recorre el mundo.” [176] Incapaz de sintonizar con la conciencia del país, todas las manifestaciones de Lisboa son “símbolos tangibles de una permanente perdición” [177] , de una seductora decepción.

Notas

1. Entre las guías de Portugal que pueden consultarse se cuentan VV. AA., 1971; VV. AA., 1973; VV. AA., 1981; VV. AA., 1989 y VV. AA., 2005. Pero, por encima de todo, hay que prestar atención a una auténtica joya: la Guia de Portugal que reeditó, en la década de 1980, la Fundação Calouste Gulbenkian en ocho volúmenes (VV. AA., 1983-1988).

2. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 45.

3. Sardica, 2011: 136.

4. Cit. en Valadas, 2008: 27.

5. Birot, s. d.: 26.

6. Birot, s. d.: 9-10.

7. Birot, s. d.: 24.

8. Medeiros, 1978: 8.

9. Sérgio, 1978: 59-60.

10. Cit. en Ribeiro, 1977: 148.

Pla, 1975: 16.

11.

12. Pla, 1975: 390.

13. Andersen, 2003: 28.

14. Jack, 2008: 14.

15. Hatton, 2012: 107.

16. Medeiros, 1978: 6.

17. Medeiros, 1978: 6.

18. Ribeiro, 1982: 5.

19. Salter, 1957: 45.

20. Mattoso, 2003: 45.

21. Saramago, 1985: 10.

22. Sérgio, 1977: 5; Sérgio, 1978: 47.

23. Mattoso, 2003: 46.

24. Mattoso, 2003: 79-80.

25. Mattoso, 2003: 80.

26. Ribeiro, 2011: 89.

27. Ribeiro, 1977: 91.

28. Sobral, 2012: 30.

29. Sobral, 2012: 30.

30. Sérgio, 1977: 5-6.

31. Ribeiro, 2011: 112.

32. Mattoso, 2003: 45.

33. Ribeiro, 2011: 170-171.

34. Birot, s. d.: 17.

35. Unamuno, 2014: 75.

36. Pla, 1975: 432.

37. La población lisboeta está más marcada, por cierto, que la de Oporto en lo que respecta a la presencia de gentes originarias de las colonias africanas, un fenómeno que se hizo sentir con particular fuerza al calor de la descolonización de la década de 1970 (Loude, 2003).

38. Véanse Crespo, 1987; França, 2005; VV. AA., 1998.

39. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 88.

40. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 52.

41. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 514.

42. Cit. en Jack, 2008: 17.

43. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 512.

44. Cit. en Jack, 2008: 14.

45. Cortesão, 1995: 65.

46. Cortesão, 1995: 66-67.

47. Suzanne Chantal, en VV. AA., 1970: 57.

48. Pla, 1975: 405.

49. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 233.

50. Rosas, 2010: 33.

51. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 502.

52. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 506.

53. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 236 y 513.

54. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 238.

55. Eça de Queiroz y Costa Santos, 2009.

56. Hatton, 2012: 34.

57. Hatton, 2012: 35.

58. Belo, 2012.

59. Belo, 2012.

60. Brito e Silva, 2014.

61. Dias, 1984; Dias, 1983.

62. Saramago, 1985: 40.

Pla, 1975: 123.

63.

64. Ribeiro, 1968; Ribeiro, 2011.

65. Ribeiro, 2011: 66-69.

66. Ribeiro, 2011: 69.

67. Ribeiro, 2011: 74.

68. Ribeiro, 2011: 197.

69. Ribeiro, 2011: 198-200.

70. Ribeiro, 2011: 202.

71. Ribeiro, 2011: 209.

72. Ribeiro, 2011: 210.

73. Cit. en Ribeiro, 2011: 167-168.

74. Cit. en Ribeiro, 2011: 168.

75. Ribeiro, 2011: 63.

76. Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 232.

77. Campos Matos, 2008: 97.

78. Caro Baroja, 2004: 34.

79. Dias, 1971.

80. Cit. en Prado Coelho, 1977: 27.

81. Cit. en Villier, 1972: 28; véase Michaëlis de Vasconcelos, 1996.

82. Cit. en Villier, 1972: 27.

83. Villier, 1972: 27.

84. Ferro, 2007: 182-183.

85. Cit. en Prado Coelho, 1977: 27.

86. Villier, 1972: 28.

87. Cit. en Ribeiro, 1977: 26.

88. Para Unamuno, que remeda a Cervantes, la lengua portuguesa es —volveremos sobre esta metáfora— un español sin huesos, un pulpo enfrentado a una langosta (Unamuno, 2014: 33 y Sousa Santos, 1994: 55).

Unamuno, 2014: 39.

89.

90. Rodrigues Lapa, 1979: 35.

91. Campos Matos, 2008: 101.

92. Campos Matos, 2008: 101-102.

93. Campos Matos, 2008: 98.

94. Campos Matos, 2008: 98-99.

95. Coelho, 2001: 192.

96. Las tres citas las recoge Hatton, 2012: 240-241.

97. Real, 2012: 13.

98. Martins Afonso, 1979: 6.

99. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 30.

100. Cit. en Peres, 1992: 22.

101. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 30.

102. Sérgio, 1978: 28.

103. Sérgio, 1978: 31.

104. Sérgio, 1978: 27.

105. Mattoso, Daveau y Belo, 2011: 30.

106. Sérgio, 1978: 185.

107. Saraiva, 1982a: 40.

108. Una tesis de corte similar señala que las cañadas sortean, llamativamente, el territorio portugués, propias como son, y en exclusiva, de las dos Castillas y de Extremadura. La más occidental de las cañadas es la leonesa. Hay quien ha visto en ello el reflejo de dos civilizaciones diferentes: mientras la portuguesa sería preponderantemente marítima, la castellana resultaría ser fundamentalmente pastoril (Sérgio, 1978: 46).

109. Ribeiro, 1977: 124.

110. Huggett, 1960: 138.

111. Cit. en Hatton, 2012: 61.

112. Sérgio, 1977: 15.

113. Sérgio, 1977: 6.

Saraiva, 1982a: 13.

114.

115. Saraiva, 1982a: 19.

116. Cit. en Peres, 1992: 10.

117. Birot, s. d.: 44.

118. Mattoso, 2003: 68. Véanse también Mattoso, 1985; Mattoso, 1986.

119. Mattoso, 2003: 68.

120. Mattoso, 2003: 69; Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 62.

121. Mattoso, 2003: 69.

122. Peres, 1992: 32.

123. Peres, 1992: 10.

124. Mattoso, 2003: 70.

125. Peres, 1992: 13.

126. Peres, 1992: 14.

127. Mattoso, 2003: 71.

128. Mattoso, 2003: 71-72.

129. Soromenho Marques, 2014: 27.

130. Soromenho Marques, 2014: 29-30.

131. Cit. en Sérgio, 1978: 35.

132. Sérgio, 1978: 34.

133. Mattoso, 2003: 44.

134. Peres, 1992: 8.

135. Reis da Silva, 2002: 92.

136. Cit. en Peres, 1992: 16.

137. Hermano Saraiva, 1978: 45.

138. Garcez Ventura, 2007: 8.

139. Ribeiro, 1977: 63-64.

140. Mattoso, 2003: 14.

141. Mattoso, 2003: 14.

Mattoso, 2003: 16.

142.

143. Sérgio, 1978: 32.

144. Campos Matos, 2008: 26.

145. Ribeiro, 1977: 28.

146. Ribeiro, 1977: 43.

147. Ribeiro, 1977: 32.

148. Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 66-67.

149. Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 70.

150. Hermano Saraiva, 1978: 49.

151. Saraiva, 1982a: 32.

152. Garcez Ventura, 2007: 23.

153. Hermano Saraiva, 1978: 48.

154. Garcez Ventura, 2007: 9.

155. Garcez Ventura, 2007: 27.

156. Garcez Ventura, 2007: 48.

157. Disney, 2010: 164.

158. Disney, 2010: 164.

159. Garcez Ventura, 2007: 59.

160. Garcez Ventura, 2007: 59.

161. Mattoso, 2003: 17.

162. Mattoso, 2003: 18.

163. Mattoso, 2003: 19.

164. Mattoso, 2003: 20.

165. Carta a Bernardo G. de Candamo, en Unamuno, 1991: 121.

166. Teresa Rita Lopes, en Mendes de Sousa, 2009: 27.

167. Torga, 1980: 15.

168. Se barrunta en muchos de los textos de Torga cierta imagen idealizada de España que mucho parece deberle a la percepción del Portugal salazarista como una desalentadora “jaula nacional” (Reis da Silva, 2002: 146).

169. Torga, 1980: 26.

170. Torga, 1980: 27.

171. Reis da Silva, 2002: 74.

172. Reis da Silva, 2002: 8.

173. Torga, 1980: 53.

174. Torga, 1980: 53.

175. Torga, 1980: 59.

176. Torga, 1980: 68.

177. Torga, 1980: 114.

Capítulo 2

Sobre la historia de Portugal

“Pertenço a um género de portugueses

que depois de estar a Índia descoberta

ficaram sem trabalho.”

Álvaro de Campos/Fernando Pessoa

El objetivo mayor de este capítulo es ofrecer un panorama general de la historia de Portugal del último milenio, con la vista puesta, en la trastienda, en proporcionar algunas claves elementales que permitan comparar esa historia con la del vec ino español. Recordemos, en lo que hace al límite temporal fijado, que hasta el siglo XII no tiene mucho sen tido plantear una historia distinta para lo que hoy llamamos Portugal y para lo que hoy conocemos con el nombre de España [1] . Cierto es que, a la hora de acometer la tarea de comparación propuesta, y en la mayoría de los casos, nos abstendremos de discutir algo que a buen seguro tiene su enjundia: si existe, en efecto, una historia española o si, por el contrario, hay que hablar de historias singularizadas propias de unos u otros espacios geográficos. Y es que el de España es un concepto demasiado ambiguo a efectos de las comparaciones: parece evidente que no ha sido el mismo el derrotero de los hechos en Galicia que en Cataluña, en Asturias que en Andalucía. Más allá de lo anterior, y aunque en más de una ocasión formularemos precisiones al respecto, daremos por descontado que el lector dispone de conocimientos básicos sobre la his toria española que le permiten, sin mayor esfuerzo, captar eventuales diferencias y similitudes en la deriva de los hechos en Portugal y en España. Si desea ampliar, por lo demás, esos conocimientos en

lo que se refiere a Portugal —en las páginas de este libro, y en provecho de arg umentos generales, no hay nada que recuerde a una puntillosa descripción de los hechos, y ello aun cuando los de carácter contemporáneo reciban mayor atención que los más alejados en el tiempo—, buen momento es éste para señalar que no faltan las historias del país merecedoras de consulta. Citaré las que identificamos con los nombres —autores o coordinadores— de A. H. de Oliveira Marques [2] , Joaquim Veríssimo Serrão [3] , Joel Serrão y A. H. de Oliveira Marques [4] , José Mattoso [5] , João Medina [6] , David Birmingham [7] , H. V. Livermore [8] y Fernando Cortés y Germán Rueda [9] .

Antes de entrar en materia conviene, con todo, enunciar una tesis general: aunque el guion de las historias de Portugal y de España en el transcurso del último milenio es muy similar — reconquista , descubrimientos , imperio colonial, decadencia, confrontación entre conservadores y liberales en el XIX, dictaduras en el XX—, estos titulares generales esconden a menudo, bien que no siempre, circunstancias diferentes que merecen atención. Esas diferencias se revelan en un escenario más o menos común: el de un general proceso de marginación con respecto a los grandes flujos políticos y culturales europeos, proceso que muchos vinculan estrechamente con la decadencia y con el atraso consiguiente. Cierto es que al respecto se hace necesario esquivar cualquier tentación de idealización de historias que, como la francesa, la alemana o la inglesa, son también, inequívocamente, excepcionales , y que habría que discutir, por añadidura, qué significan en cada momento preciso los conceptos invocados.

Más allá de lo anterior, es inevitable subrayar que la historia portuguesa se ha visto indeleblemente marcada por dos diferencias sustanciales con respecto a la del vecino. La primera es el hecho de que Portugal arrastra escasos problemas de articulación nacional-territorial, muestra una robusta unidad lingüística —baste con mencionar que, si dejamos de lado lo que ocurre con las poblaciones inmigrantes, sólo acoge en su territorio una lengua distinta del portugués: el mirandés— y no registra la presencia mayor de minorías étnico-culturales [10] . La segunda de esas diferencias nace del peso de su vecino peninsular: no olvidemos que la confrontación con España ha tenido, en Portugal, mucho más relieve que el fenómeno inverso. Demos la palabra, al respecto, a Agostinho da Silva: “Lo más importante que Portugal hizo en el mundo no fue ni el descubrimiento, ni la conquista, ni la formación de las naciones de ultramar: fue resistir a Castilla. Haber mantenido, a sangre y fuego, el principio de independencia de los territorios periféricos” [11] . El temor a una invasión española ha sido constante en la historia de Portugal [12] , en la que aún hoy permanecen más o menos vivos, por añadidura, el recuerdo de la dominación filipina de la etapa 1580-1640 y las disputas sobre Olivenza. Lo anterior no significa que hayan faltado momentos de significativos acuerdos, como el que siguió a la firma de los tratados de Tordesillas (1494) y Zaragoza (1529), que mitigaron las rivalidades entre España y Portugal en lo que a ultramar se refiere. En esa tesitura los dos países asumieron una postura común ante la amenaza que suponían otras potencias marítimas europeas, como Holanda, Francia e Inglaterra, en el marco general de una contienda que tenía que ver, claro, con la disputa entre Reforma y Contrarreforma [13] . Poco después, entre 1580 y 1640, se abrieron camino, sin embargo, seis décadas de dominio español

sobre Portugal. Recuérdese, por lo demás, que durante mucho tiempo este último no existió a los ojos de muchos europeos o, en su defecto, fue considerado una parte de España. Europa adelante ha sido muy frecuente que los adjetivos ibérico y español se consideren sinónimos y menudean, por otra parte, las dudas en lo que se refiere a la existencia del portugués como lengua. Para cerrar el panorama, bueno será recordar que, en Portugal, cuando se habla de las relaciones del país con Europa, lo común es que dentro de esta última no se considere a España...

El fenómeno que acaba de atraernos —el de una relación por muchos conceptos asimétrica con España— se completa con otro: el de una alianza, paralela, de Portu gal con Inglaterra asentada, del lado del primero, en la intuición de que semejante acuerdo serviría de disuasión ante eventuales tentaciones invasoras por parte de España. Si ya en el siglo XII hubo cruzados ingleses en la toma de Lisboa, en el XIV se establecieron lazos dinásticos importantes, además de un tratado de amistad. En el XVI y en el XVII la independencia de Portugal recibió, por otra parte, un visible apoyo inglés. Inglaterra colaboró activamente también, a principios del XIX, en la expulsión de los ejércitos napoleónicos que ocupaban Portugal. Durante la primera guerra mundial, en fin, este último tomó partido por los aliados, y durante la segunda permitió que éstos empleasen las bases de las Azores. Datos como los mencionados, a los que habría que agregar los lazos tejidos alrededor del vino de Oporto [14] , no significan en modo alguno que faltasen los desencuentros. Bastará con recordar el ultimato de 1890, que acabó con muchos de los sueños portugueses en África y abrió una nueva etapa de decadencia que dio al traste con la monarquía.

La ‘reconquista’

Lo que comúnmente se conoce como reconquista presentó en Portugal rasgos distintos de los que exhibió en lo que al cabo fue España. El primero, importantísimo, lo aportó el hecho de que fue un proceso mucho más rápido. Lo suyo es subrayar que la reconquista portuguesa concluyó en 1249 —nada menos que dos siglos y medio antes que en el caso de Castilla—, con lo que permitió un precoz asentamiento de la unidad del país, sin mayores espasmos épicos ni agudas confrontaciones religiosas o étnicas, circunstancias todas ellas que generaron un escenario propicio para los descubrimientos . Dejemos hablar a Gaziel: “Cuando fue a correr mundo, Portugal ya estaba hecho: el cuerpo, pequeño y despierto, ya estaba formado del todo. España no: se hallaba todavía a medio hacer” [15] .

Pero añadamos, en segundo lugar, que la reconquista portuguesa fue acaso más fácil por cuanto en el territorio que al cabo fue portugués no había ciudades de relieve económico y cultural como era el caso de Toledo, Córdoba, Sevilla o Granada; no se olvide al respecto que la importancia de Lisboa sólo se hizo sentir una vez ocupada por los cristianos [16] . Claro que la reconquista portuguesa fue también singular en lo que se refiere a la condición de los territorios que se iban incorporando: hablando en propiedad no hubo al efecto ninguna integración de éstos, sino una conquista en sentido pleno, de tal suerte que no fue menester reconocer derechos locales, ni instituciones propias, ni poderes señoriales, ni comunidades lingüísticas diferenciadas [17] , fenómenos todos ellos que

dejaron una huella indeleble, en cambio, en el escenario español. En el portugués sólo cabe hacer mención de la presencia de comunidades moras y judías que, comúnmente condenadas a vivir en guetos, pronto se vieron obligadas a convertirse al cristianismo o padecieron la expulsión de Portugal.

Convengamos, aun así, que al amparo de la reconquista se hizo valer en Portugal un fenómeno que tuvo el mismo perfil en el caso español: el primer gran mito portugués no es otro que el de la cruzada, traducido en la percepción de que el país estaba llevando a la práctica un plan divino encaminado a propiciar la conversión del mundo entero [18] .

Los ‘descubrimientos’

En el siglo XIV, y terminada la reconquista , Portugal pareció entender que sus intereses estratégicos no se vinculaban con Europa sino, antes bien, con los caminos que se abrían a través del océano Atlántico (con este proyecto se vinculó también, en un grado u otro, la relación privilegiada del país con Inglaterra) [19] . El proceso de apertura a ultramar se suele vincular con la palabra, de cariz visiblemente etnocéntrico, descubrimientos [20] , aun cuando las tierras presuntamente descubiertas en la costa oriental de África, y en la India y China, ya eran conocidas con anterioridad por los europeos [21] y, obviamente, por sus pobladores. No está de más subrayar, sin embargo, la diferencia existente entre el término descubrimientos , el común en Portugal, y el mucho más militar y agresivo vocablo conquista , tan habitual en España [22] .

Varios fueron los impulsos de los que se beneficiaron los descubrimientos . Si uno fue la ubicación geográfica del país, en el extremo sudoeste de Europa, y en el cruce entre el Mediterráneo y el Atlántico, otro lo aportó el deseo de buscar nuevas rutas para hacerse con el control de las especias. A todo lo anterior se sumaron un impulso religioso encaminado a combatir a los musulmanes y evangelizar a los infieles, y la aplicación de unos u otros avances en materia de orientación y de medición de la superficie [23] . José Hermano Saraiva se ha referido, por otra parte, a una sugerente combinación de ideologías de clase: el espíritu mercantil del burgués, el espíritu de caballería del noble, el espíritu de aventura del pueblo y el espíritu de cruzada de clérigos y reyes [24] .

Al ser más rápida que la española , la reconquista portuguesa permitió adelantar, también, la tarea de los descubrimientos . Con la construcción nacional razonablemente aca bada, en el siglo XIV Portugal se permitió aprestar expediciones a las Canarias. En 1415 ocupó Ceuta con el propósi to de hacer frente a los corsarios musulmanes (las aspiraciones norteafricanas del país remataron, con todo, en el siglo siguiente, tras la batalla de Alcazarquivir, en 1578). Poco después, en 1418 y 1427, marinos portugueses alcanzaron Madeira y Azores. En 1434 Gil Eanes dobló el cabo Bojador y en la década de 1450 los navíos portugueses alcanzaron las actuales Guinea y Sierra Leona, para llegar algo más tarde a Cabo Verde. Si en 1487-1488 Bartolomeu Dias dobló el cabo de Buena Esperanza, una década después Vasco da Gama abrió el camino marítimo hasta la India. Entre 1499 y 1502, por otra parte, navegantes portugueses exploraron las costas del este de los

actuales Estados Unidos, en tanto en 1500 Pedro Álvares Cabral alcanzó Brasil. A principios del siglo XVI Portugal había establecido fuertes y factorías en Mozambique, Ormuz, Goa, Malaca, Calcuta y Colombo, y con el paso de las décadas había alcanzado China —el núcleo fundamental al respecto fue Macao— y Japón.

El imperio colonial

La etapa que medió entre 1490 y 1540, los años de los descubrimientos , se convirtió, al amparo de la gestación de un imperio colonial, en la más memorable, según la convención, de la historia de Portugal. Las generaciones posteriores, hasta hoy, han apreciado en ella una auténtica edad de oro [25] que hizo del país la “cabeza de Europa en el mundo” [26] . Importa dejar sentado, con todo, y a efectos de marcar una primera diferencia con la lógica colonial española, que en el caso de Portugal el peso geográfico del imperio correspondiente fue experimentando cambios con el transcurrir del tiempo. Si el grueso del énfasis inicial recayó, en el XVI, en Asia, Brasil tomó el relevo en el XVII y el XVIII, para más adelante, y una vez la metrópoli reconoció la independencia brasileña en 1825, adquirir una clara supremacía, en el XIX y el XX, las colonias africanas [27] . Parece evidente, por lo demás, que las estrategias de colonización desplegadas en Asia fueron sensiblemente menos eficientes que las que se hicieron valer en Brasil y en África, algo a lo que a buen seguro no fueron ajenos el hecho de que la penetración religiosa portuguesa fuese mucho más débil en las costas asiáticas y la circunstancia paralela de que en éstas poco más se forjasen que precarios enclaves como Goa, Cochín y Macao [28] . Cierto es, por otra parte, que Portugal acabó por recuperarse, varias veces, de las pérdidas operadas en su imperio colonial. Bastará con señalar que, aunque la de Brasil invitó a concluir que el imperio se hundía como un todo, luego de un tiempo, y tras muchas zozobras, la metrópoli encontró vías de compensación en las colonias africanas. Cerremos estas observaciones con el recordatorio de que el imperio colonial portugués fue sensiblemente más longevo que el español, no en vano pervivió hasta mediados de la década de 1970, momento a partir del cual Portugal inició, acaso a manera de compensación, un vuelco hacia Europa.

Sabido es que a principios del siglo XVI Portugal se convirtió en el principal intermediario comercial entre Europa y Asia, privando de este papel a Venecia. Aunque el proceso estuvo marcado por muchos esfuerzos y sinsabores —el país perdió pronto el monopolio de las especias—, tuvo repercusiones notables que alcanzaron también al panorama interno portugués. Así, las tensiones entre la monarquía y la nobleza se redujeron, se configuró paulatinamente un Estado centralizado, la Corte ganó en pompa y complejidad, con un rey cada vez más lejano, y se hicieron valer notables progresos técnicos —ante todo en el terreno de la navegación— e importantes reformas en lo que a la Iglesia se refiere [29] . En términos generales, se registraron cambios relevantes en la vida portuguesa, en adelante orientada al servicio de una empresa compleja y delicada cuyo liderazgo, macrocefálico, asumió la ciudad de Lisboa.

En el despliegue de la lógica colonial correspondió un papel notable a la esclavitud, que asumió su forma principal en la explotación de habitantes de

las colonias africanas más occidentales y en su traslado a Brasil. A lo largo de tres siglos, centenares de miles de esclavos fueron llevados desde esas colonias hasta el continente americano. La abolición de la esclavitud, formalmente decretada en 1761, poco reflejo tuvo, sin embargo, en la realidad, toda vez que aquélla pervivió en los hechos y, con unas u otras fórmulas, durante mucho tiempo. La sola mención de la esclavitud obliga a recelar, por cierto, de la mitología que ha rodeado al imperio portugués, muchas veces descrito como un imperio bueno . Demos paso a una de las expresiones de esa percepción, la de Doré Ogrizek [30] , quien en 1950 escribió lo que sigue: “El Portugal de hoy tiene el orgullo y la audacia de contar con un imperio 25 veces mayor que su propio territorio. Y de mantenerlo en la paz y en una prosperidad creciente. A menudo se ha dicho —y es cierto— que los portugueses no eran colonizadores. Al menos en el sentido comúnmente otorgado a esta palabra. Los portugueses han descubierto las tierras que constituyen sus actuales colonias y la mayor parte de las de los imperios británico y holandés. Pero, movidos por el gusto por la aventura antes que por el del lucro, rara vez han sacado provecho de esos descubrimientos. Y los primeros portugueses que se embarcaron hacia los nuevos mundos no fueron comerciantes, sino misioneros. Después, y antes que cualquier otro país, Portugal abolió la esclavitud. La política practicada con los indígenas ha sido siempre liberal y generosa: las tribus han conservado una independencia relativa, y se han respetado sus costumbres y sus cultos. Ningún prejuicio racial ha marginado a los hombres de color de los puestos que merecían. Los matrimonios entre gentes de la metrópoli y de las colonias han sido tan frecuentes que un proverbio dice: ‘Dios creó al blanco, Dios creó al negro, el portugués creó al mestizo’” [31] . Llamativo es, en este orden de cosas, que el libro de Ogrizek, publicado en el año citado y financiado por el Secretariado Nacional de Informação, de Cultura Popular e de Turismo de Portugal, nada diga sobre un escenario político —el de aquel momento— que sin duda era más inteligente no retratar. Presenta un país austero y feliz, de tal suerte que sólo se interesa por cuestiones políticas cuando se trata de discutir —de defender— el imperio colonial. Sus directrices son al cabo las mismas que enunció Oliveira Salazar: “Todo el mundo sabe que la dominación portuguesa se ha desarrollado siempre con dulzura, respetando los hombres y sus costumbres. Nunca tuvimos prejuicios de raza. No se encontrará nunca en los lugares por los que pasamos o en los que nos encontramos el más leve vestigio de violencia, de una civilización impuesta” [32] .

El principal sustento contemporáneo de esta visión, edulcorada, de la realidad es lo que se conoce con el nombre de lusotropicalismo . Este último identifica, del lado portugués, una supuesta tendencia innata hacia el mestizaje, ajena a todo prejuicio racial y acompañada del deseo de servir de puente entre regiones y culturas diferentes [33] . El concepto correspondiente, que bebe de los escritos del sociólogo brasileño Gilberto Freyre, y en singular de Casa-grande & senzala, O mundo que o português criou y O luso e o trópico , fue interesadamente utilizado por el Estado novo a partir de la década de 1950. Adriano Moreira, a la sazón ministro salazarista de Ultramar, resumió bien el objetivo cuando afirmó que a Portugal se debe “la formulación del único humanismo que hasta hoy se mostró capaz de implantar la democracia humana en el mundo en que Occidente se expandió” [34] . Y, sin embargo, no faltó en modo alguno el racismo en la

colonización portuguesa ni menudeó el respeto por las creencias religiosas ajenas [35] . Tampoco puede hablarse, en propiedad, de fusión entre culturas, toda vez que la portuguesa asumió un papel claramente dominante [36] . En sus memorias, publicadas en el decenio de 1940, José Norton de Matos, militar y gobernador colonial, afirmó que la esclavitud, “escondida, disfrazada, engañosa”, siguió existiendo en Angola hasta principios del siglo XX [37] . Si todo lo anterior parece evidente, tampoco hay ningún motivo para concluir que la colonización portuguesa fue peor que otras [38] .

La decadencia

Hay un acuerdo general en torno a la idea de que, de forma muy rápida, Portugal dejó de ser un ejemplo de civilización para entrar en una prolongada decadencia [39] —a finales del XIX Oliveira Martins describió el país como “el enfermo de Occidente” [40] — de la que, en los hechos, no parece haber salido. Hablamos de un proceso general de siglos en el que, a buen seguro, hubo altibajos, con etapas relativamente plácidas como la primera mitad del XVIII [41] y, eventualmente, interpretaciones diferentes sobre el significado de unas u otras circunstancias. Acabamos de afirmar, en cualquier caso, que en la percepción más común, y dejados atrás los años, cargados de ficciones, del milagro de finales del XX y principios del XXI, Portugal no ha salido en modo alguno de su decadencia en un escenario en el que se percibe todavía la añoranza de una etapa lejana marcada por la grandeza de antaño, la de la edad media y la de los descubrimientos , en la que se forjó la identidad nacional . Algunos de los rasgos recién invocados parecen dibujar, ahora sí, un escenario común, en lo que a las decadencias respectivas se refiere, entre Portugal y España.

Muchas veces se ha repetido la argumentación formulada por Antero de Quental en lo que se refiere a las causas de la decadencia peninsular: la monarquía absoluta, la inquisición y los descubrimientos [42] . No se halla muy lejos de la postulada por Alexandre Herculano, quien habló al efecto del empobrecimiento de los hidalgos, del absolutismo y de la ferocidad inquisitorial de la Iglesia [43] . Intentemos poner orden en estas explicaciones y procuremos un primer factor importante: la lógica correspondiente al imperio colonial. Antero de Quental identificó al respecto un lugar exhausto por efecto de una “expansión desmedida” [44] y dio alas a una visión de los hechos asentada en la intuición de que el esplendor vinculado con los descubrimientos llevaba consigo el germen de la decadencia. De la mano de una ruptura del orden social anterior, de la separación de las familias, del encaramiento de una tarea demasiado grande para un país pequeño [45] y de la sangría de muchos de los mejores elementos, y por acogernos a la percepción de Eduardo Lourenço, los grandes descubrimientos , ¿no fueron acaso el comienzo de una emigración endémica? [46]

La lógica colonial generó una absurda dependencia con respecto a las importaciones. Para Antero de Quental —citémoslo de nuevo—, la única industria nacional era la India [47] . La expresión “humos de la India”, empleada ya en el siglo XVI, reflejaba lo que de ilusorio había en muchas de las dimensiones del comercio recién nacido [48] . Y es que mantener militarmente tierras tan alejadas de la metrópoli no era en modo alguno una tarea sencilla y rentable [49] . En 1657 un informe ante el consejo de una

hacienda exhausta señalaba: “La India [...] se halla hoy miserablemente reducida a seis plazas principales, que son Mozambique, sin defensa; Goa, poco segura; Diu, en riesgo; Cochín, dependiente de la amistad con el rey; Colombo, invadida por los holandeses, y Macao, sin comercio, desesperada. […] Angola, nervio de las fábricas del Brasil, necesita prevenirse ante los deseos de castellanos, ingleses y holandeses” [50] . A lo anterior se sumaba la escasa unidad —la ausencia de un proyecto común— que exhibían las diferentes colonias portuguesas. Sanjay Subrahmanyam ha hablado al respecto de un poder típicamente medieval, sin jerarquías claras en lo que hace a los representantes del Estado, con problemas de jurisdicción entre las administraciones civil y militar, y con una reproducción del sistema de vasallaje al amparo de una masa de nobles y condottieri .

En este orden de cosas, el deseo de pillaje, y no la búsqueda planificada de beneficios, marcó indeleblemente la colonización portuguesa, al go que a la postre generó un imperio débil [51] y propició un rápido endeudamiento del país. En 1524 se debían ya tres millones de cruzados en un escenario lastrado por el hecho de que la llegada masiva de especias había provocado un retroceso notorio en el precio de éstas. Las fortunas obtenidas merced a los viajes de ultramar no se tradujeron en el despliegue de una actividad mercantil propia en Portugal, que dependía llamativamente de la carne que procedía de Bretaña y de las coles que llegaban de Vizcaya [52] . Con el paso del tiempo el comer cio con Inglaterra se produjo, en suma, en manifiesto provecho de esta última [53] .

Conviene identificar, con todo, un segundo factor, éste más polémico, explicatorio de la decadencia: la dominación española desplegada entre 1580 y 1640. Oliveira Martins señaló en más de una ocasión que Portugal murió el primero de esos años. Aunque es verdad que Felipe II se comprometió a mantener separadas las dos Coronas, preservando la autonomía de Portugal [54] , y a respetar los foros, libertades y privilegios locales —recuérdese, por ejemplo, que el comercio con la India y con el golfo de Guinea debía quedar en manos, exclusivamente, de los portugueses —, de tal suerte que el gobierno del país se desplegase por separado del de España, al cabo esas promesas fueron violentadas por sus sucesores. De resultas, ninguno de los problemas, ingentes, que Portugal había ido acumulando entró en vía de resolución. Recabemos de nuevo la opinión de Oliveira Martins, para quien el abrazo de dos cadáveres a duras penas podía traducirse en nada nuevo y vital [55] . Aunque en más de un sentido Portugal se vio beneficiado al integrarse en el mayor bloque económico del mundo, perdió el control sobre procesos importantes, su flota se desvaneció y, acosadas por la piratería, las posesiones de ultramar quedaron sometidas a múltiples peligros derivados de la presión de ingleses, franceses y holandeses. Para que nada faltase, en fin, con el paso de los años las cargas tributarias que la población debía afrontar se dispararon. A. R. Disney subraya que, existiendo un sinfín de biografías de Felipe II de España, llamativamente no hay ninguna del mismo personaje en la condición de Felipe I de Portugal [56] : cabe concluir que el país quedó marginado y pasó a ocupar durante esos años un papel de segundo orden. Ésta es una de las muchas explicaciones de por qué el dominio español nunca fue bien recibido por el pueblo, que a la postre entendió que en modo alguno era una garantía de seguridad [57] . Hay un consenso general, en cualquier caso, en lo que se

refiere a la idea de que al terminar la dominación española en 1640 Portugal era un país muy diferente del de seis décadas antes. La recuperación de la independencia en 1640 —un hito tan relevante, en el imaginario nacional portugués, como la batalla de Aljubarrota, que en 1385 permitió evitar una unión dinástica— no se tradujo, por lo demás, en el final, o en un freno, del proceso de decadencia.

En la trastienda, y en tercer lugar, cabe afirmar que el absolutismo aniquiló las libertades municipales y cercenó las iniciativas de la burguesía que asomaba la cabeza. El despotismo monárquico, y con él la indolencia de las clases altas, se tradujo en un sinfín de trabas para una actividad, la mercantil, que se resintió, por añadidura, de la expulsión de los judíos en 1496. El efecto mayor de lo dicho no fue otro que la ausencia, pese a toda la mitología acompañante, de una burguesía merecedora de tal nombre. La indolencia de las clases altas, recién mencionada, propició antes la especulación y la búsqueda de favores que las actividades productivas. Para que nada faltase, pronto fueron visibles las secuelas de un centralism o asfixiante, de las enormes desigualdades sociales y de una Iglesia fanatizada. No se olvide que con la Inquisición y la Contrarreforma de por medio, una octava parte de la población estaba vinculada con órdenes religiosas u obedecía a ocupaciones de este cariz [58] . Enfrentada a la ciencia renacentista, la Iglesia portuguesa se limitó a crear, en palabras de Antero de Quental, “imbéciles ob edientes” [59] .

A duras penas sorprenderá que en estas circunstancias ganase terreno un sinfín de desafueros económicos. Buena parte del oro que procedía de las colonias se dilapidaba en obras sin sentido, como los palacios reales o el convento de Mafra. “Nunca un pueblo absorbió tantos tesoros para quedar al tiempo tan pobre”, afirmó Antero de Quental [60] . En la trastienda se hacían valer un comercio interno nada próspero, una producción manufacturera dispersa y poco significativa [61] , y una agricultura vulnerable, bien ilustrada por el hecho de que el país fuese incapaz de generar excedentes que alimentasen el negocio de la exportación, con las únicas excepciones del vino de Oporto y de las frutas y pasas del Algarve [62] . A finales del XVIII —nos recuerda Miguel Real—, “Portugal reconoció su pobreza intrínseca: el comercio urbano y las exportaciones en manos de los ingleses, el pan elaborado con harina blanca inglesa, el carbón importado de Inglaterra, los trajes tejidos con seda de Lyon y con la hechura de los telares de Manchester, la loza procedente de Italia, los carruajes armados de París, con escuelas públicas inexistentes, caminos reales inexistentes y hospitales públicos que se reducían al de Todos-os-Santos de Lisboa, incendiado en 1750” [63] . El círculo se cerraba, claro es, con medidas tan poco afortunadas como la firma del tratado de Methuen con Inglaterra, en 1703. A los ojos de muchos, y a cambio de un tra to de favor para los tejidos portugueses, el tratado en cue stión colocó en manos de Londres la producción de vino al tiempo que cercenaba en Portugal la de cereales y reducía las posibilidades de aparición de una industria, sometida como quedó ésta a la competición de la inglesa [64] . A ello se sumó en 1810, un siglo después, un nuevo tratado con Inglaterra que permitió que ésta desarrollase el comercio, en condiciones muy ventajosas, con Brasil [65] .

Rematemos nuestras observaciones con la reiteración de algo que ya anotamos en el inicio de este epígrafe: la decadencia parece haber dejado su huella hasta hoy. Aunque a buen seguro que la relación de causa-efecto entre ella y los datos que invoca Boaventura de Sousa Santos es discutible, este autor ha tenido a bien recordar que en 2010 los países lusófonos ocupaban en el concierto mundial puestos poco estimulantes. Los lugares que les correspondían en términos de desarrollo humano eran, sobre un total de 169 Estados, el 164 en el caso de Guinea-Bissau, el 146 en el de Angola, el 127 en el de São Tomé y Príncipe, el 125 en el de Mozambique, el 120 en el de Timor Este, el 118 en el de Cabo Verde, el 73 en el de Brasil y el 40 en el de Portugal [66] . En los hechos, y como asevera el propio De Sousa Santos, Portugal desempeñó un papel periférico durante el grueso de la edad moderna, siempre lejos del centro tanto en lo que se refiere a Europa —por cuanto fue central en la zona colonial cuando ésta era periférica para la propia Europa— como en lo que hace al mundo colonial —en la medida en que no supo preservar en éste una posición central en el momento en que el mundo colonial resultó ser central para Europa entendida como un todo— [67] .

Sebastianismo y terremoto

Bien está que hagamos un alto y prestemos atención a dos fenómenos que guardan una relación expresa con la trama general de la decadencia portuguesa: el sebastianismo , por un lado, y la dimensión simbólica del terremoto lisboeta de 1755, por el otro. Por lo que al primero respecta, constituye un fenómeno poliédrico: mientras para unos remite a una superación de la decadencia, para otros es una señal fehaciente de esta última. Sabida es la historia que sirve de asiento al sebastianismo: conforme a una visión de los hechos, tras la derrota portuguesa en la batalla de Alcazarquivir, en el actual Marruecos, en 1578, y pese a la presunción de que el rey D. Sebastião había fallecido, lo cierto es que el cuerpo de éste nunca fue hallado, con lo cual estaría servida la conclusión de que, antes o después, el monarca reaparecerá para sacar al país de su imparable decadencia [68] .

Las cosas como fueren, y en un escenario marcado por visibles efluvios nacionalistas , se pasó a idolatrar una figura, la de D. Sebastião, que con anterioridad había sido comúnmente despreciada y a la que se atribuyó con frecuencia la responsabilidad por la pérdida de la independencia [69] . La desaparición del rey abocó en una crisis dinástica que abrió el camino a sesenta años de dominación española. Es difícil imaginar que el sebastianismo hubiese alcanzado el peso que al cabo alcanzó si de por medio no se hubiese hecho valer la pérdida de la independencia recién mentada y lo que en los hechos fue una integración, durante sesenta años, en el imperio español [70] . O encoberto, el rey escondido, debería reaparecer, como ya hemos adelantado, para permitir que Portugal recuperase el dominio del mundo al amparo del llamado quinto império . Este argumento, expresado con anterioridad, en 1541, en las Trovas de Bandarra, fue recuperado por el padre Vieira en 1603 y reapareció con fuerza, en diferentes ocasiones, en los siglos XIX y XX [71] .

El sebastianismo es una suerte de mesianismo que sirve para dar cuenta de la fe ciega que muchas gentes suelen mostrar, en particular, en las capacidades de un líder político [72] . Se vincula expresamente con la intuición de que Portugal sólo consigue superarse cuando hay algo o alguien que, dotado de carisma, permite alejarse, por medios extraordinarios, del embrutecimiento y del empobrecimiento de la vida cotidiana. Ese algo o alguien puede ser un partido, un senhor doutor , la lotería o las promesas de nuestra señora de Fátima [73] . A través de esta manifestación, y de otras afines, el sebastianismo sería, entonces, un fenómeno plenamente vivo en la sociedad portuguesa. Eduardo Lourenço ha subrayado que, como quiera que representa la conciencia delirante de una flaqueza nacional, de una carencia, esta última se convierte en real [74] . Para Boaventura de Sousa Santos, entre tanto, el sebastianismo es el efecto de una compensación ideológica especulativa asumida por las elites portuguesas y motivada por la ausencia de desarrollo social y por la debilidad de la razón científica y filosófica; hablamos, por añadidura, de un fenómeno que cobró cuerpo en el siglo en el que se producía una profunda revolución científica en la Europa occidental [75] . El fenómeno guarda, en fin, una estrecha relación con la saudade , una relación especialmente patente en la obra de Teixeira de Pascoaes: la saudade se materializa en la unión emotiva entre el deseo y el dolor, de tal forma que el deseo materializa el dolor y el dolor espiritualiza el deseo [76] .

También es sabido que Lisboa padeció en 1755 un devastador terremoto que constituyó un choque profu ndo para el pensamiento ilustrado y levantó un sinfín de polémicas. Hubo quien invocó el peso de la ira divina frente al materialismo que se revelaba en una ciudad de vida disipada como era, según esta percepción, la capital portuguesa, y ello aunque no faltase tampoco quien, en sentido muy diferente, afirmase que Portugal había sido castigado precisamente en virtud de su proximidad a Dios, como ejemplo para todos [77] . Las disputas alcanzaron a la figura del reconstructor de Lisboa, el marqués de Pombal, convertido en un mito, mitad sebastianista, mitad ilustrado-tecnocrático, enfrentado a la decadencia. Claro que no está de más rescatar otras dimensiones interesantes en la figura de Pombal. Una de ellas es la premonitoria primacía otorgada por éste, en la reconstrucción de la capital, a los intereses de las empresas comerciales, de los bancos y de las instituciones oficiales, bien manifiesta a través del trazado de la Baixa lisboeta [78] . La reconstrucción pombalina se anticipó, por otra parte, a muchas de las reconversiones planificadas que afectaron a las grandes ciudades europeas en el siglo XIX [79] . La propia política de Pombal sirvió para ilustrar, en fin, lo que a los ojos de muchos eran las ventajas de gobernar en un estado de excepción permanente [80] .

Conservadores y liberales, monarquía y república

El XIX portugués registró una confrontación entre liberales y conservadores, con, por momentos, un régimen absolutista remiso al aggiornamento . El escenario exhibió muchos rasgos similares a los que se hacían valer en España. Uno de ellos, el primero, lo aportaron las mismas tensiones, en las capas intelectuales, en lo que respecta a la invasión francesa de principios del siglo: mientras se rechazaba al invasor, a menudo se estimaba, sin embargo, que los principios de la ilustración de los que era portador le

harían bien a Portugal [81] . En realidad, y de nuevo como en España, los primeros vientos de libertad no surgieron en el interior del país, sino que llegaron, antes bien, de Francia y de Inglaterra. Pronto la idea de libertad se fusionó con la de nación , de tal suerte que, en un escenario marcado por el auge del romanticismo y por el del positivismo, Portugal pareció recuperar su orgullo patriótico [82] . Ello no evitó, aun con todo, una construcción nacional muy conflictiva, sugerentemente analizada, por cierto, en el libro de Fernando Catroga que lleva por título A geografia dos afectos pátrios [83] .

Si las guerras carlistas tuvieron un remedo en Portugal de la mano de disputas dinásticas como las protagonizadas por los dos hijos de D . João VI, defensores de proyectos diferentes, el uno constitucionalista y el otro absolutista [84] , también se hicieron valer, como en España, etapas de predominio liberal y otras de supremacía conservadora, entremezcladas, bien es cierto, con guerras internas, revueltas populares como las de Maria da Fonte y la Patuleia, pronunciamientos militares y golpes de Estad o civiles. Por no faltar ni siquiera faltó una desamortización de los bienes eclesiásticos. En la segunda mitad del XIX Portugal era un país no industrializado, gobernado por medio de un parlamentarismo oligárquico y clientelar razonablemente estable —los partidos Regenerador y Progresista se turnaban en el ejecutivo— y claramente dependiente de la explotación de las colonias [85] . Ése fue el escenario en el que se verificaron, en la parte postrera del siglo, el auge del republicanismo —reivindicaba el sufragio universal masculino, la secularización de la educación, la autonomía municipal y la separación entre la Iglesia y el Estado [86] — y la aparición de las ideas socialistas y anarquistas.

La decadencia, con todo, no se interrumpió en el XIX. A su causa se sumó el hundimiento económico generado por la independencia de Brasil. Recordemos que el emperador brasileño D. Pedro I afirmó que Portugal era un Estado de cuarto rango que, muy necesitado, debía unirse a Brasil, en el buen entendido de que el protagonismo debía corresponder en adelante a este último, un Estado de primer orden [87] . Las cosas como fueren, parece evidente que a lo largo del XIX Portugal se tomó su tiempo a la hora de definir un futuro sin Brasil [88] . El resultado fue un país que, aún en mayor grado que España, permaneció en el furgón de cola de la revolución industrial, por efecto de la ausencia de una burguesía nacio nal asentada, de materias primas interesantes, de capital y de conocimientos tecnológicos, y de la omnipresencia —que a buen seguro arrastraba sus ventajas— de una sociedad rural comúnmente descrita como atrasada [89] . En los hechos, Portugal ni siquiera compartió con España la fascinación que esta última suscitó entre los viajeros románticos: era una suerte de periferia de la periferia [90] .

A duras penas sorprenderá que en semejante teatro la monarquía fuese perdiendo crédito. Su historia, de ocho siglos, terminó en 1910 en provecho de una república que ha pervivido hasta hoy. Aunque la discusión al respecto de la forma de gobierno parece cerrada en Portugal, ello no es óbice para que, de manera un tanto sorprendente, los libros sobre la Casa Real española tengan un razonable éxito en el país, como si determinadas capas de la población añorasen los oropeles correspondientes. Importa subrayar que ni siquiera en los años del Estado novo salazarista se discutió la forma

republicana de gobierno, aun cuando fuese cierto que la república recibiese entonces las etiquetas de unitaria y corporativa . La influencia inicial del fascismo italiano probablemente apaciguó, en muchos círculos de la derecha, el designio de restaurar la monarquía y permitió que la república como tal no fuese objeto de una contestación tan activa como la que se registró en España en la década de 1930.

La imagen que la república de los años 1910-1926 nos ha legado, en parte real, en parte interesada, lo es de perma nentes altercados agravados por las divisiones registradas en el propio bando republicano. Si esa situación de convulsión permanente no abocó en una guerra civil, como sucedió en España, dejó el camino expedito, sin embargo, a una dictadura cuyo perfil nos interesará más adelante. En los años mencionados se hicieron valer una suerte de efímero gobierno autoritario a lo Primo de Rivera, el encabezado por Sidónio Pais en 1917-1918 [91] , y la participación de Portugal, a diferencia de España, en la primera guerra mundial: lucharon del lado de Francia e Inglaterra 55.000 soldados portugueses, a los que habría que agregar otros 25.000 desplazados a África [92] . Sobre el papel, los dos grandes objetivos de esa intervención fueron, por un lado, salvar el imperio colonial y, por el otro, alejar el peligro de una eventual anexión española [93] .

En los años reseñados, el Partido Democrático monopolizó la representación electoral, sin alternancias ni competiciones mayores. Se asentó, de resultas, un monopolio partidario [94] que ocultaba, sin embargo, enormes controversias entre los propios republicanos, pasajeramente unidos cuando existía una monarquía que contestar pero manifiestamente enfrentados cuando ese enemigo había quedado atrás. De ahí nació, sin ir más lejos, una llamativa inestabilidad gubernamental: entre 1910 y 1926 Portugal tuvo nada menos que 45 gobiernos [95] , al amparo de una realidad similar en este terreno a la de la segunda república española. No olvidemos, por otra parte, el escaso apoyo que la república mereció en las zonas rurales, que seguían acogiendo al grueso de la población. Recuérdese que si en 1900 sólo el 10 por ciento de los portugueses residía en localidades de más de 20.000 habitantes, el porcentaje no era mucho más alto en 1930: un 14 por ciento [96] . En este escenario la emigración adquirió, por añadidura, un peso notable, como lo certifica el hecho de que entre los dos años mencionados casi un millón de personas abandonó el país [97] .

Aunque la república aprobó, en materia social, leyes relativamente avanzadas, éstas a duras penas fueron objeto de aplicación. Téngase presente que el panorama correspondiente era cualquier cosa menos halagüeño: en el inicio del siglo XX la esperanza de vida al nacer se emplazaba en 40 años, las tasas de mortalidad se contaban entre las más altas de Europa, la pobreza se hallaba muy extendida —la renta per cápita era un 45 por ciento de la media en los Estados desarrollados—, la emigración —como acabamos de señalar— era a menudo la única respuesta consistente al respecto, y era analfabeto el 75 por ciento de los habitantes [98] . Para cerrar el panorama, y de nuevo con semejanzas notables con el caso español, la Iglesia y las fuerzas armadas desempeñaban papeles muy relevantes. Cierto es que, mientras España acababa de clausurar su cuestión colonial , esta última permanecía abierta en Portugal. Las cosas como fueren, en la etapa 1910-1926 el país apenas progresó, por ejemplo, en

materia de alfabetización, si bien es cierto que la separación entre la Iglesia y el Estado —fuente, como cabe esperar, de muchas controversias— se tradujo en ganancias en materia de libertad de expresión. La situación de las mujeres, por otra parte, apenas experimentó cambio alguno [99] . Para que nada faltase, en suma, la república reprimió con dureza a los sindicatos y se ensañó particularmente con el anarcosindicalismo.

Fácil es intuir que aún hoy pervive una discusión agria sobre los años que nos han ocupado en los últimos párrafos: la república, ¿fracasó por sus propias taras o de resultas de la presión de sus enemigos? Limitémonos a señalar que si para unos fue un régimen progresista y democrático traicionado por una gran coalición de fuerzas reaccionarias, para otros se convirtió en una mera prolongación de los regímenes liberales y elitistas característicos del XIX, toda vez que el caciquismo heredado de la monarquía pervivió, inalterado, con el nuevo régimen [100] .

El ‘Estado novo’

Desde 1918 Portugal se vio inmerso en una dinámica de constantes refriegas que explican, por cierto, la opinión sobre el país vertida por Valle Inclán por la que nos interesamos más adelante. En 1926 se hizo valer una genuina “coalición antisistema” en la que se dieron cita un ejército dividido y politizado tras la intervención en la primera guerra mundial y las demand as de intervención militar que llegaban del republicanismo conservador, de los católicos-sociales y de la extrema derecha integralista [101] . El golpe militar consiguiente recibió el respaldo —no puede olvidarse— de una parte significada de las elites políticas. El régimen resultante sólo se estabilizó, con todo, cuando, a principios de la década de 1930, se asentó la figura de António de Oliveira Salazar [102] . Aunque a menudo se ha comparado a Salazar con Franco, conviene dejar claro que la condición y el estilo de uno y otro eran muy diferentes. Baste con recordar que Salazar era un profesor universitario de corte tradicionalista y origen rural, y no un militar, y que, poco inclinado a hacer uso de un supuesto carisma, propició en su figura un culto a la personalidad muy limitado.

En el salazarismo se impuso con claridad el peso de la tradición y de la disciplina, del orden y de la jerarquía natural [103] . El resultado fue un Estado antidemocrático, antiparlamentario, anticomunista, nacional-autoritario y corporativo [104] que, sin embargo, a duras penas casa con lo que comúnmente se entiende por fascismo . Recuérdese al respecto que el salazarismo no procuró la destrucción del Estado preexistente a manos de un partido de masas, nunca fue un régimen militar, sino una dictadura de gabinete o de notables que poco más reclamó que la apática desmovilización de la población, tuvo una manifiesta inspiración católica, apostó por formas de represión menos severas que las de los regímenes fascistas y no buscó el despliegue de políticas de expansionismo territorial —bastante tenía, bien es cierto, con preservar lo alcanzado en los siglos anteriores—. Estuvo encabezado, en otro terreno, por un “dictador provinciano, reservado y puritano” (James Anderson) que nunca dirigió soldados en un campo de batalla, apenas viajó, no visitó el imperio colonial africano y no sintió mayor interés por la radio o la televisión [105] . No se revelaban en Portugal, por lo demás, elementos como los que en otros Estados europeos explicaron el

auge de regímenes fascistas: en el país no había veteranos de guerra desmovilizados, ni una sociedad alfabetizada, industrializada y urbanizada, ni un número p articularmente alto de desempleados y marginados, ni un retroceso claro de la influencia de las instituciones religiosas, ni una necesidad de lidiar con minorías raciales o de hacer frente a problemas internacionales de relieve [106] . Antes bien, lo que imperaba era, sin más, un nacionalismo reaccionario y tradicionalista que procuraba contestar todo tipo de reformas y modernidades. Salazar consiguió atraer a militares, conservadores, elites burocráticas y empresarios para así arrinconar a los sectores de cariz más estrictamente fascista, en un proceso de progresiva constitucionalización de la dictadura naciente. La Constitución de 1933 estableció una república unitaria y corporativa que surgió en virtud de un compromiso entre los principios liberales, pronto convertidos en mero papel, y los característicos del corporativismo. El resultado fue una dictadura del "presidente del Consejo" —el ejecutivo podía actuar sin mayores limitaciones—, con un parlamento colmado por la llamada Unión Nacional y elecciones no competitivas. El único obstáculo al poder de Salazar lo configuraba la presidencia de la república que, ocupada por un general, era una herencia de la primitiva dictadura militar. El modelo que veía la luz, aunque dictatorial, se alejaba —digámoslo una vez más— de la proyección totalitaria y pagana que impregnaba al fascismo italiano y al nacionalsocialismo alemán [107] . No sólo eso: a diferencia de éstos, el salazarismo hizo uso de instrumentos de encuadramiento y movilización tradicionales, como los vinculados con la Iglesia y las elites locales, y no de ambiciosas y nuevas organizaciones de masas [108] .

Nada de lo que acabamos de decir debe conducir a la conclusión de que al calor del salazarismo adquirió carta de naturaleza un régimen concesivo y blando, y ello por mucho que sea cierto que, si asumimos una comparación —tan legítima como delicada— con el franquismo, el régimen portugués coetáneo fue sensiblemente más suave. Bastará con recordar al respecto de esto último que, mientras el franquismo vio la luz merced a una sangrienta guerra civil, el salazarismo fue el resultado, al cabo de unos años, de un golpe militar poco cruento. Hay que guardar las distancias, sin embargo, con respecto a los intentos encaminados a lavarle la cara a Salazar [109] , al que a menudo se presenta hoy como un moderado que permitió salvar un país caotizado, muy en la línea de la literatura revisionista española. Frente a ello lo suyo es subrayar que en el Portugal salazarista en modo alguno estuvieron ausentes la represión, los desmanes de la policía política, la censura, las purgas de funcionarios y la dureza de prisiones y deportaciones, circunstancias todas que obligan a recelar del buen sentido de una conocida aseveración del propio Salazar: la que afirmaba que la violencia "no se adapta a la blandura de nuestras costumbres" [110] . No olvidemos que estamos hablando de una dictadura de partido único, por mucho que éste se impusiese en un escenario marcado —si aceptamos el buen sentido de las equívocas categorías que invoco ahora— por las reglas de un régimen autoritario , y no totalitario . Si extraemos una de las posibles consecuencias de esta distinción, habrá algún espacio para explicar por qué, a diferencia, de nuevo, del franquismo, en el salazarismo se medio toleró la manifestación de tendencias opositoras. Piénsese, por ejemplo, que, aunque las elecciones celebradas en esas décadas mucho tuvieron de farsa y de fraude, no por ello faltaron situaciones delicadas como las que se hicieron valer en 1948, con

Norton de Matos, y en 1958, cuando el general opositor Humberto De lgado concurrió a las presidenciales. Llamativo parece, por otro lado, que cuadros significados del ejército que habían expresado opiniones disidentes, como António de Spínola o Francisco da Costa Gomes, ocupasen pese a ello puestos de mando relevantes en las colonias [111] . Señálese que a los ojos de algunos las políticas oficiales permitieron la aparición de un mundo cultural —ante todo controlado por el Partido Comunista— contrapuesto al oficial [112] . O subráyese cómo cierta tolerancia con respecto a manifestaciones artística s presuntamente contestatarias, como es el caso del neorrealismo o del surrealismo [113] , coexistió, bien que no sin conflictos, con una apuesta tradicionalista bien p lasmada en la Exposição do Mundo Português organizada en Lisboa en 1940 [114] .

El proyecto de Salazar en el terreno económico se materializó en el designio de recuperar los valores tradicionales y en el objetivo de equilibrar el presupuesto, tarea esta última en la que los éxitos a la hora de cuadrar las cuentas del Estado no parecieron ser tan notables como la propaganda del régimen sugería. Aunque a partir de 1950, y al amparo del ciclo expansivo de la economía, cada vez más internacionalizada, se registraron logros en provecho de una incipiente clase media y de los funcionarios —las obras públicas permitieron generar, por otra parte, muchos puestos de trabajo [115] —, el salazarismo mostró una franca connivencia, a la postre, y tal y como había sucedido con las dictaduras en Italia, Alemania y España, con las clases altas de la sociedad portuguesa. Incluso en el terreno de los conceptos estaba clara la condición de un régimen que despreciaba manifiestamente a las masas y ratificaba que eran las elites las que estaban llamadas a tomar las decisiones y a dirigir el país. En el Portugal salazarista se revelaron, por lo demás, las mismas mitologías que en España en cuanto a la gestación y el desarrollo de Estados sociales . A duras penas acertaron a ocultar, sin embargo, el despoblamiento del medio rural, las deficiencias del sistema educativo, la ausencia manifiesta de algo vinculado con la seguridad con respecto al futuro, la extensión del desempleo, la alta mortalidad infantil, la pobreza generalizada, la marginación de las mujeres —se esperaba sin más se dedicasen al marido, a los hijos y al hogar [116] — y, en fin, la expansión, incontrolada, de la emigración. Si entre 1960 y 1974 un millón y medio de portugueses abandonó el país [117] , el destino predilecto dejó de ser Brasil en provecho de varios Estados europeos, y en singular Francia. Aunque las remesas de los emigra ntes fueron decisivas, no tuvo un papel menor un turismo en franca expansión: mientras en 1950 Portugal había acogido a 76.000 turistas, en 1973 la cifra se elevaba ya a cuatro millones [118] . Conviene agregar, eso sí, que aun cuando el relieve de la emigración y del turismo dibujaba una situación genéricamente similar a la española, de por medio se manifestaba un elemento singularizador: la guerra colonial —de la que hablaremos inmediatamente— acabó por convertirse en una carga económica muy onerosa, tanto más cuanto que fue desarrollada con el propósito expreso de mantener el régi men, y no con el de salvar la economía. Al amparo de las disputas generadas por esa guerra se fue extendiendo la impresión de que Salazar no era la solución, de tal suerte que no quedaba otro remedio que aguardar a que falleciese o, simplemente, se marchase.

Por lo que a la política exterior del salazarismo se refiere, la atracción, limitada y pasajera, que ejercieron sobre el régimen el nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano reculó en provecho de lo que al cabo fue, durante la segunda guerra mundial, una posición de aparente neutralidad con ligera predilección en favor de los aliados. Portugal proporcionó, en particular, wolframio a los dos bandos contendientes, aunque a partir de 1943 dejó de vender esa materia prima a Alemania, mientras negociaba con los aliados la concesión de bases en las Azores, ultimada en 1944 en provecho de Estados Unidos [119] . Con Lisboa convertida en centro mítico de espionaje [120] , entre 1939 y 1942 Salazar se ocupó ante todo en evitar una invasión de alguna de las potencias del Eje —incluyamos en éste con cierta liberalidad a la España de Franco— para, a partir de 1943, mostrarse más propicio a aceptar las demandas de los aliados. A Salazar le inquietaban tanto un triunfo del Eje como una victoria de estos últimos, en la medida en que interpretaba que podían poner en peligro el imperio colonial en un escenario en el que recelaba, antes que nada, de una mejora en la posición de la URSS [121] . En medio de todas estas tensiones, Portugal sacó una interesante tajada económica, de cualquier modo, de la segunda guerra mundial.

En los años posteriores al segundo conflicto bélico planetario los elementos de cariz nacionalista que habían imperado en la década de 1930 fueron reemplazados por otros, no muy lejanos, en los que primaban la defensa del imperio colonial y la lucha contra el comunismo. La “patria amenazada” y la defensa de la “civilización occidental” se convirtieron en motores principales de un discurso oficial [122] que facilitó una adhesión temprana a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) y un trato de favor, durante la guerra fría , dispensado por las potencias occidentales. En este marco hay que subrayar que, a diferencia de lo ocurrido en España con el franquismo, el acercamiento —la incorporación en su caso— de Portugal a las instituciones occidentales, o a muchas de ellas, se produjo durante el salazarismo. No se olvide que Portugal se sumó a la OTAN —acabamos de anotarlo— en 1949, en tanto España hubo de aguardar a 1982. Portugal fue, por otra parte, uno de los fundadores, en 1960, de la AELC (Asociación Europea de Libre Comercio; EFTA, en sus siglas inglesas), organización en la que España nunca se integró, y lo había sido con anterioridad, en 1948, de la OECE/OCDE (Organización Europea para la Cooperación Económica/ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), instancia a la que España se adhirió once años después [123] . En 1972, en fin, y en el interregno de Marcelo Caetano —pasó a dirigir efímeramente el país tras el accidente cerebral padecido por Salazar en 1968, que condujo a éste a la muerte dos años después, y hasta el golpe de abril de 1974—, Lisboa había suscrito un acuerdo con la entonces llamada Comunidad Económica Europea [124] .

Parece suscitar pocas controversias, en suma, la idea de que el declive del salazarismo mucho le debió a la negativa a aceptar las consecuencias del proceso de descolonización que se abrió camino en el planeta al terminar la segunda guerra mundial [125] . El régimen acometió intentos estériles orientados a buscar nuevas fórmulas que permitiesen mantener el imperio colonial y desoír las exigencias que llegaban desde Naciones Unidas. Esos intentos tuvieron como cimientos principales la defensa de la condición

saludable de la colonización portuguesa —el colono portugués era “ejemplo de audacia fría, de desprecio por el peligro, de indiferencia ante el sufrimiento, de sobriedad, de persistencia en el trabajo, de amor a la tierra”, según Armindo Monteiro, ministro de Asuntos Exteriores [126] — y la idea, paralela, de que la civilización europea y la “raza blanca” eran superiores. En 1951 una revisión constitucional pasó a con siderar las colonias como “provincias de ultramar” que con figuraban una única nación junto con la metrópoli. Veinte años después, y ya con Marcelo Caetano dirigiendo el país, se anunció la concesión de una “autonomía progresiva” en provecho de aquéllas que en realidad sólo benefició a los propios órganos de la administración colonial [127] . El hecho de que las medidas aparentemente democratizadoras apenas se saldasen con cambios de relieve [128] se convirtió en explicación del porqué del estallido de la “guerra colonial” en Angola (1961), Guinea-Bissau (1963) y Mozambique (1964), no sin que en el primero de los años reseñados Portugal hubiese perdido Goa, Damão y Diu, en la India. En 1973 eran 90.000 los jóvenes inmersos en la guerra colonial, en la que en total participaron, en el transcurso de los trece años de duración, 800.000 portugueses. Hablamos, en términos relativos, del mayor esfuerzo militar acometido por un Estado europeo desde la segunda guerra mundial hasta aquel momento. En 1971 el gasto en defensa se llevaba el 46 por ciento del presupuesto [129] . En total, 6.000 soldados originarios de la metrópoli murieron durante la guerra, un guarismo que, en términos de nuevo relativos, era tres veces superior al de las bajas estadounidenses en Vietnam [130] . No es difícil imaginar el efecto que estas cifras tuvieron en el juicio que la población portuguesa acabó por emitir sobre el salazarismo, de la mano de un fenómeno singularizador, sin parangón en la España de las décadas de 1960 y 1970.

Del 25 de abril a la Unión Europea

A diferencia de lo ocurrido en España, la dictadura portuguesa remató en virtud de un golpe militar asestado el 25 de abril de 1974 [131] . Importa subrayar que fue un golpe incruento, que se saldó con cuatro muertes, ninguna de ellas provocada por los militares golpistas. Como ya hemos adelantado, el escenario portugués era, por lo demás, diferente del español, o al menos lo era si tomamos en consideración que en el caso de Portugal el imperio colonial seguía siendo una realidad y que en el país no había problemas étnico-nacionales internos ni fracturas lingüísticas.

La descolonización, acompañada de la retirada de contingentes militares y del reconocimiento de las independencias de las colonias, se abrió camino de forma muy rápida [132] y acarreó la repatriación de muchos de los portugueses —acaso 800.000— residentes en las colonias, a los que habría que sumar unos 200.000 militares [133] . Cabe entender que el proceso correspondiente concluyó cuando, en 1999, Portugal y China alcanzaron un acuerdo para ceder a ésta la soberanía sobre Macao. La revolución de abril o revolución de los claveles se reclamó de un programa asentado en tres des : democracia, desarrollo y descolonización. En un escenario económico delicado, en el que se dieron cita la crisis del petróleo de 1973 [134] , las secuelas de la guerra colonial y, al poco, las de la propia descolonización, más los efectos de las turbulencias políticas internas, se procedió al desmantelamiento de monopolios, a la nacionalización de bancos y

empresas, a una reforma agraria asentada en el reparto de tierras y, en muchos casos, al despliegue de fórmulas autogestionarias y de ocupaciones de empresas [135] .

Todo lo anterior suscitó una honda preocupación en las potencias occidentales, que apreciaban el riesgo de un proceso revolucionario en un país de la Europa civilizada . De resultas, pronto se hizo evidente que la s elites dirigentes, con apoyo exterior, procuraban reencauzar, con razonable éxito, ese proceso. La atribución al Partido Comunista de la dirección del mismo permite olvidar que ese partido actuó para frenar muchos de los movimientos que, efímeramente, se hicieron valer en el sentido de la expropiación y la autogestión . Tocó a su fin también, por cierto, una breve etapa en la cual Portugal procuró estrechar lazos con muchos Estados del Tercer Mundo. En la trastienda se hizo evidente que en el caso portugués no hubo que vender el mito de una transición modélica: la tarea principal consistió, antes bien, en esconder lo que había supuesto, inicialmente, la revolución de abril.

En 1986 Portugal y España se convirtieron en miembros de pleno derecho de lo que hoy llamamos Unión Europea. Si el Estado novo había vinculado su condición con la preservación del imperio y, a través de ella, con la vocación atlántica de Portugal, el país que surgió en 1974 sustituyó en cierto sentido el imperio por Europa , vinculó ésta expresamente con la Unión Europea y sugirió al cabo que los vínculos correspondientes nunca habían sido, en los hechos, abandonados [136] . Es verdad que la dimensión europea siempre había estado presente en la vida y la historia portuguesas, y ello por mucho que en tantas ocasiones quedase oscurecida por otra dimensión, la relacionada con el imperio colonial, de esa vida y de esa historia. Durante varios siglos, Portugal había sido de forma simultánea el centro de un gran imperio y un lugar de la periferia de Europa, esto es, un Estado colonizador y colonizado al mismo tiempo [137] . En este orden de cosas, la integración en la Unión Europea creó la ilusión de que, al incorporarse al centro, dejaba de ser periferia.

La inclusión en la Unión Europea pronto se vio vinculada con un milagro económico que —hoy lo sabemos— presentaba muchos dobleces. Sobre el papel, y al amparo de los fondos estructurales y de cohesión, se avanzó en la modernización del país —o al menos en la de sus ciudades— y en la de las infraestructuras viarias de transporte (no así en la de las ferroviarias) [138] . Ganaron terreno también la terciarización y la financiarización de la economía en un escenario marcado, por lo demás, por procesos de largo aliento, como la desruralización y la litoralización de la población. Se registraron mejoras innegables en el escenario económico y social, o mejoras al menos si no se hacen demasiadas preguntas en relación con la trastienda de los datos. Mientras en 1986 el producto interior bruto per cápita portugués era un 55 por ciento del medio en la Comunidad Económica Europea, en 1998 se situaba ya en un 72,5 por ciento [139] . La esperanza de vida, por otra parte, pasó de ser de 60 y 66 años —hombres y mujeres, respectivamente— en 1960 para emplazarse en 73 y 79 en 2001. A tono con el conjunto europeo, la natalidad retrocedió sensiblemente en tanto la población iba envejeciendo de forma visible [140] . Si el sector primario era todavía mayoritario en la década de 1960, pronto el país experimentó —lo

acabamos de señalar— una rápida terciarización, sin que en ningún momento, por cierto, la industria fuese el sector económico más relevante [141] . Las inversiones en educación crecieron, se registraron también mejoras sensibles en el equipamiento de las viviendas [142] y las mujeres se incorporaron masivamente a la población activa. En la trastienda, en fin, y en un marco de amplio apoyo popular a la Unión Europea, se asentó la mitología desarrollista postulada al calor de la construcción de ésta.

Sabido es que los datos aparentemente saludables del milagro se difuminaron con el paso de los años en provecho d e una realidad bien distinta: la de un país asolado por una cri sis agudísima. Y es que el milagro se acabó pronto por efecto del vuelco de la Unión Europea hacia el este de Europa, de la lógica de una globalización para la que Portugal no estaba preparado [143] y del peso ingente de la economía especulativa. Salta a la vista, por lo demás, que la Unión Económica y Monetaria auspiciada por la Unión Europea ni reforzó las garantías de estabilidad, ni aceleró el desarrollo , ni acrecentó la justicia social [144] . Portugal era una economía manifiestamente dependiente desde mucho antes de que empezasen a introducirse las medidas auspiciadas por la troika , el centro de decisión en el que se daban cita el Banco Central Europeo, la Comisión Europea y el Fondo Monetario Internacional. En recesión prácticamente desde el inicio del siglo XXI, conforme a los estándares internacionales presentaba una baja competitividad y procuraba atraer, con escaso éxito, inversores sobre la base de los bajos salarios ofertados. La impresión de que Portugal no salía de una situación de parálisis y caos le dio alas, en muchos casos, a una demanda de restauración del orden en un país que se entendía estaba caotizado [145] . A los ojos de algunos se precisaba, ni más ni menos, un nuevo Salazar. Martin Page refiere que el memorial levantado en recuerdo de este último en Santa Comba Dão, su pueblo natal, ni ha sido desmantelado ni es objeto de cuidado, en lo que se antoja una buena metáfora, acaso, de lo ocurrido con la dictadura [146] .

Pese a que se habían verficado ampliaciones de la Unión Europea que permitieron la incorporación de Estados más pobres que Portugal, en términos relativos la renta per cápita portuguesa, comparada con la media de la Unión, retrocedió en el primer decenio del siglo XXI [147] . El desempleo, entre tanto, subió notablemente, de tal suerte que unas c ien mil personas abandonaban el país cada año [148] . Particularmente llamativa resultaba ser la emigración camino de Angola —toda una señal de los tiempos— en un escenario en el que el número de pobres no dejaba de crecer. Piénsese que en 2008, antes de lo peor de la crisis, un 18 por ciento de los portugueses vivía ya por debajo del umbral de la pobreza [149] . Un niño de cada seis era pobre, en tanto una cuarta parte de los jubilados malvivía con 200 euros mensuales [150] . El salario medio de un trabajador portugués era, por otro lado, la mitad del salario medio en la Unión Europea, en tanto el salario mínimo en Portugal constituía una tercera parte del francés [151] . Estaba viendo la luz, en suma, una nueva pobreza, joven y proletarizada, acompañada de un bajo nivel de escolarización y fundamentalmente presente en las ciudades [152] . De por medio se habían hecho valer, como es sabido, recortes, congelaciones salariales, la exigencia de mayores aportaciones de los trabajadores a la seguridad social, despidos masivos de funcionarios, una general precarización del empleo y, en fin, una de las tasas

de suicidio más altas de Europa [153] . En la trastienda se estaba verificando una progresiva destrucción de un ya de por sí magro Estado del bienestar. La seguridad social era de las más débiles de la Unión Europea —sólo se situaba por encima de los sistemas de Rumania, Bulgaria y Letonia [154] —, en 2008 el sistema educativo permitía que únicamente un 27 por ciento de los portugueses con edades comprendidas entre los 25 y los 64 años hubiese terminado la enseñanza secundaria, la peor media de la Unión Europea [155] , y se registraba un inequívoco retroceso en el gasto en sanidad y educación [156] .

Para que nada faltase, la situación ecológica era muy delicada. Los bosques estaban desapareciendo de resultas de la acción humana y de incendios forestales en los que a menudo podía apreciarse también esa acción. El cambio climático empezaba, por otra parte, a pegar fuerte. “El clima africano está llegando a nuestro país. Corremos el riesgo de perder rápidamente más de la mitad de nuestras especies vegetales y el conjunto de los animales a ellas asociados. El propio turismo se verá afectado, toda vez que el verano se está haciendo insoportable y tememos una eclosión de las enfermedades tropicales”, afirmó un geógrafo andaluz para dar cuenta de una situación que, en la opinión de Jorge Valadas, en nada difería de la portuguesa [157] .

En circunstancias como las reseñadas a duras penas sorprenderá el descrédito general del sistema político. Además de un crecimiento de la abstención, despuntaban la corrupción, la impunidad de quienes a ella se entregaban —los desvíos en los presupuestos de obras públicas eran con frecuencia de un 300 por ciento [158] — y la visible incompetencia y oportunismo de los gobernantes [159] . Los bancos habían sido inmoralmente rescatados mientras las autoridades se desentendían de la dramática situación de tantos ciudadanos. Como decía un manifiesto de contestación de los programas instaurados por la troika , los responsables de todo lo anterior eran gentes que, por emplear la frase del padre Vieira, “no vienen aquí a buscar nuestro bien: vienen a buscar nuestros bienes” [160] . Y es que, en efecto, el escenario portugués, como el español, se caracterizaba, al calor de la crisis, por una mejora sustancial de la posición de los más ricos. Portugal constituía el país de la OCDE en el que la distancia entre ricos y pobres era mayor [161] .

Una nota sobre el iberismo

Desde mucho tiempo atrás se hace valer una disyuntiva en la vida portuguesa: o bien considerar ésta como una parte integrante de un todo peninsular, o bien procurar una definición sobre la base de la voluntad expresa de desdeñar ese todo y buscar otros horizontes. Para António José Saraiva la primera de las posiciones fue común entre los siglos XII y XVII, en tanto la segunda se abrió camino con fuerza con posterioridad, de la mano las más de las veces de una vocación europea en la que Francia era un hito fundamental [162] , con una Inglaterra emplazada, en lo que a estas disputas se refiere, en un segundo plano.

En cierto sentido, el iberismo ha operado como una réplica ante la segunda condición mencionada, al amparo de una defensa de la unidad del todo

peninsular y de la sugerencia de que existen elementos comunes a los pueblos ibéricos. Lo que las más de las veces se barruntaba por detrás era el designio de recuperar, frente a la decadencia, la grandeza pasada en la forma de una especie de “Rusia de Occidente” [163] . La principal concreción de esa propuesta la aportó, a mediados del XIX, Sinibaldo de Mas y Sans (Sinibald de Mas i Sants), quien postuló una unión ibérica que habría de ser el producto de una asociación espontánea política y económicamente ventajosa para sus dos integrantes. Es verdad que la unión tendría también una dimensión cultural en la medida en que vendría a atar las relaciones intelectuales, sobre la base de la idea de que los países ibéricos compartían un idioma “casi único”. Esta circunstancia haría que la unión en cuestión fuese más perfecta que la que se registraba dentro de España, en donde, en la percepción de De Mas y Sans, algunas “provincias” estaban manifiestamente separadas de resultas de la existencia de idiomas muy distintos [164] . Cierto es que, en lo que a Portugal respecta, la cooperación y las alianzas peninsulares parecen haber recibido de siempre un menor apoyo entre las clases populares que entre las elites políticas e intelectuales. En las primeras han pesado mucho —no se olvide— memorias colectivas a menudo vinculadas con leyendas negras [165] .

Conviene subrayar que son varias las interpretaciones que se han ofrecido para dar cuenta del sentido del impulso iberista. Hay quien ha recordado, por lo pronto, que del lado portugués el iberismo revela una ausencia de confianza en las capacidades propias, traducida en la defensa de alianzas externas que permitan resolver los problemas del país. Y eso que las más de las veces la desconfianza mencionada abocó —ya lo hemos dicho— en la búsqueda de soluciones allende los Pirineos, y no en una aproximación a una España que a la postre arrastraba, pese a algunos indicadores un poco más halagüeños, como los relativos a escolarización y alfabetizac ión, lacras parecidas a las portuguesas. Francia aportaba —no se olvide— una ventaja adicional, en la medida en que, bien avanzado el XIX, no parecía alentar ningún proyecto encaminado a someter a Portugal, algo que no podía predicarse, en cambio, de España. Recuérdese al respecto que en 1853 Alexandre Herculano consideró que los nacientes vínculos ferroviarios con el vecino peninsular constituían un riesgo para Portugal, en la medida en que podían alentar una asimilación por España [166] . Las cosas como fueren, en la trastienda de la propuesta iberista se ha hecho sentir a menudo la idea de que esta última debía constituir un antídoto ante la decadencia de los dos Estados peninsulares, argumento muy caro, por cierto, a Oliveira Martins. En un sentido próximo, Boaventura de Sousa Santos ha señalado que el iberismo se ha revelado muchas veces —Antero de Quental, el propio Oliveira Martins, Natália Correia— como una forma de nacionalismo ampliado. “En la segunda mitad del siglo XIX los federalistas ibéricos se presentaban como nacionalistas defensores de una posición que permitiría que Portugal recuperase el prestigio internacional, una vez se liberase del protectorado inglés” [167] .

Obligado parece subrayar, por otro lado, que se han revelado versiones conservadoras y progre sistas, a decir verdad no demasiado distantes entre sí, del iberismo. Las primeras tienen acaso su mayor manifestación en la Alianza Peninsular postulada por António Sardinha, para quien los dos pueblos ibéricos debían conservar gobiernos independientes al tiempo que

anudaban lazos diplomáticos y militares que permitiesen acrecentar la solidaridad, la colab oración y el respeto mutuo mientras se ampliaban las posibilidades de defensa frente a amenazas externas como las encarnadas en Inglaterra, Alemania y Francia [168] . Las segundas han solido abocar en proyectos de federalismo ibérico que, frente a los centralismos al uso, permitiesen respetar la condición propia de cada una de las entidades federadas, idea muy cara a Antero de Quental, para quien el federalismo haría posible enfrentar los riesgos vinculados con unificaciones forzadas [169] . Sebastião Magalhães Lima postuló, a finales del XIX, unos "Estados Unidos de la Península" o una "República Federal de Iberia" que integrarían Portugal, Galicia, Asturias, Cataluña, Andalucía, Castilla, León y Navarra, integrantes todos de la "familia peninsular". Es frecuente, en este último sentido, que los proyectos federalistas sugieran, en su defensa, que configuran un adecuado antídoto frente al unitarismo absolutista imperante en España. Aunque hay también —no lo olvidemos— un iberismo de cariz más cultural y espiritual, como el que se manifestaría, sin ir más lejos, en la obra de Miguel Torga. Para éste, y en la percepción de Sara Reis da Silva, el iberismo es "un sueño platónico de armonía peninsular de las naciones", "todas hermanas y todas independientes", que se limitarían a "comulgar fraternalmente" en un clima de "reciprocidad" [170] , lejos de cualquier pretensión de hegemonías.

Hay que prestar atención, con todo, a las percepciones que el iberismo suscitó del lado español. Lo primero que corresponde señalar al respecto es que en España ha habido quienes se han adherido al iberismo por entender que era un camino idóneo para propiciar la anexión de Portugal, circunstancia que ha tenido un llamativo reflejo en alguna mala interpretación relativa a lo que decían determinadas encuestas desarrolladas en el propio Portugal: siendo innegable que, años atrás, tales encuestas revelaban que había un porcentaje significado de ciudadanos partidarios de una alianza con España, lo común es que se dedujese que aquello que respaldaban esas gentes era una anexión por España y una integración en ésta. La posición que me ocupa no podía por menos que suscitar en Portugal un general recelo que al cabo vino a justificar por qué con frecuencia los iberistas fueron calificados de fusionistas, enemigos de la patria y traidores [171] , al tiempo que se recordaba con tonos tétricos, y en particular, lo ocurrido entre 1580 y 1640. En este marco menudearon, del lado portugués, los recelos y las suspicacias, y, del lado español, la arrogancia y la soberbia [172] . Conviene certificar, en cualquier caso, que la proximidad o la simpatía por Portugal no es necesariamente un requisito para la defensa, en España, de proyectos iberistas. Hay, con todo, una segunda percepción que, aunque marginal, merece una glosa: la propia de gentes que en Portugal, y en la propia España, concibieron el iberismo como una fórmula llamada a permitir el estallido definitivo del Estado español y de sus ínfulas dominadoras. Imaginemos al efecto cómo se multiplicarían los problemas nacionales en España con un Portugal integrado en ésta.

No sin antes haber certificado que, históricamente, las ideas iberistas han tenido mayor presencia en Portugal que en España, lo suyo es que concluyamos con la afirmación de que hoy su ascendiente es bastante reducido. El debate correspondiente se halla un tanto arrinconado por la inclusión de Portugal y España en la Unión Europea. La propia quiebra de

los milagros respectivos parece haber tenido un efecto de reducción del atractivo de eventuales apuestas iberistas que, en estas horas, y según la percepción dominante, a duras penas pueden invocar ningún argumento de cariz utilitario que justifique un acercamiento de los dos Estados peninsulares.

Las blandas costumbres

Hace un siglo la realidad portuguesa parecía marcada por convulsiones y violencias. Recordemos, por ejemplo, que Ramón María del Valle Inclán anunció el propósito de sentar sus reales en Portugal sobre la base de este curioso argumento, vertido acaso a principios del decenio de 1920: "Cambiaría mis pocas pesetas por miles de reis . […] En Portugal estalla una revolución todos los días y acá no quedan ni toreros. […] Me voy con mis lusos a gozar —antes de morirme— el honesto esparcimiento de las revoluciones, y a ser millonario en reis " [173] . En su Diario portugués , Mircea Eliade cita, entre tanto, el estribillo de un cuplé parisino de moda en la década de 1920: "¡Una nueva revolución en Portugal!" [174] . Para referirse a los años previos y posteriores a la caída de la monarquía, Fernando Rosas identifica, en suma, una "especie de guerra civil intermitente" [175] .

He adelantado esas tres citas con el doble propósito de subrayar, por un lado, que casan mal con la percepción que muchos portugueses tienen de su país y de su carácter, y, por el otro, que nada parecen tener que ver con la realidad presente de Portugal. No está de más que rescate, en lo que se refiere al primero de esos propósitos, un puñado de aserciones sobre el carácter nacional que remiten a percepciones bien diferentes de las que acabo de anticipar. Empecemos con un texto de Oliveira Martins que ya nos ha atraído: "Hay en el genio portugués algo de vago y fugitivo que contrasta con el carácter rotundamente afirmativo del castellano; hay en el heroísmo lusitano una nobleza que difiere de la furia de nuestros vecinos; hay en nuestras letras y en nuestro pensamiento una nota profunda o sentimental, irónica o bruja, que en vano se buscaría en la historia de la civilización castellana, violenta sin profundidad, apasionada pero sin entrañas" [176] . Unamuno —recojamos también un testimonio ajeno— afirmó, por su parte, que "el pueblo portugués tiene, como el gallego, fama de ser un pueblo sufrido y resignado, que lo aguanta todo sin protestar más que pasivamente". Aunque, agrega el filósofo vasco: "Sin embargo, con pueblos tales hay que andarse con cuidado. La ira más terrible es la de los mansos" [177] . Para Fernando Pessoa lo que caracteriza a Portugal es la pasividad, el gusto malsano por el orden: "Tan reglada, regular y organizada es la vida social portuguesa que más parece que somos un ejército que una nación de gente con existencias individuales. El portugués no despliega nunca una acción propia que rompa con el medio, que le dé la espalda al vecino" [178] . A los ojos del poeta, el verdadero patriotismo sólo puede consistir en combatir ese orden: "Trabajemos, al menos nosotros, los jóvenes, para perturbar las almas, para desorientar los espíritus. Cultivemos en nosotros mismos la desagregación mental como una flor cara. Construyamos una anarquía portuguesa" [179] . Jorge de Sena sostuvo en su momento que Portugal era el lugar más anárquico del mundo [180] , en el buen entendido de que hablamos de una anarquía sin confrontación y sin acción colectiva. En un sentido que acaso es algo diferente, Miguel Torga describió su país como "un pacífico

colectivo de personas en revuelta” [181] , no sin antes subrayar que Portugal siempre se ha revelado “comedido” y, quede el tópico, detentador de “blandas costumbres” [182] . Mircea Eliade —y aportamos un segundo testimonio foráneo— apreció en Portugal un recinto lleno de “personas tibias” [183] , aunque, a decir verdad, y hablando en propiedad, el pensador rumano apenas vio nada: los cuatro años que residió en Lisboa, en plena segunda guerra mundial, se caracterizaron por que el lugar en el que vivió apenas le suscitó interés alguno, si exceptuamos la figura excelsa de Salazar. Miguel Esteves Cardoso se ha atrevido a sostener, en suma, que la esperanza en Portugal no es un sentimiento positivo de confianza o de anticipación de tiempos mejores. No implica actuar para que las cosas que se desean se hagan realidad. Se espera, sin más, que lleguen [184] .

Más allá de opi niones como las mencionadas, y al margen de años convulsos como los que inspiraron a Valle Inclán su boutade , es habitual que se sostenga que la historia de Portugal desde hace dos siglos parece justificar la conclusión de que, en general, nos hallamos ante un país de vida tra nquila y poco ajetreada. Es cierto, aun así, que en el transcurso de esos dos siglos los portugueses asistieron a la caída, o al ascenso, de nada menos que ocho regímenes distintos: el absolutismo, hasta 1820; la revolución liberal (1820-1834); la monarquía constitucional (1834-1910); la primera república (1910-1926); una dictadura militar (1926-1933); el Estado novo (1933-1974); un bienio revolucionario (1974-1976), y un sistema democrático-liberal (desde 1976 hasta hoy) [185] . Lo suyo es recordar que, pese a ello, en su territorio europeo Portugal no ha acogido guerras —no hablamos ahora de asonadas y golpes— desde mediados del XIX, hecho que dibuja un escenario muy diferente del español. Hablamos —conviene reiterarlo— del territorio de la metrópoli, y no incluimos en el cómputo ni el primer conflicto mundial ni la guerra colonial. Históricamente, y vayamos más hacia el pasado, las guerras libradas por los portugueses en su país —frente a españoles o franceses— parecen haber tenido un carácter fundamentalmente defensivo: “Antes que la manifestación de un valor guerrero, se revela aquí una obstinación defensiva, el apego a la tierra ocupada. Lejos de la tierra, la guerra se pierde” [186] . Hablamos, por añadidura, de uno de los primeros Estados del mundo que abolió la pena de muerte: lo hizo en 1867, si bien dejó de lado a los militares (de hecho, la pena de muerte había desaparecido de los usos algo antes, en 1842) [187] . Ni siquiera el salazarismo se dejó llevar por la tentación de restaurar esa pena, algo que en modo alguno significa que el régimen no echase mano de procedimientos abyectos, saldados en ocasiones con la muerte de opositores. Si queremos buscar alguna clave cultural-artística que redunde en provecho de la tesis que tenemos ahora entre manos, bien puede aportarla, en suma, la arquitectura vinculada con lo que se ha dado en llamar português suave , producto de una manifiesta desconfianza con respecto a las ciudades, de una orgullosa reivindicación del mundo rural y del respeto por los grandes estilos del pasado [188] , de la mano de lo que en ocasiones fue una síntesis de modernismo, historicismo y regionalismo [189] . No puede negarse al português suave cierto atractivo, en parte vinculado con la calidad artesanal y técnica de proyectos y materiales, con la condición de conjuntos planificados e integrados de muchos de los proyectos y con la naturaleza minimalista de las apuestas en que se concretaron [190] , muy lejos de los hábitos constructores, y del maximalismo, del nacionalsocialismo

alemán y del fascismo italiano. La búsqueda de los rasgos presuntamente genuinos de la arquitectura portuguesa asumió formas curiosas como el concurso orientado a premiar la aldea más portuguesa del país o como la construcción del llamado Portugal dos pequenitos de Coimbra [191] .

La moderación invocada ha llegado, con toda evidencia, hasta nosotros. Suficiente será recordar que en un escenario de crisis aguda como el que hemos descrito unos párrafos más arriba, y a diferencia de lo ocurrido en otros países de condición aparentemente similar, en Portugal no han menudeado las imágenes de coches quemados y de enfrentamientos entre manifestantes y policías. “¿Cómo se habrá pasado de los motines del hambre de 1916 y 1917 a la resignación ante el hambre en este principio del siglo XXI? ¿Cómo se habrá pasado de las manifestaciones contra la matanza de 1917, del crítico espíritu popular de la década de 1920, de la resistencia ante la opresión fascista, de la revolución de los claveles de 1974, a la indiferencia ante el desastre económico y social, a la resignación ante la desertificación y las llamas?”, se ha preguntado Jorge Valadas [192] . Pareciera como si el escenario presente quedase bien retratado de la mano de un chiste, acaso internacional, que nos cuenta que un francés, un inglés y un portugués glosan un cuadro que retrata a Adán y Eva. Una vez que los dos primeros han enunciado sus interpretaciones, llega el turno del portugués, que muestra su desacuerdo: “Ninguno de ustedes tiene razón. Fíjense bien: no tienen ropa, no tienen zapatos, no tienen casa y sólo disponen de una manzana para comer, pero no protestan y, peor todavía, creen estar en el paraíso. ¡Sólo pueden ser portugueses!” [193] .

Tres explicaciones para el inmovilismo

Voy a recoger tres interpretaciones que pretenden, en un grado u otro, y desde perspectivas más o menos diferentes, explicar cómo es posible que se dé en Portugal esta combinación entre un pueblo que exhibiría una innegable condición civilizada y la ausencia, a menudo dramática, de respuestas de carácter ante escenarios insoportables. La primera de esas interpretaciones la aportan los trabajos del filósofo José Gil, quien se interesa, por cierto, por una situación no muy diferente de la española. Según Gil, tras el 25 de abril se eludió “inscribir en lo real” lo que significaron los 48 años de la dictadura precedente. Al igual que en España, en Portugal no hubo causas abiertas contra los integrantes de la policía salazarista o contra los responsables políticos del régimen derrocado. Esto al margen, y también como en España, se preservaron muchas inercias y mentalidades [194] vinculadas con la condición del salazarismo: fue ésta una etapa de anestesia y de obediencia generalizadas [195] , que cultivó la prudencia, la no precipitación y la lentitud [196] , y que lo hizo, claro, sobre la base del miedo. Aunque, conforme a determinada visión, el Estado habría debido aportar garantías que permitiesen acabar con el miedo, o al menos limitarlo, en el caso portugués no satisfizo semejante pretensión [197] . El miedo vertical característico del salazarismo habría sido reemplazado por el miedo horizontal a desviarse de la norma. “Al no existir el futuro como proyecto en el seno del presente, somos víctimas de las inercias inconscientes del pasado. Que exigen mantener la norma, mantener el statu quo. ” [198] A ello se sumó el hecho de que al amparo de la Unión Europea se gestó un genuino simulacro simbólico, toda vez que las deci siones

importantes quedaron en manos de otros, y ello hasta el punto de que las señales de la identidad propia se vieron en peligro [199] .

Para José Gil el “espacio público” portugués se caracteriza por la ausencia de debate político, en la medida en que lo que parece ser éste se despliega en un escenario artificial, conforme a reglas predeterminadas que traban toda espontaneidad [200] . Hay quien estima que en los hechos el espacio público tenía mayor relieve, no sin paradoja, en el salazarismo, en la medida en que algo merecedor de tal nombre se revelaba acaso en el ámbito de la comunicación verificada entre los opositores al régimen. Gil considera que, al menos, ese espacio permitía abrir el horizonte de un futuro distinto que adquiriría carta de naturaleza una vez acabado el propio salazarismo [201] . En estas condiciones, a duras penas puede sorprender el general descrédito de la clase política.

Otra de las consecuencias sería la negativa a encarar las cosas de forma directa y, a su amparo, una inflación de circunloquios, de aproximaciones retorcidas, de barroquismos verbales. “Recusamos el conflicto a cielo abierto, pero tenemos en nuestra sociedad una violencia increíble. Violencia doméstica, violencia con los niños. Las blandas costumbres esconden una enorme violencia subterránea” [202] . Más allá de ello, se habría impuesto una actitud permanentemente conservadora asentada, en una de sus dimensiones, en el miedo a perder los beneficios, por relativos que éstos sean, vinculados con la pertenencia a la Unión Europea y en el designio consiguiente de acatar los sacrificios correspondientes. El escenario de fondo, muy singular, lo determinaría el hecho de que los acontecimientos, como si no se hubiesen producido, no parecen influir en la vida de las gentes [203] . Tampoco puede sorprender, entonces, el instintivo rechazo popular de los proyectos de medio y largo plazo, y el refugio en los “pequeños mundos” [204] , bien que con mecanismos compensatorios como el encaminado a convertir Portugal —y en particular Lisboa— en una metrópoli cosmopolita como París o Nueva York [205] , o como el materializado en una “democracia afectiva” que, lejos de liberar y de otorgar derechos, remite al modelo del “familiarismo”, caracterizado por aprisionar los espíritus en una celda mientras se cultiva la ilusión de la igualdad y la fraternidad [206] . A mi entender, y aun con todo, al referirse una y otra vez a los “portugueses” y a la “identidad portuguesa”, Gil no incorpora ningún elemento de clase en sus consideraciones [207] , algo que le impide, por ejemplo, apreciar la dimensión positiva, resistente, de elementos como el absentismo laboral o la falta de competitividad, en los que nuestro autor no ve sino dimensiones negativas producto de la idiosincrasia del país. Y eso que sí identifica la dramática erosión de las prácticas comunitarias —solidaridades, apoyo mutuo— características de la vieja sociedad portuguesa [208] .

La segunda interpretación, que sólo parcialmente atiende al debate que aquí nos atrae, la ha ofrecido Boaventura de Sousa Santos, quien ha subrayado, en lo que hace al Portugal contemporáneo, el peso de la economía informal y de lo que llama sociedad-providencia . La primera es fácil que alcance un 30 por ciento del producto interior bruto portugués, un nivel muy por encima del medio en la Unión Europea [209] , de tal suerte que ocultaría un escenario económico y social algo menos tétrico del que relatan muchas de las cifras al uso. Por lo que a la segunda se refiere, siendo muy débil el Estado-

providencia en el país —las transferencias públicas hacia las familias se cuentan entre las más bajas de la Unión Europea, de tal forma que los portugueses se hallan entre los miembros de ésta que más tienen que contribuir para mantener el gasto sanitario—, perviven con singular fuerza redes de apoyo mutuo asentadas en lazos de parentesco y vecindad, al amparo de pequeños grupos sociales que intercambian bienes y servicios sobre una base no mercantil y con una lógica de reciprocidad [210] . Conviene subrayar, eso sí, que esas redes remiten a estructuras más o menos cerradas en las cuales pervive la sociabilidad de las sociedades campesinas y tradicionales, que al cabo han sido las predominantes en Portugal hasta hace medio siglo. Hablamos de gentes que en muchos casos tienen un pie en el medio rural y otro en el urbano, como con mucha frecuencia sucede, por cierto, en las ciudades gallegas. El proceso que invoco no ha impedido, sin embargo, que las agresiones experimentadas por las comunidades rurales hayan hecho desaparecer muchas formas de apoyo mutuo y de responsabilidad colectiva, reemplazadas por la “individualización moderna del ciudadano consumidor de mercancías” [211] .

El peso de la sociedad-providencia, y volvamos al argumento de De Sousa Santos, obliga a recelar del mito de que los portugueses viven a la sombra del Estado y “por encima de sus posibilidades”, al tiempo que invita a tomar nota de los efectos dramáticos que la crisis ha tenido en lo que a esa sociedad-providencia se refiere, con consecuencias indelebles, en particular, en lo que se refiere a las mujeres [212] . Nuestro autor ha recordado, por lo demás, que las normas de consumo son más avanzadas que las de producción. Mientras las primeras acercan Portugal al escenario propio de los Estados más desarrollados, las segundas siguen incorporando muchos elementos característicos de los países pobres, como es el caso del trabajo infantil, de los bajos salarios o de la represión laboral [213] . Más allá de lo anterior, el propio De Sousa Santos anota que Portugal es una sociedad de desarrollo intermedio: mientras algunos rasgos —la tasa de crecimiento de la población, las leyes y las instituciones, ciertas prácticas de consumo— lo aproximan al mundo más desarrollado, otros —infraestructuras colectivas, políticas culturales, tipo de desarrollo industrial— lo acercan al menos desarrollado [214] .

Demos cuenta, en suma, de una tercera interpretación que en realidad no es tal: poco más pretende que situar nuestra discusión en un momento histórico como es el del presente. Me limitaré a señalar, sin invocar ahora el nombre de ningún autor, que la textura de la sociedad portuguesa contemporánea algo le debe a la conciencia temprana, premonitoria y desmovilizadora, de lo que supuso el fracaso de la revolución de abril. El escenario fue muy diferente del of recido por la prolongación de la farsa de la transición en Es paña, en el buen entendido de que las consecuencias en materia de desmovilización, durante mucho tiempo, resultaron ser parecidas: no olvidemos que la sociedad española tambi én se ha caracterizado, durante más de tres décadas, por una visible desmovilización apuntalada, bien es cierto, por mecanismos ocultatorios y compensatorios como los vinculados con el milagro . En esta trama no puede rebajarse la importancia, en el caso de Portugal, de la ausencia de nacionalismos contestatarios, del papel desmovilizador que, pese a las apariencias, desempeñaron el Partido Comunista Portugués y el sindicalismo

acompañante o de la debilidad de fondo de lo colectivo , que no debe confundirse con la vivacidad de la solidaridad derivada de los lazos familiares y de vecindad invocados por De Sousa Santos. Y en la trastienda es obligado anotar la estrecha relación existente entre la apatía y la desmovilización, por un lado, y la lógica de la democracia liberal, por el otro: las dos primeras son requisitos necesarios, y no hay aquí paradoja alguna, para el funcionamiento de la segunda [215] . Uno de los medidores de lo que tenemos entre manos es la fragilidad del mundo autónomo y, con él, del movimiento anarquista en el Portugal contemporáneo. No olvidemos que este último tuvo mucha fuerza, casi tanta como la de su homólogo español, en el primer cuarto del siglo XX [216] . Sus antecedentes hay que buscarlos en revueltas populares y movimientos de bandidismo social de la primera mitad del XIX, respuestas, casi siempre, ante la degradación de la situación de los campesinos, producto de la redistribución de la propiedad impuesta por la burguesía, y ante el desarrollo capitalista en la agricultura [217] . A la expansión de las ideas proudhonianas allá por 1870 siguió el asentamiento del anarcosindicalismo y el de muchas federaciones libertarias, como las creadas en Lisboa y otras localidades en 1902, en Oporto en 1907, en las regiones norte y sur en 1911, y, posteriormente, en el Algarve y en Coimbra [218] , con peso particular de las ideas de Bakunin, Kropotkin, Grave, Reclus, Faure, Malatesta y Mella [219] .

El golpe militar de 1926, el crecimiento del Partido Comunista —tardó un tiempo en arrinconar sus orígenes anarcosindicalistas, se inclinó al cabo por la defensa de los intereses nacionales y asumió un giro patriótico para combatir al fascismo en su propio terreno [220] — y el declive libertario, en España, tras el resultado de la guerra civil de 1936-1939 [221] , se solaparon con una crisis sin fondo del anarquismo y el anarcosindicalismo portugueses, visiblemente hostigados por unas clases dirigentes decididas a acabar con las corrientes críticas y subversivas que operaban en el país [222] . Aun con ello, en los barrios populares de Lisboa y de Oporto —también en otras ciudades— es fácil apreciar, todavía hoy, la presencia de numerosos clubes, asociaciones y cooperativas, culturales, deportivas o de turismo colectivo, que hunden sus raíces en las primeras décadas del siglo XX y que eran expresión de la vitalidad de las clases populares y, casi siempre, del as cendiente del movimiento libertario [223] . “Basta con volver a los textos heréticos de Camões o de Bocage, a la literatura popular de tonalidad socialista o anarquista de inicios del sig lo XX, a las utopias de cordel , a la Irmânia de Ângelo Jorge, al Amanhã de Abel Botelho, a las obras de Manuel Laranjeira, Ferreira de Castro y Aquilino Ribeiro, a los textos surrealistas de la década de 1960, a la poesía popular de autores como António Aleixo y otros, para reencontrar los valores que existieron en la sociedad portuguesa animados por una utopía social, irreductiblemente opuestos a los dominantes del miedo y de la fatalidad” [224] .

Notas

1. Un libro de argumentación sugerente, el titulado O patrimonio genético português , tiene la virtud de subrayar que sólo de resultas de un equívoco ca be concluir que la población de la península Ibérica experimentó cambios sustanciales al calor de las sucesivas invasiones que aquélla experimentó. La invasión árabe-bereber de principios del

siglo VIII, por ejemplo, apenas se tradujo en una llegada importante de población foránea: muchos de quienes antes eran cristianos se convirtieron, sin más, al islam, de la mano de un fenómeno que, al calor de la reconquista , se repitió en sentido contrario (véase Pereira y Ribeiro, 2009).

2. Oliveira Marques, 1972.
3. Veríssimo Serrão, 1977-2001.
4. Serrão y Oliveira Marques, 1986-.
5. Mattoso, 1993.
6. Medina, 1993.
7. Birmingham, 2005.
8. Livermore, 1977.
9. Cortés y Rueda, 2014.
10. Campos Matos, 2008: 17.
11. Reis da Silva, 2002: 83.
12. Sobre los planes de Franco, y acerquemos el argumento a la etapa contemporánea, en lo que se refiere a una eventual invasión de Portugal, véase Ros, 2008.
13. Jack, 2008: 79.
14. Salter, 1957: VIII; Brass, 1960: 15.
15. Gaziel, 1960: 6.
16. Vian, 1969: 15.
17. Nuno G. Monteiro y António Costa Pinto, en Costa Pinto, 2005: 53.
18. Saraiva, 1982a: 119.
19. Bourdon, 2013: 161.
20. Véanse Albuquerque, 1983; Bouchon, 1998; Boxer, 1982; Cortesão, 1975; Cortesão, 1997; Fernandes Costa, 1979; Ferro, 1989; Pearson, 1990; Subrahmanyam, 1998.
21. Sobral, 2012: 46.
22. Hatton, 2012: 109.
23. Martins Afonso, 1979: 59-61.
24. Hermano Saraiva, 1978: 129-130.

Disney, 2010: 228.

25.

26. Real, 2010: 73.

27. Magalhães, 2012: 67.

28. Serge Gruzinski, en Subrahmanyam, 2013: 16.

29. Disney, 2010: 229.

30. No está claro que Ogrizek sea el autor de los textos del libro que su nombre encabeza.

31. Ogrizek, 1950: 383-384.

32. Cit. en Pla, 1975: 243.

33. Valentim Alexandre, en Castelo, 2011: 5.

34. Cit. en Castelo, 2011: 97.

35. Castelo, 2011: 43.

36. Castelo, 2011: 42.

37. Hatton, 2012: 92.

38. Si el hecho que menciono a continuación vale en su dimensión de atracción hacia el presente del debate correspondiente, no está de más recordar que una investigación del llamado Grupo de Política Migratoria concluía que, entre los 27 países de la Unión Europea y Canadá, Portugal ocupaba el segundo lugar en lo que se refiere a la integración de inmigrantes (Hatton, 2012: 84).

39. Lourenço, 2013: 30. Véanse Martín Marcos, 2013; Martín Marcos, 2014; Martínez y Martínez, 2014; Valladares, 2000.

40. Cit. en Sardica, 2011: 14.

41. Disney, 2010: 372.

42. Véase Quental, 1987: 175-220.

43. Real, 2010: 156.

44. Cit. en Cunha, 2008: 87.

45. Suzanne Chantal, en VV. AA., 1970: 31.

46. Cit. en Léglise-Costa, 2007: 63.

47. Valadas, 2008: 103.

48. Hermano Saraiva, 1978: 59.

Hermano Saraiva, 1978: 163.

49.

50. Cit. en Hermano Saraiva, 1978: 226-227.

51. Subrahmanyam, 2013: 453-454.

52. Hermano Saraiva, 1978: 186-187.

53. Hermano Saraiva, 1978: 232.

54. Disney, 2010: 304.

55. Vian, 1969: 46.

56. Disney, 2010: 302.

57. Disney, 2010: 309 y 318.

58. Brass, 1960: 78.

59. Hatton, 2012: 133.

60. Cit. en Hatton, 2012: 75.

61. Freire Costa, Lains y Münch Miranda, 2011: 444.

62. Mattoso, 2003: 47.

63. Real, 2010: 43.

64. Bourdon, 2013: 64.

65. Robertson, 2011: 119.

66. Sousa Santos, 2011: 32.

67. Sousa Santos, 2011: 33.

68. Pese a que todo indica que el rey falleció durante la batalla, la decisión de no confesar que se le había visto morir, o muerto, remitía en más de un sentido a un código de la ética caballeresca que señalaba que quien veía morir al rey sin dar la vida por él era un infame. Hay quien ofrece al respecto otra explicación que sugiere que, para evitar la indignación popular ante una empresa militar absurda, se decidió dejar abierta la posibilidad de que el rey regresase en uno u otro momento (Hermano Saraiva, 1978: 170). Por lo demás, y aunque parece que los vencedores entregaron el cuerpo del rey difunto a Felipe II, quien lo hizo sepultar en el monasterio de los Jerónimos de Belém, siempre se puso en duda la identidad de los re s tos trasladados (Besselaar, 1987: 69). No falta quien asevera, aun con todo, que la desaparición de D. Sebastião habría sido el producto de un montaje orquestado para esconder la vergüenza de la derrota, de tal suerte que el rey no sólo habría sobrevivido, sino que, más aún, habría sido “visto por muchos fuera de la batalla, y ya ésta acabada y vencida” (Real, 2014: 250).

Besselaar, 1987: 75.

69.

70. Real, 2008: 93.

71. Bourdon, 2013: 55.

72. Besselaar, 1987: 13.

73. Real, 2014: 15.

74. Real, 2014: 13.

75. Real, 2014: 158.

76. Real, 2014: 166.

77. Jack, 2008: 116.

78. Jack, 2008: 127.

79. Tavares, 2009: 44.

80. Tavares, 2009: 47.

81. Page, 2013: 233.

82. Real, 2010: 247.

83. Catroga, 2013.

84. Hermano Saraiva, 1978: 280.

85. Costa Pinto, 2004: 12.

86. Costa Pinto, 2004: 13.

87. Hermano Saraiva, 1978: 277.

88. Hermano Saraiva, 1978: 331.

89. Hatton, 2012: 145.

90. Vicente, 2001: 22.

91. Véase Rodríguez, 2007.

92. Sardica, 2011: 40.

93. Nuno Severiano Teixeira, en Costa Pinto, 2005: 98-99.

94. Sardica, 2011: 33; Costa Pinto, 2004: 27.

95. Costa Pinto, 2004: 18.

96. Costa Pinto, 2004: 14.

Costa Pinto, 2004: 14; Serrão, 1977.

97.

98. Sardica, 2011: 17.

99. Page, 2013: 253. Si Portugal sigue arrastrando problemas en materia de desarrollo humano , ello es así, en buena medida, de resultas de la situación de sus mujeres (Vicente, 2001: 270).

100. Sardica, 2011: 51.

101. Costa Pinto, 2004: 28.

102. Véanse Dacosta, 2012; Fernández Clemente, 1997; Figueiredo, 1975; Simões do Paço, 2006; Torre, 1996.

103. Fernando Rosas, en Ferro, 2007: XXXIV.

104. Fernando Rosas, en Ferro, 2007: XLI.

105. Sardica, 2011: 76-78.

106. Sardica, 2011: 81.

107. Costa Pinto, 2005: 32-35.

108. Costa Pinto, 2005: 39.

109. Véase Dacosta, 2012; Figueiredo, 1975; Simões do Paço, 2006.

110. Ferro, 2007: 51.

111. Robertson, 2011: 148; Sardica, 2011: 191.

112. Raposo, 2013: 118.

113. João Pinharanda, en Costa Pinto, 2004: 248.

114. Dejemos hablar al respecto a Salazar: “Tener ocho siglos de edad es caso raro. O único en Europa, y en todo el mundo, sobre todo si para definir la identidad política se necesita el mismo pueblo, la misma nación, el mismo Estado” (cit. en Pereira, 2011: 808).

115. Page, 2013: 264.

116. Hatton, 2012: 157.

117. Sardica, 2011: 102.

118. Sardica, 2011: 101. Son doce millones hoy en día (Hatton, 2012: 14).

119. Page, 2013: 270; Valentim Alexandre, en Costa Pinto, 2005: 84.

120. Lochery, 2011.

121. Véanse Loff, 2008; Louçã, 2005.

Nuno G. Monteiro y António Costa Pinto, en Costa Pinto, 2005: 62.

122.

123. Raposo, 2013: 42.

124. Soromenho Marques, 2014: 35; Sardica, 2011: 128.

125. El empecinamiento en mantener el imperio colonial no fue privativo del salazarismo; de él participaron también amplios segmentos de la izquierda moderada, que en el mejor de los casos defendían un modelo de colonialismo diferente del oficial (Raposo, 2013: 14 y 99).

126. Cit. en Valentim Alexandre, en Costa Pinto, 2005: 76.

127. Valentim Alexandre, en Costa Pinto, 2005: 85.

128. Duffy, 1962.

129. Robertson, 2011: 147.

130. Raposo, 2013: 56.

131. Véanse Ávila, 1975; Barreto y Gómez, 2003; Gómez y Palacios, 2006; González Hernández, 1999; Sánchez Cervelló, 1997; Semprun, 1975; Varela, 2011.

132. Véase Sánchez Cervelló, 1998.

133. Robertson, 2011: 154.

134. Freire Costa, Lains y Münch Miranda, 2011: 366.

135. Pinheiro, 2011: 406.

136. Sobral, 2012: 79.

137. Sousa Santos, 2011: 22 y 24; Sousa Santos, 1990.

138. Las autopistas se convirtieron en incuestionable, y absurdo, indicador de progreso. Por cierto que hablamos de un país con un llamativamente alto índice de fallecidos en accidentes de tráfico (Hatton, 2012: 231).

139. Sardica, 2011: 131.

140. António Barreto, en Costa Pinto, 2005: 142-143.

141. António Barreto, en Costa Pinto, 2005: 146.

142. António Barreto, en Costa Pinto, 2005: 152.

143. Hatton, 2012: 21.

144. Soromenho Marques, 2014: 43.

145. Gil, 2009 : 11.

146. Page, 2013: 281. Permanece abierta una discusión, más bien agria, sobre la huella del salazarismo. Aunque el dato es polémico, cuando, en 2007, en un programa de televisión se preguntó a los espectadores por el portugués que mayor huella había dejado en la historia del país, el más votado no fue ninguno de los héroes de la etapa de los descubrimientos , sino Salazar (Hat ton, 2012: 179).

147. Hatton, 2012: 22; sobre algunas dimensiones de la vida cotidiana en Portugal, muy similar a la española, véanse Aboim, 2013; Vaquinhas, 2011.

148. Según una estimación, en 2007 había 1.300.000 portugueses en Estados Unidos, 800.000 en Francia y 700.000 en Brasil (Hatton, 2012: 287).

149. Hatton, 2012: 22.

150. Valadas, 2008: 97.

151. Valadas, 2008: 44.

152. Valadas, 2008: 77.

153. Valadas, 2008: 84.

154. Hatton, 2012: 284.

155. Hatton, 2012: 286.

156. Camargo, 2013: 84-85 y 88.

157. Valadas, 2008: 31.

158. Soromenho Marques, 2014: 76.

159. Con respecto a la primera, a la corrupción, Esteves Cardoso ha recordado que tiene a menudo el carácter de una pequeña conspiración contra el Estado y asume así, desde esta perspectiva, la forma de un acto de desobediencia civil (Esteves Cardoso, 2013: 77).

160. Cit. en Camargo, 2013: 96.

161. Hatton, 2012: 282.

162. Reis da Silva, 2002: 157.

163. Campos Matos, 2008: 41.

164. Reis da Silva, 2002: 31-32.

165. Reis da Silva, 2002: 27.

166. Campos Matos, 2008: 42.

167. Sousa Santos, 1994: 65.

Reis da Silva, 2002: 40.

168.

169. Reis da Silva, 2002: 38.

170. Reis da Silva, 2002: 89.

171. Campos Matos, 2008: 41.

172. Véanse las opiniones de Unamuno que recoge Reis da Silva, 2002: 23.

173. Cit. en Mascato Rey, 2012: 23.

174. Eliade, 2001: 266.

175. Rosas, 2010: 15.

176. Reis da Silva, 2002: 74.

177. Unamuno, 2014: 49.

178. Cit. en Lourenço, 2013: 109.

179. Cit. en Lourenço, 2013: 109.

180. Hatton, 2012: 228.

181. Hatton, 2012: 235.

182. Reis da Silva, 2002: 101.

183. Eliade, 2001: 50.

184. En Silva y Fonseca Santos, 2009: 268.

185. Sardica, 2011: 150.

186. Saraiva, 1982a: 108.

187. Saraiva, 1982a: 104; Hatton, 2012: 127.

188. Luís Ferreira Calado, en Fernandes, 2003: 7.

189. Fernandes, 2003: 23.

190. Fernandes, 2003: 237.

191. José Alberto Seabra Carvalho y Marta Barreira Carvalho, en Guimarães et al. , 2009: 132.

192. Valadas, 2008: 101.

193. VV. AA., 2014: 16; son legítimas, con todo, las dudas en lo que respecta a que realmente los portugueses retratados en el chiste crean estar en el paraíso...

Gil, 2012: 16.

194.

195. Gil, 2012: 23.

196. Gil, 2012: 60.

197. Gil, 2012: 67.

198. Gil, 2012: 162-163.

199. Gil, 2012: 163.

200. Gil, 2012: 24.

201. Gil, 2012: 155.

202. Gil, 2012: 151.

203. Gil, 2012: 143.

204. Gil, 2012: 46.

205. Gil, 2012: 52.

206. Gil, 2012: 55.

207. Valadas, 2008: 111.

208. Gil, 2012: 114.

209. Sousa Santos, 2011: 73.

210. Sousa Santos, 2011: 73-74.

211. Valadas, 2008: 32.

212. Sousa Santos, 2011: 76-77.

213. Sousa Santos, 2011: 73.

214. Sousa Santos, 1994: 53.

215. Valadas, 2008: 120.

216. Véanse Campos Lima, 1972; Carvalho, 1977; Fonseca, s. d.; Fonseca, 1973a; Fonseca, 1973b; Pacheco Pereira, s. d.; Rodrigues, 1977; Sousa, 1976; Vieira, 1974.

217. Valadas, 2008: 139.

218. Freire, 1992: 302.

219. Freire, 1992: 307.

220. Valadas, 2008: 108 y 128.

Freire, 1992: 35.

221.

222. Tras el 25 de abril de 1974 en esa tarea colaboró activamente el propio Partido Comunista; véase Valadas, 2008: 104.

223. Valadas, 2008: 119; Freire, 1992: 298.

224. Valadas, 2008: 115.

Capítulo 3

La literatura portuguesa

“Sobre a nudez forte da verdade, o manto diáfano da fantasia.”

Eça de Queirós

Hace bastantes años era relativamente frecuente que alguien, sabedor de mi cercanía con Portugal, me preguntase si en la literatura portuguesa había algo merecedor de ser leído. Pensaba yo entonces, como lo pienso ahora, que la pregunta algo tenía de ingenuo y remitía, categorialmente, a las estériles y absurdas discusiones, que tan bien ha desvelado Juan Carlos Moreno Cabrera, sobre s i hay lenguas hermosas y feas, complejas y simples [1] . Y es que, y al cabo, ¿hay alguna literatura —dejemos para otro momento las disputas sobre lo que este sustantivo describe— que no acarree elementos de interés? Cierto es, en cualquier caso, que la pregunta que formulaban tiempo atrás algunos de mis interlocutores —una pregunta cuya sinrazón podría extenderse, por lo demás, al mundo de la pintura o al de la música portuguesas— fue perdiendo fuelle con el paso de los años. La explicación mayor al respecto nos recuerda que dos nombres —los de Fernando Pessoa y José Saramago— resuenan hoy en muchos oídos. No conviene, sin embargo, engañarse en lo que se refiere a las presuntas ganancias derivadas de este incipiente conocimiento de la literatura portuguesa. Al mar gen de lo que ocurre, claro, en círculos muy singulares, los propios de la lusofilia, ese conocimiento, más allá de los dos autores mencionados, a duras penas se amplía para alcanzar, en el mejor de los casos, a algún autor contemporáneo —António Lobo Antunes— o a algún novelista del pasado —Eça de Queirós—.

Tres son los propósitos de este capítulo. El primero estriba en identificar, hasta donde sea posible, los rasgos vertebradores de la literatura portuguesa, en el buen entendido de que la diversificación de ésta en las últimas décadas ha venido a confirmar que muchas de las carencias del pasado —así, la presunta debilidad de la narrativa y del teatro— han tocado a su fin. El segundo se traduce en una rápida ojeada de lo que se antoja más relevante dentro de esa literatura, de la mano de lo que al cabo es una combinación entre querencias personales e imposiciones más o menos razonables que surgen del canon. El tercero, en fin, asume la forma de una decena de sugerencias que apuntan a autores —en su caso a manifestaciones colectivas— que merecen una atención especial.

Los elementos singularizadores

Mi guía principal, a efectos de determinar los rasgos singularizadores de la literatura portuguesa, es un breve libro que, con el título Originalidade da literatura portuguesa , entregó a la imprenta en 1977 Jacinto do Prado Coelho [2] . Como es fácil intuir, el texto en cuestión no se ocupa, o apenas lo hace, de la etapa posterior al 25 de abril de 1974, con lo que, y tal y como anuncié unas líneas más arriba, es lícito suponer que muchos de los elementos singularizadores de la literatura portuguesa identificados por el autor en la forma de carencias de aquélla bien han podido limarse en las últimas cuatro déc adas.

Antes de entrar en materia conviene señalar que durante mucho tiempo los estudiosos de la literatura portuguesa parecieron mostrar una constante preocupación por dos grandes cuestiones. La primera de ellas se preguntaba si la literatura nacional tenía un carácter original o, por el contrario, obedecía a un franco impulso de imitación de otras literaturas. La segunda remitía a la discusión de si en esa literatura se podían apreciar progresos o, antes bien, era sin más un trasunto de la decadencia del país. En el siglo XIX, cuando el canon quedó más o menos establecido, se antojaban claras las respuestas a esas dos preguntas: la literatura portuguesa poco o nada tenía de original y se hallaba inmersa, por añadidura, en una franca decadencia, perspectivas ambas que fueron abrazadas tanto por Teófilo Braga como por Antero de Quental [3] . Cierto es que el juicio sobre estas materias cambió, en mayor o menor medida, en el siglo siguiente y que, en paralelo, se revelaron percepciones diferentes en lo que se refiere a la condición de la producción literaria local. Así, si algunos estudiosos concluyeron que la literatura portuguesa era una literatura solitaria en la que se revelaría “un mundo rural, ensimismado en ríos y montañas, en los confines de Europa […], una especie de Irlanda sin historia” [4] , para otros, en cambio, lo relevante en aquélla era, antes bien, la capacidad, virtuosa o no, de acoger lo foráneo. Mencionemos al respecto de esto último los nombres de Oliveira Martins —“nuestra cualidad peculiar consiste en la facilidad con que recibimos y asimilamos las cualidades de los extraños”—, de Aubrey Bell, para quien los portugueses se caracterizan por una invulgar disposición a la hora de incorporar lo ajeno y por el espíritu cosmopolita, el gusto por lo desconocido y el talento para lidiar con pueblos diferentes [5] , y, más recientemente, de Miguel Real, quien se refiere a la “imitación de procesos estilísticos exteriores y la adopción acrítica de teorías extranjeras, siempre consideradas superiores a las portuguesas” [6] .

Lo suyo es dejar sentado, por lo demás, que las influencias foráneas recibidas por la literatura portuguesa no siempre fueron las mismas. Si la francesa resultó ser dominante en la edad media, con ocasión del clasicismo y del barroco se impusieron las influencias italiana y española. A partir del siglo XVIII Francia recuperó, con todo, la primacía, al tiempo que Portugal daba la espalda a España y de por medio se podían apreciar otros ascendientes, como el anglogermánico ejercido sobre el romanticismo y, después, y de manera más precisa, el inglés sobre la obra entera de Fernando Pessoa. Do Prado Coelho recuerda cómo, de forma general, el designio de distinguir Portugal de España tuvo uno de sus retoños en la concesión a Francia de una notable influencia [7] . Nada de lo anterior es óbice para que la obra que encabeza el canon de la literatura portuguesa, Os Lusíadas de Camões, tenga una franca vocación universalizante: el poeta

canta al hombre de una nueva era, pero no sólo al hombre portugués, sino al género humano como un todo [8] . Y es que en esta estela hay que preguntarse —habría que preguntarse— en qué medida la literatura portuguesa ha ejercido influencia sobre otras literaturas, más allá del inevitable mundo lusófono.

Dejadas atrás estas observaciones generales, son tres los rasgos de la literatura portuguesa que me interesa rescatar, en el buen entendido de que a su mención agregaré, como colofón, la de elementos varios que invitan a recelar del empleo de categorías de peso pretendidamente universal. El primero de esos rasgos lo configura la influencia de lo que se sobreentiende son elementos característicos del ser nacional. Para Moniz Barreto, en la literatura portuguesa, una vez comparada con otras, se aprecia “una mayor capacidad de comprensión y asimilación”, “una menor energía en la afirmación y en la creencia, una sensibilidad más delicada y profunda, un carácter menos vigoroso y más noble, con más razón y menos voluntad, héroes más humanos, mujeres más mujeres, algo de saudoso y vago, entrañas más húmedas y el don de las lágrimas” [9] . Entre todos estos elementos caracterológicos parece destacar, claro, la presencia constante de la saudade , o al menos de algo retratable a través de ésta. El vehículo, o uno de los vehículos, de la saudade es la lengua, el gallego-portugués, una lengua discreta, de finos matices que alcanzan al vocalism o, un “castellano sin huesos”, en la feliz expresión de Cervantes, ya glosada [10] . De resultas, y en la interpretación, a buen seguro que exagerada, de Unamuno, en la espiritualidad y en la literatura portuguesas se revelaría un pueblo compungido, desesperado, “un purgatorio poblado de almas”, “patria de los amores tristes y de los grandes naufragios”, tierra de suicidas [11] . En semejante escenario a duras penas puede sorprender que haya germinado, al amparo de una vocación lírica omnipresente, una literatura en la que se hace valer una presencia notabilísima del amor y del sufrimiento. José Rodrigues Miguéis recuerda que “palabras tales como lágrimas, tristeza, soledad, saudade , fado, orfandad e infortunio, caso de existir en otras lenguas, adquirieron en nuestra literatura una frecuencia inquietante” [12] . De ahí a menudo, por cierto, la inferencia de que la palabra saudade es intraducible. Ojo, con todo, con la posible conclusión, precipitada, de que uno de los rasgos de la literatura portuguesa de siempre sería la omnipresencia de lo trágico. Do Prado Coelho subraya que nada más lejos de la realidad y al respecto recuerda una anotación de Jorge Dias: “Al portugués no le gusta ver sufrir y le desagradan los finales demasiado trágicos” [13] . Ruben A. concluye que la historia y la literatura portuguesas son comúnmente insípidas: “De humano, en grande, tuvimos a Inês de Castro, un poco del Frei Luís de Sousa y algunas páginas de la História trágico-marítima ” [14] . Alguna relación parece guardar todo esto, en suma, con una de las carencias ontológicas de la lit eratura portuguesa: la debilidad del teatro nacional [15] , que habría tocado a su fin, bien es cierto, en las últimas décadas.

El segundo rasgo importante de la literatura portuguesa es el peso, notabilísimo, que en ella corresponde a la literatura popular [16] . Ese peso se justifica sobre la base de la presunta conclusión de que el pueblo es depositario de las tradiciones originales y genuinas que dan sentido a la nación [17] , siempre enfrentado a las valoraciones estéticas y científicas,

menos naturales, artificiosas y, comúnmente, extranjerizantes. En ese sentido, no han faltado los intentos de capturar para lo popular autores y obras que en una primera lectura se prestaban poco a esa operación. Tal es el caso del acometido por Almeida Garrett con Os Lusíadas , convertido Camões, a los ojos del primero, en autor de una especie de primer romancero portugués, producto de una génesis colectiva [18] . El propio Teófilo Braga veía en Camões un rapsoda que, bien que influido por el renacimiento, supo fundir con éste los elementos tradicionales y legendarios de la historia autóctona [19] , al tiempo que fusionaba el internacionalismo humanista que despide Os Lusíadas con una insorteable inspiración nacional [20] . A la hora de ilustrar la combinación entre lo popular y lo culto es común se mencionen las obras de João de Deus —quien gustaba de improvisar músicas y letras que pasaban antes al acervo de la calle que a las páginas de los libros— y de António Aleixo, talentoso improvisador de feria luego rescatado por la industria editorial. Pero también puede mencionarse la deriva de muchos fados de autor que se antojan genuina música popular, un poco a la manera de lo que sucedió en Galicia con algunos de los poemas de Rosalía de Castro. En una discusión próxima a la que ahora nos atrae, António José Saraiva resalta, de cualquier modo, que no hay que confundir “aldeanismo” y “provincianismo”: mientras el primero remite a la presencia, casi dominante, de formas genuinamente populares en la literatura y el arte, el segundo se caracteriza, en el caso portugués, por la falta de autenticidad y en realidad, y no sin paradoja, no es un producto de la provincia, y sí de la capital, convertida en un mero satélite intelectual de Madrid, de París o de Londres. “Cuando hablaba del provincianismo portugués, Fernando Pessoa se refería a los intelectuales de Lisboa y Oporto”, apostilla Saraiva [21] . Hay quien recuerda, asimismo, que a la postre existen varias literaturas portuguesas, de tal suerte que en las provincias se revelaría una mezcla de desdén por lo civilizado y de orgullo resentido, concretada, en palabras de Miguel Torga, y en relación con Lisboa, en “una mutua hostilidad latente que los años no suavizan” [22] . Recordemos, en fin, que en un plano no muy distinto se haría valer una tensión, no precisamente menor, entre casticismo y europeísmo.

El tercer, y último, de los rasgos importantes de la liter atura portuguesa sería la presencia, notabilísima, de la lírica , un rasgo que se ha atribuido también, por cierto, a la literatura gallega [23] . Semejante inflación de lírica habría conducido a menudo a la conclusión de que la literatura portuguesa arrastraría taras insorteables en lo que se refiere a la novela en sus distintas manifestaciones. A los ojos de João Gaspar Simões, el temperamento lírico impedía que el escritor portugués alcanzase la objetividad indispensable en el ejercicio de la novela [24] . Bien está rescatar que en el XIX, y con la voluntad expresa de aportar una explicación más para esas taras, Camilo Castelo Branco anotó lo que sigue: “Nosotros, los portugueses, no estamos hechos para la novela. […] Las primeras capacidades literarias de esta tierra, en lo que a la novela respecta, se concentraron en la riqueza del lenguaje en detrimento de la capacidad inventiva” [25] . Cabe suponer que la carencia que me ocupa quedó felizmente resuelta en el siglo XX, como lo testimonian los nombres de José Ferreira de Castro, Vergílio Ferreira, Fernando Namora, Vitorino Nemésio, Alves Redol, Aquilino Ribeiro, José Rodrigues Miguéis, José Saramago o Miguel Torga, y ello por mucho que parezca lícito sostener que buena parte de la novelística contemporánea

depende en exceso de los libros de memorias y de la prosa de cariz reflexivo y poético [26] .

Formularé, para acabar, alguna observación que, tal y como anuncié, responde al propósito de invitar al recelo en lo que respecta al empleo de categorías uniformizadoras. Al respecto señalaré, antes que nada, que no faltan las excepciones a algunas de las normas generales recién invocadas. Baste con recordar, por ejemplo, que a la literatura portuguesa se asoman con frecuencia, y no sin conflictos, la ironía y la sátira, como lo ilustra el peso, en la edad media, de unas cantigas , las de escarnio y maldecir, que abren una línea maestra que recorre toda esa literatura, desde Gil Vicente y Mendes Pinto hasta Fernando Pessoa y José Régio, pasando por Bocage, Castelo Branco, Eça de Queirós o Fialho de Almeida. Más allá de lo anterior, parece que puede afirmarse, sin temor al error, que en la literatura portuguesa hay un frecuente y consistente designio de dar réplica a la euforia épica, en virtud de fórmulas que en ocasiones, sólo en ocasiones, recuerdan a la retranca gallega y, de forma más general, al humor de los pueblos castigados.

Debo llamar la atención, en segundo término, sobre la presencia singular de elementos que en otras literaturas muestran un relieve menor. Es el caso, por citar dos ejemplos, del oriente lejano [27] y del mar. Reseñemos que, en relación con este último, Do Prado Coelho subraya que en Portugal, a diferencia de lo que ocurre en Galicia, el mar es menos motivo de elegía que fuente de epopeya y acción [28] . Ya hemos reseñado que menudean los estudiosos que consideran que Portugal se autoconfiguró como tal, en los siglos XV y XVI, de la mano de una lucha heroica con el mar.

No está de más que agregue, par a terminar, que cada momento histórico se ha hecho acompañar de querencias y hábitos literarios diferentes. Así, la literatura clásica portuguesa, la de los siglos XVI y XVII, se vio indeleble y abusivamente marcada por la oratoria sagrada, por el moralismo, por la ascesis y, en general, por la influencia consi stente —echemos mano de Raul Brandão— de frailes babosos y místicos, por lo común autores de textos ilegibles [29] . La influencia de estos códigos mentales y morales a buen seguro que guarda estrecha relación con el peso paralelo del fatalismo y del sebastianismo. Pero remite también, en otra clave mental, y a algo de esto ya nos hemos referido, al carácter a menudo barroco, en la expresión, del grueso de la literatura del país. “Todos los grandes escritores portugueses son estilistas”, aseveró José Régio [30] en lo que atañe a un fenómeno inquietante que remite a literaturas balbucientes e inseguras, como sigue siendo, acaso, la gallega de hoy. Miguel Real concluye que una secuela principal del moralismo y la ascesis triunfantes ha sido una fuerte inclinación por la espiritualidad, que obliga a atribuir un mayor relieve a la trascendencia, frente a la inmanencia, y al espíritu, frente al cuerpo [31] .

Un canon de la literatura portuguesa

Incluyo en este epígrafe, por si a alguien puede servir de guía, una somera descripción de lo que, con criterio generoso del lado del receptor, habría que tomar en consideración en la literatura portuguesa. Hago mía al respecto, por añadidura, una recomendación que creo gustaba de repetir Miguel de

Unamuno: la que rezaba, mal que bien, que ningún hablante culto de castellano debe permitirse encarar los clásicos de la literatura catalana, gallega y portuguesa en una lengua diferente de aquélla en la que fueron escritos.

Ya he puesto sobre aviso, por lo demás, ante el hecho de que en estas líneas me he inclinado por combinar, sin mayor voluntad de distinguir unas de otras, preferencias personales y concesiones al canon establecido. Una de las tareas urgentes en relación con la literatura portuguesa —con todas las literaturas, por decirlo mejor— es, dicho sea de paso, la que nos invita a considerar críticamente lo que el canon, de forma interesada, impone. No olvidemos al respecto la vinculación de aquél, en todos los lugares, con la mitología nacionalista y su función de legitimación de determinadas ideas y corrientes [32] . Me limitaré ahora a r ecordar que, aunque hoy razonablemente asentado, el canon portugués ha ido experimentando cambios, a menudo muy notables. La literatura portuguesa empezó a ser considerada como un conjunto a finales del XVIII para, en el siglo siguiente, oficiar como una genuina literatura nacional, al amparo de un incipiente nacionalismo cultural [33] . Para ilustrar la condición de los caprichos del canon bastará con subrayar que es muy improbable que Fernando Pessoa hubiese sido acogido en aquél de no haber mediado una poderosa influencia extranjera.

Viajemos al siglo XIII para toparnos con las primeras manifestaciones de la literatura portuguesa o, si así se quiere, galaico-portuguesa. Hablo, claro es, de las cantigas de amor, de amigo y de escarnio y maldecir. En conjunto son unos 1.700 poemas recogidos en los cancioneros de Ajuda, de la Biblioteca Nacional de Lisboa y de la Biblioteca Vaticana [34] . A tono con un argumento que ya he empleado, estas composiciones se alejan visiblemente de todo aquello que pueda oler a épica, frente a lo que sucede con buena parte de la producción coetánea en castellano. Pareciera, por cierto, como si la inflación de épica en la literatura castellana medieval hubiese provocado una saturación tal que en los siglos siguientes —los de la conquista americana, por ejemplo— esa literatura se hubiese topado con problemas ingentes para abrirse camino. Una espléndida introducción a las cantigas medievales la proporcionan dos grabaciones afortunadas. Hablo, por un lado, del disco de Amancio Prada titulado Lelia doura y del álbum Cores do Atlântico , editado en 2010 por la Associação Ponte... nas ondas!, de Salvaterra de Minho.

Tres son las recomendaciones relativas a la producción literaria portuguesa del siglo XV: si la primera la aporta la Crónica de D. João I de Fernão Lopes, la segunda remite al teatro, a caballo entre ese siglo y el siguiente, de Gil Vicente, autor bilingüe —nos atraerá más adelante— en castellano y portugués, lleno de gracia y de ironía en su retrato, a menudo tragicómico, de pasiones y vicios, y la tercera los Colóquios de Garcia da Orta. Más nutrida es la representación del XVI. En ese siglo vieron la luz el Cancioneiro geral de Garcia de Resende; O livro de menina e moça de Bernardim Ribeiro, quien se sirve con originalidad de una novela pastoril para retratar lo más hondo de la condición humana, en un marco de añoranza de una vida rural idealizada; las poesías de Francisco Sá de Miranda y António Ferreira; la obra entera de Luís de Camões, tal vez perjudicado por la conversión de Os Lusíadas en texto canónico por

antonomasia —más interesante como poema naval, Os Lusíadas retrata una suerte de hazaña colectiva en la que los elementos épicos se funden con otros de cariz histórico y cultural— y autor de atractivos Sonetos ; el singularísimo, y adelantado a su tiempo, Ropica Pnefma , de João de Barros, que, a través de un juego de alegorías, escarba sagazmente en los orígenes del poder, y, en fin, el Soldado prático de Diogo do Couto.

Al XVII corresponden un libro seminal, la Peregrinação de Fernão Mendes Pinto, del que hablaremos más adelante; Corte na aldeia , de Francisco Rodrigues Lobo, y los Sermões del padre Vieira, a quien también nos referiremos inmediatamente. Estamos ante dos siglos, éste y el siguiente, en los que a la decadencia general acompañó otra en la literatura, que según la convención, apenas objeto de disputas, se tradujo en obras de calidad e interés mucho menores que los de las generadas en la edad media y el renacimiento [35] . Destaquemos, aun así, en el XVIII, la História trágico-marítima de Bernardo Gomes de Brito, ilustración cabal de la llamada "literatura de naufragios" [36] y demostración palmaria de que la epopeya a menudo se funde con la tragedia de la mano de un sinfín de antihéroes [37] , y, en las postrimerías del siglo, las Rimas de Bocage, poeta romántico al que no faltaron ironía y causticidad.

Mucho más nutrida tiene que ser, por fuerza, la representación del XIX. Empieza con dos obras, Viagens na minha terra y el drama Frei Luís de Sousa , de Almeida Garrett, representante mayor, en la primera mitad del siglo, de un primer romanticismo que abrió el camino a una escritura simple y espontánea, ajustada a los gustos de la clase media que se asentaba en las ciudades. Pero hay que referirse también a las Lendas e narrativas de Alexandre Herculano, historiador y novelista que, en busca de las esencias de la nación, desplegó un singular didactismo y una clara vocación ordenadora de los conocimientos. A las novelas de Camilo Castelo Branco nos referiremos más adelante, en el epígrafe siguiente. Agreguemos As praias de Portugal , de José Ramalho Ortigão, compañero de fatigas de Eça de Queirós, a quien, de nuevo, prestaremos atención en unas pocas páginas; Uma família inglesa y A morgadinha dos canaviais , de Júlio Dinis, el mayor de los retratistas, de vocación realista, de las burguesías del norte, y en singular de la portuense; los Sonetos de Antero de Quental, de quien también nos ocuparemos más adelante; A morte de D. João , A velhice do Padre Eterno y Os simples , las obras mayores de la poesía —tan valorada como la de Antero de Quental— de Guerra Junqueiro, junto con Pátria —"En nuestras letras, y en nuestra historia, Pátria es como el Os Lusíadas de la decadencia", afirmó Sampaio Bruno [38] —; el modernismo de la poesía de Eugénio de Castro, autor muy relacionado con los escritores españoles del momento; el Só , que recoge la obra poética de António Nobre, expresión de la nostalgia por la infancia y de la solidaridad con los que sufren; los singularísimos textos sobre China y Japón de Wenceslau de Moraes; la no menos singular, y póstuma, poesía de Cesário Verde, precursora, como la de Camilo Pessanha, del modernismo; O país das uvas , de Fialho de Almeida; Os meus amores , de Trindade Coelho, o la História alegre de Portugal , de Pinheiro Chagas, reflejo del optimismo con que una parte de la sociedad portuguesa contemplaba el precario impulso industrializador y tecnificador.

Ya en el XX hay que mencionar a Teixeira de Pascoaes, el teórico mayor del saudosismo , pensador muy relacionado con Galicia; Os pescadores y, en particular, el postsimbolismo del Húmus , de Raul Brandão, un escritor siempre preocupado por los desheredados y con frecuencia marcado por un tolstoyano sentimiento de culpa; la poesía simbolista, vinculada con Macao, del recién mencionado Camilo Pessanha; la obra entera de Fernando Pessoa, de quien enseguida hablaremos; O Malhadinhas y A casa grande de Romarig ães , de Aquilino Ribeiro, novelista cantor de las gentes rudas y honradas del mundo de la montaña, un tanto en la estela de Castelo Branco; la innovadora obra poética de Mário de Sá-Carneiro, compañero de Pessoa en el lanzamiento de Orpheu ; la singularísima, truncada y sensual voz de Florbela Espanca, de la que inmediatamente nos ocuparemos también; Emigrantes y A selva , de José Maria Ferreira de Castro, uno de los más populares novelistas portugueses, con la aventura americana siempre en el cerebro y lejos de los usos académicos, a menudo hiperformales, de la lengua; la especialísima, y popular, poesía del ya mencionado António Aleixo; A escola do paraíso , de José Rodrigues Miguéis, de origen gallego, empeñado en retratar la vida cotidiana de los lisboetas comunes y representante de lo que se ha dado en llamar “realismo ético”; el Mau tempo no canal , obra mayor, al margen de las corrientes y de los grupos literarios, del azoriano Vitorino Nemésio; Jogo da cabra cega , de un novelista de culto, José Régio, relato ambientado alrededor de una singular tertulia en una capital de provincia y reflejo de los tormentos morales del autor; O Barão , la magistral novela corta de Branquinho da Fonseca; los numerosos ensayos críticos de Adolfo Casais Monteiro; Diário, Criação do mundo y Contos da montanha , de Miguel Torga, artífice de una obra irrepetible que, al amparo de la dimensión telúrica de las montañas y los campos del interior, retrata unas y otros de forma seca y cortante, lejos de los artificios de ciudades y mares, como hemos tenido ya la ocasión de glosar; O navio dos mortos e outros contos , de Joaquim Pa ço d’Arcos; las novelas neorrealistas Esteiros , de Soeiro Pereira Gomes, y Gaibéus , de Alves Redol; la literatura existencialista de Vergílio Ferreira, materializada en novelas como Manhã submersa o Aparição ; la evocadora poesía de Sophia de Mello Breyner Andresen; la novelística, a caballo entre varias corrientes, de Fernando Namora, con Domingo à tarde como principal botón de muestra; la obra toda, difícil de clasificar, de Jorge de Sena, con su punto culmen en Sinais de fogo ; A sibila y Vale Abraão , de Agustina Bessa Luís, de la que hablaremos más adelante; Memorial de convento , O ano da morte de Ricardo Reis y A jangada de pedra , del bien conocido José Saramago, único portugués premiado con el Nobel de Literatura, autor de novelas de contenido filosófico, abierto compromiso y perfecta facción, y responsable también de un impresionante, por franco, diario que lleva por título Cadernos de Lanzarote ; la poesía de Eugénio de Andrade, Natália Correia, Mário Cesariny, Herberto Helder, Ruy Belo, Manuel António Pina, António Ramos Rosa, Vasco Graça Moura, Nuno Júdice y Manuel Alegre; el realismo de la novelística de José Cardoso Pires, bien manifiesto en Balada da praia dos cães ; el inconfundible O que diz Molero , de Dinis Machado; la literatura, no siempre fácil de seguir, pero siempre singular, de António Lobo Antunes, suelta en su estilo y cargada de sugerentes metáforas que cuestionan agriamente las miserias de la sociedad burguesa; las Novas cartas portuguesas de Maria Teresa Horta, Maria Velho da Costa y Maria Isa bel Barreno; las novelas de Teolinda Gersão y Clara Pinto Correia; el Camilo

Broca , de Mário Cláudio; Hotel Lusitano , de Rui Zink; Lusitânia , de Almeida Faria; O dia dos prodígios , de Lídia Jorge; Peregrinação de Emmanuel Jhesus , de Pedro Rosa Mendes, o Gente feliz com lágrimas y O mar de Madrid , de João de Melo. Agreguemos los nombres de José Riço Direitinho (Breviário das más inclinações), J. Rentes de Carvalho (La Coca), Francisco José Viegas (Lourenço Marques), Gonçalo M. Tavares (O senhor Valéry, O senhor Henri), José Luís Peixoto (Livro), Walter Hugo Mâe (A máquina de fazer espanhóis) y João Tordo (A anatomia dos mártires).

Si se me permite añadir una observación, bien estará que los hablantes de gallego, y no sólo ellos, echen una ojeada a algunos de los autores de superventas que se mueven en el panorama portugués del momento. Semejante ojeada bien puede tener la virtud de demostrar que la lengua común es perfectamente dúctil a la hora de transmitir contenidos que, lejos de la alta literatura y de sus efluvios barrocos, contribuyen sin más a la distracción, desvelan oscuras tramas políticas o tocan sin solemnidad los sentimientos humanos. Valgan al respecto los nombres de Margarida Rebelo Pinto, Miguel Sousa Tavares y José Rodrigues dos Santos.

Diez sugerencias de lectura

1. Las cantigas de escarnio y maldecir [39] . Esta modalidad de las cantigas medievales presenta límites difusos que justifican que a veces se haya hablado, sin más, de “poesía satírica” para retratar la complejidad de un mundo en el que convivían géneros tan diferentes como la invectiva personal, el pesar por la muerte de personajes más o menos célebres, la sátira social y política, la discusión insolente, la parodia humorística o la conversación de taberna [40] . Aunque los trovadores obedecían a extracciones sociales dispares, había clara mayoría de integrantes —no se olvide— de los grupos pudientes, y eran pocos, antes bien, los ejemplos de villanos convertidos en eso, en trovadores.

Comúnmente denostadas, y en cualquier caso menos apreciadas que las cantigas de amor y de amigo, las de escarnio y maldecir, más bien antisaudosas , parecen entrar en confrontación con lo que se sobreentiende que es el alma portuguesa, mesurada y cortés. A diferencia de sus compañeras de amor y de amigo, remiten, con todo, a un mundo real, concreto, no oculto por las convenciones temáticas y estilísticas del momento [41] . En tal sentido, retratan historias de la vida cotidiana de los juglares, sin que falten en modo alguno la violencia, el sexo y el alcohol. Cierto es que las composiciones que nos ocupan ofrecen a menudo una representación distorsionada y manipulada de la realidad, condicionada por muy dispares factores literarios y extraliterarios [42] . Muy vinculadas con la cultura cómica de la edad media, de siempre opuesta a la seriedad y a la gravedad hierática de la Iglesia y del mundo feudal [43] , en su dimensión transgresora recuerdan —salvando las distancias, que son muchas— a la obra de Rabelais y a muchas pinturas flamencas [44] . No olvidemos, aun así, que hay también en estas cantigas una dimensión de crítica del orden existente, del fraude, de la deslealtad y de la hipocresía. En este sentido, la ironía se convierte en un procedimiento que permite sortear la censura y que faculta para lanzar dardos contra el poder político y contra la propia Iglesia.

Rodrigues Lapa ha subrayado que no deja de ser sorprendente la riqueza de sinónimos de la expresión “hablar mal de alguien” que se registra en el gallego-portugués medieval, una lengua, por lo demás, en formación. Esa riqueza expresiva contrasta con la parquedad de otros géneros, claramente superados por estas cantigas en materia de dinamismo metafórico y de fantasía en los adjetivos [45] .

1. Gil Vicente (1465-1536?). Recuerdo vivamente que en el ma nual de historia de la literatura española que me tocó en suerte estudiar en el bachillerato se menciona ba episódica mente a Gil Vicente, autor bilingüe en portugués y en castellano. Hoy, acaso oscurecido por la obra, y más que por la obra por la fama, de Camões [46] , Gil Vicente no es en Portugal un autor muy leído y representado. Y eso que su condición personal —hay muchas dudas sobre su identidad [47] y una eterna polémica sobre si era el orfebre autor de una conocida custodia [48] — debería hacerlo atractivo y que lo común es que se afirme, con razón o sin ella, que fue el fundador del teatro portugués.

Muchos de los textos de Gil Vicente que nos han llegado fueron presumiblemente mutilados por la inquisición. Si una parte de los autos se halla en portugués, otra está en castellano y no faltan las obras en las que las dos lenguas aparecen conjuntamente. Es verdad, eso sí, que mientras los textos en castellano acogen un buen número de portuguesismos, los escritos en portugués apenas incluyen castellanismos [49] . No se olvide que la sociedad portuguesa, o al menos sus estamentos superiores, fue más o menos bilingüe entre mediados del siglo XV y finales del XVII. Ese bilingüismo fue producto por igual de cierta simbiosis cultural entre España y Portugal, y de unas alianzas matrimoniales que hicieron que la Corte en muchos sentidos se españolizase [50] . Pero en realidad los personajes de Gil Vicente se expresan también en latín, en sayagués, en picardo y en otras lenguas, al amparo de un sinfín de combinaciones y corruptelas [51] .

El propio Gil Vicente consideró que su obra la integraban tres grandes capítulos —las comedias, las farsas y las moralidades [52] — que tiene sentido ordenar en dos grandes etapas: si la primera, que remató en 1517-1519, obedece a un carácter marcadamente religioso, la segunda, después de 1520, responde a un impulso más profano, atiende a las fuerzas de la naturaleza y celebra la omnipotencia del amor [53] . En esta segunda fase brilló por encima de todo en la obra gilvicentina la sátira, que en los hechos alcanzó a todos los estamentos y figuras, sin excluir las instituciones políticas y la Iglesia. Mucho se ha discutido si Gil Vicente fue o no un erasmista. En la percepción de Marcel Bataillon, para explicar determinadas manifestaciones de la obra de nuestro autor es más razonable invocar, de nuevo, el peso de la cultura popular de su tiempo —que a menudo era notablemente anticlerical y gustaba de la parodia de las ceremonias y de los textos sagrados— que el ascendiente de Lutero o el del mentado Erasmo [54] . En este sentido, el Gil Vicente de las farsas habría sido una especie de Rabelais, bien que mitigado, a la portuguesa, portador de un sagaz talento a la hora de esquivar prohibiciones y castigos.

Los expertos no han ahorrado elogios a la obra de Gil Vicente. Para Aubrey Bell no es “técnicamente un gran dramaturgo, sino un maravilloso poeta

lírico y un admirable observador satírico de la realidad” [55] . Dámaso Alonso, por su parte, afirmó que “Gil Vicente […] sólo es parangonable con Garcilaso, fray Luis de León y san Juan de la Cruz, a todos los cuales vence en variedad, y a casi todos en intensidad, en cercanía al misterio intangible de lo poético” [56] . Tras identificar en ella, en suma, “un gran fresco social y psicológico del pueblo portugués del siglo XVI”, Miguel Real subraya también cómo la obra de Gil Vicente retrata, al tiempo, la crisis de los valores medievales en la cosmopolita Lisboa del siglo mencionado [57] .

1. Fernão Mendes Pinto (1510/1514-1583). Fue Fernão Mendes Pinto un personaje singularísimo que se retrató de la mano de un libro no menos singular, la Peregrinação [58] , publicado en 1614. De origen muy humilde, de todo ofició en una vida cargada de misterios: fue comerciante, esclavo —t rece veces cautivo—, misionero, vagabundo y delincuente [59] . Dos décadas de esa vida las pasó en Asia, en donde conoció la India, China y Japón, y en donde se convirtió en el presunto primer europeo en visitar este último país. La Peregrinação , un voluminoso libro autobiográfico, despliega una lengua popular hermosísima, alejada de los usos culteranos y próxima a la vida cotidiana. Es un texto, por lo demás, en el que la pretensión literaria cede en provecho de un relato de acción en el que no siempre parece sencillo deslindar la pura ficción y la autobiografía puntillosa. Parece, de cualquier modo, que Mendes Pinto mentía mucho menos de lo que se ha sugerido. “ Fernão, Mentes? Minto ”, decía la broma.

La obra que nos ocupa es una suerte de novela picaresca —no se olvide que la literatura picaresca como tal apenas hizo acto de presencia en Portugal— de la época de los descubrimientos . En ella el protagonista, que es un genuino antihéroe, no sucumbe a ninguna modalidad de patriotismo. Ello es así por mucho que sobren las razones para concluir que el libro fue expurgado para permitir su publicación [60] . La Peregrinação , espejo de —y contraste con— las civilizaciones orientales [61] , ilustra bien a las claras las profundas contradicciones de la sociedad portuguesa, ocultas en la literatura oficial [62] . Nos encontramos, si así se quiere, con un anti Camões que contrapone lo vivido y lo presuntamente real al discurso épico de la cruzada [63] . Un disco afortunado de Fausto, Por este rio acima , nos acercó hace años a la figura de Fernão Mendes Pinto y a la singularidad excepcional —no hay nada similar en la literatura española de su tiempo— de su obra.

1. El padre Vieira (1608-1697). Muy desconocido en España, el padre Vieira protagonizó una vida azarosa, llena de peripecias, a caballo entre Portugal, Brasil y diferentes países europeos. Diplomático, hombre de negocios, clérigo, se mostró a menudo cerca de los desheredados —defendió a negros, indios y judíos— y denunció con frecuencia las miserias de los poderosos, y en singular las de los colonos en Brasil. José van de Besselaar afirma que, acosado por la inquisición, pareciera como si Vieira hubiese necesitado de alguna coacción externa para afianzar una materia precisa de reflexión y no perderse en divagaciones [64] . A los ojos de Eduardo Lourenço, las alegaciones de Vieira ante el Santo Oficio son una mezcla de “lucidez delirante y delirio divino” [65] .

Vieira fue, por encima de todo, un moralista. “Su vocación consistía en ‘moralizar’, en promover la reforma de la mentalidad y de la actitud ética, lo que en muchas ocasiones conducía a castigar y ridiculizar los vicios de su tiempo. En todo moralista se esconde un practicante de la sátira” [66] . Aunque fue también, y por lo demás, un retórico, en el buen entendido de que su retórica parece, aún hoy, saludablemente natural y espontánea [67] . Dos lecturas generales ha suscitado su obra. Mientras la primera, de corte racionalista y europeísta, resalta la raíz barroca de los textos de Vieira, la segunda, más nacionalista, subraya el providencialismo que los inunda [68] . El fervor religioso de Vieira se sumó a la elevación de Portugal a la condición de nación elegida por Dios [69] .

Fernando Pessoa, quien apreció en Vieira el “emperador de la lengua portuguesa”, señaló que el autor de los Sermões y de la História do futuro nunca tuvo una visión utilitaria o instrumental de la lengua, de la religión o de la cultura [70] . Maestro de la lengua barroca y, según la versión canónica, el mayor de los oradores sagrados en lengua portuguesa, son fáciles de apreciar la belleza literaria de los textos de Vieira, la cadencia majestuosa de sus períodos, los dichos picantes y mordaces de los que echa mano, la originalidad y adecuación de sus metáforas, las transiciones imprevistas y sorprendentes, el carácter incisivo de sus polémicas, la fuerza plástica del lenguaje y el poder imaginativo que lo impregna todo [71] .

1. Camilo Castelo Branco (1825-1890). No fue menos azarosa la vida de Camilo Castelo Branco, y ello en el terreno político, en el sentimental —sus amores lo llevaron a la cárcel— y en el literario [72] . Fue Castelo Branco el autor de una obra desigual, marcada por las necesidades económicas y por las imposiciones de los editores, que unas veces reclamaban libros religiosos, otras textos amables, en ocasiones novelas históricas y, cuando no, trabajos marcados por la condición polémica y el escándalo [73] . En cualquier caso, Castelo Branco ofrece una pintura muy rica, y muy singular, del XIX portugués, y ante todo de sus manifestaciones en el norte del país. El suyo es un espasmo romántico materializado en padres tiranos, votos forzosos de las hijas, amores por encima del bien y del mal, y comentarios mordaces de los vecinos, todo ello adobado de un franco desprecio de las convenciones morales al uso. En modo alguno procura esconder los conflictos y contradicciones del momento, que se revelan de la mano de personajes apasionados y, con frecuencia, irracionales en sus decisiones. Frente a la modernidad hipócrita e interesada del liberalismo, nuestro autor asume, con una lengua a menudo arcaizante, una defensa de la sociedad tradicional. Pese a ello, Castelo Branco es un escritor ideológicamente inclasificable: tuvo encuentros y desencuentros con liberales y con monárquicos, con la Iglesia y con los detractores de ésta. Para Teófilo Braga hay, al cabo, dos Camilos : el idealista sentimental, religioso y marcado por los afectos, y el caricaturista que, con ironía, retrata las aberraciones de la naturaleza humana [74] .

La más celebrada de las novelas de Castelo Branco es Amor de perdição , al decir de Unamuno “la novela de pasión amorosa más intensa y más profunda que se haya escrito en la península […], muy superior al Manon Lescaut , del abate Prévost” [75] . Pero merece la pena leer también obras tan incisivas, y a

ratos tan divertidas, como A queda de um anjo [76] o Coração, cabeça, estómago . Agreguemos otros títulos, como es el caso de las Novelas do Minho , A brasileira de Prazins u O regicida. Criticado a menudo por la búsqueda de lo insólito y por la propensión a servirse de saltos bruscos en el relato, parece innegable que Camilo se ha visto perjudicado por la comparación con Eça de Queirós, más valorado dentro y fuera de las fronteras portuguesas. La forma de escribir, y la de narrar, de Eça sigue disfrutando de un innegable prestigio entre la intelectualidad local. Acaso eso ha hecho olvidar que Castelo Branco, cuya fama se vio enturbiada por el colorido y por la fuerza sentimental de sus personajes, fue, sin embargo, un maestro de la ficción narrativa [77] .

1. Antero de Quental (1842-1891). No fue menos tormentosa, para variar, la vida del azoriano Antero de Quental, poeta y publicista, hombre de empuje personal y mesiánico, que acabó suicidándose. Revolucionario, racionalista, defensor de la emancipación de las mujeres, crítico acérrimo del despotismo en la universidad y de la arbitrariedad gubernamental, adalid, en suma, de la libertad de prensa, Antero recibió la influencia de Michelet, Proudhon, Renan y Hegel [78] . Muchos de sus escrit os provocaron escalofríos en los estamentos conservadores, mayoritarios, de la sociedad portuguesa. Trabajó en la fundación de círculos obreros, introdujo en Portugal la Asociación Internacional de Trabajadores y se vinculó, también, con el naciente Partido Socialista. Junto con Eça de Queirós, Oliveira Martins y Teófilo Braga, entre otros, se contó entre los organizadores de las llamadas conferencias del Casino, que supusieron un revulsivo para la sociedad portuguesa de finales del XIX. Sus reflexiones sobre las causas de la decadencia de Portugal y de España —ya nos hemos referido a ellas en su mo mento— reavivaron el debate correspondiente y pusieron el dedo en la llaga de muchas de las taras que arrastraba la sociedad portuguesa. El recién mencionado Eça de Queirós describió a Antero de Quental como “un hombre tan sencillo, con una mala chaqueta de alpaca en el verano, con un abrigo color de miel en el invierno, que vivía como pobre voluntario en una casucha de pueblo pobre, sin posición ni fama, siempre ignorado por el Estado, nunca invocado por las muchedumbres” [79] .

Los Sonetos y las Odes modernas de Antero se cuentan entre las mejores ejemplificaciones de lo que convencionalmente se entiende por “pesimismo portugués”. Constituyen un fiel reflejo de la condición de un alma atribulada en la cual se dan cita la ausencia de horizontes, el hechizo provocado por la muerte y, en fin, una suerte de nihilismo ateo. “¡Qué hondura de desesperación!, ¡qué intensidad de congoja religiosa!”, exclamó Unamuno [80] .

1. José Maria Eça de Queirós (1845-1900). Hombre de mundo, viajero y diplomático de profesión [81] , de Eça de Queirós dice Gaziel que, caso de haber permanecido en Portugal, el sarcasmo habría impregnado, sin competidor, toda su obra literaria. Si el sarcasmo está presente, pese a todo, en ésta, la distancia con respecto a Lisboa, o a Portugal, permitió que el escritor diese rienda suelta, también, a la añoranza por su país [82]

, de tal forma que se perfilase una combinación muy sugerente que está, al cabo, en el meollo de las novelas queirosianas.

En Eça las pasiones no tienen el mismo peso que en Castelo Branco, y en cierto sentido se ven sustituidas por una ironía que lo impregna todo. El resultado es un retrato ácido de las taras, y entre ellas en lugar principal la hipocresía, de la sociedad portuguesa del XIX —y, tal vez, de hoy—, de la mano de una rebelión frente a muchos de los códigos, anquilosados, de la novela romántica. En ese retrato se aprecia con facilidad la influencia de la novela realista francesa, pero también, y pese a lo dicho, la de espasmos románticos que no mueren por completo. Con un estilo aparentemente simple, y desde la pulcritud de la lengua, Eça es un estudioso implacable de las mis erias de la condición humana, capaz de aunar un realismo innato con una afortunadísima y poética sensibilidad. Y de hacerlo, claro, desde la disidencia, en el Portugal de la segunda mitad del XIX, frente "a la pedantocracia trivial del elogio mutuo" [83] , al amparo de una combinación de cosmopolitismo y apego al terruño. Dejemos hablar a J. Rentes de Carvalho: "Su crítica sin piedad de Portugal, de las instituciones y de la sociedad, me ayudó, si no a aceptar, sí al menos a comprender las fuerzas profundas que siguen determinando la manera de ser del país en que nací" [84] .

Eça nos entregó un puñado de obras maestras que obliga a recelar de la opinión de Unamuno: "A Eça de Queirós no le queda sino una secta, unos cuantos admiradores, los afrancesados" [85] . Ahí están O crime do Padre Amaro —claramente in fluenciado por la novelística de Zola—, O primo Basílio —par a Teófilo Braga en esta novela se revelan "la construcción segura de Balzac, el acabado artístico de Flaubert, la crudeza más imponente de Zola y los cuadros completos de Daudet" [86] —, Os Maias —un friso genial de la sociedad lisboeta del XIX—, A ilustre casa de Ramires —retrata la colisión entre hidalgos anquilosados y lanzados liberales, con las preceptivas discusiones sobre la decadencia en la trastienda—, A cidade e as serras —con la visión, un tanto idílica, de la vida rural en el norte contrapuesta a los vicios de la civilización urbana, en el buen entendido de que al cabo Eça parece inclinarse por una combinación entre simplicidad y progreso técnico [87] — o las muy divertidas O conde de Abranhos y A relíquia —difícil resulta imaginar que en la España del XIX se publicase una novela como esta última—.

1. Fernando Pessoa (1888-1935). Parte de la infancia de Pessoa, y la adolescencia entera, transcurrió en Durban, en Sudáfrica, circunstancia que explica el dominio del inglés por el poeta y el hecho, acompañante, de que en esta lengua estén redactados muchos de sus textos. A efectos de establecer vínculos entre épocas, Lorenzo Pini se ha preguntado si el Pessoa niño no cruzó sus pasos en las calles de Lisboa con los de Eça de Queirós, fallecido en 1900 [88] . Yo, po r mi parte, he podido imaginar un choque de trenes, en la Baixa lisboe ta, entre un Fernando Pessoa cerca de la muerte, e inevitablemente bebido, y un semiadolescente José Saramago, con problemas graves en la vista. En el caso de Pessoa se produce, de cualquier modo, una plena identificación del escritor con la ciudad, a la manera de lo que ocurre —como tuvo a bien señalarlo Antonio Tabucchi— con Kafka y Praga, con Borges y Buenos Aires, o con Joyce y Dublín. Cierto es, en paralelo, que

Pessoa pasó por la vida casi de puntillas — parecia não pisar o chão (parecía no pisar el suelo), dijo de él su efímera novia Ofélia Queiroz, a la que robé la frase para titular mi ensayo sobre la vida, sobre las vidas, del poeta— y se vio marcado por un permanente temor a enloquecer que acaso sólo remitió en los últimos años, cuando el alcohol, tal vez en forma de compensación, corroía a un ser humano extremadamente singular. A diferencia de su amigo Mário de Sá-Carneiro, Pessoa no se suicidó físicamente, pero lo hizo —anota Miguel Real— socialmente, en la medida en que los últimos veinte años del poeta lo fueron de existencia solitaria, alcohol y búsqueda de una originalísima visión de Portugal que tiene su expresión mayor en Mensagem [89] . Más bien olvidado en vida —aunque se haya exagerado un tanto esta condición—, el ascenso trepidante de Fernando Pessoa a la fama ha hecho, no sin paradoja, que el ser humano real se difuminase en un puñado de leyendas.

Las muchas decenas de heterónimos a los que Pessoa dio aliento, en retrato palmario de lo que significa el hombre fragmentado, en modo alguno remiten a un mero artificio literario: dan cuenta, antes bien, de una realidad vivida y sufrida. Ahí están, para demostrarlo, el futurismo de Álvaro de Campos, el bucolismo de Alberto Caeiro, el clasicismo de Ricardo Reis y el arte incalificable del contable Bernardo Soares, cuyo Livro do desassossego es acaso la mayor acumulación de frases geniales de la literatura occidental desde Homero hasta hoy. Pero la condición excelsa de la poesía de Fernando Pessoa tiene tal vez su mejor botón de muestra en el hecho de que su calidad no baja siquiera cuando, como en Mensagem , el único libro que publicó en vida en portugués, se desliza por el cenagoso terreno de la épica nacionalista. Hay quien ha dicho que los tres autores del siglo XX más estudiados son Kafka, Joyce y Pessoa. Apreciemos en éste una mezcla de personaje impenetrable y lucidez clarificadora. “Es parte de la luz por la que nosotros nos movemos”, dijo Henry James de uno de los personajes de sus novelas [90] , como bien podía haberlo dicho de Fernando Pessoa.

1. Florbela Espanca (1894-1930). Pese a su brevedad, en la vida de Florbela Espanca, que se casó tres veces, se divorció en dos ocasiones y se suicidó en 1930, menudearon los sobresaltos [91] . A diferencia de la mayoría de las mujeres de su tiempo, pudo estudiar y convertirse, a los ojos de muchos, en una precursora del feminismo portugués contemporáneo.

Aunque con frecuencia exalta el Alentejo natal [92] y hace otro tanto con la patria, el grueso de la literatura de Espanca remite, antes bien, a las pasiones humanas y su despliegue. El resultado es una obra marcada por una notable imaginación, apasionada —como no podía ser menos— y llena de talento y de gracia. José Régio habló al respecto de una poesía que “nace, vive y se alimenta de su [...] tal vez demasiado real caso humano” [93] . António José Saraiva, por su parte, considera que Espanca se inserta en plenitud en la percepción portuguesa del amor: “El amor-pasión que se complace en la ausencia, en la imposibilidad de realización, en la autodestrucción” [94] . Claro que también hay quien ha reprochado a Espanca su falta de preocupación social y ha sugerido que al cabo vivía inmersa en las limitaciones mentales de la pequeña burguesía.

Poco o nada vinculada con el m odernismo, y alejada de las querencias literarias que revelaban los miembros de Orfeu —la revista de Fernando Pessoa y de Mário de Sá-Carneiro— y del vanguardismo del grupo que editaba Presença , Espanca nunca formó parte de ninguna escuela o tendencia . Creció sin predecesores y sin discípulos, con la excepción, entre los primeros, de António Nobre, en el buen entendido de que, aunque nuestra autora levanta su construcción literaria por analogía con la de Nobre, para mantenerla en pie se inclina por alejarse de este último [95] . Mencionemos los títulos que rellenaron la obra poética de Espanca: Livro de mágoas y Livro de Sóror Saudade , ambos publicados en vida, y Charneca em flor , que vio la luz poco después de morir, además de Juvenília . Agreguemos las colecciones de cuentos O dominó preto y Máscaras do destino , un diario que se interesa tanto por cuestiones de naturaleza familiar como por materias vinculadas con la literatura, y, en fin, una nutrida correspondencia amorosa [96] .

1. Agustina Bessa-Luís (1922-). La obra de la autora de A sibila es un penetrante retrato de las tierras del Duero. Agustina recuerda, al cabo, que “el Duero es la provincia más capaz de pasiones gobernadas y desgobernadas que hay en Portugal” [97] . Esa obra nos acerca a una sociedad muchas veces marcada por una cruda competición y una no menos cruda irracionalidad. Influenciada por la novela popular y por la picaresca, y nada alejada del folletín francés del XIX, en los libros de Bessa-Luís, en los que es fácil apreciar el eco de Dostoyevski, de Proust y de Castelo Branco, corresponde un papel principal al estudio de la vida familiar y cultural de los portugueses, circunstancia que invita a la autora a visitar con frecuencia diferentes hechos históricos. Todo ello aparece procesado de la mano de una omnipresente y sugerente combinación de sueños y de metáforas. El resultado es una literatura muy original, de enorme libertad estética, en cierto sentido construida frente a las imposiciones del mundo cultural-literario y, claro, frente a las de los varones. “No quería el éxito fácil, las opiniones, los favores, el agasajo de la tertulia y el calor de la insubordinación, de las víctimas de la injusticia, de los paladines de la razón. Yo sólo quería escribir, entrar en el corazón de las personas y beberles la sangre, avanzando siempre, creando enredos y haciendo saltar los personajes de las páginas.” [98] La correspondencia de Bessa-Luís con José Régio, recientemente publicada, muestra una mujer cargada de certeza y de osadía, lejos del apocamiento que revela a menudo su interlocutor [99] .

Pero en Agustina Bessa-Luís se aprecia también la obsesión por la lengua. El portugués es una lengua “hecha de perlas finas, de incrustaciones de marfil, de relieves poéticos” [100] . “Mi ídolo es la gramática portuguesa, a la cual hago constantes herejías” [101] , agregó la autora de novelas memora bles como la mentada A sibila , A corte do norte , Prazer e glória o Vale Abraão , de libros de viajes como Embaixada a Calígula o Breviário do Brasil , y de biografías dedicadas a san Antonio, a Florbela Espanca o al marqués de Pombal.

Notas

1. Moreno Cabrera, 2009.

2. Prado Coelho, 1977. Véanse también Barreiros, s. d.; Pardinhas Azevedo y Campos Monteiro Braga, 1994.
3. Cunha, 2008: 67 y 86.
4. Jorge de Sena, cit. en Prado Coelho, 1977: 32.
5. Prado Coelho, 1977: 32.
6. Real, 2010: 297.
7. Prado Coelho, 1977: 39.
8. Prado Coelho, 1977: 65.
9. Cit. en Prado Coelho, 1977: 27.
10. Prado Coelho, 1977: 28.
11. Cit. en Prado Coelho, 1977: 29.
12. Cit. en Prado Coelho, 1977: 44.
13. Cit. en Prado Coelho, 1977: 51.
14. Cit. en Prado Coelho, 1977: 52.
15. Véase Rebello, 1968.
16. Véanse Cesariny, 1983; Zaluar Nunes, 1978.
17. Cunha, 2008: 18.
18. Cunha, 2008: 20.
19. Cunha, 2008: 22.
20. Lourenço, 2013: 142.
21. Saraiva, 1982a: 110.
22. Cit. en Prado Coelho, 1977: 33.
23. Kirsty Hooper, en Hooper y Puga Moruxa, 2011: 273.
24. Prado Coelho, 1977: 49.
25. Cit. en Prado Coelho, 1977: 49.
26. Prado Coelho, 1977: 51.
27. Machado, 1983.
28. Prado Coelho, 1977: 22.
29. Prado Coelho, 1977: 59.

Cit. en Prado Coelho, 1977: 63.

30.

31. Real, 2010: 297.

32. Véanse Cunha, 2008; Rita, 2014; Tamén y Carvalhão Buescu, 1999.

33. Cunha, 2008: 4.

34. Lanciani y Tavani, 1998: 49.

35. Alves, 2007: 25.

36. Véanse Lanciani, 1979; Palma-Ferreira, 1980.

37. Real, 2010: 126-127.

38. Cit. en Rita, 2014: 177.

39. Véanse Ferreiro y Pereiro, 1996; Rodrigues Lapa, 1942; Rodrigues Lapa, 1963; Tavani, 1986; Tavani, 1988; Magán, 1996.

40. Lanciani y Tavani, 1998: 7.

41. Rodrigues Lapa, cit. en Lanciani y Tavani, 1998: 33.

42. Lanciani y Tavani, 1998: 33.

43. Lanciani y Tavani, 1998: 67.

44. Lanciani y Tavani, 1998: 72.

45. Cit. en Correia, 2008: 23.

46. Alves, 2007: 34.

47. Saraiva, 1979: 235 y ss.

48. Teyssier, 1982a: 9.

49. Teyssier, 2005: 365.

50. Teyssier, 1982a: 128-129.

51. Alves, 2007: 42.

52. Teyssier, 1982a: 43.

53. Teyssier, 1982a:107.

54. Teyssier, 1982a: 158-159 y 165.

55. Cit. en Teyssier, 1982a: 114

56. Cit. en Alves, 2007: 43.

57. Real, 2010: 91.

58. Véanse Catz, 1978; Catz, 1981; Saraiva, 1971.
59. Saraiva, 1979: 93 y ss.
60. Saraiva, 1979: 96.
61. Saraiva, 1979: 102
62. Saraiva, 1979: 107.
63. Real, 2010: 120.
64. Besselaar, 1981: 51.
65. Lourenço, 2013: 29.
66. Besselaar, 1981: 69.
67. Besselaar, 1981: 71.
68. Real, 2008: 23.
69. Real, 2010: 182.
70. Miguel Real, en Pessoa, 2013: 125.
71. Besselaar, 1981: 98.
72. Alcántara, 2005.
73. Braga, 1986a: 153.
74. Braga, 1986a: 153.
75. Unamuno, 2014: 27 y 33.
76. Véase Ramires Ferro, 1966.
77. Alves, 2007: 28.
78. Martins, 2001: 9.
79. Cit. en Martins, 2001: 40.
80. Unamuno, 2014: 25.
81. Véanse Calvet de Magalhães, 1994; Saraiva, 1982b.
82. Gaziel, 1960: 57.
83. Braga, 1986b: 202.
84. Rentes de Carvalho, 2010: 110.
85. Unamuno, 1991: 248.

Braga, 1986b: 200.

86.

87. Real, 2010: 265.

88. Pini, 2013: 95.

89. Real, 2010: 36.

90. Bréchon, 1996: 28.

91. Fernández, 2012; Lopes et al. , 1997.

92. Óscar Lopes, en Lopes et al. , 1997: 23 y ss.

93. http://www.vidaslusofonas.pt/florbela_espanca.htm

94. Cit. por Luís Mourão, en Lopes et al. , 1997: 164.

95. Luís Mourão, en Lopes et al. , 1997: 165.

96. Espanca, 2008.

97. Bessa-Luís, 2007: 29.

98. Bessa-Luís, 2007: 73.

99. Bessa-Luís, 2014.

100. Bessa-Luís, 2007: 100.

101. Bessa-Luís, 2007: 26.

Capítulo 4

Portugal y Galicia: a vueltas con la lengua

“Dão-nos um lírio e um canivete

e uma alma para ir à escola e um letreiro que promete raízes, hastes e corola.”

Natália Correia

Importa dejar claro desde el principio que este texto no se interesa por la trama general de las relaciones entre Portugal y Galicia. A sus párrafos no se asoman, o apenas lo hacen, consideraciones de cariz histórico, observaciones de antropología común o sesudos análisis relativos a intercambios económicos. Lo que da sentido a este capítulo es, antes bien, una reflexión sobre la lengua que, en una de sus dimensio nes, obedece al doble objetivo de calibrar si el portugués y el gallego son o no dos lenguas distintas y de sopesar cómo el debate correspondiente afecta a la lengua de Galicia. Debo recordar, de cualquier modo, que quien escribe estas líneas no es un lingüista ni un filólogo. Poco más hace que poner sobre el papel el resultado de muchos años de conversaciones y lecturas relativas a las materias que a continuación se abordan, de la mano de lo que a la postre no

es sino una opinión personal que no pretende vincularse con criterio alguno de objetividad y cientificidad.

Antes de asumir la tarea principal, conviene perfilar, con todo, algunas observaciones sobre los vínculos entre Portugal y Galicia. La primera se refiere a un tópico general que merece matizaciones varias: el que sugiere que Galicia ha sido objeto de un secular olvido en Portugal. Si la tesis remite a lo que hasta hace bien poco ha sucedido en el ámbito de las querencias de la gente de a pie, habrá que dar el argumento por genéricamente bueno. Pero si pretende, de forma más específica, juzgar lo que ha ocurrido con las elites políticas e intelectuales portuguesas, el panorama se antoja más complejo. Hay que dejar constancia, por lo pronto, de la retórica de hermandad y colaboración que de un tiempo a esta parte marca, bien es cierto que apenas acompañada de hechos, la relación bilateral. Como hay que recordar los textos que sobre Galicia, y con manifiesto cariño hacia ésta, escribieron figuras significadas como Alexandre Herculano, Oliveira Martins o Teófilo Braga. Esto aparte, parece obligado subrayar que la literatura que estudia los orígenes de Portugal y de su lengua acoge menciones constantes y, comúnmente, informadas a Galicia. Otra cosa distinta es —y vuelvo sobre una aseveración que acabo de formular— la presencia viva de esta última en la cultura y en la vida portuguesas de hoy, y ello por mucho que sea cierto que los flujos comerciales y turísticos han permitido un conocimiento recíproco mayor. Claro es que ese conocimiento tiene las más de las veces mucho de superficial, en la medida en que no suele traducirse en una consideración de lo que es Galicia —subsumida a menudo en la mera condición de región española — como entidad singular, portadora de una historia, de una lengua y, acaso, de una idiosincrasia que por fuerza tienen que atraer a un portugués culto [1] . Las cosas como fueren, y en un terreno que por necesidad debe interesarnos —el de la literatura—, parece innegable que empiezan a multiplicarse los ejemplos de novelas portuguesas contemporáneas que se desarrollan, de forma total o parcial, en Galicia. Ahí están los casos de O lobo guerrilheiro , de Bento da Cruz; de Trabalhos e paixões de Benito Prada , de Fernando Assis Pacheco; de As duas águas do mar , de Francisco José Viegas; de Biografia involuntária dos amantes , de João Tordo; de La Coca , de J. Rentes de Carvalho, o, en el ámbito de la novela histórica, de O trono do altíssimo , de João Aguiar. A todo lo anterior hay que agregar muchas de las obras, de corte vario, de José Viale Moutinho.

Otra materia que ha hecho correr mucha tinta es la que se interesa por tópicos caracterológicos que, a uno y otro lado del Miño, darían cuenta de desencuentros históricos. Si en una de las definiciones recogidas en los diccionarios portugueses el gallego es retratado como “individuo grosero e incivil”, es común —o lo era— que en Galicia se describa inopinadamente al portugués como “persona sucia y miserable” [2] . También coinciden los tópicos a la hora de recoger las virtudes de unos y otros. La parte saludable de la imagen del gallego suele vincularse, bien es cierto, con el interés y con la explotación. “La gente de encima del Miño es muy trabajadora, sumisa, ahorradora, sobria y resignada” [3] , etiquetas éstas que, por lo demás, parecen atribuirse con frecuencia a los portugueses residentes en Galicia. La cara negativa de los gallegos reaparece, sin embargo, de la mano de dichos como fazer festas a galegos o mesa sem pão, mesa de galegos , o en

la descripción de lo gallego como algo pequeño, flaco y mal aprovechado [4] . Parece fuera de discusión que estos tópicos han ido reculando y que su ascendiente, en consecuencia, resulta cada vez menor. Aun así, es lícito afirmar que, en lo que a Galicia respecta, hay dos percepciones distintas de lo que es y significa Portugal: si la primera queda bien recogida en aquello de “menos mal que nos queda Portugal”, la segunda desprecia al vecino meridional o, al menos, no muestra mayor interés por él.

Queda por encarar una última cuestión de relieve: la que se ocupa de las migraciones entre Galicia y Portugal. La que ha seguido la dirección norte-sur ha sido objeto de muchos estudios. Afectó de manera abrumadoramente mayoritaria a gentes humildes que ante todo procedían de las áreas más meridionales de Galicia, tuvo como destino mayor Lisboa —y no Oporto— y muchos de sus integrantes acabaron por regresar a sus lugares de origen. La literatura portuguesa ha reflejado con profusión la presencia, muy notable, en Lisboa, de gallegos que trabajaron como aguadores y como mensajeros, en el pasado, y que lo hacen ahora como propietarios de bares y restaurantes. Hasta donde llega mi conocimiento, y lamentablemente, carecemos de estudios serios sobre el habla de los inmigrantes gallegos en Portugal. Es llamativo, por lo demás, que de esta emigración que nos ocupa no participasen —con alguna excepción, tan marginal como breve, de exiliados políticos— intelectuales o profesionales cualificados, a diferencia de lo ocurrido con la que tuvo por destino Madrid, Buenos Aires o La Habana [5] . Gracias al libro, recentísimo, de Dionísio Pereira disponemos ahora de una información preciosa sobre la comunidad portuguesa en Galicia entre los años 1890 y 1940 [6] .

¿Dos lenguas distintas?

La pregunta relativa a si el portugués y el gallego son o no dos lenguas distintas plantea una discusión compleja. Lo es siquiera sólo sea porque los datos pueden ordenarse de muy diversas formas en provecho, claro, de conclusiones diferentes. Nadie —o casi nadie— duda, con todo, del origen común del uno y del otro, o, lo que es lo mismo, nadie cuestiona que en un momento determinado fueron una única lengua. Mientras unos consideran que lo siguen siendo, otros estiman que con el paso del tiempo acabaron por configurarse dos lenguas más o menos distinguibles. Conviene subrayar, con respecto a esto último, que afirmar que gallego y portugués son la misma lengua no implica en modo alguno sostener que son iguales. Ni los reintegracionistas —las gentes que afirman que el gallego debe emplazarse en el espacio común de la lusofonía— afirman que el gallego y el portugués son iguales, ni los diferencialistas o aislacionistas —las gentes que consideran que el gallego debe quedar configurado como una lengua distinta del portugués— sostienen que son lenguas completamente diferentes (aun cuando este argumento podría expresarse en los mismos términos en lo que respecta al gallego y el castellano, que tampoco son lenguas “completamente diferentes”).

La bibliografía diferencialista en Galicia muestra un singular empeño en subrayar que desde el principio, desde el siglo XIII, hay diferencias entre gallego y portugués — en ese siglo podrían distinguirse ya textos gallegos y textos portugueses —, de tal suerte que dibuja una realidad teleológica que

habría conducido inexorablemente, ya desde ese inicio, a la configuración de lo que no podían ser sino dos lenguas distintas. Por detrás se aprecia una voluntad expresa de resaltar las diferencias y de esquivar los muchos elementos comunes, al amparo de una propuesta que —volveremos sobre ello— a menudo tiene un carácter político, y no filológico. Al privilegiar una especie de divergencia primigenia, esa bibliografía no parece otorgar el relieve que corresponde, cuando llega el momento de explicar eventuales diferencias con el portugués, a la influencia del castellano sobre la lengua de Galicia o, en su defecto, entiende que esa influencia obedece a un fenómeno natural que no merece ser contestado.

Es llamativo, sin embargo, que muchos de los lingüistas españoles de orientación más tradicional —entiendo ahora por tal la que se deriva de sus vínculos con el nacionalismo de Estado correspondiente— hayan asumido de buen grado, y de siempre, que gallego y portugués eran la misma lengua o, en otra formulación, que constituían dos dialectos de una misma lengua. Es el caso de la escuela de Ramón Menéndez Pidal [7] , como lo es de Dámaso Alonso y de Manuel Alvar, quienes afirmaron en su momento que el núcleo inicial del portugués es el gallego y que el portugués constituye una prolongación de aquél [8] . Aunque lejos de la filología, el propio Marcelino Menéndez Pelayo estimaba que gallego y portugués son idénticos en su esencia [9] . El argumento alc anza a lingüistas de fama internacional como Eugenio Coseriu, para quien la separación entre gallego y portugués “puede, sin duda, establecerse en el plano de la lengua común (que para el gallego, en parte, se está todavía ela borando), pero no en el nivel popular y dialectal, de suerte que, para la lingüística histórica, sigue teniendo plena vigencia la denominación compuesta ‘gallego-portugués’” [10] . No olvidemos, por lo demás, que una discusión parecida a la que nos ocupa afecta desde hace un tiempo al portugués de Brasil: no faltan quienes aseveran que este último es una lengua distinta del portugués europeo, sobre la base de diferencias fonéticas, lexicales y, tal vez, sintácticas, que hasta hoy lo común es que se entendiese que eran, con todo, menores [11] .

Claro es que estas disputas tienen su reflejo en las visiones populares de lo que son gallego y portugués . Si un observador externo quedaría a buen seguro perplejo ante la afirmación de que catalán y valenciano son dos lenguas distintas, creo firmemente que otro tanto ocurre con el gallego y el portugués a menos que nos dejemos llevar por las impresiones que generan ortografías artificialmente perfiladas —el “disfraz ortográfico” [12] exagera hasta extremos inimaginables las eventuales diferencias y borra las similitudes— o que estemos echando mano de manifestaciones muy singulares de una y otra lengua . Aun siendo cierto —y volveré sobre estas cuestiones— que la fonética de muchos de los hablantes del gallego produce cierta sorpresa en los de portugués, acaso ello es así no tanto por su distancia con respecto a las diferentes modula cio nes de este último como por el hecho de que el número de hablantes del primero es reducido y la posibilidad de escuchar su acento resulta serlo también [13] . Me atrevo a adelantar, por lo demás, que la mayoría de quienes afirman que gallego y portugués son la misma lengua tienen cierta cultura filológica y han dedicado tiempo al estudio de la cuestión, en tanto la mayoría —no todos, evidentemente— de quienes aseveran lo contrario carecen, en cambio, de esa cultura y apenas se han interesado por aquello en relación con lo cual se pronuncian.

Para hacer las cosas aún más complicadas, de por me dio se cruza el problema del nombre —de los nombres— que em pleamos para referirnos a la lengua —a las lenguas— afec tada. En una primera aproximación diré que, como quiera que la lengua que nos ocupa nació en la antigua Gallaecia , es comprensible que se le llame gallego , en el buen entendido de que, al ser también, en origen, la lengua de buena parte del norte de Portugal, parece justificado, desde la atalaya de hoy, hablar de gallego-portugués. La consolidación de esa lengua en Portugal explica, con todo, por qué con el paso del tiempo empezó a hablarse de portugués , término que se afianzó a partir de mediados del siglo XIV [14] . Pese a que la mayoría de los reintegracionistas describen su lengua como “gallego”, es frecuente que la identifiquen, asimismo, como “gallego-portugués” o como “portugués de Galicia”. Cierto es que el empleo de esta última fórmula —y, con ella, de la paralela “gallego de Portugal”, que serviría para describir el portugués— se ha visto restringido por cuanto se interpreta que podría suscitar conflictos que redujesen su “receptividad social” [15] . Para dar cuenta, por otra parte, de la lengua que entienden se habla en Galicia, Portugal, Brasil o Angola, consideran que, por el peso del uso y por la historia, debe emplearse el término “portugués”, aunque pueda utilizarse también el de “gallego-portugués”. No se olvide que es relativamente frecuente que una misma lengua suscite varias denominaciones diferentes. Y no se olvide, tampoco, que el concepto de “lusofonía”, que acarrea tantas ventajas, puede traducirse en un delicado olvido de la colonización portuguesa y de la imposición de un a lengua a otros pueblos, de la mano de un proceso que, al convertir a Portugal en un centro incontestado y absorbente, dibuje un escenario que traiga malos recuerdos a los ojos de un gallego consciente de lo que históricamente ocurrió con la lengua de su país.

En estas disputas a menudo se revelan argumentos de cariz fundamentalmente nominalista. Pi énsese, por ejemplo, que no faltan los lingüistas que, a la hora de sopesar el espacio dialectal portugués, no

incluyen el propio del gallego, toda vez que Galicia, con toda evidencia, no es Portugal. Lo que se manifiesta entonces es la irrupción de un criterio político que traba una serena discusión lingüística. Al respecto algunas respuestas sorprenden, tanto más viniendo de donde vienen. Así, Ivo Castro, que en su Introdução à história do português se refiere constantemente al gallego en el marco de un espacio común gallego-portugués, asume en determinado momento un llamativo criterio, en la medida en que estima que el escaso eco —el fracaso, por utilizar su expresión— de la propuesta reintegracionista y la opción de las autoridades políticas en provecho de un gallego entendido como lengua distinta del portugués resuelven la cuestión [16] . La pregunta parece servida: semejante criterio, que tiene una liviana condición lingüística, ¿puede cerrar de forma razonable la discusión mentada? ¿Es presentable que sean las leyes, a través, por añadidura, de una imposición, las que definan la realidad? El criterio adoptado por Castro no parece casar bien con estas palabras suyas: la lengua portuguesa "no nació […] en Lusitania, sino más al norte, en un territorio que discurre de forma continua desde A Corunha, en el extremo septentrional de Galicia, hasta la ría de Aveiro y el valle del río Vouga, que en aquélla desagua. La población nativa, gallega o portuguesa, de este territorio habla la misma lengua que sus antepasados nunca dejaron de hablar. Algo de lo que un lisboeta no puede enorgullecerse: un lisboeta nativo, descendiente de muchas generaciones de habitantes de la capital o del sur del país, habla una lengua que no es autóctona y que no desciende del latín allí hablado en tiempos del imperio romano, sino que fue transportada a partir de la Gallaecia Magna tras la reconquista cristiana. Exactamente igual que lo que ocurre con la lengua hablada en Río de Janeiro o en Maputo, que fue llevada hasta allí desde Portugal" [17] . No está de más que agregue la opinión, al respecto, de Manuel Rodrigues Lapa, para quien "el portugués no se detiene a orillas del Miño: se extiende, de forma natural, en los dominios del paisaje, de la lengua y de la cultura, hasta las costas del Cantábrico. Lo mismo puede decirse de Galicia: que no acaba en el Miño, sino que se prolonga, suavemente, hasta las orillas del Mondego" [18] .

Concluyo: la discusión sobre si el gallego y el portugués son o no la misma lengua tiene un relieve relativo, toda vez que importan, y mucho, la perspectiva desde la que se encara la pregunta y las consecuencias que la respuesta parece llamada a tener [19] . Alguien puede concluir, por ejemplo, que gallego y portugués son dos lenguas distintas y defender, sin embargo, que por su visible proximidad es razonable que se sirvan de la misma ortografía. Aunque no falte quien ha seguido el camino contrario, como Henrique Monteagudo, quien sostiene que, aun pudiendo asumirse que gallego y portugués son miembros de la misma lengua, no por ello hay que defender que el "estándar" portugués debe ser el mismo que el gallego [20] . Más allá de lo anterior, y en lo que respecta a este texto, se sobreentenderá que, en adelante, cuando hablemos de gallego y de portugués nos estaremos refiriendo a la lengua de Galicia y a la lengua de Portugal —y de otros lugares—, sin que la distinción entre esos dos términos implique ningún acatamiento de la idea de que se trata de dos lenguas distintas.

La historia

No parece que sea preciso justificar la afirmación de que la discusión anterior, la relativa a la condición del gallego y del portugués , pende en muy buena medida de una consideración de la historia del uno y del otro. En las líneas que siguen, y como es fácil apreciar, presto mayor atención, claro, a la relación del gallego con el portugués que a la del primero con el castellano. Y me intereso más por los estadios iniciales de ese proceso histórico que por los más recientes.

Lo primero que conviene hacer es dar cuenta de la singularidad de un espacio, el de la antigua Gallaecia , entre el Cantábrico y el Duero, en el que la romanización no exhibió la intensidad de otros lugares, en el que perduraron hábitos lingüísticos prerromanos y germánicos, y en el que el latín, una vez instalado, se mostró resistente a innovaciones y asumió un rostro manifiestamente conservador [21] . Algunas fronteras entre lo que después fueron las lenguas romances parecieron fijarse, por añadidura, antes de la aparición de éstas. Es el caso de la que, en el occidente peninsular, y desde el siglo VI, perfilaba los dominios de lo que luego serían el gallego y el leonés [22] . Pero también lo es de la linde que separaba las tierras situadas al norte del Duero de las emplazadas al sur de este río, con las primeras marcadas por la influencia, desde mucho tiempo antes, de la llamada cultura castrexa , por la distinción romana entre la Gallaecia y la Lusitania , y por la presencia de los suevos [23] . Las cosas como fueren, en el espacio de la Gallaecia , como en tantos otros, se verificó una progresiva separación entre el latín culto y el latín vulgar, que, tal y como lo subraya Fre ixeiro Mato, no eran dos lenguas diferentes, sino dos estilos dentro de una misma lengua [24] . Es común que se entienda que el segundo era “la lengua hablada por capas de la población poco o na da influenciadas por la enseñanza escolar y por los modelos literarios” [25] . A partir del siglo V, y al unísono con las invasiones bárbaras, se abrió, por otra parte, una visible brecha entre la lengua hablada y el latín escrito [26] . A tono con lo que ya he señalado, las regiones más centrales —cabe entender que las más próximas al núcleo romano— de entre las que empleaban el latín parecen haber sido lingüísticamente más innovadoras que las más periféricas , entre las cuales a buen seguro se contaban las tierras situadas al norte del Duero [27] . El conservadurismo se reveló tanto en la formación de vocablos —del latín ferrum surgió con el tiempo el gallego-portugués ferro frente al castellano hierro — como en la preservación de la posición tónica de muchas palabras latinas [28] .

En este espacio de la península Ibérica se fue manifestando una lengua romance cuyas huellas son paulatinamente perceptibles en muchos documentos redactados en latín entre los siglos IX y XII [29] . Eran escritos que, desarrollados en lo que a menudo se ha llamado “latín bárbaro”, empezaban a recoger la lengua hablada [30] . A mediados del siglo XIII se revelaron los primeros textos redactados, ya no en latín, sino en ese nuevo romance, que hoy comúnmente se llama “gallego-portugués” [31] . Aunque hay quien adelanta esa fecha al último cuarto del siglo XII, como lo testimoniarían un breve documento, la “Notícia de fiadores”, datado en 1175 [32] , o el llamado “Pacto de Gomes Pais e Ramiro Pais”, datable entre 1173 y 1175 [33] . La primera cantiga parece ser de finales del siglo XII o principios del XIII [34] .

Apuntalemos algo más, con todo, nuestro conocimiento relativo al espacio geográfico en el que vio la luz la nueva lengua. Hablamos de las tierras situadas entre el Cantábrico y el Duero o, lo que es lo mismo, de la parte superior de la franja más occidental de la península Ibérica. Es verdad, aun así, que algunos estudiosos sitúan el límite meridional algo más al sur, en el curso del río Vouga, entre el Duero y el Mondego [35] , y que no faltan quienes lo emplazan en el prop io Mondego. Joseph M. Piel considera que el espacio de surgimiento del gallego-portugués lo configuraron las actuales provincias portuguesas del Duero litoral y del Miño, la parte occidental de Trás-os-Montes, casi toda Galicia —con excepción de las tierras más orientales de Ourense— y el área más occidental de lo que hoy es Asturias [36] . No formaban parte de ese territorio, en cambio, el resto de Trás-os-Montes y casi toda la Beira Alta, tierras que al cabo, y como el Alentejo o el Algarve, habían sido objeto de reconquista [37] . Al sur habrían quedado los romances mozárabes, que, más conservadores que las incipientes lenguas romances del norte y, por lo que parece, más próximos al gallego-portugués que al castellano [38] , habrían sobrevivido, en situación diglósica, en zonas en las cuales el árabe era la lengua dominante [39] . Acaso esos romances acabaron por desaparecer, no tanto por la presión del árabe como de resultas de la ejercida por las lenguas que llegaban del norte [40] .

En la bibliografía especializada no he encontrado, sin embargo, ninguna mención expresa de cuáles habrían de ser las áreas precisas en las que, dentro de ese espacio geográfico, habría surgido el gallego-portugués. ¿Se manifestó éste de forma razonablemente homogénea y simultánea en todo el espacio afectado, o vio la luz, por el contrario, con singular fuerza en la Marinha lucense, en las rías de Pontevedra y Vigo, o entre el Miño y el Duero? ¿Se desarrolló preferentemente en el medio rural o germinó, antes bien, en torno a núcleos eclesiásticos importantes como Braga, Santiago o Lugo? El poder eclesiástico, ¿fue propicio al desarrollo de la lengua incipiente o, por el contrario, y aferrado al latín, constituyó un obstáculo para ella? La única observación que encuentro que algo nos dice al respecto de estas cuestiones la recoge Ivo Castro, quien afirma, siempre sobre la base de los documentos escritos —a buen seguro sesgan la discusión—, que la lengua vio la luz en territorios muy alejados entre sí, que lo hizo en ambientes sociales distintos y que fue empleada con fines jurídico-administrativos también dispares, de tal forma que la única certeza enunciable es que se hallaba plenamente disponible en la primera mitad del siglo XIII [41] . Filipe Alves Moreira asevera, en fin, que el gallego-portugués cobró cuerpo más bien alejado, geográfica y socialmente, de las estructuras centrales de poder [42] . De por medio se hacía valer una circunstancia relevante: la lengua arrastraba un notable polimorfismo, esto es, se manifestaba a través de formas diversas que sólo podían explicarse en virtud de la ausencia de un centro director y regulador [43] .

El nombre “gallego-portugués”, que comúnmente se emplea para identificar la lengua naciente, es una construcción casi contemporánea. Fue ideado, al parecer, por Carolina Michaëlis de Vasconcelos en el XIX, no sin que sobre él pesen algunas disputas. Así, y si no lo interpreto mal, Lindley Cintra rechazó el término en cuestión para describir los estadios iniciales del idioma, pero no porque interpretase que no hubiese una genuina fusión que justificase el empleo de un constructo común, sino, antes bien, porque consideraba que

todavía hoy existe un “territorio lingüístico gallego-portugués”; así los hechos, reservar el término que nos ocupa para describir en exclusiva los estadios iniciales de la lengua sería introducir un equívoco o, al menos, una confusión [44] . Subrayemos, en cualquier caso, que en la edad media no se hablaba de “gallego-portugués [45] .

La separación política, que cabe situar a finales del siglo XII, abrió el cauce para dos recorridos diferentes. Mientras el gallego-portugués de Galicia, luego de una breve etapa de eclosión, entró en una fase de postración que en los hechos ha durado hasta hoy, el de Portugal se convirtió al cabo en lengua de un Estado y de un imperio. Por lo que a Galicia se refiere, si hasta la entrada del siglo XIII, o un poco antes, el latín pervivió como la única lengua empleada por el poder y por la literatura, al poco el gallego, la lengua hablada en aquel momento por todas las clases sociales, asumió las funciones correspondientes. Particularmente relevante fue su empleo literario, bien es verdad que ceñido a la poesía y apenas ejercido, como no fuera a través de traducciones, en la prosa [46] . Anotemos aquí que Carolina Michaëlis de Vasconcelos ha llamado la atención sobre el carácter culto y homogéneo, un tanto falso pues, de la lengua de los trovadores, que acaso vino a perfilar, entre lo que se hablaba al norte y al sur del Miño, más elementos de comunidad de los que había en calles y caminos [47] . Si no hay mayor motivo para dudar de ello, ninguna sorpresa puede atribuirse, sin embargo, al hecho de que al norte y al sur de ese río —y también dentro del territorio de lo que hoy es Galicia y dentro de las tierras hoy portuguesas situadas al norte del Duero— se hablasen modulaciones diferentes de lo que puede entenderse que seguía siendo en esencia, y pese a todo, una única lengua.

Las primeras señales del retroceso del gallego empezaron a hacerse sentir con Fernando III el Santo, entre 1217 y 1252, cuando la incorporación de los reinos de Galicia y León al de Castilla se tradujo en un proceso de decadencia de la cultura y de la lengua [48] . En el siglo XIV se asentó una nueva aristocracia, la mayoría de cuyos integrantes no eran gallegos ni se hallaban vinculados con la lengua del país [49] . A diferencia de lo que sucedía en Portugal, donde despuntaban el monasterio de Alcobaça y el también monasterio de Santa Cruz, en Coimbra, junto con la universidad de esta misma ciudad, desde mediados del siglo XIII hasta las primeras décadas del XVI no se hizo valer en Galicia ningún foco político y cultural capaz de determinar una norma oral y escrita para el conjunto del territorio [50] . En paralelo, y como cabe suponer, se reveló la influencia, cada vez mayor, del castellano. Aunque poco notable durante los siglos XIII y XIV, se hizo muy visible en el XV y el XVI, y ello pese a que entre 1350 y 1450 se registró una “segunda floración lírica” en Galicia —la primera había sido la de los cancioneros— [51] , en un momento en el que el gallego parecía llamado a preservar las funciones propias de una “lengua nacional normalizada”, en el buen entendido de que, por detrás, se manifestaban problemas como su declive en las relaciones con la Corte y, de nuevo, la debilidad de la prosa [52] . El proceso de castellanización alcanzó su cénit con los reyes católicos, a caballo entre los siglos XV y XVI. Se abrió paso entonces el establecimiento de una justicia y una administración castellanas al tiempo que se adoptaron medidas encaminadas a doblegar a la nobleza gallega y que se instauró en Galicia un episcopado no autóctono, casi exclusivamente castellano [53] . De

resultas, la lengua de Galicia quedó relegada a la condición de medio de comunicación de las clases populares —el gallego desapareció, en los hechos, como lengua escrita—, mientras la nobleza, el clero y la pequeña burguesía pasaban a emplear el castellano. Clarinda de Azevedo Maia señala al respecto que los últimos documentos notariales redactados en gallego, bien que con interferencias muy notables del castellano, son un foro y una licencia de un monasterio orensano datados en 1532 [54] . De por medio, lo que Mariño Paz llama “identidad gallega” se convirtió progresivamente, antes del inicio del siglo XVI, en un “marcador social negativo”, de tal suerte que la lengua gallega empezó a percibirse como un signo externo de inferioridad social mientras el castellano adquiría la condición de “marcador social positivo” [55] .

En Gal icia siguieron lo que se suele llamar los “siglos oscuros”. Lejos de la escritura y de las instituciones —incluida la Iglesia—, manifiestamente castellanizadas, el gallego pervivió, en el mejor de los casos, y bien que protegido por el relativo aislamiento de las zonas rurales, como una lengua de uso doméstico. Un signo importante del nuevo escenario lo aportó el hecho de que los cultismos que llegaron a Galicia con el renacimiento lo hicieron a través del castellano, y no, claro, del portugués [56] . Cobraba cuerpo en plenitud una curiosa condición del gallego que en los hechos parece haber llegado hasta nuestros días: si, por un lado, dio origen al portugués, una le ngua que se extendió por varios continentes, por el otro quedó subordinado, en su propio territorio, al castellano [57] . Cierto que en los siglos XIX y XX se produjo una reacción en defensa de la lengua, que, aunque maltrecha, y como veremos más adelante, parece negarse a desaparecer. Esos dos siglos no pusieron freno, sin embargo, a un proceso de degradación entre cuyas manifestaciones se contaron la incorporación masiva de vocabulario castellano —por arrinconamiento de las voces gallegas o por adaptación fonética de éstas—, el retroceso de la gheada —realización como j de la oclusiva velar sonora—, el cambio, en el sistema de tratamiento, de vós a tu/ti , la extensión de los sufijos en -ción y de los plurales en -les , las alteraciones de la norma en lo que se refiere a la colocación de los clíticos [58] , la extensión de formas verbales compuestas o las modificaciones en el género de las palabras [59] .

La deriva del gallego-portugués de Portugal fue, en cambio, bien distinta. Una vez verificada la separación entre Galicia y Portugal, este último miró claramente hacia el sur, en progresivo alejamiento del noroeste de la península, como lo testimonian los sucesivos cambios de capital de la nueva entidad, que pasó de Guimarães a Coimbra y, después, a Lisboa [60] . El proceso de reconquista permitió, en cualquier caso, que el gallego-portugués se expandiese hacia tierras meridionales y, de la mano del contacto con los mundos musulmán y judío, acogiese la influencia del árabe y de las hablas mozárabes. Todo ello se tradujo, como era inevitable, en un alejamiento con respecto a la matriz original gallega [61] , acrecentado, ciertamente, por la expansión colonial posterior y, más adelante, por el asentamiento de la Corona, dispuesta a recibir influencias foráneas varias, y entre ellas la inglesa y la francesa. Bien es verdad que los cambios correspondientes, que no afectaron por igual al conjunto del territorio portugués, resultaron más evidentes en las partes más meridionales de éste. La lengua de Portugal también tuvo un momento —los años que mediaron

entre 1580 y 1640— en el que la influencia del español fue muy notable [62] , y ello por mucho que las huellas de esa influencia al cabo demostrasen ser menores [63] . Las cosas como fueren, y a diferencia de lo ocurrido con el gallego, el portugués se consolidó como lengua de Estado, más o menos normalizada y normativizada, en el siglo XVI, al amparo de su integración en el caudal renacentista europeo y merced, asimismo, a un pulimiento estético manifiesto en la literatura de la época, y en singular en Os Lusíadas . Como ya sabemos, y por añadidura, esa lengua experimentó una visible expansión geográfica [64] , bien ilustrada hoy en día por el hecho de que se hable, además de en Portugal, en Angola, Brasil, Cabo Verde, Guinea-Bissau, Mozambique, São Tomé y Príncipe, y Timor-Este [65] .

Las dificultades de la comparación

Hasta ahora hemos manejado dos constructos, gallego y portugués , que hemos dado por supuesto, mal que bien, que presentan perfiles diferenciados. Que los problemas menudean al respecto lo demuestra fehacientemente el hecho de que, cuando se trata de comparar la realidad del uno y del otro, los lugares comunes, los equívocos y las confusiones no faltan, al amparo de continuos y discontinuos geográficos artificialmente modelados por las lógicas de los Estados. A ello se agregan las dificultades que nacen de la consideración de diferentes registros de las lenguas —el culto, el literario, el popular— que ofrecen posibilidades distintas en materia de comparación.

A efectos de ilustrar lo que acabo de decir, bueno será que preste atención, antes que nada, a problemas en la comparación que tienen que ver con la lengua propia de Galicia. Bien podemos reducirlos a dos: la artificialidad del gallego empleado por políticos y medios de comunicación, por un lado, y la pulsión hiperenxebrista —hipercastiza—, por el otro. La televisión de Galicia (TVG) es el principal receptáculo de un gallego artificial que, muy marcado por hábitos fonéticos del castellano y genéricamente adaptado a los criterios que defienden las autoridades lingüísticas, por fuerza tiene que resultar extraño a los oídos de muchos hablantes de portugués. En un sentido paralelo, tengo la impresión de que los gallegos que han sido escolarizados sobre la base de las normas estatuidas por la Real Academia Galega (RAG) y el Instituto da Língua Galega (ILG) arrastran más problemas para entender el portugués escrito que aquellos que no se han beneficiado de tal escolarización. Por detrás lo que se barrunta a menudo es el ascendiente, poderosísimo, y las más de las veces acatado, del castellano sobre el gallego oficial . Al respecto lo suyo es subrayar lo poco razonable que resulta que, a la hora de comparar realidades de un lado y otro del Miño, se empleen, en lo que atañe a la lengua de la ribera septentrional, formas claramente influenciadas por el castellano, como es el caso, por proponer un ejemplo, de las terminaciones -ción [66] y -ble [67] , que dibujan diferencias obvias con respecto al portugués. Bien es verdad que éste es un terreno cenagoso: salta a la vista que no todas las diferencias existentes entre gallego y portugués son producto de la influencia del castellano. Cuando se afirma, sin ir más lejos, que el gallego es un portugués pronunciado a la española bien puede deducirse, con precipitación, que la fonética del gallego es, sin más, producto de la influencia del castellano, algo a todas luces más que discutible.

Lo de los hiperenxebrismos es harina de otro costal. Al remitir a una lengua de nuevo artificial, e inevitablemente distante del portugués, también dificultan, enrareciéndola, la tarea de la comparación. Baste con recordar al respecto la pulsión hiperenxebrista , seudorruralizante, a la que sucumbieron, antes y después de la guerra civil, muchos de los miembros de la generación Nós empeñados en diferenciar el gallego tanto del castellano como del portugués. Rescatemos, a manera de ilustración, las invenciones lexicales que Otero Pedrayo incluye en una carta a Rodrigues Lapa fechada en 1973: amabre , escribere , caraiterístico , esquirtores , orgaísmo , receutivo , drento … [68] Escandalizarían incluso a la RAG y al ILG, que corrigieron, bien es cierto, muchos de los espasmos hiperenxebristas de quienes decían reproducir la lengua popular. No está de más agregar que los supuestos rasgos con frecuencia atribuidos a esta última, no siempre aclarados, a menudo se hallan mucho más cerca del portugués —rescatemos las palabras, ya glosadas, de Coseriu— de lo que a algunos gustaría.

Pero elementos equívocos que distorsionan la comparación están presentes también, naturalmente, al sur del Miño. El principal de ellos es acaso la confusión entre el portugués de Lisboa, que se impone con claridad, y el que se habla en otras regiones del país. El dialecto lisboeta lleva a su extremo la desaparición, en el habla, de las vocales átonas [69] , que, sin embargo, se mantienen en las modalidades brasileña y gallega de la lengua y, en realidad, y en un grado u otro, en las hablas del norte de Portugal. Cuando Barry Hatton atribuye a los portugueses una lengua en la que se hace windsurf de consonante en consonante [70] , en realidad se está refiriendo a los lisboetas, y ello por mucho que la expansiva habla de éstos haya influenciado, a menudo poderosamente, la de otras regiones. Recuerdo haber leído años atrás un libro de un ensayista italiano —creo que se trataba de Diego Marani— que humorísticamente confesaba odiar a los portugueses por entender que se comían intencionadamente las vocales para hacer impenetrable su lengua; sospecho que, de nuevo, se refería fundamentalmente a los lisboetas, beneficiados con frecuencia de la superstición de que “carecen de acento”. Bueno será que apostille que mi buen amigo Diego Bernal, a la sazón lector de gallego en una de las universidades de Río de Janeiro, proyectó a sus alumnos un vídeo que recogía una rueda de prensa que protagonizaron, en Santiago de Compostela, un diputado del Bloque Nacionalista Galego y una parlamentaria, lisboeta, del Bloco de Esquerdas portugués, sin avisar, eso sí, de quién era cada cual. Creo recordar que todos sus alumnos brasileños, sin excepción, interpretaron que quien se expresaba en la lengua que ellos hablaban, el portugués, era el gallego, y quien se servía, en cambio, de una lengua más o menos ajena, el gallego, era la diputada portuguesa. Al primero, al gallego, lo entendían sin problemas, en tanto la fonética de la segunda —subrayemos de nuevo que se trataba de una lisboeta y no desdeñemos la posibilidad de invocar, en lo que a los alumnos mentados se refiere, un posible espasmo anticolonial que diese cuenta de su opción identificatoria— dificultaba sensiblemente la comprensión [71] . Dicho sea de paso, la complejidad fonética del portugués explica las dificultades de comprensión que s uscita entre los castellanohablantes y la facilidad con que los portugueses, por el contrario, entienden el castellano.

Obligado estoy a agregar, con todo, que del lado portugués a menudo los equívocos en la comparación nacen, simplemente, de la ignorancia. Propondré un ejemplo de lo que quiero decir: es frecuente que en textos de autores portugueses se señale que la palabra saudade existe también, en virtud al parecer de una inexplicable rareza, en la lengua gallega [72] . Sospecho que se sobreentiende lo que deseo significar: salta a la vista que existe en esa lengua por cuanto ésta es, en realidad, la misma que la portuguesa. Estoy hablando del mismo tipo de ignorancia que se expresa en un libro sobre apellidos portugueses que parece desconocer que muchos de ellos surgieron, inevitablemente, en la actual Galicia [73] .

Demos un paso más en nuestro esfuerzo por explicar muchas de estas sinrazones y malentendidos: el que nos invita a subrayar que el gallego y el portugués no son, geográficamente, dos instancias separadas. Entre ellas se hace valer, antes bien, un continuo que dibuja zonas de intersección que merecen nuestra atención. Esas zonas existían ya en la edad media, incorporaban áreas como la región tudense y el alto Miño [74] , y explicaban el carácter aportuguesado de muchos de los documentos medievales originarios de la actual provincia de Pontevedra [75] , y las diferencias entre los radicados en ésta y los procedentes de otras partes de Galicia [76] . Pero es que aún hoy existen elementos importantes de continuidad entre el gallego del sur de Galicia y el portugués del norte de Portugal, como es el caso de la preservación, en este último, de la africada ch, de la sibilante apical conocida como “ s beirão” y de los diptongos ou y ei , o de la no distinción entre b y v , por no hablar de un léxico común que no se revela en tierras portuguesas más meridionales [77] . Por lo demás, no es infrecuente que la literatura dialectal del norte portugués se sirva de la terminación - çom — muy próxima, fonéticamente, a la del gallego seseante— en vez de recurrir a la lisboetizada terminación -ção. Y es que, en realidad, todos, o casi todos, los estudios dialectológicos identifican una relación estrecha entre las hablas de Galicia y las del norte portugués [78] . El fenómeno que me ocupa a buen seguro que guarda relación con una inequívoca fragmentación del espacio propio del portugués europeo, de tal forma que, en el momento de la expansión de la lengua hacia el sur, se hacía inevitable distinguir un norte-noroeste de “tierras antiguas”, estable, dialectalizado, densamente poblado y ligado a Galicia, y un centro-sur mozárabe, reconquistado y con una lengua uniformizada por la repoblación. Este centro-sur acabó por convertirse, como ya señalamos, en el modelo de elaboración lingüística posterior [79] , criterio que defendió bien a las claras Verney a mediados del XVIII: “En materia de pronunciación siempre se deben preferir los que son más cultos y hablan bien en la Estremadura, frente a todos los de las otras provincias juntas” [80] . Lo que acabo de mal relatar tiene su refrendo en una opinión muy cara a Castelao, para quien en Portugal era menester distinguir dos partes diferentes: mientras la primera llegaría hasta el Mondego y sería una tierra “más gallega”, la segunda se ofrecería al sur de ese río, sería “más morisca” y constituiría un obstáculo para la reunión portugalaica. A Castelao le gustaba poco, en otras palabras, el Portugal regido por Lisboa, decadente y, a su entender, en crisis [81] .

No parece de más que nos detengamos un m omento, abramos un paréntesis y glosemos la singular textura de la región del “Miño”, que, conforme a la visión más extendida, sería el origen histórico de la nación portuguesa.

Llamativa es la condición de una tierra por tantos conceptos cercana a Galicia. Oliveira Martins se refirió a ella como la “Galicia lusitana”, y no es infrecuente que el adjetivo galego se aplique, en general, a los portugueses del norte. El paisaje es, por otra parte, extremadamente similar al de la Galicia colindante. Garry Hogg se refiere al Miño como una provincia pobre pero feliz, y parece entender que el buen sentido de este último adjetivo se justifica por la belleza del paisaje [82] . Por añadidura, a duras penas puede ser casualidad que en el Miño como en Galicia las mujeres desempeñen papeles significados, algo que testimoniarían, en la orilla meridional, muchos movimientos populares —así, la revuelta de Maria da Fonte— o las matriarcas de las novelas de Agustina Bessa-Luís [83] . Hablamos de una región que, luego de vincular su nombre con el de un río que dibuja su frontera norte, curiosamente se expande hacia el sur de la cuenca de ese río, de tal suerte que éste en modo alguno es el aglutinador del conjunto correspondiente [84] . Presenta, para que nada falte, límites sometidos a disputas. Mientras para unos remite a lo que en su momento se llamó “Entre Douro e Minho”, para otros daría cuenta en exclusiva —en virtud del desgajamiento de la cuenca del Duero, en buena medida producto del crecimiento poblacional operado en el área de Oporto— de la parte septentrional de esa entidad político-administrativa. Es habitual, por lo demás, que se llame minhotos a los habitantes de la región articulada en torno a Braga, una región muchos de cuyos territorios están lejos del río [85] que en su tramo final separa, o une, Galicia y Portugal.

Intento perfilar una conclusión: si conseguimos liberarnos de muchos de los equívocos que acabo de glosar, sobran los motivos para afirmar que los elementos de comunidad entre la lengua de Galicia, en sus diferentes modulaciones, y la de Portugal, en sus también diferentes manifestaciones, son mucho más notables de lo que enuncian determinados discursos que disfrutan de franco apoyo oficial. Isaac Alonso Estravís ha tenido a bien recordar que "todas las particularidades fonéticas y morfológicas que se dan en Portugal se dan, en mayor o menor medida, en Galicia. Y todas las particularidades existentes en Galicia existen, en mayor o menor proporción, en Portugal" [86] . Subrayemos que hay hablas gallegas cheístas —en ellas el che desarrolla la función de complemento directo no reflexivo—, como las hay que ignoran el che y se rigen al respecto por el mismo criterio que el común en el portugués [87] . Pero rescatemos que el che —exclusivo, sobre el papel, del gallego— se halla presente también en áreas de Portugal y de Brasil [88] . Hay, en paralelo, muchos rasgos aparentemente singularizadores del gallego que se hacen valer al sur de la raya —la mentada ch [89] — y muchos rasgos del portugués en el norte —el seseo de las rías Baixas, el empleo patrimonial de la palabra obrigado o la distinción entre abuelo y abuela en virtud de la apertura de la última vocal: avô y avó —. Lo mismo cabe decir, en un terreno próximo, de la toponimia: la abrumadora mayoría de los topónimos portugueses existen, asimismo, en Galicia. En estas condiciones, a la hora de comparar las dos realidades no parece razonable echar mano de unas u otras concreciones dialectales del gallego y del portugués. Hace falta, antes bien, una visión global de lo que son el uno y el otro, que hay que admitir no deja de ser conflictiva, la determine el ILG o la perfilen los movimientos reintegracionistas. Rodrigues Lapa recordó muchas veces, por lo demás, que la lengua exhibe varios registros —los propios del habla en nuestro trato cotidiano, en la escritura, en la literatura…— que obligan a desplegar criterios y decisiones diferentes [90] .

Al calor de las comparaciones a menudo se invoca, en fin, el criterio de la comprensión mutua, que determinaría que dos lenguas son distintas cuando sus hablantes, sin más, no se entienden. ¿Son el gallego y el portugués lenguas comprensibles para los hablantes de la una y de la otra? Aunque admito que cualquier respuesta rotunda es delicada —¿hablarán la misma lengua un burgalés y un gaditano? Las diferencias entre la lengua del primero y la del segundo, ¿son mayores que las que existen entre el gallego del Salnês y el portugués de un trasmontano?—, me limitaré a anotar que quien escribe estas líneas nunca "ha estudiado" portugués y no tiene mayor problema, sin embargo, para entenderlo. Y, si se topa con algún problema, no es más severo que el que se revela cuando escucha determinadas modulaciones dialectales del castellano. Es posible, por lo demás, y me intereso ahora por la expresión escrita, leer a la gallega , sin mayores obstáculos, un texto ensayístico redactado en portugués. La pregunta que acabo de formular deberían responderla, en cualquier caso, los alumnos brasileños de mi amigo Diego Bernal.

El escenario sociolingüístico gallego

Conviene que hagamos un alto en provecho de una co nsi deración somera del singularísimo escenario sociolingüístico gallego. Nuestro punto de partida es un recordatorio: a diferencia de lo ocurrido en Portugal, donde el

portugués se convirtió en lengua de todos los estratos sociales, desde mucho tiempo atrás el castellano copó en Galicia la co municación que desarrollaban las clases altas [91] , con consecuencias dramáticas para la lengua del país. Si ésta consiguió sobrevivir fue en virtud de su supremacía innegable en un medio rural en el que residía la mayor parte de la población. Cierto es que en las últimas décadas ha adquirido peso el fenómeno de los neofalantes , fundamentalmente urbanos, gentes que recuperaron el uso del gallego tras un esfuerzo personal las más de las veces encaminado a pelear por la preservación de la lengua. En paralelo, esta última hacía acto de presencia, bien que mortecina y sometida a muchas trabas, en el sistema educativo, circunstancia acaso ma terializada en el hecho de que, aun cuando el uso escrito del gallego es escaso, son los jóvenes, escolarizados para ello, los que mayores capacidades muestran al efecto [92] . El gallego se ha abierto también algún camino, merced a lo que Luzia Domínguez llama “usos liturgizantes” [93] , en los medios de comunicación —fundamentalmente en los públicos— y en las instituciones, sin que su presencia, como bien lo señala António Gil Hernández, sea palpable en muchos ayuntamientos y en la administración civil del Estado, y sin que en el propio sistema educativo en muchos casos se haya ido más allá de la impartición de algunas asignaturas [94] . Entre tanto, el castellano sigue siendo omnipresente en los medios, incluida la publicidad, y en las librerías, de tal forma que a duras penas pueden identificarse progresos en lo que respecta a los usos y la expansión del gallego. De por medio bien puede afirmarse que en los últimos decenios se han producido cambios en la condición de los hablantes, de tal suerte que, en un marco de general retroceso, ha reculado la lengua rural y popular en provecho, bien que relativo, de otra urbana empleada por ciertas elites.

Nada de lo dicho puede ocultar el general retroceso que acabo de mencionar: el gallego va perdiendo hablantes mientras el castellano los gana, en un escenario en el que las autoridades autonómicas en el mejor de los casos se entregan —volveremos sobre ello— a una defensa retórica de la lengua del país. De resultas, son muchos los gallegos que se sirven del castellano como lengua de comunicación habitual, fenómeno que alcanza en particular a los jóvenes, con muy livianos progresos, por lo demás, en materia de regalleguización. Al tiempo, salta a la vista que el gallego hablado —también, claro, el escrito— va perdiendo calidad, circunstancia a la que no son ajenos los castigos que la lengua recibe en medios e instituciones.

La herencia y el horizonte de futuro son los propios de un lugar colonizado. Hay quien ha hablado al respecto de un bilingüismo diglósico [95] , como hay quien se ha referido a un bilingüismo colonial o sustitutorio [96] . En la trastienda se aprecia cómo dos lenguas coexisten , de tal manera que una de ellas —en este caso el castellano— lo es de prestigio y llena el ámbito de la comunicación escrita y formal, en tanto la otra —el gallego— queda relegada a los usos cotidianos, y ello por mucho que sea verdad que en algunos espacios opera también, repitámoslo, como lengua de prestigio. A duras penas podrá sorprender que una de las consecuencias de semejante escenario sea un visible desprecio por la lengua propia, considerada un mero dialecto rústico. José Luis Fontenla ha tenido a bien recordar cómo la diglosia imperante en Galicia ha hecho que muchos de los habitantes del

país entiendan que hablar en gallego es “hablar mal”, en tanto hablar en español es “hablar bien” [97] , percepción que da cuenta acaso de por qué muchos gallegos se empeñan en hablar en castellano con los forasteros y, más aún, con quienes intuyen forman parte de los estratos superiores de la sociedad. Agreguemos, con Teresa Barro, que “el gallego que desprecia su lengua desprecia asimismo el portugués, precisamente porque es semejante al gallego” [98] .

La ortografía ‘oficial’ del gallego

Me he referido ya, por encima, a las posturas que separan, en Galicia, a diferencialistas y reintegracionistas . Los primeros han recibido, o en su caso han empleado, otras etiquetas calificadoras de su posición. Se ha hablado, así, de aislacionistas , autonomistas y oficialistas [99] , pero también de realistas , regeneracionistas , pragmáticos , enxebristas e independentistas [100] . No sé si hay que extraer alguna conclusión del hecho de que las denominaciones de los segundos ofrezcan una mucho menor variedad, toda vez que, al margen de lo de reintegracionistas , la única etiqueta que se les ha asignado —unas veces sin menoscabo, otras con él— es la de lusistas . Intentemos, de cualquier modo, prestar atención a la primera de las posiciones aquí mencionadas.

Conviene dejar claro desde el principio que, con toda evidencia, y pese a acuerdos fundamentales que muchas veces invocan el pragmatismo, hay modalidades distintas de diferencialistas. Como cabe esperar, una de las discusiones que permite delimitarlas es la que se refiere a la relación entre el gallego y el portugués . Ya sabemos que es raro que los diferencialistas afirmen que gallego y portugués han sido de siempre dos lenguas distintas. Cuando, en lo que atañe al escenario actual, se sostiene, con todo, que lo son, esa aseveración se ve comúnmente acompañada de un sinfín de explicaciones que sugieren que, aunque distintas, se hallan estrechamente relacionadas, hasta el punto de que a menudo se reconoce la existencia de cierta unidad lingüística entre las hablas empleadas al norte y al sur del Miño. Lo anterior no es óbice para que, con frecuencia, se sostengan varios corolarios, bien identificados por Alexandre Banhos: si el primero señala que el portugués es una lengua extranjera y el gallego una lengua española, el segundo resalta que el gallego sirve para la comunicación en el ámbito local-familiar, en tanto el castellano permite comunicarse con el mundo, el tercero nos dice que lo más práctico es un sistema ortográfico que se parezca al del castellano, y el cuarto, en fin, afirma que en Galicia conviven armónicamente dos lenguas [101] .

La traducción de lo anterior en el terreno ortográfico es fácil de identificar de la mano de una apuesta orientada a delimitar, para el gallego, una ortografía que toma como base la del castellano. No olvidemos al respecto que en Galicia existe, desde el XIX, una amplia tradición de establecimiento de normas ortográficas que toman como punto de partida la ortografía del castellano. Saco Arce, autor de una de las primeras gramáticas gallegas, se pronunció por esa opción [102] , que hicieron suya también casi todos los escritores que emplearon el gallego en el siglo XIX y en el primer tercio del XX, inclinados a servirse de la “vestimenta gráfica del castellano” [103] . No está de más recordar, en esta misma línea, que en las Normas ortográficas e

morfolóxicas do idioma galego , de 1970-1971, la RAG confesaba abiertamente que su perspectiva ortográfica surgía del castellano: “La actual ortografía gallega, como no podía menos de suceder, se formó sobre la castellana, única que los gallegos aprendían en las escuelas. […] Tiene la ventaja de ser de fácil asimilación para todo aquel que conozca la ortografía oficial [del castellano], es decir, para todo gallego no analfabeto” [104] . Acaso no es preciso agregar que semejante opción acepta sin quebranto alguno la saludabilidad del bilingüismo castellano-gallego.

Los hechos como fueren, lo cierto es que en 1982 —y luego de haber coqueteado con una normativa, las llamadas Normas ortográficas do idioma galego , más bien reintegracionista: era razonablemente abierta—, las instituciones oficiales se inclinaron por otra manifiestamente diferencialista [105] . Tal opción se recogió en unas nuevas Normas ortográficas e morfolóxicas do idioma galego , publicadas en ese año en virtud de un acuerdo del Instituto da Língua Galega y la Real Academia Galega, elaboradas por el primero y aprobadas por la segunda, no sin que la RAG se mostrase reticente durante un tiempo . La condición aislacionista de la ortografía aprobada se revelaba a través del empleo de ñ y ll frente a nh y lh , de -ción frente a -ção o -çom , del no reconocimiento de ç y de ss , de la opción, en exclusiva, de x frente a las posibilidades que ofrecían, en portugués, g , j y x , de la defensa de las terminaciones -ble y -bel frente a -vel o de la recomendación de la asimilación del artículo determinado a las formas verbales terminadas en -r o en -s [106] . No era cierto, por lo demás, que las normas de 1982 tuviesen un venturoso carácter fonético. El sistema de acentos previsto no permitía distinguir, sin ir más lejos, entre vocales abiertas y cerradas, una diferencia fundamental entre la fonética del gallego-portugués y la del castellano, de tal forma que los acentos de la ortografía oficial gallega a duras penas servían para otra cosa que para marcar la sílaba fuerte [107] . Si no tenía un carácter fonético la ll , conviene recordar también que una misma letra —así, la c — podía remitir a sonidos diferentes según los contextos.

De las disputas suscitadas por las normas de 1982 surgió lo que durante años, y fuera de las instituciones, se dio en llamar “normativa de mínimos”, que, aunque castellanizante, acogía elementos del portugués en lo que se refiere a la acentuación y a la formación de los sustantivos. La “normativa de mínimos” entraba en confrontación con la “normativa de máximos”, que, reintegracionista, unas veces preconizaba el uso expreso de la ortografía portuguesa y en otras se reservaba el empleo de algún elemento, menor, corrector de esta última [108] . En 2003, y por otra parte, se introdujeron en las normas oficiales algunos pequeños cambios en sentido reintegracionista que de poco sirvieron, sin embargo, para alterar el escenario general de desencuentro [109] .

Importa subrayar que las normas de 1982 crearon adhesiones, e intereses, difíciles de romper. Mário Herrero Valeiro identifica una pretensión de haber perfilado un saber normalizado —“moderado”, “pacífico”, “insertado en la realidad”— frente al saber de resistencia —“radical”, “agresivo”, “desligado de la realidad”— de quienes, desde posiciones reintegracionistas, cuestionaban la ortografía oficial [110] . Las políticas oficiales en el terreno cultural-literario, con su apoyo a quienes no discutían las normas estatuidas,

generaron la figura, relativamente común, del supuesto diferencialista que prefería perseverar en su condición de tal aunque se percatase de que la posición reintegracionista se hallaba más próxima a sus convicciones. Cierto es que en los últimos tiempos, y al amparo de un escenario en virtud del cual, de resultas de la crisis, han desaparecido muchos de los mecanismos de subvención de la cultura oficializada, se han registrado deserciones significativas en el mundo diferencialista. No parecen haber tenido ningún efecto, sin embargo, en materia de revisión de lo que significan los privilegios adquiridos y las inercias correspondientes. Dejemos hablar, si no, a Ramón Lorenzo: “¿Cómo vamos a imponer una grafía artificial del gallego si desde el siglo XIX tenemos ya la nuestra propia? ¿Por qué vamos a escribir con guiones, con acentos a la portuguesa, con grafías portuguesas, si esto carece de sentido en gallego?” [111] .

Salta a la vista que por detrás de mucha s de estas disputas lo que había eran intereses políticos y no argumentos filológicos. Tal y como lo señala, de nuevo, Herrero Valeiro, aunque el proyecto de fondo avalado por los gobiernos liderados por Manuel Fraga —un dirigente entregado de siempre a la represión de las lenguas y de las culturas periféricas — consistía en desplegar una política lingüística que, sobre el papel favorable al gallego, en los hechos no impidiese su sustitución social por el castellano, los encabezados por Alberto Núñez Feijoo parecen haber acelerado ese proceso de sustitución, para espanto de cierto galleguismo institucionalizado que había participado de la farsa general anterior. Ha quedado atrás, en otras palabras, una política eutanásica en provecho de otra de cariz francamente homicida [112] . Es fácil adivinar, en la trastienda, un esfuerzo del nacionalismo de Estado español en el sentido de controlar en Galicia la planificación lingüística de tal suerte que no abra el camino a opciones que puedan ser conflictivas para sus intereses [113] . Y no deja de sorprender la colaboración, en ese programa general, de sectores importantes, muy importantes, del nacionalismo gallego decididos a aplicar la consigna clásica que habla de “un pueblo, una cultura, una nación”. En este caso esa consigna se ha traducido en una apuesta decidida por enfoques diferencialistas que de manera un tanto inexplicable han colocado de hecho a esos sectores, en lo que a la disputa ortográfica se refiere, del lado de los responsables directos del homicidio lingüístico mencionado [114] .

La operación política consiguiente disfrutó del apoyo de los partidos Popular (PP) y Socialista (PSdeG). Recordemos que Emilio Pérez Touriño, se cretario general del PSdeG y, con el tiempo, presidente de la Xunta de Galicia, mostró en su momento su preocupación ante la eventualidad de que la RAG aprobase una nueva normativa que se tradujese en una aproximación al portugués. Al parecer no mostraba mayor inquietud, en cambio, ante la permanente subordinación del gallego al castellano [115] . Curioso es que personas que no emplean el gallego o que, más aún, arremeten constantemente contra él, como el exalcalde coruñés Francisco Vázquez, muestren un singular empeño en contrarrestar los intentos de avanzar en una línea reintegracionista en lo que a la ortografía de la lengua respecta. Y es que al cabo resulta llamativa la pretensión de alcanzar la independencia y la soberanía lingüísticas en un mundo claramente colonizado por el español. Hay quien ha hablado al efecto de un mecanismo de aculturación y desnacionalización de Galicia que se deriva del hecho de que el gallego se

construye subsidiariamente con respecto al español, lengua dominante en un contexto, como ya adelantamos, de bilingüismo diglósico [116] .

Queda por formular una pregunta relevante: las normas ortográficas oficiales y, con ellas, claro, las políticas acompañantes, ¿han contribuido a mejorar la posición de la lengua gallega? Más allá del retroceso general de ésta, que ya hemos glosado, no queda otro remedio que subrayar la singularísima condición de una ortografía que procura el acercamiento a la lengua que avasalla —el castellano— y propicia el alejamiento con respecto a la que se reconoce como hermana —el portugués—. A ello se suma una visible castellanización del léxico, de la mano de palabras ajenas que son objeto de importación mientras desaparecen otras que existían en la lengua [117] . Más bien parece que lo que se ha normalizado en los últimos treinta años ha sido el uso del castellano, sin que se haya realizado ningún esfuerzo para sopesar en qué medida la influencia de éste explica las eventuales diferencias entre gallego y portugués . Todo ello por no hablar de la invención de una supuesta lengua popular como la que se revela a través de las curiosas expresiones que se escuchan en la televisión gallega. Luís Gonçáles Blasco nos recuerda al respecto aquello de o avión esnafrouse o lo de estouno amolando? [118] La lengua de la TVG —ya hemos hablado de esto— poco o nada tiene que ver con el gallego popular , y ello en todos los ámbitos, incluido el de la fonética, como consecuencia, fundamentalmente, de agresiones contra el sistema vocálico del gallego-portugués. Se trata comúnmente de un gallego castellanizado, de fácil comprensión para un castellanohablante, por cuanto ha ido eliminando las señas de identidad características de la lengua del país, pero irreconocible a los oídos de un portugués que busque las señas de su propia lengua [119] . Son secuelas insorteables del proyecto de “bilingüismo armónico” que bien retrató Manuel Fraga: “Desde la independencia de Portugal hay un destino que sigue la lengua gallega, que se convierte en la lengua popular de Galicia, conviviendo con el castellano en un bilingüismo que nunca ha creado problemas” [120] .

La propuesta reintegracionista

El reintegracionismo es, según el diccionario Estravís, una “corriente fil ológica que defiende que el gallego y el portugués son dos variantes de un mismo idioma y que, de resultas, se deben escribir igual” [121] . La propuesta correspondiente parte de la certeza de que los flujos presentes pueden modificarse en provecho de otros mejores, esto es, de que la realidad no es intocable, de tal forma que la separación entre gallego y portugués no es en modo alguno un fenómeno irreversible, aun cuando, si se dejan las cosas como están, existe un riesgo de alejamiento, entre uno y otro, aún mayor que el hoy existente. En tal sentido, y con el objetivo principal de integrar a Galicia en el espacio de la lusofonía, se esgrimen, en provecho de la ortografía portuguesa, argumentos vinculados con el genio de la lengua y con la eficacia lingüística. Entre el gallego-portugués , por un lado, y el gallego-español que proponen en Galicia las autoridades lingüísticas, por el otro, la opción lo es, claro, en provecho del primero, y ello por mucho que sea cierto que la decisión correspondiente plantea problemas innegables, en ningún caso mayores, ciertamente, que los que suscita la propuesta diferencialista.

Aunque, como veremo s en el epígrafe siguiente, la perspectiva reintegracionista está presente en Galicia desde mucho tiempo atrás, el reintegracionismo moderno surgió en la década de 1970. Al respecto, y a menudo en la senda marcada por los escritos de Ricardo Carballo Calero, el Rodrigues Lapa gallego, fueron hitos relevantes el "Manifesto para a supervivência da cultura galega", promovido en 1974 po r José Martinho Montero Santalha, la creación en 1981 de la Associaçom Galega da Língua (AGAL), la constitución, en 1996, del Movimento de Defesa da Língua y, en fin, y ya en 2008, la irrupción de la Academia Galega da Língua Portuguesa (AGLP). Importa subrayar que la del reintegracionismo es una propuesta plural y heterogénea que tiene manifestaciones varias en el mundo del activismo lingüístico, del asociacionismo cultural, de los centros sociales, de la enseñanza, de la música, de la defensa de los derechos civiles… [122] . Con frecuencia se ha distinguido, por lo demás, un reintegracionismo moderado y otro radical . El primero, del que ya hemos hablado, ideológicamente reintegracionista — no negaba que gallego y portugués fuesen una misma lengua— pero formalmente, y en los hechos, diferencialista [123] , ha ido perdiendo fuelle con el paso del tiempo. Se vinculó ante todo con la llamada "normativa de mínimos", que se servía de una ortografía próxima a la del español —no hacía uso de nh, lh, ç o ss —, pero echaba mano de una acentuación y unas soluciones morfológicas más cercanas al portugués [124] . Por detrás del reintegracionismo moderado se hacían valer las querencias de determinados sectores del nacionalismo gallego que estimaban que, en tanto no se forjase una conciencia nacional generalizada que propiciase la dignificación social de la lengua, no quedaba otro remedio que aceptar unas u otras componendas. A los ojos de muchos, las normas de 2003, ya mencionadas, sellaron la capitulación del reintegracionismo moderado [125] . Por lo que al radical se refiere, se ha concretado en las llamadas "normativas de máximos", que, como ya hemos señalado, al cabo han resultado ser dos, bien que muy próximas entre sí. Mientras la primera, la de la AGAL, conserva algunos elementos diferenciadores para el gallego — así, la terminación - çom en vez de la portuguesa - ção —, la segunda se inclina por emplear, sin más, la ortografía portuguesa.

Obligado parece subrayar que, con toda evidencia, la del reintegracionismo no es una propuesta de colonización desde Portugal encaminada a provocar la desaparición, o la disolución, del gallego: de la mano del empleo del portugués como argumento de prestigio en defensa del gallego [126] , obedece, antes bien, al propósito de salvar una lengua que se encuentra en situación delicada y de provocar, al tiempo, un intercambio mutuo. Salta a la vista, por lo demás, que en la abrumadora mayoría de los casos los reintegracionistas son gentes claramente comprometidas en la defensa y en la normalización del gallego [127] . Estiman, en suma, que si todo el mundo hispanófono, bien que no sin problemas, mantiene una ortografía unificada, ¿por qué, siendo ésa también la corriente dominante en la lusofonía, no habría de incorporarse Galicia en plenitud a ella? En tal sentido no se trata de escribir o de hablar en portugués: se trata de asumir que la ortografía portuguesa es plenamente gallega, de la misma suerte que el portugués hablado es una forma de gallego. Menos aún se trata, como parecía sugerirlo Ramón Piñeiro, de sostener que los gallegos son portugueses y el portugués es su lengua [128] , por mucho que esto último sea, desde cierta perspectiva, plenamente defendible. Ya nos hemos referido al respecto a las

denominaciones “portugués de Galicia” y “gallego de Portugal” [129] , que incorporan en su trastienda una discusión sobre lenguas y dialectos. Lindley Cintra considera que la situación del gallego es, en relación con el portugués de Portugal, muy similar a la del portugués del Brasil [130] . Podríamos hablar, entonces, de codialectos de una lengua común, el gallego-portugués, aun cuando hay quien prefiere referirse al gallego como un “exodialecto”, esto es, un vernáculo perteneciente a un área lingüística pero cubierto por una variedad correspondiente a otra [131] . Bien es cierto que, en términos históricos, también podríamos identificar, legítimamente, en el portugués un dialecto del gallego. Lo suyo es recordar que al amparo de estas descripciones no hay ningún empleo peyorativo de la palabra dialecto , aun cuando en la refriega argumental ese uso pueda, innegablemente, manifestarse (así, cuando los diferencialistas sugieren que sus rivales quieren convertir el gallego en un mero dialecto del portugués o cuando los reintegracionistas afirman que las políticas oficiales desean transformar el gallego en un mero dialecto del castellano) [132] .

La integrac ión ortográfica se ve facilitada, por otra parte, por los sucesivos, y bien que conflictivos, acuerdos que, en este terreno, afectan al portugués y que han venido a simplificar la a menudo compleja ortografía de éste. Rescatemos al respecto que en 1911 desaparecieron las letras y grafías de origen griego (k , y , ph, th) y las consonantes cuyo carácter doble no se viese justificado por la pronunciación (ff , ll , pp). En 1924 la Academia de Ciências de Lisboa y la Academia Brasileira das Letras intentaron llegar a un acuerdo que entró en vigor en Portugal en 1945 pero nunca fue aplicado en Brasil. Siguieron sucesivos intentos de casar los usos de Portugal y de Brasil [133] . El último, el Acordo Ortográfico da Língua Portuguesa, fue ultimado en 1990, con presencia de una delegación de observadores procedentes de Galicia, fue ratificado en 2008 por los órganos políticos de los distintos Estados afectados y está llamado a tener efectos obligatorios a partir de 2015 [134] . Como quiera que ha suscitado, sin embargo, muchas resistencias en Portugal, persisten las dudas con respecto a su futuro, en la medida en que es muy probable que sigan perviviendo normas ortográficas distintas, dentro de cada país y entre unos países y otros [135] .

No faltan las ventajas, notables, derivadas de la integración que nos ocupa. Una de ellas es la ampliación de la comunidad lingüística a la que se pertenece o, al menos, una agilización de los vínculos con ella. Hablamos, en el mundo de la lusofonía, de acaso 200 millones de hablantes y de lectores, con las relaciones humanas y las actividades económicas y comerciales derivadas [136] . Pero hay que referirse también a un horizonte de fecundación mutua, en la medida en que el gallego podría operar, una vez registrados cambios importantes en la actitud del vecino meridional, como elemento regenerador del portugués; un primer paso en este sentido lo ha aportado la entrada de léxico gallego en el diccionario portugués Priberam. Salta a la vista, en fin, que es mucho más sencillo que el gallego acabe por desaparecer absorbido por el español y no que lo haga de resultas de su difuminación en el portugués. Y ello es así no sólo por cuanto la realidad presente nos emplaza ante el primer escenario, y no ante el segundo. Quienes sugieren que entre portugués y gallego podría cobrar cuerpo un nuevo escenario diglósico parten de la presunción, visiblemente errada, de que el gallego es una lengua que guarda las mismas distancias con respecto

al castellano y al portugués: no es preciso demostrar que se halla mucho más cerca del segundo que del primero, tanto si lo consideramos como un codialecto del portugués como si apreciamos en él una lengua diferente de este último [137] . Al cabo, parece de razón recordar que en modo alguno puede culparse al reintegracionismo de la fallida normalización del gallego registrada en los últimos tres decenios.

Consideremos, para terminar, algunas de las críticas que se han vertido contra la propuesta reintegracionista. Se ha señalado, por lo pronto, que cuesta mucho trabajo aprender la ortografía portuguesa. El esfuerzo, sin embargo, compensa, por cuanto marca la diferencia con respecto al castellano y permite ampliar sensiblemente el número de personas con las que comunicarse con facilidad [138] . La ortografía oficial del español también es compleja para muchos castellanohablantes y, pese a ello, pocas voces se escuchan que pidan su reforma. A título provisional, y por lo demás, no es creíble que, siendo tan próximos el portugués y el gallego, un hablante del segundo tenga problemas para identificar su lengua en un texto escrito con ortografía portuguesa, y menos creíble resulta todavía si ha recibido escolarmente algunas instrucciones elementales al respecto [139] . Creo que la mayoría de quienes, desde el gallego, hemos accedido al portugués escrito no hemos tenido problemas mayores para guiarnos en la ortografía correspondiente. En este terreno conviene agregar algo que ya he anotado: la escolarización en la ortografía oficial del gallego no facilita precisamente la comprensión del portugués escrito, y ello por mucho que tampoco sea un obstáculo fundamental al efecto. En otro terreno, lo suyo es subrayar que cuando se dice que alguien “habla en reintegrado” se está enunciando un absurdo: los reintegracionistas hablan gallego como la mayoría de los habitantes de Galicia, en el buen entendido de que procuran reemplazar los castellanismos por formas autóctonas que a menudo reencuentran a través del portugués. En fecha tan lejana como 1927 la lingüista alemana Margot Sponer escribía lo que sigue en la revista Nós : “¡Cuántas veces por emplear yo las verdaderas formas gallegas me tomaron por portuguesa!” [140] . En modo alguno se trata, por otra parte, de arrinconar el gallego popular ni de hablar como, se supone, hablan en Portugal. Como quiera que hay que conservar, antes bien, la modalidad gallega de la lengua común, tampoco se trata, pese a la aseveración de Castelao, de confundir, de fundir, más allá de la ortografía, las modalidades gallega y portuguesa de esa lengua. La mejor manera de preservar el gallego popular y dialectal, que es un capital que no tiene precio, es portuguesizar su ortografía. No hay ningún motivo, pues, para dejar de emplear palabras gallegas que no existen en portugués o que tienen una presencia marginal en éste, y ello por mucho que en determinados registros cultos lo razonable sea actuar de otra forma [141] .

La presencia histórica del reintegracionismo

Aunque el reintegracionismo como movimiento no tiene siquiera medio siglo, las propuestas de carácter reintegracionista cuentan con una historia más larga, que nos retrotrae al XVIII. Se hacen valer a uno y otro lado de la frontera del Miño, y, en lo que se refiere a Galicia, se revelan tanto en el cuerpo doctrinal del nacionalismo gallego como en la literatura que se expresa en la lengua del país. Intentemos, en las páginas que siguen, procurar el sentido preciso de esas propuestas.

Sus primeras manifestaciones —acabo de reseñarlo— se registraron en el siglo XVIII, de la mano de los dos principales ilustrados gallegos. Recordemos al respecto que el padre Feijoo afirmó lo que sigue: “Se debe incluir la lengua gallega como, en realidad, indistinta de la portuguesa, por ser poquísimas las voces en que discrepan, y la pronunciación de las letras en todo semejante, y así se entienden perfectamente los individuos de ambas naciones sin ninguna instrucción antecedente” [142] . Por su parte, el padre Sarmiento aseveró que “la lengua portuguesa pura no es otra que la extensión de la gallega, y que después se cargó de voces forasteras, moriscas, africanas, orientales, brasileñas…” [143] .

Entre los defensores de la idea de que el gallego y el portugués son la misma lengua, y ya en el XIX, se perfilaron dos posiciones. Carme Hermida describe la primera como “identificación sin fusión” —Martínez Padín, Antonio de la Iglesia, Manuel Murguía— y la segunda como “identificación y fusión” —López de la Vega, Balbín de Unquera y, fuera de Galicia, el novelista Juan Valera— [144] . Llamativas son las opiniones de este último, de Valera, para quien los gallegos que no deseen escribir en castellano deben hacerlo en portugués, rehuyendo cualquier esfuerzo orientado a convertir el “dialecto del vulgo” en lengua literaria. De esta forma, y siempre según Valera, serán comprendidos por los “verdaderos gallegos” [145] . Por lo que a Murguía respecta, considera que el gallego ha tenido “un completo desarrollo en el portugués”, que “no es otra cosa que el gallego literario” [146] . Si en carta a Valera sostiene Murguía que “el portugués y el gallego son una misma cosa”, en otro momento asevera que el portugués es “el gallego elevado a la condición de idioma nacional” [147] . Y agrega: “El gallego y el portugués, me dije, son uno mismo en el origen, gramática y vocabulario. ¿Por qué no aceptar la ortografía portuguesa? Si nos fue común en otros tiempos, ¿por qué no ha de serlo de nuevo?” [148] . Aun así, el XIX fue un siglo de relaciones problemáticas, toda vez que en Portugal era escaso el conocimiento sobre la producción cultural gallega, los intelectuales portugueses se hallaban más volcados, por lógica, en la consideración de lo que ocurría en su país, los autores vinculados con el incipiente galleguismo se expresaban las más de las veces, no sin paradoja, en castellano, y los vínculos, en fin, entre intelectuales gallegos y portugueses eran más bien pocos [149] .

A finales del propio XIX los autores que escribían en gallego, que hasta entonces habían empleado como referencia ortográfica única el castellano, empezaron a tener conocimiento de la ortografía medieval, gracias, ante todo, al contacto con las obras de los trovadores galaico-portugueses. A partir de ese momento ganó terreno una discusión sobre la ortografía que enfrentó lo que a los efectos eran las dos grandes posiciones que hoy perviven. La discusión en cuestión alcanzó pronto ecos notables al amparo de la llamada generación Nós, que cubre los años que median entre 1920 y 1936, y asumió la forma de una confrontación entre foneticistas , que defendían un gallego autónomo, y etimologistas , que postulaban una mayor o menor aproximación al portugués. Subrayemos, de cualquier modo, que en realidad, y durante mucho tiempo, el galleguismo estuvo más preocupado por la normalización del idioma que por su normativización [150] .

Demos cuenta somera de algunas de las opiniones vertidas, en relación con estas disputas, en el magma del nacionalismo gallego, y empecemos con la figura de Vicente Risco, quien, tras defender un gallego más próximo al registro popular, con el paso del tiempo señaló que gallego y portugués no eran sino dos formas de un mismo idioma [151] . Luego de anotar que “ocho siglos de aislamiento oficial no han sido suficientes para separar esa patria espiritu al formada por Portugal y Galicia, en la que se habla una misma lengua” [152] , Evaristo Correa Calderón sostuvo que habría que dar al gallego “una forma etimológica que la unificase con las lenguas hermanas —la más próxima, el portugués—, con una grafía semejante a la de ellas” [153] . Antón Villar Ponte, por su parte, afirmó que “no existe vocablo nítidamente portugués que no sea también gallego. Exceptuando algunos ruralismos de nuestro lado, y algunos galicismos del lado portugués, la lengua es común” [154] , para agregar que “Galicia considera el portugués como un gallego nacionalizado y modernizado” [155] y concluir que “mientras exista Portugal no morirá, pues, Galicia” [156] . En la percepción de Johán Vicente Viqueira, “el portugués es un hijo del gallego y, entre los dos, no hay, capitalmente, más que diferencias fonéticas que no son tan grandes, quizá, como las que existen entre el andaluz y el castellano. Si empleamos la ortografía histórica galaico-portuguesa, habremos salvado la dificultad que separa las dos lenguas y daremos al gallego un carácter más universal, haciéndolo accesible al mayor número de hombres” [157] . Prosigue Viqueira: “El gallego, no siendo una lengua hermana del portugués, sino una forma de éste (como el andaluz lo es del castellano), se tiene que escribir, pues, como portugués” [158] . Para Álvaro de las Casas, “deberíamos sujetarnos en lo posible al portugués, tanto más cuanto que en la mayor parte de esta posibilidad quedaríamos más dentro de nuestras formas originarias” [159] . Cerremos este listado de opiniones con la de Castelao, quien no dudó en aseverar que “el gallego, nacido, criado y florecido en Galicia, fue lengua literaria en los reinos vecinos. […] Se impone para siempre en Portugal, de donde salió para el mundo” [160] , no en vano “es un idioma extenso y útil porque, con pequeñas variantes, se habla en Brasil, en Portugal y en las colonias portuguesas” [161] . “Deseo, pues”, apostilló Castelao, “que el gallego se aproxime y confunda con el portugués” [162] .

No faltan opiniones, del mismo cariz que las reseñadas, formuladas, en fin, por figuras como las de Jaime Quintanilla, Florentino López Cuevillas, Manuel Portela Valladares, Fermín Bouza Brey o Roberto Blanco Torres. La apuesta consiguiente pervivió en las décadas posteriores al alzamiento franquista, como lo testimonian la obra entera de Ricardo Carballo Calero, los textos de Ernesto Guerra da Cal —declaradamente reintegracionista, a diferencia de la mayoría de los autores que nos ocupan empleó la ortografía portuguesa— o numerosas declaraciones públicas de Valentín Paz Andrade, quien se refirió a la “identidad estructural que conservan el portugués y el gallego, recíprocamente inteligibles. Se trata de una lengua en la cual pueden entenderse hoy millones y millones de personas” [163] . Es verdad, para decirlo todo, que la conducta lingüístico-ortográfica de los próceres de la reintegración no siempre fue consecuente, y ello aun cuando pueda identificarse una clara línea de progreso. Freixeiro Mato recuerda que Murguía, pese a defender la existencia de una identidad gallego-portuguesa, escribió casi siempre en castellano, que Castelao, claramente reintegracionista y escritor monolingüe en gallego, no por ello rompió con

una norma ortográfica españolizante, y que Carballo Calero, luego de sucesivas fases de acercamiento, acabó por practicar de forma coherente el reintegracionismo lingüístico [164] .

Muchos autores formalmente no reintegracionistas parecían, pese a todo, asumir las tesis correspondientes, en el buen entendido de que reclamaban su aplicación para un momento lejano, en virtud de un proceso lento, y no abrasivo, de cambio en la ortografía del gallego. Es el caso de Francisco Fernández del Riego, como lo es, tal vez, del propio Ramón Piñeiro, al menos si nos guiamos por lo que reza una de sus cartas dirigida en 1976 a Rodri gues Lapa: “Soy uno de los gallegos que más ha meditado sobre ese problema y uno de los que más conscientemente defienden la aproximación gallego-portuguesa. Lo que ocurre es que esa aproxim ación, para ser válida, tiene que ajustarse necesariamente a la realidad de los hechos” [165] . Parece, ciertamente, que el proceso estaba llamado a ser desesperantemente lento. Añadamos que el ascendiente de la opción reintegracionista alcanzó en su momento a personas que hoy son furibundamente hostiles a ella. Tal es la circunstancia del otrora presidente de la Real Academia Galega, Xesús Alonso Montero, quien en 1969 afirmaba que un campesino orensano y un pastor de las tierras de Coimbra “hablan modalidades de un mismo idioma. […] Cierto es que un análisis filológico nos haría ver aspectos y rasgos diferentes, tantos y de tal forma que nos obligarían a hablar de gallego y de portugués, pero no como entidades distintas, sino como dos modalidades distintas de una misma entidad idiomática, de una misma lengua. Son las dos ramas del tronco gallego-portugués; no son árboles o troncos distintos” [166] . El propio Alonso Montero no dudó en afirmar que “el gallego, con el portugués […], se expande por todos los continentes: Galicia, Portugal, Brasil, Angola, Mozambique, Goa, Timor…” [167] . Tampoco escapó a esta pulsión Ramón Lorenzo, acaso el representante máximo de las posiciones diferencialistas, hoy empeñado en sostener que el gallego y el portugués han sido siempre diferentes, pero en el pasado inclinado a defender otras tesis. Así, en 1962 Lorenzo afirmaba que “la única solución de las letras gallegas es agregarse a Portugal, arrancar el telón que separa las dos regiones para trabajar en los mismos ámbitos” [168] . Lorenzo llegó a afirmar, en la revista compostelana La Luna , lo que sigue: “Tendríamos que acomodarnos a los fonemas portugueses. La idea encontraría opositores. Pero no me parece descabellada. Me refiero sólo a algunos fonemas como nh , lh , x , j ” [169] . Por cerrar esta lista de citas, no está de más añadir una de Antón Santamarina, quien en 1995 afirmó que “nadie niega que, si nos atenemos estrictamente al punto de vista lingüístico, la afinidad entre el gallego y el portugués es tan grande que sería perfectamente posible reducirlos a una norma única” [170] .

Pero la perspectiva reintegracionista ha dejado su huella también en la literatura en lengua gallega (admitamos de buen grado que distinguir el mundo propio de ésta del característico del nacionalismo correspondiente no siempre es tarea sencilla). Nuestro recorrido en este caso será más breve. Lo iniciaremos con la figura de Eduardo Pondal, para quien existe entre la cultura gallega y la portuguesa una identidad esencial reflejad a en la lengua, en el genio y en el espíritu [171] : “Y los buenos hijos de Luso/ y los fuertes hermanos/ en un solo nudo, fuertemente,/ los dos acogerás:/ tal es la sonora semejanza/ del garrido hablar” [172] . Pondal describe el gallego, por lo

demás, como “lengua de Camões” [173] . Mientras Julio Camba afirmó en su momento que “si en gallego se puede decir todo lo que se quiere, ello es tan solo a condición de decirlo en portugués [174] , Rafael Dieste defendió la gestación, bien que cautelosa, de una “lengua franca gallego-portuguesa” [175] . Álvaro Cunqueiro y Ramón Otero Pedrayo pasaron, por su parte, por etapas de defensa de una aproximación al portugués. En la década de 1930 el segundo escribió: “Por algo nuestra lengua es la misma de Portugal, por algo los gallegos consideramos el desarrollo de la historia portuguesa y las rutas a que les llevó su destino como un ejemplo de aquello que nosotros mismos no pudimos hacer” [176] . La opción reintegracionista es defendida hoy expresamente por escritores como Xavier Alcalá, Teresa Moure, María Xosé Queizán, Séchu Sende, Suso de Toro o Víctor Vaqueiro. El propio Carlos Casares, ya fallecido, y en su momento presidente del Conselho da Cultura Galega, coqueteó también con horizontes reintegracionistas. Cabe afirmar, por añadidura, que muchos autores han acatado las normas oficiales a regañadientes, como un imperativo que facilitaba la publicación de sus textos.

Terminemos esta excursión con una consideración de lo ocurrido, en relación con la opción reintegracionista, del otro lado del Miño. Aunque no falta razón a la afirmación de que los escritores portugueses han mirado de siempre antes a Madrid que a Santiago, y en un escenario general de olvido, bien que relativo, de lo que Galicia significaba y significa, conviene dejar constancia de otras actitudes. Estas últimas encuentran su hito principal en la figura, señera, de Manuel Rodrigues Lapa, “el modelo de erudito portugués que desde Galicia se venía demandando y que todavía se echa de menos: una persona siempre atenta y preocupada por la lengua y la literatura gallegas, que sintió como algo propio y no ajeno”, en palabras de Freixeiro Mato [177] . El trabajo de Rodrigues Lapa fue en más de un sentido heredero, con todo, de las querencias que habían expresado tantas veces, con anterioridad, Teixeira de Pascoaes y Leonardo Coimbra. Al primero de estos dos corresponden reflexiones constantes, y contactos frecuentes, con Galicia, con la idea de saudade siempre presente [178] . Justo es recordar, aun así, que esa idea no era, por cierto, del gusto del mentado Rodrigues Lapa, para quien Galicia precisaba antes de la razón que de la saudade , un concepto que “debilita con su veneno sutil” [179] .

Pero mal haríamos en olvidar, en nuestro repaso, las opiniones formuladas por representantes principales de la cultura portuguesa, como Alexandre Herculano, Oliveira Martins, Teófilo Braga, Júlio Dantas o Eduardo Lourenço. Cedamos la palabra al primero de ellos: “Galicia nos dio población y lengua. Probablemente no existe entre el Miño y el Mondego ninguna aldea cuyo nombre no sea la reproducción del nombre de una población galaica, ningún apellido de familia noble que no tenga su remoto origen en esa región. Canciones gallegas pasan todavía hoy como obras de antiquísimos trovadores portugueses” [180] . El propio Herculano agrega: “Portugal heredó de Galicia un buen pedazo de territorio, parte de la población, los más ilustres nombres de su vieja aristocracia, muchas costumbres y, finalmente, la lengua, que hoy, señorial y desdeñosa, mira con altivez” [181] . Oliveira Martins subrayó lo que entendía que fueron intentos portugueses, antes de la separación de Galicia, para atraer a ésta a un proyecto común que hubiera permitido forjar en el noroeste peninsular una

instancia tan homogénea como Navarra o Aragón [182] . Para Oliveira Martins, “portugueses y gallegos somos uno y un mismo pueblo en la lengua y en la sangre”. “El portugués no es otra cosa sino el gallego que tomó caracteres propios con la cultura, principalmente, del quinientos” [183] . Teófilo Braga, por su parte, afirmó que la “diferenciación” entre el portugués y el gallego se debió a que Galicia perdió condiciones de vida nacional, en tanto Portugal incorporaba a su lengua “neologismos latinistas impuestos por la cultura literaria de la Corte, de la Iglesia y de las escuelas”, al amparo de una aproximación forzada al latín clásico [184] . Júlio Dantas se reclamó, entre tanto, de una perspectiva claramente reintegracionista, en la medida en que propuso que “el idioma gallego, ramo procedente del mismo tronco común, incorpore los tipos morfológicos y las riquezas de vocabulario de la lengua hermana” [185] . El acaso mayor ensayista portugués contemporáneo, Eduardo Lourenço, señaló en 1999, en suma, que no puede concebirse el espacio lusófono “sin incluir en él a la materna Galicia” [186] .

Del lado portugués son, con todo, infrecuentes las reivindicaciones expresas de una eventual síntesis política entre Galicia y Portugal. Recordemos al respecto, en el buen entendido de que las tomas de posición que invocamos son cualquier cosa menos claras, que Teófilo Braga sostuvo que “Galicia debe ser considerada como un fragmento de Portugal que quedó fuera del progreso de la nacionalidad” [187] , que Jaime Cortesão se refirió a Galicia como una “Alsacia portuguesa” [188] , que Afonso Lopes Vieira reclamó que Galicia dejase a Castilla y se acercase a Portugal [189] , que Teixeira de Pascoaes consideraba que Galicia era un trozo de Portugal bajo la pata del león castellano [190] , que Fialho de Almeida estimaba que Galicia, “aunque hija adoptiva de España, es al cabo portuguesa de ley como las que lo son” [191] , que Fernando Pessoa —tras anotar que Galicia, “integrada en Portugal, forma parte del Estado al que por naturaleza y raza pertenece” [192] — reivindicó en una ocasión “la integración del Estado portugués, por la reintegración de Albuquerque y Olivenza, y por la anexión de Galicia” [193] , que Agostinho da Silva afirmó que acaso la reintegración de la península “en su libertad esencial, se haga a través de la reunión de Portugal y de Galicia, dos novios que la vida separó” [194] , y que Miguel Torga se refirió en unos versos a la anómala situación de Galicia: “Galicia mía de perfil bonito,/ huérfana de patria en un asilo austero:/ sólo por ser portuguesa te quiero,/ y por ser castellana creo en ti” [195] .

El gallego: ¿un ‘portugués subdesarrollado’?

Estamos obligados a prestar atención a una discusión delicada: la que tiene como meollo la tesis de que el portugués sería una lengua culta , merecedora de respeto y aprecio, en tanto el gallego configuraría una lengua popular , por muchos conceptos despreciable y desechable, y ello aun cuando hay quien aprecie en esa lengua del pueblo elementos genuinos y saludables que no estarían presentes en la culta.

Como veremos inmediatamente, la percepción valorativa que nos ocupa, en manifiesto detrimento del gallego, se habría abierto camino con enorme facilidad en Portugal. No quiere eso decir que hayan faltado —acabamos de adelantarlo— valoraciones más cariñosas. Rodrigues Lapa, por ejemplo, habló del gallego como si se tratase de un “portugués ingenuo, delicioso,

que sabe a viejo” [196] , en tanto Júlio Dantas señaló que el gallego “no es sino una forma arcaica del portugués o, mejor, el propio portugués, sabroso y suave, de los monumentos de nuestra literatura hasta el siglo XIV” [197] . No son estas últimas, con todo, las percepciones más comunes en Portugal. Baste con recordar que, como quiera que los gramáticos y los historiadores portugueses del XVI, en busca de un origen prestigioso para su lengua, gustaban de presentar ésta como la “primera lengua de España”, en competencia con el castellano, en esa tarea el gallego, las más de las veces ignorado, y en ocasiones vilipendiado —un gramático de ese siglo, Duarte Nunes de Leão, escribe que el portugués aventaja al gallego “en la copia y en la elegancia” [198] —, no tenía, a sus ojos, utilidad alguna [199] . Por detrás se apreciaba también, es cierto, el problema de aceptar que, en un grado u otro, el portugués había surgido fuera de las tierras de Portugal. Habrá que aguardar, de hecho, al siglo XX para que las gramáticas históricas presten la atención debida al gallego, descrito unas veces como “principal dialecto continental [del portugués] fuera de Portugal” (Williams) o emplazado en un conjunto común gallego-portugués (Nunes) [200] .

Podemos acumular citas que se desenvuelven en el mismo sentido. Así, si para Fernando Pessoa el gallego es un “portugués subdesarrollado” [201] , el político Inácio Francisco Silveira da Mota lo presenta como un dialecto “grosero” y en estado lamentable [202] , frente al desarrollo admirable de su retoño meridional. Otro viajero portugués, Anselmo de Andrade, señala que las divergencias entre la lengua hablada al norte y al sur del Miño nacen de “haberse convertido el portugués en lengua nacional y literaria, en tanto el gallego no ha dejado de ser, por decirlo así, una lengua rústica” [203] . Alexandre Herculano no duda en afirmar que “el portugués no es sino el dialecto gallego civilizado y perfeccionado” [204] . El propio Rodrigues Lapa afirma que, si queremos introducir el gallego en la ciudad, “tendremos que vestirlo con traje de ciudadano, limpiarlo de la mucha escoria que lo vuelve todavía grosero para el gusto exigente del hombre urbano” [205] .

No se antoja tarea sencilla, sin embargo, la de determinar qué es el gallego popular. Partamos, con todo, de la certeza de que no es lo mismo describir el gallego como un portugués arcaico que considerarlo un portugués grosero o subdesarrollado. Bien es verdad que hay dos elementos que podrían justificar las etiquetas negativas: si el primero es la dimensión distorsionadora de la lengua provocada por el castellano —nos interesaremos inmediatamente por ella—, el segundo lo aporta la atávica ausencia de normativización en el gallego, que explicaría una diversidad dialectal y de usos mayor que la registrada en el portugués. Uno de los efectos de esa ausencia de normativización sería el hecho de que en el gallego se conservan, en mucho mayor grado que en el portugués, resultados correspondientes a diferentes estados evolutivos de la lengua [206] . Pero, al tiempo, parece lícito sostener que el gallego popular a menudo se aproxima al portugués. Más allá del testimonio de Coseriu, ya glosado, Rafael Dieste afirmó en su momento que cuanto más gallego sea el gallego, más se parecerá al portugués [207] . Sería entonces el primero una especie de portugués popular no aculturizado, la lengua que algunos portugueses del norte gustan de oír en las áreas rurales de Galicia por cuanto les recuerda, y poderosamente, a la que hablaban sus abuelos antes de la irrupción de la televisión de Lisboa y sus modernidades [208] .

Algunos de los problemas relativos al gallego popular los plantea la lengua y la obra de Rosalía de Castro, quien hizo uso, sí, de una ortografía claramente influida por la del castellano; a Rosalía le faltaban, con toda evidencia, conciencia y conocimiento de las posibilidades que ofrecía el portugués. La suya es, en cualquier caso, una lengua popular, aunque revisada y enaltecida culturalmente. Rodrigues Lapa sostiene que el genio de Rosalía permitió perfilar una obra de innegable valor literario sobre la base de lo que describe como una "tosca habla dialectal", para agregar que ello suced e en ocasiones cuando lo que se halla de por medio es la po esía (la operación no sería tan sencilla, inferimos, con la novela o con el teatro) [209] . El filólogo portugués sobreentiende, sin embargo, que el gallego, que tiene "un vocabulario poético de rara belleza", útil para la poesía, se revela inadecuado, en cambio, en el terreno de la prosa literaria y científica, circunstancia de la que se derivaría la necesidad de servirse del portugués para estos últimos menesteres [210] . Aunque entiendo, y suscribo, esta recomendación si se ciñe al terreno ortográfico, no me parece que tenga sentido hablar de carencias de vocabulario o de sintaxis en el gallego popular. Ojo con este tipo de valoraciones, que recuerdan poderosamente a aquellas desafortunadas declaraciones del a la sazón presidente español, Adolfo Suárez, en las que señaló lo que consideraba que era una manifiesta incapacidad del catalán para el desarrollo de un argumentario científico. Por detrás lo que se barrunta es, las más de las veces, una percepción elitista que estima, contra toda razón, que las formas dialectales son degradaciones de un modelo canónico y respetable [211] .

Harina de otro costal es la influencia que el castellano ha podido ejercer sobre el gallego popular. Parece innegable que esa influencia ha sido poderosa y que con el paso del tiempo ha ido a más. Invoquemos la autoridad de Carballo Calero, quien en su momento se refirió al "gallego de los labradores, un gallego decaído, que había perdido todo su léxico noble" [212] , cabe suponer que en muy buena medida por influencia del castellano. Es obligado concluir que esta última ha tenido un efecto de distorsión sobre el gallego popular que, sin justificar las valoraciones negativas de las que ya nos hemos hecho eco, las explica en un grado u otro. Conviene, aun así, que de nuevo nos movamos con prudencia, no vaya a ser que atribuyamos injustamente al castellano todos los rasgos singularizadores del gallego popular y todas sus eventuales diferencias con respecto al portugués . Y es que, y volvamos sobre este ejemplo, cuando se afirma que el gallego es un portugués pronunciado a la castellana —tampoco está claro qué significa eso de la pronunciación castellana — se invita a extraer conclusiones acaso precipitadas sobre la fonética dominante al norte del Miño [213] . Las cosas como fueren, parece lícito sostener que, dejando ahora de lado el terreno de la ortografía, para el gallego se abren diferentes posibilidades de manifestación que se ajustan a los también diferentes horizontes de expresión que ofrecen la lengua doméstica, la literaria o la académica. Si en relación con los dos primeros de estos horizontes es perfectamente razonable, por no decir necesario, que pervivan muchos elementos singularizadores —y subrayo de nuevo que no hablo de la ortografía—, en lo que se refiere al tercero lo más saludable es —parece— buscar la mayor proximidad con los usos portugueses.

Una discusión poliédrica

Cuatro son los niveles de la discusión que plantea la propuesta reintegracionista: el ortográfico, el lingüístico, el cultural y el político. Con respecto al primero, parece clara la posición que se ha defendido en estas páginas: por razones filológicas, por razones históricas y por razones de oportunidad, no hay motivos sólidos para defender la actual ortografía oficial del gallego y sobran, en cambio, los que invitan a dar por buena la imperante en el mundo lusófono. Si es cierto que hay muchos elementos patrimoniales que defender en Galicia, entre ellos no se cuenta, sin embargo, una ortografía, la oficial , que, poco o nada patrimonial, es en buena medida producto de la imposición del castellano. En lo que se refiere al segundo, siguen abiertas muchas discusiones en lo que atañe al perfil que debe asumir la lengua de Galicia. Sobre la base del objetivo de que esa lengua deje de ser una suerte de gallego-español para reconvertirse en un gallego-portugués, hay que admitir que las consecuencias precisas de ese tránsito son discutibles. Basta con mencionar las disputas —acabo de referirme a ellas— sobre lo que conviene hacer con el gallego popular. No hay mucho margen para la discrepancia en lo que hace al tercer nivel, el cultural. Cuando, hace años, Arturo de Nieves y quien escribe estas líneas preguntaron a varias decenas de figuras de la cultura y de la política gallegas cómo había de ser la relación con la lusofonía, nadie disintió, obviamente, del tópico de que esa relación tenía que mejorar, en el buen entendido de que, a buen seguro, cada cual tenía en mente indicadores diferentes de lo que tal mejora debía reclamar [214] .

El terreno de la política es, en cambio, singularmente cenagoso, en la medida en que acoge, o puede acoger, perspectivas muy diferentes. Hay quien piensa, por ejemplo, que comunidad lingüística y comunidad política deben procurar una confluencia, y hay quien estima lo contrario. Hay quien considera, por otra parte, que la solución reintegracionista sólo deberá abrirse camino cuando Galicia se integre en Portugal, como hay quien disiente de forma radical de semejante conclusión. Hay quien defiende un proyecto reintegracionista sin cuestionar en momento alguno el Estado autonómico español como hay quien lo postula al tiempo que reclama la independencia para Galicia. Hay muchos reintegracionistas que son, en efecto, independentistas, pero pocos parecen ser, por el contrario, y llamativamente, los que reclaman una unión política de Galicia y Portugal. Que los cruces en este ámbito son complejos lo ilustra a la perfección el hecho de que Castelao lamentase, de forma un tanto sorprendente, la independencia portuguesa de 1640 por entender que dio alas a un Estado absolutista y centralista en España [215] , mientras otros estudiosos, en sentido muy diferente, augurasen que de no haberse producido tal independencia se hubiese registrado en Portugal un remedo de lo que ya había sucedido con anterioridad en Galicia [216] . Qué no decir de lo que significa, en un mundo al revés, que quien es el presidente gallego en el momento en que se escriben estas líneas, Alberto Núñez Feijoo, colaborador activo de un proceso de homicidio de una lengua, haya tenido a bien defender en una radio madrileña la utilidad del gallego para desenvolverse, en todos los ámbitos, en la lusofonía…

Notas

1. Las imágenes turísticas que Galicia suscita en Portugal aportan, por otro lado, una información interesante. La más frecuente de esas imágenes, bien que acaso en retroceso, concibe Galicia como una parte más de una España homogénea que percibe como una única nación y una única cultura. Junto a ella asoman otras dos: la que hace de Galicia una parte algo diferente del resto de España y la que identifica un continuum geográfico y cultural entre Galicia y Portugal (Xerardo Pereiro, en Cairo, Godinho y Pereiro, 2009: 182 y 190; Pardellas, 2005). Es frecuente, en cualquier caso, que en los mapas que acompañan a los folletos turísticos los topónimos gallegos aparezcan castellanizados: Orense , La Coruña , Puenteareas , La Guardia … (Xerardo Pereiro, en Cairo, Godinho y Pereiro, 2009: 185). Si exceptuamos libros como la Guía do norte de Portugal de Víctor Vaqueiro (Vaqueiro, 2001), el volumen Rotas polas ciudades do Eixo atlántico e seus arredores de Francisco Sampaio y Francisco Gil (Sampaio y Gil, 2007) y la Guia American Express. Norte de Portugal e Galiza (VV. AA., 2010), en fin, no menudean los enfoques transfronterizos.

2. José-Martinho Montero Satalha, en VV. AA., 2009: 29.

3. A. A. Gil Figueira, en Rodrigues Vaz, 2008: 213.

4. Ladislau Batalla, en Rodrigues Vaz, 2008: 10.

5. Medeiros, 2006: 240. El libro de Medeiros, de innegable interés, se ve lastrado por la ausencia, sorprendente, de cualquier consideración crítica sobre el nacionalismo de Estado español, ausencia que facilita la conclusión, forzada, de que el nacionalismo gallego surgió de la nada o, peor, del capricho.

6. Pereira, 2014.

7. Alexandre Banhos, en VV. AA., 1997: 54.

8. Isaac Alonso Estravís, en VV. AA., 1997: 106.

9. Isaac Alonso Estravís, en VV. AA., 1997: 106.

10. Cit. en Herrero Valeiro, 2011: 195.

11. Teyssier, 1982b: 78 y ss. Hablamos de la colocación del pronombre, indistintamente, antes o después del verbo, de la frecuente desaparición del artículo por delante del posesivo, de la ausencia, en buena parte del territorio brasileño, del tu , de la pronunciación, clara , de las vocales átonas, con una entonación distinta de la de Portugal, de una expresión más lenta o de un sinfín de diferencias lexicales …

12. Jose Luís Rodríguez, en VV. AA., 2009: 15.

13. José Luís Rodríguez, en VV. AA., 2009: 14.

14. Freixeiro Mato, 2006: 20.

José-Martinho Montero Satalha, en VV. AA., 2009: 34-35.

15.

16. Castro, 2008: 12.

17. Castro, 2008: 8.

18. Cit. por Maria do Carmo Henríquez Salido, en VV. AA., 1997: 39.

19. Véase Nieves y Taibo, 2013: 152-153.

20. Henrique Monteagudo, cit. en Herrero Valeiro, 2011: 149.

21. Azevedo Maia, 1997: 883; Castro, 2008: 58-59.

22. Castro, 1991: 157-158.

23. Mariño Paz, 1998: 102.

24. Freixeiro Mato, 2006: 18.

25. Herman, cit. en Castro, 2008: 53.

26. Castro, 2008: 53; Mariño Paz, 1998: 74 y ss; Veiga Arias, 1983.

27. Brocardo, 2014: 27.

28. Teyssier, 1982b: 9; Ferreiro, 1995-1997.

29. Azevedo Maia, 1997: 884.

30. Teyssier, 1982b: 13-14.

31. Azevedo Maia, 1997: 885.

32. Brocardo, 2014: 107.

33. Cardeira, 2006: 47.

34. Mariño Paz, 1998: 84.

35. Teyssier, 1982b: 6.

36. Castro, 2008: 64.

37. Castro, 2008: 66.

38. Castro, 2008: 62-63.

39. Castro, 1991: 166.

40. Mariño Paz, 1998: 138.

41. Castro, 2008: 96.

42. Filipe Alves Moreira, en Adão da Fonseca, 2014: 381.

Freixeiro Mato, 2006: 22.

43.

44. Brocardo, 2014: 109.

45. Ya en el siglo XIII parece exist ir una percepción que da cuenta de la existencia individualizada del romance gallego, aun cuando con certeza en esos momentos éste no se distinguía de lo que se hablaba al sur del Miño; esa visión se impuso con claridad, de cualquier modo, en los siglos XIV y XV. En el caso del portugués, si nos guiamos por lo que afirma Mariño Paz, la percepción como habla individualizada se habría asentado en el XIV. Bien es cierto que, de por medio, pervivía la idea de que las lenguas romances de la península ibérica configuraban un único conjunto del que participaban el propio portugués y el castellano, idea que sólo encontró contestación franca en Portugal a partir de 1640 (Mariño Paz, 1998: 138). Siempre según Mariño Paz, la primera distinción explícita entre gallego y portugués se remontaría a fecha tan tardía como 1572 (Mariño Paz, 1998: 152). Las cosas como fueren, desde el momento de surgimiento del gallego-portugués sus hablantes se sirvieron de diversas fórmulas para identificar su lengua: hablaron así de “romance” y de “nuestro lenguaje” (Mariño Paz, 1998: 150; Freixeiro Mato, 2006: 19), o emplearon equivalentes d el castellano “román paladino”; claro es que, en paralelo, se refirieron a esa lengua —ya lo hemos señalado— como “gallego” y, más adelante, como “portugués”.

46. Mariño Paz, 1998: 193.

47. Azevedo Maia, 1997: 3; Mariño Paz, 1998: 107.

48. Azevedo Maia, 1997: 901-902; sobre muchos de los avatares históricos acompañantes, véase Adão da Fonseca, 2014.

49. Azevedo Maia, 1997: 903.

50. Mariño Paz, 1998: 127.

51. Teyssier, 1982b: 3.

52. Mariño Paz, 1998: 186.

53. Azevedo Maia, 1997: 904.

54. Azevedo Maia, 1997: 905.

55. Mariño Paz, 1998: 194.

56. Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 2009: 100.

57. Freixeiro Mato, 2006: 7.

58. Hay que subrayar que la norma portuguesa en lo que se refiere a la colocación de los clíticos experimentó cambios muy notables con el paso del tiempo, y ello hasta el punto de que es legítimo dudar de que exista tal norma o, al menos, de que lo que reza pueda esgrimirse como un argumento incontestable frente a usos aparentemente anómalos.

59. Mariño Paz, 1998: 437-446.

60. Teyssier, 1982b: 22.

61. Magalhães, 2012: 24.

62. Vázquez Cuesta, 1989.

63. Castro, 2008: 227.

64. Durante mucho tiempo se hizo valer un olvido general de Galicia en los estudios sobre la lusofonía, tal vez porque éstos atendían sin más a reproducir las instancias que formaban parte del imperio colonial portugués. Cada vez es más frecuente, sin embargo, que Galicia sea recogida, bien que como hermano menor, y de condición dudosa, en esos estudios.

65. No puede en modo alguno menospreciarse, por otra parte, la presencia de criollos (crioulos) de base portugu esa (Andrade y Kihm, 1992; Dalgado, 1998; Pereira, 2006; Zimmermann, 1999; sobre la lengua de los emigrantes portugueses, Mayone, 1989). A menudo se ha dicho que la segunda lengua más hablada en Lisboa es el criollo. Los criollos existen en Asia —son varios los presentes en las costas de la India, en Ceilán, en Java y en Malasia, tierras a las que cabe agregar el portugués hablado, previa una descriollización, en Goa, Damão y Diu, de nuevo en la India, y en Macao (Teyssier, 1982b: 94; Castro, 2008: 13)—, en África —en Cabo Verde, Guinea-Bissau, São Tomé y Príncipe, y en Senegal (Teyssier, 1982b: 96; Cardeira, 2006: 88); llamativamente no hay criollos ni en Angola, aunque los hubo, sin embargo, en el pasado, ni en Mozambique, donde el portugués convive con las lenguas locales (Castro, 2008: 33; Cardeira, 2006: 89-90)— y en América —en Curaçao, Aruba y Bonaire, y en la Guayana holandesa; tampoco hay criollos en Brasil, país en el que su irrupción se vio dificultada por una colonización fuertemente centralizada y por una relación constante con Portugal (Cardeira, 2006: 91)—.

66. Alonso Estravís, 1987: 28.

67. Alonso Estravís, 1987: 32.

68. Rodrigues Lapa, 1979: 83-84.

69. No es su único rasgo singular, como lo certifica, por ejemplo, la pronunciación lisboeta de la r , a la francesa.

70. Hatton, 2012: 15.

71. António José Saraiva señala, con razón, que la fonética del portugués, o al menos la del portugués lisboeta, no parece encajar bien en los tópicos de lo que al cabo es una lengua neolatina, sino que, antes bien, recuerda a la de las lenguas eslavas (1982a: 48).

72. Véase, por ejemplo, Sobral, 2012: 83.

73. Lancastre e Tavora, 2010.

74. Azevedo Maia, 1997: 930.

75. Azevedo Maia, 1997: 932.

76. Azevedo Maia, 1997: 934.

77. Cardeira, 2006: 42. En sus estudios sobre dialectología, Lindley Cintra identifica íntimas relaciones lexicales entre el distrito de Via na do Castelo y la parte septentrional de Trás-os-Montes, por un lado, y las áreas gallegas vecinas, por el otro (Lindley Cintra, 1983: 88). Cuando se consultan los mapas que el propio Lindley Cintra incluye en sus Estudos de dialectologia portuguesa , inmediatamente se descubre que hay, en el terreno lexical, un área común entre Galicia y el norte portugués, si bien el área en cuestión se antoja más fácilmente identificable en la región costera que en el interior trasmontano (Lindley Cintra, 1983: 62, 66, 69, 76, 81 y 84).

78. Así, Leite de Vasconcelos se refiere a esa proximidad en el caso de los dialectos interamnense —hablado en la antigua provincia de Entre Douro e Minho— y trasmontano (Lindley Cintra, 1983: 125), Paiva Boléo y Maria Helena Santos Silva la atribuyen a las hablas miñota y trasmontana (Lindley Cintra, 1983: 130), en tanto Pilar Vázquez Cuesta y M. Albertina Mendes da Luz se pronuncian por la existencia de una zona dialectal del norte que, arcaizante, estaría configurada por las provincias del Miño, el Duero y Trás-os-Montes (Lindley Cintra, 1983: 138).

79. Cardeira, 2006: 60.

80. Cit. en Cardeira, 2006: 76.

81. Cit. en Santos Araújo, 2004: 73.

82. Hogg, 1954: 189.

83. Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 119.

84. Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 99.

85. Mattoso, Daveau y Belo, 2010: 100.

86. Alonso Estravís, 1987: 27.

87. Mariño Paz, 1998: 119.

Alonso Estravís, 1987: 53.

88.

89. Leite de Vasconcelos, 1987: 31.

90. VV. AA., 1997: 33. Aunque ello es innegablemente cierto, conviene que nos alejemos de percepciones que están preñadas, sin más, de ignorancia. Recuerdo que hace unos meses alguien afirmó en Facebook, en un gallego caótico e irreconocible, que en la lengua de Rosalía no había palabras portuguesas. Vaya por dónde la abrumadora mayoría de las palabras empleadas por la autora de Folhas novas eran portuguesas… porque eran gallegas.

91. Flores das Seixas, 2014: 3.

92. Herrero Valeiro, 2011: 71.

93. Luzia Domínguez, en Carvalho, 2009: 317.

94. António Gil Hernández, en Carvalho, 2009: 364.

95. Sobre la complejidad del debate bilingüismo/diglosia, véase Herrero Valeiro, en Gil Hernández, 2009: 141-158.

96. Herrero Valeiro, en Gil Hernández, 2009: 149.

97. José Luís Fontenla, en VV. AA., 1997: 152.

98. Carta a Rodrigues Lapa, en Rodrigues Lapa, 1997: 358.

99. John Patrick Thompson, en Hooper y Puga Moruxa, 2011: 143.

100. Herrero Valeiro, 2011: 122.

101. Alexandre Banhos, en VV. AA., 1997: 54.

102. Herrero Valeiro, 2011: 67.

103. Xosé Ramón Freixeiro Mato, cit. en Herrero Valeiro, 2011: 95.

104. Cit. en Flores das Seixas, 2014: 27; Herrero Valeiro, 2011: 108. La inferen cia de que el empleo de una grafía castellanizante facilita el aprendizaje de la escritura del gallego tiene, sin embargo, su contrapeso en el hecho de que, tratándose el gallego y el castellano de dos lenguas relativamente próximas, desdibuja aún más las diferencias y contribuye, antipedagógicamente, a confundir una y otra.

105. Cabe discutir que la norma alentada por ILG-RAG sea una norma oficial , por mucho que se registrase una seudooficialización a través de la Lei de Normalización Lingüística de 15 de junio de 1983. Son muchos los que piensan que en realidad no hay ninguna norma oficial de escritura del gallego (Peres Gonçalves, 2014: 118).

106. Herrero Valeiro, 2011: 23 y 68.

Cit. en Flores das Seixas, 2014: 29.

107.

108. John Patrick Thompson, en Hooper y Puga Moruxa, 2011: 149-150.

109. John Patrick Thompson, en Hooper y Puga Moruxa, 2011: 144.

110. Herrero Valeiro, 2011: 76.

111. Cit. en Herrero Valeiro, 2011: 176.

112. Herrero Valeiro, 2011: 14-15 y 214.

113. Herrero Valeiro, 2011: 24.

114. Herrero Valeiro, en Carvalho, 2009: 345.

115. Freixeiro Mato, 2006: 126.

116. Herrero Valeiro, 2011: 210.

117. A menudo se describen como lusismos , como palabras portuguesas que serían ajenas al gallego, vocablos que, como Galiza , polvo , estrada , prato o geonlho, son plenamente gallegos, al tiempo que se presentan como normales, y propios de la lengua del país, vocablos que son evidentes castellanismos, como Galicia , pulpo , carretera , plato o rodilla ; véase Flores das Seixas, 2014: 36 .

118. Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 2009: 103.

119. Jorge Rodrigues Gomes, en VV. AA., 2009: 159-160.

120. Cit. por Valentim R. Fagim, en VV. AA., 2009: 180.

121. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 11. Véanse también Álvarez Cáccamo, 1990; Carballo Calero, 1983; Carballo Calero, 1990; Garrido, 2011; Gil Hernández, 1996; Gil Hernández, 2005; Rodrigues Fagim, 2001; Rodrigues Fagim, 2013; Sanches Maragoto, 2013; Souto Presedo, 1994; Vasques Corredoira, 2011; VV. AA., 2012.

122. Peres Gonçalves 2014: 136.

123. Herrero Valeiro, 2011: 24.

124. Herrero Valeiro, 2011: 67 y 125.

125. Herrero Valeiro, 2011: 280.

126. Freixeiro Mato, 2006: 58.

127. Flores das Seixas, 2014: 25.

128. Rodrigues Lapa, 1997: 354.

129. Flores das Seixas, 2014: 20.

Castro, 2008: 11.

130.

131. García Turnes, quien glosa las percepciones de Leite de Vasconcelos, cit. en Freixeiro Mato, 2006: 38.

132. John Patrick Thompson, en Hooper y Puga Moruxa, 2011: 147.

133. Léglise-Costa, 2007: 102.

134. Correia, 2013: 15.

135. Véase Correia, 2013.

136. Hay que guardar las distancias, con todo, con respecto a los argumentos de cariz utilitario. No vaya a ser que, en su estela, se acaben defendiendo procesos —la globalización— o eventos —un campeonato mundial de fútbol, unos juegos olímpicos— cuya dimensión emancipatoria, más allá de la lengua y sus atributos, se antoja nula.

137. John Patrick Thompson, en Hooper y Puga Moruxa, 2011: 154.

138. Curioso es que se haya acusado a muchos reintegracionistas de buscar alguna suerte de beneficio económico con su propuesta: más bien parece que, marginados en Galicia, se topan, por ejemplo, con enormes problemas para publicar sus textos, algo que no puede decirse —o no podía—, en cambio, de los diferencialistas.

139. En términos generales las soluciones portuguesas —aunque, claro, discutibles— no parecen problemáticas para los hablantes de gallego. Estoy pensando, y sigo a Isaac Alonso Estravís, en uma , en quando o en las terminaciones -ão u -ões; véase Alonso Estravís, 1987: 38-40.

140. Cit. en Flores das Seixas, 2014: 33.

141. Perdóneseme que me detenga un momento para glosar una disputa que afecta a las grafías lh y nh (ll y ñ en el gallego oficial). Aunque las formas lh y nh , de origen provenzal, no son desconocidas en el gallego medieval — están presentes en áreas colindantes con Portugal (Aze vedo Maia, 1997: 948; Alonso Estravís, 1987: 30)—, es cierto que su incorporación a la ortografía común del portugués se produjo durante el reinado de D. Afonso III, de tal suerte que quedó establecida una línea divisoria importante entre los usos ortográficos habitualmente empleados al norte del Miño y los utilizados al sur (Azevedo Maia, 1997: 944). En la percepción de Isaac Alonso Estravís, la progresiva desaparición, o la dificultad de expansión, de lh y nh en Galicia es lícito afirmar que se produjo de resultas de la influencia castellana, mientras en Portugal, a falta de esa influencia, pervivieron las soluciones de origen provenzal, aun cuando, y para decirlo todo, durante un tiempo conservaron también su presencia las formas ll y ñ (Alonso Estravís, 1987: 30 y 50; Mariño Paz, 1998: 118). Los defensores de la ortografía oficial del gallego aducen hoy que las grafías ll y ñ se empleaban en el gallego medieval — nadie lo negará— para ocultar que su presencia actual en esa ortografía es producto, con toda evidencia, de la

influencia del español. Recordemos que la ñ , por acogernos a este ejemplo, coexistió, en el gallego medieval, con otras grafías (n , nn , ni , nni …). ¿Por qué no haber recuperado éstas? ¿Por qué considerar fuera de lugar el empleo de las grafías hoy utilizadas en portugués? Si, por un lado, y repitámoslo, no son desconocidas en la ortografía histórica, por el otro son las formas a las que recurren la mayoría de las personas que escriben gallego-portugués, algo que les otorga un peso razonable —parece— en términos de economía y ut ilidad.

142. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 103.

143. Cit. por Isaac Alonso Estravís, en VV. AA., 1997: 103.

144. Cit. en Santos Araújo, 2004: 30.

145. Santos Araújo, 2004: 35.

146. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 30.

147. Cit. en Santos Araújo, 2004: 51.

148. Cit. en Freixeiro Mato, 2006: 59.

149. Santos Araújo, 2004: 69-70.

150. Peres Gonçalves, 2014: 149.

151. Peres Gonçalves, 2014: 58.

152. Cit. por Isaac Alonso Estravís, en VV. AA., 1997: 106.

153. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 61.

154. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 65.

155. Cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 65.

156. Cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 66.

157. Cit. en Santos Araújo, 2004: 140.

158. Cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 67.

159. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 79.

160. Cit. en Santos Araújo, 2004: 134.

161. Cit. por António da Cruz, en VV. AA., 1997: 14.

162. Cit. por António da Cruz, en VV. AA., 1997: 14.

163. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 100.

164. Freixeiro Mato, 2006: 120.

Rodrigues Lapa, 1997: 353.

165.

166. Xesús Alonso Montero, cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 2009: 99.

167. Xesús Alonso Montero, cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 2009: 100.

168. Cit. en Herrero Valeiro, 2011: 134.

169. Cit. en Herrero Valeiro, 2011: 134.

170. Cit. en Herrero Valeiro, 2011: 150.

171. Santos Araújo, 2004: 64.

172. Cit. en Rodrigues Lapa, 1979: 24.

173. Cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 65.

174. Cit. en Rodrigues Lapa, 1979: 74.

175. Herrero Valeiro, 2011: 101.

176. Cit. por Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 68.

177. Freixeiro Mato, 2006: 55.

178. Cit. en Santos Araújo, 2004: 151.

179. Cit. en Santos Araújo, 2004: 155.

180. Cit. en Santos Araújo, 2004: 73.

181. Alexandre Herculano, en Rodrigues Vaz, 2008: 88.

182. Santos Araújo, 2004: 77.

183. Cit. en Santos Araújo, 2004: 78.

184. Cit. en Santos Araújo, 2004: 81.

185. Cit. en Santos Araújo, 2004: 108.

186. Cit. por José Luís Rodríguez en VV. AA., 2009: 16. Miguel Esteves Cardoso, por su parte, describió a Galicia como “nuestra hermana siamesa” (Esteves Cardoso, 2008: 372).

187. Cit. en Rodrigues Vaz, 2008: 61.

188. Cortesão, 1995: 31.

189. Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 63.

190. Luís Gonçáles Blasco, en VV. AA., 1997: 63.

191. Cit. por David Araújo, en VV. AA., 1997: 134. Y eso que los textos de Fialho de Almeida recogidos en Galiza, 1905 por poco más se interesan que por la arquitectura y el paisaje del país. Si escasa atención dedican a los seres humanos, nula es la que asignan a la condición de Galicia, entendida esta última sin más como una región española, desconocida su lengua y castellanizados sus topónimos (Fialho de Almeida, 2001).

192. Pessoa, s. d.: 98.

193. Pessoa, s. d.: 98.

194. Cit. en Rodrigues Vaz, 2008: 28.

195. Miguel Torga en Rodrigues Vaz, 2008: 174.

196. Cit. en Peres Gonçalves, 2014: 108.

197. Cit. en Santos Araújo, 2004: 105. Cierto es que en otro momento Dantas sugirió que el gallego se encuentra “en una forma atrasada de evolución” bajo la influencia del imperialismo castellano (cit. en Santos Araújo, 2004: 107).

198. Cit. en Azevedo Maia, 1997: 3. Paul Teyssier anota, en paralelo, que a partir del XVI el gallego es percibido en Portugal como una lengua arcaica y provincial (Teyssier, 1982b: 39).

199. Freixeiro Mato, 2006: 33.

200. Freixeiro Mato, 2006: 33.

201. Fernando Pessoa, “The very confused political situation in Spain...”, en http://arquivopessoa.net/textos/1967

202. Silveira da Mota, 1994: 77 y 100.

203. Andrade, 1923: 122.

204. Cit. en Santos Araújo, 2004: 73.

205. Cit. en Santos Araújo, 2004: 157.

206. Azevedo Maia, 1997: 894.

207. Cit. en Freixeiro Mato, 2006: 146.

208. Acaso es la que retrata Gabriel Gonçalves en O falar do Minho ; véase Gonçalves, s. d..

209. VV. AA., 1997: 34.

210. VV. AA., 1997: 34.

211. Esto al margen, la dimensión positiva de lo evolutivo es muy discutible. Que una lengua sea más conservadora en relación con el latín no es ni una virtud ni un demérito. Arcaísmo y evolución también se dan cita en

el territorio gallego: mientras las dos provincias más orientales recogen fenómenos más conservadores —el conservadurismo alcanza sus cotas mayores, por cierto, en las áreas de habla gallega radicadas en los occidentes de Asturias, León y Zamora—, no sucede otro tanto con las dos provincias más occidentales (Azevedo Maia, 1997: 896). En relación con estas cuestiones, me limitaré a recordar que no han faltado las propuestas encaminadas a emplear dos registros ortográficos para la escritura del gallego: si el uno se expresaría en los textos destinados al "gran público", y podría tener un carácter en un grado u otro diferenciado con respecto al portugués, el otro, para trabajos minoritarios y especializados, se ajustaría en cambio a la ortografía portuguesa (Peres Gonçalves, 2014: 51).

212. Cit. por José Luís Rodríguez, en VV. AA., 2009: 19.

213. António José Saraiva señala que el gallego recuerda al portugués hablado por los inmigrantes portugueses que, tras residir muchos años en Caracas, se hallan muy influidos por el castellano (Saraiva, 1982a: 48).

214. Nieves y Taibo, 2013.

215. VV. AA., 1997: 53.

216. José-Martinho Montero Santalha, en VV. AA., 2009: 31.

Capítulo 5

Portugales

"Nas nossas ruas, ao anoitecer,

há tal soturnidade, há tal melancolia,

que as sombras, o bulício, o Tejo, a maresia

despertam-me um desejo absurdo de sofrer."

Cesário Verde

En Portugal, como en cualquier otro lugar, no es infrecuente que se eche mano de las letras de encabezamiento de las palabras para identificar unas u otras realidades. Si hay quien, por ejemplo, intentó resumir el salazarismo de la mano de tres efes —fado, Fátima y fútbol—, no ha faltado quien, con un punto de ironía, se ha referido al Portugal de estas horas con otras tres efes : las de fútbol —de nuevo—, FMI —Fondo Monetario Internacional— y faceboo k [1] .

Ya he señalado en el prólogo de esta obra que este capítulo final incluye cinco textos que abordan otras tantas dimensiones de la vida, de la sociedad y de la cultura portuguesas: la relación con Brasil, la cocina del país, el fado y la música de estas horas, el fútbol y, en fin, la arquitectura manuelina. Confesaré que en inicio mi intención fue guiarme por ese manido, y polémico, lema que sugiere — acabo de mencionarlo— que en el salazarismo

se hizo valer una combinación de fado, Fátima y fútbol que algunos entienden esconde una menos vistosa pero más real: Dios, patria y familia. Como quiera que, en cualquier caso, me quedé con dos de estas tres efes —la primera y la tercera—, y prescindí del principal centro religioso portugués, en algún momento sopesé la conveniencia de buscar otras efes que me permitiesen acoger los tres textos restantes. Manejé, así, la posibilidad de identificar Brasil con farofa —un clásico de la gastronomía local—, de referirme irónicamente a la cocina portuguesa de la mano de lo que nunca produce — fome (hambre)— y de retratar el manuelino con la palabra filigrana . Pero, como salta fácilmente a la vista, era forzar un tanto las cosas y no parece que se ganase mucho en el empeño.

Buen momento es éste para recordar, en suma, que durante un tiempo consideré incluir en ese capítulo postrero algunas materias que al final me vi obligado a desechar. Entre ellas hay una a la que, en singular, mucho me hubiese gustado poder hincar el diente. Me refiero al humor portugués. Confesaré sin más que los materiales que al respecto empleé como fuentes iniciales —las antologías de Natália Correia, Fernando Ribeiro de Mello y Nuno Artur Silva, e Inês Fonseca Santos, junto con el manual de Sírio Possenti [2] — no me permitieron perfilar un concepto claro de lo que es el humor portugués y menos aún facilitaron la tarea de compararlo, como era mi intención, con la retranca gallega. Acaso una visión más regionalizada del humor lusitano, que permitiese distinguir entre el propio del Miño, el característico del Alentejo y el que se revela en Estremadura, hubiese sido más fructífera. Me quedo con la impresión de que, de existir como tal, las más de las veces el humor portugués tiene poco que ver con el gallego, que es el humor propio de pueblos sometidos y moderadamente salvajes. El primero —que no es en modo alguno, con todo, el humor de un pueblo triste — muestra, aun sí, un saludabilísimo desdén, o al menos a mí me ha parecido apreciarlo, por los mitos que afectan al carácter individual y nacio nal.

Portugal y Brasil, Brasil y Portugal

1. La relación de Portugal y Brasil es singularmente compleja. En ella se dan cita, como es sabido, la historia colonial y sus herencias, una visible comunidad de lengua, desavenencias varias y vínculos contemporáneos marcados por migraciones e imágenes a menudo conflictivas. Abarcar tantas materias que suscitan, por añadidura, opiniones encontradas, no es tarea fácil. Por ello en estas páginas me contentaré con dejar esbozadas, y poco más, algunas de las discusiones principales que levanta la relación que me ocupa.

Empecemos por recordar que en inicio, en el siglo XVI, Portugal prestó escasa atención a sus colonias americanas. Los ingresos que el país recibía llegaban ante todo del comercio con Asia, de tal suerte que a Brasil le correspondía un papel más modesto: el de posible escala en la ruta hacia las Indias y, en paralelo, el de productor del llamado pau Brasil [3] . Cierto es que, con el transcurrir de los años, el escenario cambió. Lo hizo ante todo de resultas de las posibilidades que ofrecían los metales preciosos descubiertos —oro, diamantes…— y las plantaciones de caña de azúcar [4] , procesos acompañados, ya desde la segunda mitad del siglo XVI, por la trágica y

masiva llegada de esclavos negros procedentes de África [5] . Con el paso del tiempo la colonia ofreció también rendimientos vinculados con el tabaco y con la ganadería [6] . Todo lo anterior acabó por revelar bien a las claras que el impulso colonial no obedecía sin más al designio de expandir la fe: tenía una manifiesta condición económico-comercial. La propia presión holandesa en el extremo nororiental de Brasil provocó un renovado interés por éste del lado de la Corona portuguesa, tanto más cuanto que la situación en las colonias asiáticas había empezado a deteriorarse [7] . Con posterioridad, y por rescatar otro hecho importante, deben mencionarse los intentos desarrollados por Portugal para, con escaso éxito, controlar la vida económica, y en particular las exportaciones, en la segunda mitad del siglo XVIII. Sabido es que al cabo fue Inglaterra la que acabó por asumir el grueso de esas exportaciones.

Ya a finales del siglo XVI se había verificado, por lo demás, el asentamiento de poblaciones criollas o mestizas que, aunque lusitanas por la lengua y por la fe religiosa, empezaban a presentar rasgos distintos de los propios de los portugueses de la metrópoli [8] . Parece haber un consenso, de cualquier modo, en lo que se refiere a la idea de que el fondo sobre la base del cual Brasil se configuró fue ante todo portugués. En ello coinciden tanto Gilberto Freyre como Sérgio Buarque de Holanda. Dejemos hablar a Paul Claval: "América constituye una de las 'fronteras' por las cuales Europa se proyecta en el mundo a partir del final del siglo XV. En el caso de Portugal, como en el de España, se trata de la Europa de los márgenes, que la reconquista ha convertido en algo bastante diferente del resto del continente. Se trata de una Europa en la que dominan los valores aristocráticos, que colocan en primer plano la integridad, el ser, la gravedad, el honor. Esas virtudes 'que adornan y engrandecen el escudo de la nobleza son esencialmente inactivas: el individuo se vuelca sobre sí mismo y renuncia a modificar el mundo'" [9] . En la trastienda, una de las principales señales del legado portugués será el peso ingente —hoy contestado, ciertamente, por un sinfín de creencias cristianas— que el catolicismo tiene en la configuración de la identidad nacional brasileña.

Lamentable sería que a lo que acabo de anotar no agregase una observación importantísima: la colonización portuguesa se vio acompañada por el triste destino —la marginación o la muerte— de los integrantes de las poblaciones amerindias que residían en el actual territorio brasileño. Si a menudo se han escuchado en Portugal quejas que apuntan que en Brasil los manuales escolares de historia apenas se interesan por la etapa anterior a 1822, bueno sería que nos preguntásemos qué interés ha existido en Portugal, y durante mucho tiempo en el propio Brasil, por lo que era este último antes de la colonización.

1. El proceso de independencia de Brasil, a principios del XIX, fue muy singular. Recuérdese que al respecto no se hicieron valer ni una revuelta contra la metrópoli, ni combates, ni una animosidad duradera [10] . En realidad, y con anterioridad a la independencia, ya se había producido cierta ruptura con Portugal, en la medida en que Brasil, en franco detrimento de lo que llegaba de Lisboa, había acogido las ideas ilustradas que procedían de París y era objeto de un control comercial —lo acabamos de señalar— que correspondía a Londres [11] . La

transferencia de la corte portuguesa a Río permitió lo que cabe entender que fue una transición plácida, materializada en el momento, 1822, en que D. Pedro, el hijo de D. João VI, renunció a regresar a Portugal, proclamó al poco la independencia de Brasil y se convirtió en emperador con el nombre de D. Pedro I [12] . Casi tres cuartos de siglo después, en 1889, un golpe de Estado militar abocó, aun así, en la proclamación de la república, teóricamente rupturista —en lo que se refiere, por ejemplo, a los privilegios de la Iglesia—, pero en los hechos más bien asentada en la preservación de un inocultado poder caciquil.

Que la independencia fuese más bien plácid a no significa que dejase de tener sus consecuencias en lo que a los sentimientos con respecto a Portugal se refiere. Paul Claval recuerda que los portugueses eran mal vistos desde finales del XVIII, toda vez que se estimaba que tenían una clara preponderancia en el comercio y se beneficiaban de los favores del poder [13] . A los ojos de muchos, algunas de las decision es asumidas por la monarquía brasileña a partir de 1822 vinieron a ratificar esa conclusión. Lo cierto es que la situación de los portugueses en las décadas que siguieron a la independencia fue delicada, en la medida en que se seguía considerando que nada b ueno podía derivarse del hecho de que ocupasen pu estos prominentes en la sociedad brasileña. Acaso las tensiones menguaron a mediados del XIX, cuando la abolición de la esclavitud se tradujo al poco en la llegada de muchos portugueses que pasaron a desempeñar tareas más humildes [14] .

La independencia de Brasil suscitó, por otra parte, lecturas enfrentadas en la intelectualidad portuguesa. No faltaron, por lo pronto, y como cabe esperar, quienes se opusieron drásticamente a aquélla. Pero hubo, naturalmente, otras posiciones. Mientras Almeida Garrett no dudó en criticar agriamente la colonización, Herculano, aun reconociendo el derecho de Brasil a la independencia, se adhirió al discurso de la hermandad y de la fraternidad entre los dos pueblos, no sin antes acogerse a la tesis de que la colonización lusitana había sido, por razones climáticas y de afinidades, moderadamente saludable [15] . Oliveira Martins, por su parte, y al amparo de una especie de protolusotropicalismo, resaltó la capacidad que los portugueses tenían en materia de asimilación de las cualidades de pueblos extraños, de la mano de un planteamiento que, propicio a la defensa de un Brasil neolatino, neoibérico y neoportugués, bien podía entenderse que respondía, en proyecto, a los intereses que Lisboa blandía en aquel momento [16] .

1. Conforme a una visión relativamente extendida en Brasil, todos, o casi todos, los males que aquejan a la sociedad brasileña serían el producto de la herencia portuguesa. Esa sociedad habría surgido de la mezcla —en alguna medida confluencia, las más de las veces choque— entre el invasor portugués —que trasladó a Brasil una vetusta civilización marcada por su carácter urbano y clasista—, los indios locales y los negros africanos, con un exterminio genocida y etnocida de por medio [17] .

Aunque cabe dudar de que a la mayoría de los brasileños de hoy en día les preocupe particularmente lo que sucedió con indios y negros, nuestra

obligación es plantar cara al mito de la “democracia racial brasileña”, en buena medida herencia, bien que ambigua, de los blancos colonizadores: “Marcados por el vicio de mezclarse con extraños, los portugueses inventaron los mulatos mientras construían la ideología de la segregación. Todo, al mismo tiempo, servido en bandeja de plata y templado por el axioma del amor cristiano” [18] . Darcy Ribeiro subraya que a menudo sucede que los brasileños, orgullosos de su presunta “democracia racial”, tiendan a ignorar “los profundos abismos que separan los estratos sociales” [19] . “Al vigor físico, la longevidad, la belleza de los pocos situados en la cúspide —como expresión del usufructo de la riqueza social— se contraponen la flaqueza, la enfermedad, el envejecimiento precoz y la fealdad de la inmensa mayoría, expresión de la penuria en la que viven” [20] . A las distancias sociales consiguientes se suman las que nacen de la discriminación que pesa sobre negros, mulatos e indios, y en particular sobre los primeros [21] , hecho que por sí solo, y en virtud de la opresión, los prejuicios y la discriminación acompañantes, obliga a recelar —digámoslo de nuevo— de la consistencia de la cacareada “democracia racial” [22] .

Es importante remarcar, por añadidura, que el núcleo portugués inicial, articulado sobre la base de perceptibles intereses económicos encubiertos tras una misión evangelizadora, y portador de una lengua, no abocó en la gestación de una especie de “Lusitania de ultramar”. Sirvió de fundamento, antes bien, para la configuración de un pueblo singularizado que estuvo en el origen de la “etnia brasileña” y del Estado-nación correspondiente. Este último estaba ya perfilado, en cualquier caso, cuando llegaron grandes contingentes de inmigrantes europeos y japoneses [23] .

1. Acabo de mencionar a los inmigrantes. Importa subrayar que durante los siglos XVI y XVII la emigración portuguesa a Brasil tuvo poco relieve, volcada como estaba la Corona en el continente asiático. Se expandió notablemente, sin embargo, en el XVIII. A principios del XIX la huida a Brasil de la familia real acarreó el traslado de unos 15.000 integrantes de la nobleza, de las clases altas y de sus servidores. La emigración adquirió un nuevo auge a mediados del XIX, de resultas —ya lo hemos señalado— del final del tráfico de esclavos africanos: el déficit de mano de obra en Brasil reclamaba nuevos trabajadores. Al poco fueron Río y São Paulo los lugares principales de recepción de inmigrantes, fundamentalmente procedentes del norte de Portugal. Si en la primera década del siglo XX había 50.000 e migrantes portugueses en Río de Janeiro, el 90 por ciento procedía del norte del país [24] . Se trataba mayormente de una mano de obra no cualificada: a principios, de nuevo, del siglo pasado, sólo un 10 por ciento de los inmigrantes portugueses eran profe sionales especializados [25] . Es evidente que durante los cuatro siglos que acabamos de recorrer fueron muchos los portugueses que buscaron las tierras de Brasil para huir de la miseria, de los terremotos, de las revoluciones, de las invasiones foráneas o de las persecuciones religiosas.

A duras penas sorprenderá que los inmigrantes portugueses suscitasen imágenes contrapuestas. Mientras lo común en Portugal era que se estimase que trabajaban con denuedo en un escenario marcado por una pobreza bíblica, d espreciados por los autóctonos, infelices y maltratados —pes e a lo

cual pocos optaron por regresar a su país—, en Brasil se subrayó a menudo que se llevaron para Europa muchas de las riquezas acumuladas y que, al cabo, no les debió ir tan mal, toda vez que con frecuencia acabaron convertidos en propietarios de supermercados y redes comerciales [26] . Cierto es que a estas imágenes hay que agregar las que se derivan de un fenómeno reciente —muchos portugueses, que con frecuencia viven como ilegales , han marchado en los últimos años a buscar trabajo en Brasil— y de una realidad con frecuencia olvidada: Brasil ha sido refugio tradicional de opositores políticos portugueses, en el buen entendido de que lo ha sido tanto en los años de Salazar como después del 25 de abril [27] .

1. La dimensión político-cultural de los vínculos contemporáneos entre Portugal y Brasil presenta muchas aristas. En la trastienda de éstas se revelan fenómenos varios como el hecho de que Brasil se independizó hace dos siglos —mucho antes, por tanto, que las colonias africanas— o la circunstancia, bien relevante, de que en los últimos años parecen haberse invertido muchos papeles: Brasil es hoy una economía emergente , bien que con un futuro oscuro, mientras Portugal se encuentra inmerso en una crisis sin fondo. Uno de los resultados de avatares como los mencionados es, en términos de retórica política, la afirmación, que rescata Hatton, y que es común entre las elites de uno y otro país, de que Brasil y Portugal son hermanos, y no una antigua colonia y una antigua metrópoli [28] .

Las cosas como fueren, lo primero que hay que anotar es el visible desconocimiento, en Brasil, de la vida portuguesa, y ello aun cuando una parte de las elites locales reconozcan sin problemas el ascendiente cultural de la vieja metrópoli. No deja de sorprender, del otro lado del océano, que en Portugal, donde es común encontrar en las librerías numerosos textos sobre Angola o Mozambique, sean muy pocos, en cambio, los que se interesan por Brasil. Con la excepción de un puñado de autores brasileños publicados p or editoriales portuguesas —clásicos como Machado de Assis o Tomás António Gonzaga, o modernos como Jorge Amado, Nélida Piñón o João Ubaldo Ribeiro—, no es sencillo encontrar literatura brasileña en Portugal. Si lo desea, el lector puede refrendarlo, por ejemplo, de la mano de la búsqueda, comúnmente estéril, de un ejemplar del Grande sertão: veredas de João Guimarães Rosa, para muchos la mayor novela b rasileña del XX. No debe extraerse, sin embargo, alguna conclusión precipitada de lo dicho: Brasil es materia común, y frecuentada, en la literatura portuguesa contemporánea. Baste con mencionar A selva, de Ferreira de Castro, o el Breviário do Brasil , de Agustina Bessa-Luís. No puede decirse otro tanto del proceso inverso, de tal suerte que parece servida la conclusión de que la antigua colonia produce a menudo en Portugal una fascinación que no genera este último del otro lado del Atlántico. Pocos son los autores portugueses con presencia en Brasil. Al margen de algún uso escolar de Camões, del padre Vieira, de Bocage, de Garrett o de Castelo Branco, de alguna presencia marginal de Pessanha y de Florbela Espanca, y de alguna huella de las cantigas de amigo medievales, que a buen seguro han ejercido su influencia en composiciones de Chico Buarque de Holanda o Caetano Veloso [29] , lo razonable es afirmar que los únicos escritores portugueses con eco real en Brasil son Eça de Queirós, Fernando Pessoa y, en los últimos tiempos, José Saramago [30] .

No es muy diferente el panorama que se registra en la música. Mientras la música brasileña disfruta de una amplia acogida en Portugal —basta con echar una ojeada, siquiera superficial, a la sección correspondiente en cualquier tienda de discos — , no puede decirse lo mismo de la música portuguesa en Brasil. Si sólo Amália Rodrigues pareció penetrar en los gustos musicales del país —aunque es dudoso que su huella sea hoy apreciable— [31] , en los últimos tiempos bien puede agregarse, con cautelas, el nombre de Mariza.

No está de más que incluya una mención, somera, del debate que desde hace un tiempo se registra en Brasil en lo que se refiere a la condición de la lengua. Ya he señalado que se escuchan muchas voces que sostienen que el brasileño ha dejado de ser una forma de portugués para convertirse en una lengua diferenciada, con identidad propia. Aunque, como puede imaginarse, el argumento suscita muchas controversias, parece difícil no emplazarlo en la rúbrica general de los fenómenos que apuntan a un alejamiento progresivo, también en este ámbito, entre Brasil y Portugal. No olvidemos al respecto que en cierto sentido la búsqueda de una identidad brasileña se levantó sobre la base de un rechazo de lo que Portugal y los portugueses significaban, con resultados a menudo llamativos. Uno de ellos es el hecho de que, mientras los integrantes de las comunidades italiana y japonesa radicados en Brasil mantienen un contacto cierto con sus culturas de origen, no puede decirse otro tanto con los de la colonia portuguesa y sus descendientes [32] . Recuérdese en paralelo que, según una estimación, unos 35 millones de brasileños descienden de portugueses llegados al país con posterioridad a 1850. La cifra sería, bien es cierto, mayor, si considerásemos a los inmigrantes que arribaron con anterioridad a esa fecha. Hoy en día, y por lo demás, reside en Brasil medio millón de personas con nacionalidad portuguesa [33] , aun cuando alguna estimación, ya reseñada, eleva la cifra a 700.000, un número muy superior, por cierto, al de los portugueses que vivían, antes de la crisis, en Angola (20.000) y en Mozambique (poco más de 13.000) [34] .

1. Permítaseme que coloque aquí algunas observaciones, finales, sobre las imágenes recíprocas que, de carácter negativo, Portugal y Brasil —o los portugueses y los brasileños— suscitan. Cierto es que la mayoría de los portugueses y de los brasileños no participa de los tópicos de descalificación mutua que ahora me van a atraer. Y hay que destacar, también, que el escenario de muchas de estas disputas está marcado a menudo por posiciones llamativas. No faltan, por ejemplo, los portugueses que, acaso arrastrados por la culpa del colonizador, y un tanto esquizofrénicos, han abrazado una visión idílica de Brasil [35] .

¿Cuál es la imagen tópica que suscitan los portugueses en Brasil? Es muy frecuente que sean retratados como solemnes, tradicionalistas, religiosos, más bien cerrados, poco comunicativos y nada expansivos, y que se agregue que se creen superiores, como todos los europeos. Detrás de esta percepción lo que se barrunta a menudo es la idea de un país decadente, en crisis muy honda, dependiente de la Unión Europea y completamente supeditado al dictado del Fondo Monetario Intern acional, frente a la pujanza, en cambio, de Brasil. No es infrecuente tampoco que se revelen muchas tramas mentales —a buen seguro que no son las mismas en el caso

de negros e indios— vinculadas con la colonización. Así, se subraya con frecuencia que Brasil tuvo mala suerte, que a sus costas llegaron los delincuentes que Portugal quería expulsar y que la metrópoli expolió la riqueza local, no dudó en vender el país a los intereses ingleses y nada hizo por asentar infraestructuras educativas merecedoras de tal nombre (la primera universidad fue creada en Brasil en 1824). En esta misma onda es habitual se ponga el dedo en la llaga del pésimo carácter de la colonización portuguesa frente a los rasgos, enaltecidos, de las colonizaciones inglesa, holandesa, francesa e incluso española. La conclusión parece, entonces, servida: si Brasil es hoy una potencia, lo es pese a Portugal, de la mano de un razonamiento que en una de sus dimensiones algo tiene de autoodio: muchos de quienes emiten estos juicios son descendientes de portugueses, por lo que la distinción entre colonizadores y víctimas no deja de ser difusa. Cerremos nuestras consideraciones con el recordatorio de que es común que en Brasil se revele un manifiesto desprecio por Portugal, materializado en la idea de que los portugueses en realidad son irrelevantes, como lo demostraría el hecho de que cada vez hay menos chistes sobre ellos…

Por lo que se refiere a la imagen tópica —la negativa— de los brasileños en Portugal, remite a la condición de gentes ignorantes y ligeras, sobre las que no ejerce peso alguno una tradición, que hablan mal el portugués y que viven en un país corrupto e inmanejable, lleno de sectas religiosas y asiento de un milagro económico que antes o después abocará en un desmoronamiento. Como bien puede intuirse, a lo dicho se agregan los tópicos esperables sobre los inmigrantes —los legales son más de 100.000, una cuarta parte de la comunidad extranjera que reside en Portugal— que, en su mayoría pobres, habrían llegado con el único propósito de quitar puestos de trabajo a los portugueses. Si es infelizmente común que se registre una identificación entre mujer brasileña y prostitución, quede ahí el tópico de que entre los brasileños sólo se cuentan “putas, ladrones y dentistas”. En la trastienda, en fin, no es difícil deducir que en Portugal se verifica cierta reacción ante lo que se entiende que son imposiciones del arrogante gigante brasileño. Baste con recordar las que se vincularían, con todo el simbolismo imaginable, con un acuerdo ortográfico [36] en virtud del cual se estima que Portugal habría perdido el papel de guía del mundo lusófono. Reseñemos una respuesta irónica al respecto, la de la escritora portuguesa Alexandra Lucas Coelho, quien, remedando a Fernando Pessoa, ha tenido a bien anotar que “mi patria son muchas lenguas portuguesas” [37] . Y subrayemos lo que se antoja evidente: Portugal se halla mucho más interesado por lo que ocurre en Brasil que Brasil por lo que sucede en Portugal.

La cocina portuguesa

1. Que no se inquiete el lector: no lo voy a abrumar, en este epígrafe, con ninguna recomendación culinaria. No le voy a hablar del caldo verde , de la açorda , del bacalhau à Brás , de la carne de porco à alentejana o de los pastéis de Belém [38] . Tampoco voy a hablarle, como verá, de ningún vino de Colares o del Dão. Lo que me va a atraer, como se verá, es un puñado de reflexiones sobre lo que significa, y en dónde está, la cocina portuguesa de estas horas.

Lo primero que se impone al respecto es, tal vez, rescatar un debate de siempre: el que separa a quienes consideran que en Portugal se come mal y a quienes, por el contrario, como es mi caso, el país les parece un genuino paraíso gastronómico. En la primera de las posiciones se encontró en algún momento un viajero catalán cuya autoridad he invocado varias veces: Gaziel. En Portugal enfora cuenta nuestro hombre que un buen día, en Coimbra, pidió consejo sobre algún lugar en el que comer y salió del local correspondiente con una enorme desazón [39] . Para Gaziel la cocina común en Portugal, a diferencia de la española, y con la excepción de los dulces, merecía poco aprecio. Aunque no estoy en condiciones de juzgar la opinión de nuestro hombre, al que acaso no faltaba razón a la hora de juzgar esa experiencia culinaria conimbricense, creo que sería poco saludable que de ella dedujésemos que en las casas de comidas portuguesas se come mal. Una viajera inglesa, Marianne Baillie (Marianne Whaten), se quejó también de que la cocina portuguesa carecía de altura y señaló que “para muchos paladares ingleses sería muy desagradable, debido a la profusa cantidad de ajo y acei te empleados” [40] . He oído en varias ocasiones cómo algún interlocutor se quejaba, por lo demás, del escaso número de estrellas Michelin que adornaba el territorio portugués, sin que me pareciese que el argumento dijese nada importante en lo que respecta a la sabiduría gastronómica del país. Ni siquiera me dejaré llevar por la opinión de Miguel Esteves Cardoso, quien a la postre sostiene que en Portugal se ha producido un retroceso tal en la calidad de los restaurantes que sólo cabría celebrar lo que hacen algunos de entre ellos muy selectos. Aunque es cierto que Esteves Cardoso defiende los hábitos tradicionales y gusta poco, legítimamente, de modernidades, como lo es que sus opiniones son muy sugerentes, hay que preguntarse qué ocurre con quienes, de oficio, somos más ignorantes, menos exigentes y, supongo, tenemos menos dinero [41] .

Recogeré alguna opinión más que atiende al propósito fundamental de distinguir la cocina de los ricos y la de los pobres. En su viaje portugués, William Beckford no pareció sentir la necesidad de enunciar ninguna queja, antes al contrario, sobre la cocina del país, en el buen entendido de que sus compañeros de mesa fueron siempre integrantes de las clases altas y, en particular, del clero [42] . Cuenta Beckford que en el monasterio de Alcobaça le sirvieron 18 platos, de pescado —capturado en la propia cocina del monasterio—, de carnes procedentes de reses que se sacrificaban todos los días, de caza, de capones, de cochinillos, de patos y de pavos, y agrega que los postres los componían frutas de muchas variedades y una cantidad inimaginable de dulces [43] . Cierto es, para decirlo todo, que cuando llega el momento de juzgar la cocina popular la opinión de Beckford es otra: “Los portugueses deben tener estómagos de avestruz para digerir los trozos de carne condimentada con los que se atiborran” [44] . En su libro À mesa com a história , un testigo importante, Manuel Guimarães [45] , retrata con admiración la comida de la Corte, de las autoridades eclesiásticas y, en general, de las clases elevadas, pero poco permite que sepamos, en cambio, de lo que comían las clases populares.

1. Y, sin embargo, sobran las razones para afirmar que en Portugal se come bien, y ello hasta en el más modesto restaurante. Y se come con precios más que razonables. Los datos generales en lo que se refiere a la conducta gastronómica de los portugueses tienen su interés.

> Recordemos, por lo pronto, que en la década de 1990 un estudio concluyó que nada menos que un 30 por ciento del gasto de los portugueses lo era en comida, frente al 12 por ciento medio registrado en la Unión Europea [46] . Otro estudio, éste de 2008, dedujo que las familias portuguesas gastaban un 9,5 por ciento de su presupuesto en comer y beber fuera de casa, más del doble de la media de la Unión Europea [47] . Hatton encuentra en ello una explicación lógica para el hecho de que en Portugal haya tres veces más restaurantes per cápita que en el resto de la Unión Europea: uno por cada 131 habitantes, frente a uno por cada 374 que es la media en la UE [48] . Hablamos del país que cuenta con los mayores consumidores de pescado de la Unión, con 56 kilos por persona y año, frente a los 22 de media en la UE, con el bacalao y las sardinas en lugares preferentes [49] . Aunque los ultramarinos han ido sucumbiendo ante la presión de las grandes superficies y de los supermercados, no parece que haya sucedido otro tanto con restaurantes y bares, que mantienen su actividad y su clientela en un escenario en el que la presencia de la comida basura internacional sigue siendo escasa. ¿En qué estarán pensando, por cierto, los turistas foráneos que comen hamburguesas industriales en Portugal?

No quiere decir lo anterior, claro, que hayan faltado instrumentos de colonización, incluso en el terreno lingüístico. Ya en 1985 José Saramago avisaba de la sustitución de los establecimientos de vinos e petiscos por los snack-bars [50] . A tono con las ideas que antes le atribuimos, Esteves Cardoso aprecia, por otra parte, una sensible reducción del peso de lo que llama “gastronomía underground portuguesa” (GUP) o, para entendernos, aquélla que se asienta en lo que creamos “nosotros” o en lo que crean las personas con quienes intercambiamos lo que creamos. En su opinión, si la plena autosuficiencia es 100, la GUP supondría en Portugal entre 10 y 15, en tanto en España y en Italia, en situación peor, sería un 5. A los ojos de este autor, el escenario parece, pues, de degradación de la cultura básica culinaria [51] , en buena medida de resultas de las imposiciones de una Unión Europea dirigida, en la percepción de Esteves Cardoso, por países en los que se come irremediablemente mal [52] .

Cierto es que menudean quienes sugieren que en el caso portugués, y en cualquier otro, conviene no confundir calidad con cantidad. Reseñemos que las quejas en lo que a esta última respecta son infrecuentes, y eso que han ido desapareciendo aquellos gigantescos platos llenos de huevo, arroz, lechuga y patatas. Hablamos de un país en el que, tradicionalmente, y por lo demás, se ha percibido en la gordura una virtud. Tal y como lo recuerda Esteves Cardoso, un gordo no está gordo, sino fuerte, y su condición configura la antítesis de una "flaqueza" connotada de un sinfín de rasgos negativos [53] . El propio Esteves Cardoso recuerda a aquel portugués a quien preguntaron si sería capaz de comer un cabrito entero. Tuvo a bien responder: "Sólo en caso de que haya mucho pan"… [54] . Claro que a lo de las grandes cantidades se suma en muchas ocasiones lo que se antoja una comida pesada. Dejemos hablar a Luísa Costa Gomes: "La regla es simple: todo lo que es pesado es portugués. […] Por vía de su gastronomía, el verdadero dilema moral de los portugueses no es decidirse entre el bien y el mal —para el portugués el único valor moral que existe es el que dicta lo que le conviene—, sino entre reventar o vivir " [55] .

1. Sabido es que en Portugal hay genuina adoración por el bacalao y que son casi infinitas las formas de cocinarlo. Como cabía esperar, el consumo de bacalao es mayor en la franja costera que en el interior. Oporto fue desde el siglo XVI el lugar principal de partida de las numerosas flotas que acudían a pescar el "precioso sustento" [56] . Pero también había, y hay, veneración por las sardinas. Y eso que tiempo atrás parecía entenderse que una comida configurada por bacalao o por sardinas no tenía la capacidad calórica necesaria para salir adelante [57] . De hecho el bacalao parecía ser plato común en las instituciones de beneficencia, en las que, según Alfredo Saramago, se servían asimismo sopas de pasta y de judías blancas con hortaliza y carne guisada con patatas [58] . No se puede rebajar tampoco el peso de estas últimas, que es muy similar al que se les otorga en Galicia. Me viene a la memoria un relato del escritor gallego Manuel Rivas en el que creo recordar retrataba a su padre, pero también al mío: si se le ofrecía un chuletón gigantesco sin patatas, el plato visiblemente desmerecía, pero si, en cambio, estaba lleno de estas últimas, aun cuando apenas tuviesen acompañamiento alguno, era un manjar de dioses. Las patatas son más apreciadas, de cualquier modo, en el norte que en el sur de Portugal, como ocurre con caldos y sopas. Mencionemos, en fin, la gran variedad y la notable calidad de los vinos. No hablo sólo de los vinos de Oporto y de Madeira: hay espléndidos, y desconocidos, blancos y tintos.

No queda sino subrayar el importantísimo papel de los gallegos en la gastronomía portuguesa, acaso acrecentado, ya en el siglo XX, por la pérdida de los trabajos que desempeñaban como aguadores y como mensajeros. Alfredo Saramago anota que en sus casas de pasto lisboetas acostumbraban a servir deliciosos petiscos entre los que se contaban —con clara vocación dietética, como puede apreciarse— pasteles de bacalao, mejillones, jureles, huevos cocidos con sal y pimienta, pescado en escabeche, chorizo, tocino… Los bares de los gallegos se entregaron a menudo, por lo demás, a la tarea de ofrecer comidas baratas [59] . Esteves Cardoso no duda en señalar, con visible exageración, que casi todo lo que hay de bueno en la cocina portuguesa es obra de gallegos, y ello por mucho

—agrega— que sea cierto que los establecimientos más logrados de estos últimos son casi siempre caros y sus responsables en exceso acomodaticios [60] .

1. Prestemo s atención a alguna otra dimensión de la gastronomía portuguesa. Y empecemos por subrayar el papel decisivo desempeñado por Portugal, a partir del siglo XVI, en la configuración de la gastronomía europea, a través ante todo de las especias traídas de Asia. Es verdad que durante varios siglos no resultó demasiado claro, con todo, qué era la cocina portuguesa, y que ésta en cierto sentido se consolidó de la mano de una exaltación nacionalista frente a la cultura culi naria francesa, bien reflejada en estas palabras que Eça de Queirós incluyó en una carta dirigida a Oliveira Martins en 1884: “Mis novelas son en el fondo francesas, como soy yo, en casi todo, un francés, excepto en lo que hace a cierto fondo sincero de tristeza lírica que es una característica de los portugueses, a un gusto depravado por el fadinho y al justo amor por el bacalao encebollado” [61] .

Ya hemos prestado oídos, por otra parte, a la existencia de diferencias notables entre los hábitos y los gustos culinarios de las clases acomodadas y de las empobrecidas. Una de las manifestaciones de este fenómeno remite a los horarios de las comidas. La norma general parece sugerir —anotaré esto con todas las cautelas— que hay que comer entre 11:00 y 12:00, y que hay que cenar entre 21:00 y 22:00, aun cuando en el verano, y por el calor, esos horarios pueden cambiar [62] . De siempre se ha entendido, sin embargo, que en el caso de los ricos conviene retrasar sensiblemente las horas. El doctor Fonseca Henriques señalaba que las clases adineradas desayunaban sobre las once de la mañana, comían a eso de las dos, merendaban cuando el pueblo llano cenaba y cenaban, a su vez, a media noche [63] . Sabido es, por lo demás, que en los restaurantes, y con el paso del tiempo, se han registrado cambios en provecho de las demandas de los turistas, fundamentalmente españoles.

Tampoco está de más mencionar el relieve de la celebración navideña, articulada en torno a lo que José Manuel Sobral llama una “comensalidad imaginada”. En virtud de ésta, emigrantes portugueses y ciudadanos de países que fueron colonias reafirman culinariamente una suerte de identidad plasmada en el consumo de bacalao, en el de vino y en el de los dulces característicos del momento. El propio Sobral agrega que las Academias de Bacalhau constituyen en la diáspora una red importante de asociativismo de ascendencia portuguesa [64] . Y es que no puede rebajarse el relieve de las funciones sociales de la gastronomía. Si, al respecto, Alfredo Saramago ha subrayado que en Portugal la mesa ha sido frecuentemente lugar de armisticio de contrincantes que al cabo compartían pan y vino [65] , Miguel Esteves Cardoso ha tenido a bien señalar que, cuando se plantea de qué suelen hablar los portugueses, lo común es que se responda, faltando a la verdad, que de política, fútbol y familia: de lo que más hablan —dice— es de comida y de enfermedades. “Hablan tanto que no lo notan” [66] .

El fado y otras músicas

1. Durante mucho tiempo no me gustaron los fados. Probablemente mi interpretación de lo que éstos acarreaban era la misma que abrazaban muchos portugueses en la estela del 25 de abril: el fado era una música decadente promovida por una dictadura sin sentido. Con el paso de los años, ciertamente, mi visión cambió, en el buen entendido de que ese cambio mucho le debió, a partir de la década de 1990, a la irrupción de un nuevo fado que a muchos nos obligó, antes o después, a revisar nuestras percepciones sobre su antecesor. Como quiera que esas nuevas manifestaciones guardaban, por lo demás, una relación cierta con la música que adquirió mayoría de edad con el 25 de abril, el propósito de este texto es sopesar por igual el fado y esas otras músicas, con un escenario de fondo interesante: el de un país en el que la música popular ha tenido, de siempre, un peso ingente.

Sabido es que han llegado hasta hoy las controversias sobre el origen del fado. Para unos lo habrían traído emigrantes retornados de Brasil, bajo la forma del lundum , una sensual melodía de los esclavos africanos. Para otros procedería de la población mozárabe y de sus cantos, llenos de dolor y melancolía. Hay quien vincula el fado con canciones marineras que reflejarían, de nuevo, la nostalgia que acompaña a la partida, o con melodías que entonaban los exiliados alejados de su país. P ero no falta tampoco quien lo relaciona con los cantos de san Juan que se entonaban en todo Portugal [67] . Parece existir, aun así, un consenso general en lo que respecta a la idea de que en el fado se aprecian influencias africanas, brasileñas, acaso árabes y, también, y naturalmente, las ejercidas por la música popular portuguesa [68] . O, por decirlo de otra manera, se perciben las muchas influencias musicales que habrían afectado a un pu eblo, el de Lisboa [69] , indeleblemente marcado por el mar y por el viaje.

En su versión presente el fado se vincula siempre, de cualquier modo, con una fadista, Maria Severa, nacida en 1820 en Lisboa. En la percepción de António Osório la nueva música, que empezó a ganar popularidad a mediados del XIX, habría nacido en un país de convulsiones y pobreza, devastado por las guerras y en visible decadencia [70] . A duras penas puede discutirse, con todo, el origen popular del fado. Eça de Queirós recuerda que en su época era común se confundiese aquél con prostitutas y navajas [71] . Un folleto de 1833 se refiere a las fadistas como “ésas que en tascas inmundas, siempre con el vaso en la mano, desgreñadas, descompuestas, de día y de noche están” [72] . Cierto es que, con el paso del tiempo, el fado pasó a asumir ribetes aristocráticos: muchos de sus consumidores eran, al fin y al cabo, nobles —Maria Severa cantaba para el conde de Vimioso— y, con ellos, “damas de alta extracción” [73] .

1. A menudo se ha sugerido que el fado es una suerte de canción nacional que retrataría a la perfección la saudade y el sentimiento popular [74] . Así, para Barry Hatton narra la vida a través de un prisma portugués —“es una celebración de la ‘portugalidad’, la esencia destilada de un país” [75] —, que remitiría a la condición, tantas veces glosada desde Camões hasta Pessoa, de un lugar que, en la percepción de los extranjeros, es, según José Gil, “taciturno, melancólico y moroso” [76] .

> El vínculo entre el fado y la saudade ha sido subrayado muchas veces. Pareciera como si el fado nos hablase siempre de la pérdida y, al tiempo, de la conciencia de que nunca se recuperará lo perdido. En ese sentido, guardaría mucha relación con el sustento mental del sebastianismo [77] y, más allá de éste, con cierto culto al dolor. Dejemos hablar al respecto a Unamuno: "Aún más acaso que entre nosotros los españoles se encuentra en los portugueses el culto al dolor. Y en ellos no toma cierto carácter de ferocidad bravía que entre nosotros tomó. Su ansia de martirio no los ha llevado tanto como a nuestros abuelos les llevó el desvarío de martirizar a otros" [78] . O anotemos la opinión de Miguel Esteves Cardoso, para quien los extranjeros no suelen comprender por qué el fado está lleno de tristeza y a menudo reclaman de los fadistas canciones más alegres: "Sería el botín, la revolución o, peor todavía, la alegría . Los extranjeros salen para alegrarse, cuando están un poco bajos. Los portugueses salen, en cambio, cuando están un tanto bajos, para ver si consiguen descender un poco más" [79] .

Las cosas son, sin embargo, algo más complicadas. Y lo son, antes que nada, porque no todos los fados son tristes y melancólicos: los hay alegres y bailables, como los hay que acarrean una visible ilusión con respecto al futuro. Más allá de lo anterior, los fados abordan una enorme amplitud de materias: el amor, sí, pero también los trabajos y los sufrimientos, los grandes crímenes y los desastres, las ciudades y sus barrios, los pueblos, las metáforas, los conflictos políticos… [80] . Esta amplitud nos coloca delante de un problema de siempre: el de determinar dónde termina el fado y dónde empiezan otras músicas. Una parte de la discusión correspondiente tiene una dimensión geográfica. Aunque nadie pone en duda que lo que hoy conocemos como fado vio la luz en los barrios populares de Lisboa, la música correspondiente experimentó una expansión posterior hacia otros lugares. Surgió, así, el fado de Coimbra, llevado, al parecer, por estudiantes lisboetas, y nacieron fados más o menos singularizados en escenarios como el Ribatejo, el Alentejo o la ciudad de Oporto, a más de las otrora colonias portuguesas en África [81] . Se halla muy extendida, por lo demás, la percepción del fado como una canción del sur , algo que le otorgaría su dimensión de tristeza, contrapuesta a la alegría que aportarían los ritmos del norte . Halpern menciona al respecto dos libros, ambos de Alberto Pimentel, de título significativo: A triste canção do sul y A alegre canção do norte [82] .

Más allá de lo anterior, parece obligado señalar que el fado no tiene una expresión político-ideológica monocorde. Subrayemos que cien años atrás hubo un fado republicano, un fado socialista y un fado anarquista —"Bravos héroes del Progreso/ ¡Adelante por el gran ideal!/ ¡La república no basta/ para aplastar al capital!" [83] —. Aunque algunos estamentos del salazarismo incipiente no dejaron de lanzar, en primera instancia, invectivas contra el fado, caracterizado por su "miseria moral y musical" y por su condición de "canción de vencidos" [84] , al final aquél fue utilizado por el régimen, un poco a la manera de lo que sucedió con el flamenco en la España franquista. El salazarismo trivializó y desnaturalizó el fado, a menudo convertido, por añadidura, en estandarte patriótico-nacionalista y en música de consumo fácil para turistas [85] . El Estado novo promocionó el fado frente a las músicas foráneas, al tiempo que bien se ocupó de censurar letras eventualmente

conflictivas y de promover la presencia, en el exterior, de los artistas más conocidos. Todas estas circunstancias abocaron en el hecho de que, luego del 25 de abril, hubo una etapa —ya lo hemos sugerido— en la que el fado pasó a situarse en un segundo plano que tardó en abandonar. Hoy son muchos los fadistas comprometidos con la izquierda y con las causas populares.

1. Sometido a la influencia benefactora de Alain Oulman, el fado de Amália Rodrigues se halla muy lejos de las formas tradicionales anteriores. Con el paso del tiempo, la fadista por antonomasia del siglo XX se convirtió en la quintaesencia, aún hoy, y después de tantas novedades, del fado, una música que fue capaz de reinventar. Amália ha sido responsable, además, de la conversión de aquél en una suerte de música nacional. Permeable, sin embargo, a otras influencias, como es el caso del flamenco, del tango, de las rancheras o de determinadas melodías francesas, italianas o norteamericanas [86] , fueron muchos los poetas cantados por Amália; ahí están los nombres de Guerra Junqueiro, de José Régio, de Alexandre O'Neill, de David Mourão-Ferreira o de Manuel Alegre. Aunque, en la visión de Pla, el fado de Amália Rodrigues, más elegante, aséptico y fino que el de sus antecesores, fue al tiempo más trivial y amable [87] , lo cierto es que en él se dieron cita textos a menudo complejos y políticamente delicados en un escenario como el del salazarismo, cuya imagen externa, en cualquier caso, contribuyó a mejorar. La condición equívoca de Amália durante el Estado novo —pese a tener problemas con la censura y haber mantenido, al parecer, una colaboración subterránea con el Partido Comunista Portugués, fue objeto de muchos reproches desde la oposición— no impidió que su imagen se recuperase después del 25 de abril. Eduardo Lourenço se ha permitido adelantar, con todo, un juicio, que intuyo poco optimista, con respecto al futuro: "Amália es la última musa del país de las lágrimas, camiliano, que dejamos de ser" [88] .

Pero hubo, claro, otros fadistas en el XX. Cito aquí sus nombres tal y como los recoge Manuel Halpern en su libro [89] : Alfredo Marceneiro —el representante mayor del fado popular—, Maria Teresa de Noronha, Hermínia Silva —la vertiente humorística y revistera del fado—, Berta Cardoso, Lucília do Carmo, Argentina Santos, Maria da Fé, António Rocha, Vicente da Câmara, Carlos Ramos, Maria Amélia Proença, Fernando Farinha, Tristão da Silva, Frei Hermano da Câmara o João Villaret, quien ganó fama a través del fado recitado.

1. Es común que de un tiempo a esta parte se hable de los nuevos fadistas . Hay quien ha tenido a bien recordar, con todo, que en realidad el fado ha sido muchas veces nuevo. Tal y como lo subraya Halpern, nuevo fue el fado de Maria Severa con respecto a la danza común en los salones de Río de Janeiro, lo fueron los fados literarios de las décadas de 1870 y 1880, lo fueron, naturalmente, los fados de los cantantes revolucionarios a caballo entre el XIX y el XX, y lo fueron los fados cantados por Amália Rodrigues y por Carlos do Carmo [90] . Aun con ello, hay que prestar atención al escenario en el que surgió el fenómeno que ahora nos ocupa, que no fue otro que el de una crisis general del fado tras el 25 de abril, sólo dejada atrás en la segunda mitad de la década

de 1990. Halpern señala que en el decenio de 1970 el rechazo del fado se produjo por razones políticas, en tanto en el siguiente primaron motivos fundamentalmente estéticos, toda vez que la explosión del rock portugués a duras penas casaba con la sonoridad triste, profunda y saudosista del fado [91] . Bien es cierto que, en un sentido contrario, el propio Halpern sugiere que la recuperación postrera del fado algo ha podido deber a una crisis de identidad que, en las dos últimas décadas, sería el producto de la incorporación de Portugal a la Unión Europea y de la pérdida de atractivo de ideologías y religiones; de resultas, y siempre según esta versión de los hechos, el fado habría ganado terreno como forma de recuperación de las raíces [92] .

El propio Halpern subraya un rasgo común a los nuevos fadistas: el propósito de alternar temas ya grabados, y comúnmente conocidos, con nuevas canciones [93] . Configuran un elenco muy numeroso de cantantes que se despliegan en una nueva era de prestaciones tecnológicas y que muchas veces se han apoyado en públicos alejados de Portugal. Como se verá, y por añadidura, a menudo han hecho uso de formas musicales y de instrumentos innovadores en comparación con el fado tradicional , y han procurado una combinación entr e los temas de siempre y los que aportan poetas muy conocidos. Nada de lo dicho significa que falten las diferencias entre estos fadistas. Salta a la vista las que existen entre Cristina Branco y Mafalda Arnauth, o las que se revelan entre Camané y Antóni o Zambujo.

Acaso la figura principal del tránsito del viejo al nuevo fado ha sido Carlos do Carmo, cuyo nombre inequívocamente se asocia con el impulso que llegó del 25 de abril. Halpern señala que a los ojos de Camané, uno de los mayores de entre los nuevos fadistas, Carlos do Carmo forma parte, junto com Amália Rodrigues y Alfredo Marceneiro, del trío de las principales figuras del fado de siempre [94] . Propongamos, de cualquier modo, otros nombres que ilustran esta etapa dorada, de recuperación, consolidación y expansión del fado. Ahí están los de Mafalda Arnauth —para muchos la “nueva Amália”, es autora de muchas de las canciones que interpreta—, Mísia —no ha tenido ningún miedo a fusionar el fado con otros ritmos, como los aportados por la canción ligera o el pop , y ha procurado asimismo la musicación de poemas de autores como Mário de Sá-Carneiro, Fernando Pessoa, José Saramago, Agustina Bessa-Luís o Lídia Jorge—, Cristina Branco —para Halpern sus rasgos más llamativos son “la primacía de la palabra, el alejamiento con respecto al estereotipo fadista y la complejidad melódica” [95] ; ha interpretado también a Camões, Pessoa, Eugénio de Andrade, David Mourão-Ferreira o Vasco Graça Moura, aunque ella misma dude de que lo suyo sea fado, estrictamente fado, o solamente fado [96] —, Mariza —interpreta de forma muy especial fados populares y poemas de autores conocidos, como Pessoa, Florbela Espanca o António Botto—, Camané —acogido a la influencia de José Mário Branco, ha hecho gala de un permanente esfuerzo de combinación de tradición y modernidad [97] , de fado popular y de textos de poetas como Antero de Quental o Fernando Pessoa—, Paulo Bragança —levanta su obra, irreverente, sobre la base de la contestación de un fado que, a su entender, estaba por muchos conceptos fosilizado, y al respecto busca el concurso de una instrumentación en la que no faltan acordeones, bajos, violines, órganos y guitarras eléctricas [98] —, Rão Kyao —pionero en la incorporación de nuevos instrumentos—,

Carminho, António Chainho, Maria Ana Bobone, Joana Amendoeira, Ana Moura, Gonçalo Salgueiro, Ricardo Ribeiro, Helder Moutinho, Katia Guerreiro, Patrícia Rodrigues, Margarida Guerreiro, António Zambujo y Ana Sofia Varela.

No está de más referirse, en fin, a una "periferia del fado" en la que se habrían dado cita el grupo Madredeus y, más aún, la cantante Dulce Pontes. Aunque hablando en propiedad no es una fadista, Pontes se antoja responsable importante de la difusión internacional del fado. Ella misma se ha referido a su genealogía musical en los siguientes términos: "Padre, Zeca Afonso; madre, Amália Rodrigues; abuelo, folklore portugués" [99] .

1. Hay quien ha identificado en el fado de Coimbra el nexo entre el fado de siempre y lo que se ha dado en llamar los "cantores de abril", responsables del "canto de intervención". "Ya no llegaba la canción doliente, nostálgica, muchas veces saudosista . Había que darle la vuelta al fado", afirmó el poeta Manuel Alegre [100] . Cierto es que tras el surgimiento de esta nueva música no sólo estaba el fado de Coimbra reinterpretado por los estudiantes [101] . Se hallaban también la chanson de habla francesa reflejada en Brel, en Brassens o en Ferré, el ascendiente de la música popular brasileña y el designio, de nuevo, de musicar poemas (las cantigas galaico-portuguesas, clásicos como Camões, Gil Vicente o Sá de Miranda, modernos como Fernando Pessoa, o contemporáneos como Eugénio de Andrade, Jorge de Sena, David Mourão-Ferreira, Manuel da Fonseca, Carlos de Oliveira o el propio Manuel Alegre). No se olvide que muchos de los "cantores de abril" y de los músicos acompañantes pasaron años en el exilio, y ante todo en Francia, en donde con frecuencia se hicieron eco de lo que significaron los hechos de mayo de 1968. Muchos fueron, por otra parte, militantes del Partido Comunista Portugués, con el que a menudo rompieron. Algunos vivieron la guerra colonial, en tanto otros consiguieron esquivarla. Sus canciones parecieron tener, en cualquier caso, "efectos demoledores" sobre las tropas destinadas en África, por emplear la expresión utilizada por Sá Viana, a la sazón ministro de Defensa [102] . Con la policía siempre detrás, lo que estos cantantes hicieron no siempre es fácil de entender a los ojos de los integrantes de las generaciones jóvenes.

Una recopilación ilustra bien las aportaciones, en la década de 1960 y en la primera mitad de la siguiente, de los "cantores de abril": lleva por título "Abril antes de abril" e incorpora tres discos: A força das palavras , Manuel Alegre na praça da Canção y Avante, camarada . La figura prominente entre esos cantores fue, sin duda, la de José Afonso, al que acaso algo ha oscurecido la fama vinculada con una canción, "Grândola, vila morena", que se convirtió en reflejo mayor del 25 de abril. Grabaciones como Traz outro amigo também , Cantigas do maio o Venham mais cinco forman parte indeleble de la cultura popular portuguesa. Influido por los ritmos africanos, a menudo se ha sugerido que en el caso de Zeca Afonso la censura salazarista dio alas a una creación literaria singularísima que habría remitido luego de 1974. Aunque el argumento algo pueda tener de cierto, Afonso nunca perdió el talento, ingente, como músico y como letrista. Pero en modo alguno pueden olvidarse los nombres de Adriano Correia de

Oliveira (Cantar de emigração , Notícias de abril), quien del éxito fulgurante pasó, rápidamente, al ostracismo y al desencanto, de Luís Cília (Contra a ideia da violência a violência da ideia) y de José Mário Branco (Mudam-se os tempos, mudam-se as vontades y Ser solidário). La herencia de abril ha sido, por lo demás, muy sólida, como lo testimonian las grabaciones, siempre sugerentes, de Sérgio Godinho, a quien también puede considerarse uno de los "cantores de abril" (P ano-cru), de Fausto (Madrugada dos trapeiros , Por este rio acima), de Vitorino (Alentejanas e amorosas) o, más recientemente, de João Afonso (Missangas). Creo firmemente que e l lector no perderá el tiempo en familiarizarse con la obra de cantantes como los que acabo de mencionar.

El fútbol portugués

1. En el fútbol se dan cita muchas dimensiones interesantes. Citemos entre ellas su condición de elemento vital, y delicado, en la articulación de identidades colectivas, las posibilidades que ofrece, en particular, en materia de presunta expresión de la identidad nacional, su empleo interesado por diferentes regímenes políticos o, en fin, su vocación de oficiar como un importante nexo poscolonial. No olvidemos al respecto de esto último que muchos de los emigrantes lusos, y muchos de los habitantes de las antiguas colonias, siguen con interés el campeonato portugués [103] .

Los principales clubes se fundaron en Portugal a principios del siglo XX: el Boavista vio la luz en 1903, el Benfica en 1904 y el Sporting de Lisboa —Sporting Clube de Portugal— y el Oporto en 1906 [104] . Si en la década de 1920 se registraron los primeros encuentros de la selección nacional de fútbol, en un escenario de progresiva masificación de este deporte, entre 1934 —año de inicio de la primera liga reglada— y 1947 se verificó un proceso franco de institucionalización de sociedades y competiciones. Bien es verdad que las reticencias del salazarismo en lo que respecta a la profesionalización del deporte, que no acertaban a ocultar la presencia de una suerte de profesionalismo encubierto, tuvieron un efecto de mitigamiento de la presumible expansión del fútbol [105] . Ese escenario tocó a su fin en 1960, cuando el deporte profesional fue legalizado; era un momento en el que se procedía, por otra parte, a construir grandes estadios. Una y otra circunstancia explicaron, en un grado u otro, los éxitos del Benfica en las competiciones europeas de aquel tiempo y los muy buenos resultados alcanzados por la selección portuguesa en el mundial de fútbol celebrado en Inglaterra en 1966, con Eusébio como estrella mayor. Luego de una década sin éxitos, la de 1970, la siguiente, pese a ofrecer el concurso de jugadores de r elieve —así, Futre, Rui Barros, Chalana…—, tampoco se tradujo en resultados demasiado halagüeños para el fútbol portugués, y ello pese al tercer puesto de la selección nacional en el campeonato europeo de 1984, el triunfo del Oporto en la Copa de Europa de clubes del año 1987 y las finales disputadas, sin éxito, por ese mismo equipo y por el Benfica. Fueron los años en los que se verificó, por otro lado, el fin de la hegemonía de los dos grandes clubes lisboetas en provecho del Oporto. Si la década inmediatamente posterior, la de 1990, fue la de la eclosión de este último club, que pasó a dominar de manera casi indisputada los campeonatos portugueses, en el primer decenio del siglo XXI la selección nacional obtuvo

buenos resultados, como lo testimonian un tercer puesto, de nuevo, en el campeonato europeo de 2000, un segundo lugar en el de 2004 —percibido como un fracaso, habida cuenta de que la competición s e desarrolló en Portugal— y un cuarto puesto en el mundial de 2006. Hablamos de años marcados por un nuevo campeonato europeo de clubes alcanzado por el Oporto, en 2004, por la presencia de jugadores como Figo y, al poco, Cristiano Ronaldo, y por el ascendiente de entrenadores como Mourinho, cuya figura rompía ostentosamente con el estereotipo del portugués humilde y educado, y otorgaba un estigma de arrogancia y triunfo a la figura tradicional del emigra nte [106] . El tercer puesto de Portugal en un nuevo campeonato europeo, el de 2012, dejó abierto el camino a una crisis del fútbol portugués, ciertamente más evidente en lo que respecta a la selección nacional que a los clubes [107] .

1. Lo común es que se afirme que el Estado novo se sirvió interesadamente del fútbol como instrumento al servicio de una estrategia de alienación de la población y de legitimación de las instituciones. Al respecto el Benfica, en singular, habría operado a la manera de equipo del régimen , al tiempo que la selección nacional habría desempeñado papeles decisivos.

Ricardo Serrado disiente, sin embargo, de esa visión de los hechos y subraya que durante mucho tiempo el Estado novo apenas se interesó por el fútbol. En la visión dominante en el salazarismo, la vela debía ser el deporte-rey portugués [108] , acaso porque encajaba sin mayores fisuras en una historia marcada por una clara dimensión marítima. Conviene recordar, por añadidura, que en la era del Estado novo el único deporte en el que Portugal parecía destacar era el hockey sobre patines, una disciplina de eco menor en el plano internacional, bien que compensado por la rivalidad luso-española [109] . Esto aparte, cabe concluir que el fútbol no era del agrado de Salazar, para quien tenía un carácter indeseablemente urbano, que contrastaba con la visión rural y tradicionalista que el régimen abrazaba, y ponía en marcha pasiones nada saludables [110] . En esas condiciones, las ventajas que podía aportar en términos de entretenimiento de masas se veían contrarrestadas por los inconvenientes que acarreaba.

Ya hemos señalado, por lo demás, que hasta 1960 el posible empleo del fútbol por el salazarismo se vio trabado por un hecho preciso: la negativa del régimen a aceptar el profesionalismo en el deporte. A todo lo anterior se sumó con frecuencia lo que cabe entender que fue una vocación autocrítica traducida en un cuestionamiento del individualismo y de la falta de tenacidad y humildad de los futbolistas portugueses, no en vano se estimaba que el deporte debía ser una escuela de virtudes y no un estímulo para la competición [111] . En términos generales, y más allá de lo anterior, sorprende lo que en algunos casos era una visible autoflagelación a veces acompañada de un respeto puntilloso por el rival. Añadamos que las virtudes y los valores que se postulaban —el brío, la combatividad, el coraje…— tenían, como no podía ser menos, un inequívoco, o equívoco, carácter masculino [112] . En la opinión de Serrado ni siquiera los éxitos vinculados con el mundial de 1966 fueron utilizados por el Estado novo , acaso, bien es cierto, con una excepción: el empleo interesado de esos éxitos en provecho de la idea de que Portugal —“del Miño a Timor, uno y corporativo”— era un país marcado

por la solidaridad racial, mensaje tanto más útil al régimen cuanto que éste debía encarar momentos difíciles en la guerra colonial [113] . Los propios éxitos del Benfica no habrían acertado a ocultar que, pese a haberse sugerido a menudo que el club era el equipo del régimen, entre sus presidentes a duras penas se contaron personas vinculadas con el salazarismo cuando, en cambio, sí despuntaron activos opositores a este último [114] . No podía decirse lo mismo, por el contrario, del Sporting —que dominó el campeonato portugués en las décadas de 1940 y 1950 [115] — y del Oporto. Siempre en la visión de Serrado, en fin, si el fútbol acabó por adquirir peso en el marco del Estado novo , ello fue así antes en virtud de un impulso propio que de resultas de políticas desplegadas por las autoridades, que en el mejor de los casos se limitaron a acompañar los triunfos de la selección y de los clubes portugueses. A todo lo dicho conviene agregar que en alguna ocasión el fútbol sirvió para hacer valer demandas opositoras. Se menciona siempre al respecto el encuentro que disputó en Lisboa en junio de 1969 la Académica de Coimbra, con una nutrida asistencia de estudiantes que protestaban por la situación en las universidades [116] . Es lícito, aun así, alimentar dudas sobre la visión defendida por Serrado: aunque se acoge, ciertamente, a argumentos sugerentes, no siempre es evidente que dé cuenta en plenitud de toda la política del Estado novo en relación con el fútbol.

1. Si damos por ciertas las opiniones de Serrado, llamativo resulta, en cualquier caso, que en la etapa posterior al 25 de abril de 1974 sí que se registrase un empleo político, conforme a las reglas del banal nationalism teorizado por Michael Billig [117] , del futbol portugués. Ahí están, para testimoniarlo, las parafernalias desplegadas al calor de la organización del campeonato europeo de selecciones en 2004 [118] o el orgullo nacional vinculado con la concesión de uno u otro galardón a Cristiano Ronaldo. Hay quien al respecto ha puesto el dedo en la llaga de la búsqueda, al amparo del mundo del fútbol, de compensaciones ante la incipiente pérdida de identidad provocada por la incorporación de Portugal a la Unión Europea. Como hay quien ha recordado el establecimiento de un nosotros indiscutido y cómodamente asentado [119] , acompañado de la confusión entre la selección portuguesa, o entre algún club preciso, y el país como un todo, y de una defensa paralela de la unidad de la nación [120] . Salta a la vista, de cualquier modo, que la expresión “el equipo de todos” tiene en Portugal un significado diferente del que le corresponde en España, en donde se vincula a menudo con el propósito de arrinconar las diferencias y oposiciones que surgen de propuestas alternativas, más o menos vinculadas con los nacionalismos contestatarios. Como quiera que estas últimas no existen, o son muy débiles, en Portugal, el empleo de la expresión en cuestión en el caso portugués remite de nuevo a los códigos propios del banal nationalism .

Por lo demás, en las últimas décadas el fútbol portugués ha experimentado cambios similares a los registrados en el español. Se ha convertido, por lo pronto, en un gigantesco, y a menudo ruinoso, negocio, de la mano de la presencia masiva de empresarios en la dirección de los clubes. En paralelo parece haber desaparecido, del lado de los futbolistas, toda suerte de adhesión emocional a sus equipos (el “amor a la camiseta”) [121] . Tal vez por

ello, y a manera de compensación, se ha extendido el fenómeno de los grupos ultras, que en el caso de Portugal han mostrado, ciertamente, una menor propensión que en otros lugares en lo que se refiere a las actividades violentas [122] . El fútbol ha oficiado, por otra parte, como atalaya desde la cual es relativamente fácil el tránsito a la vida política. Los nexos entre ésta y aquél no son, claro, nuevos. Bastará con recordar que Américo Tomás, presidente de la república entre 1958 y 1974, fue también presidente de Os Belenenses entre 1944 y 1945 [123] . En Portugal ha sido relativamente frecuente, por añadidura, que jugadores importantes apoyasen a opciones de izquierda [124] , fenómeno más bien desconocido en España, en donde sí que se ha hecho valer, en cambio, el respaldo de determinados futbolistas a formaciones nacionalistas.

Agreguemos que, luego de decenios de predominio de la radio —un medio que conserva, por cierto, vigor— y de consolidación de la prensa deportiva [125] , a partir de la década de 1970 se produjo el asentamiento de la televisión, confirmado, un par de decenios después, por la irrupción de los canales privados [126] , en un marco de general hipermediatización del fútbol [127] . Si antes la televisión dependía en alguna medida de éste, a partir de la década de 1990 son los clubes los que han pasado a depender económicamente de las televisiones, en un escenario marcado por fenómenos bien conocidos en España: extensión de las sociedades anónimas deportivas, disputas por los ingresos, endeudamiento progresivo, irregularidades frecuentes…

1. Desde siempre se han impuesto en Portugal tres grandes clubes: Benfica, Oporto y Sporting de Lisboa. Pareciera como si también aquí se apreciasen por igual una suerte de macrocefalia en provecho de las dos grandes ciudades y las secuelas de la inexistencia de otras ciudades de tamaño notable. Recuérdese que en el momento en que estas líneas se escriben, a finales de 2014, 33 campeonatos de liga habían acabado en manos del Benfica, 30 en las del Oporto y 22 en las del Sporting de Lisboa. Sólo Os Belenenses, en 1946, y Boavista, en 2001 —de nuevo un equipo lisboeta y otro portuense—, rompieron la lista de triunfos de los tres grandes, que son, además, los únicos equipos que han militado siempre en la primera división. Recuérdese que el abanico de triunfos ha sido, en cambio, más amplio en España: si asumimos, también aquí, la existencia de tres grandes —Real Madrid, Barcelona y Atlético de Madrid—, nada menos que 19 ligas han ido a parar a otros clubes (Athletic de Bilbao, Betis, Deportivo, Real Sociedad, Sevilla y Valencia). Es verdad, con todo, que, en lo que al título de copa se refiere, el abanico se amplía algo más en Portugal: mientras el Benfica ha ganado 27 copas, el Oporto 23 y el Sporting 20, a la lista en este caso se asoman el Boavista, con cinco campeonatos, Os Belenenses y Vitória de Setúbal, con tres, la Académica de Coimbra, con dos, y Beira Mar, Estrela Amadora, Leixões, Sporting de Braga y Vitória de Guimarães, con uno. Casi todos los clubes que han estado en primera división lo son, por lo demás, de localidades de la franja litoral del país, con cierta supremacía, por añadidura, del área geográfica cercana a la ciudad de Oporto.

Si se trata de enunciar algunos rasgos del panorama definido por la rotunda primacía de los tres grandes equipos mencionados, la convención sugiere que el Benfica es un club de carácter popular, el Sporting tiene un carácter más elitista y el Oporto constituye ante todo la representación de un poder regional. Parece cierto, con todo, que las categorías que identifican los clubes de fútbol con unos u otros estratos sociales han ido reculando, de tal forma que las afirmaciones rotundas al respecto, que pudieron tener algún sentido en el pasado, se han difuminando. Lo anterior no significa que las descripciones relativas a los vínculos sociales originarios de los equipos hayan perdido todo su sentido. El Benfica es, por otra parte, uno de los clubes del mundo con mayor número de socios, y a los ojos de muchos se presentaría como el equipo portugués por antonomasia. Ya hemos apuntado que ha sido a menudo identificado, con razón o sin ella, con el Estado novo , un poco a la manera de lo que ocurrió en España con el Real Madrid durante el franquismo. En este escenario el Oporto sería, en cambio, la modernidad democrática, una especie de Barcelona portugués, y, como ya hemos señalado, habría experimentado un visible auge, como el equipo catalán, en las últimas décadas en detrimento de sus rivales lisboetas.

Recordemos que aunque el Benfica fue fundado por personas de clase media y media baja, la percepción más común sugiere que el club se vincula, en la figura de sus partidarios, con una notable diversidad social [128] , y ello pese a conservar en un grado u otro la impronta de su origen. Ya en la década de 1930 el diario Os Sports saludaba al Benfica como “el club en el que el pueblo se agita codo con codo con la burguesía […] el Benfica popularísimo, club del corazón portugués” [129] . Según un estudio de 1992 el Benfica disfrutaba del apoyo de un 40,4 por ciento de los aficionados portugueses, seguido de lejos por el Sporting —un 20,3 por ciento— y por el Oporto —un 19,2 por ciento—, con apoyos mucho menores para los siguientes equipos que aparecían en la lista: la Académica de Coimbra levantaba el respaldo de un 2,3 por ciento de los portugueses, en tanto a Os Belenenses correspondía un escueto 1,6 por ciento [130] . El Benfica es el club portugués con una dimensión nacional más evidente, algo que vendría reflejado por el hecho de que suscita adhesiones emplazadas por encima del 50 por ciento de los encuestados en los distritos de Santarém, Beja, Évora, Castelo Branco, Guarda, Lisboa y Portalegre [131] . El Benfica es, por lo demás, el club más apreciado en 16 de las 19 regiones estudiadas; sólo se le escapan Oporto, Viseu y Braga [132] .

Frente a lo dicho, el Oporto, en origen una sociedad de clase media alta [133] , presenta una dimensión nacional escasa: es ante todo un equipo con adeptos que residen en la ciudad de Oporto —un 60 por ciento de los portuenses lo siguen— y en las áreas limítrofes. La vertebración del club mucho le debe al propósito de plantar cara a los equipos de Lisboa, de la mano de una reedición de las polémicas que separan a las dos grandes ciudades portuguesas. Importa subrayar, eso sí, que, mientras en Lisboa existe una co mpetición visible entre Benfica y Sporting, esa competición se presenta mucho más diluida en Oporto, en donde el equipo que toma el nombre de la ciudad apenas se ve contestado por el peso, reducido, del Boavista. Algunos de los defensores de la regionalización [134] del país parecen haberse servido de la pujanza del Oporto para apuntalar sus tesis [135] . En el imaginario que rodea al club no hay, claro, ningún proyecto de contestación de la unidad

nacional, pero sí lo hay, en cambio, de rechazo de la macrocefalia lisboeta y, en general, d e los flujos de cariz centralista [136] . A ello se ha sumado a menudo el recordatorio de que Portugal surgió en el norte del país, que de resultas revelaría de manera más fidedigna las esencias nacionales [137] .

1. El argumento se ha repetido mil veces en Portugal: la selección nacional de fútbol es —se nos dice— una adecuada metáfora de la condición, y de las carencias, del país. En ella han despuntado de siempre grandes individualidades, creativas e intuitivas, capaces de lo mejor en circunstancias excepcionales, pero entregadas al tiempo, las más de las veces, a lo peor, todo ello, por añadidura, sin trabajo colectivo y con escasas capacidades de organización, de trabajo y de sacrificio [138] . Así las cosas, la selección sería un reflejo del Portugal real, y no un instrumento psicológico para sacarlo de la miseria. Cuando esa selección pierde, es harto común, en particular, que se invoque el egoísmo de los portugueses, poco propensos a la renuncia en provecho de todos, y ello tanto en lo que se refiere a la actitud de los jugadores como en lo que respecta a la falta de colaboración de los clubes [139] .

Prestemos atención, aun así, a otra dimensión interesante: ha sido relativamente común que el fútbol portugués se vincule con la defensa de determinadas virtudes anejas al mestizaje. Aunque latinos y europeos, los portugueses serían, entonces, los “europeos menos europeos” en virtud de su proximidad histórica a África y al Atlántico, y se distinguirían con claridad —al menos esto es lo que se estimaba en el salazarismo— de los “pueblos de marcado espíritu colectivista”, descritos como disciplinados y atléticos [140] . Uno de los rasgos característicos del deportista portugués lo relacionaría, por lo demás, con otra dimensión ya mencionada: la de cómo, según una visión de los hechos, los portugueses serían capaces de acometer grandes hazañas pero se mostrarían incapaces de desarrollar racionalmente sus habilidades en momentos menos gloriosos, un poco a la manera de lo que a menudo se afirma de Portugal, un país pequeño que en ocasiones trasciende heroicamente sus limitaciones y, con ellas, el fatalismo geográfico del aislamiento [141] .

El estilo ‘nacional’: el manuelino

1. Merece la pena concebir un viaje a Portugal —donde, por cierto, los interiores de las iglesias esconden muchas sorpresas— con el único propósito de acercarse a la arquitectura manuelina. Aunque esta última se halla presente por todo el país, algunas de sus manifestaciones señeras están en Lisboa o en áreas más o menos próximas a la capital. Hablo del monasterio de los Jerónimos y de la torre de Belém, en la propia Lisboa, y, bien que con carácter parcial, habida cuen ta de que los edificios correspondientes son una mezcla de estilos diferentes, del monasterio de Batalha y del convento de Cristo en Tomar.

Por lo que parece, el término manuelino fue ideado por Francisco Adolfo Varnhaguen en 1842, en un momento en el que era frecuente se buscasen estilos arquitectónicos que, definitorios de las diferentes naciones, permitiesen expresar el Volkgeist —el “espíritu del pueblo”— de éstas. Así

las cosas, y a los ojos de muchos, el manuelino se convirtió en una especie de “estilo nacional” [142] , lo cual no fue óbice para que, durante mucho tiempo, apenas fuese objeto de estudio, como casi todo lo vinculado con Portugal. El estilo en cuestión floreció durante el reinado de D. Manuel I (1495-1521) y en los primeros años del correspondiente a su sucesor, D. João III, esto es, el momento más alto de la evolución del poder colonial portugués [143] . La decadencia se produjo con la llegada de la Contrarreforma y, al tiempo, y con el paso de las décadas, con la pérdida de la independencia de Portugal [144] . Si parece demostrable que el renacimiento se había impuesto en Coimbra allá por 1540 y que otro tanto había acontecido en Évora y en Lisboa, no puede negarse, con todo, que en otros lugares del país pervivieron, durante bastantes años, muchos de los elementos característicos del manuelino [145] .

El primer manuelino, desarrollado entre 1490 y 1506, quedaría bien reflejado en la iglesia de São Francisco de Évora y en el convento de Jesus de Setúbal. El segundo habría adquirido carta de naturaleza, en cambio, en la segunda década del XVI y tendría sus manifestaciones mayores en la iglesia, el claustro y los portales de los Jerónimos de Belém, en Lisboa. El tercero, en fin, revelaría lo que Paulo Pereira llama la “expansión ultramarina del gótico tardío” y se habría abierto camino entre 1517 y 1540 [146] ; algunas de sus concreciones más importantes serían las “iglesias con torre central”, como Nossa Senhora da Assunção de Elvas o Santa Maria Madalena de Olivenza [147] .

1. Las manifestaciones del manuelino se registraron en ámbitos varios, bien que con clara primacía de la arquitectura, de la escultura y de la talla de madera. Citemos al respecto los nombres de arquitectos como Boytac, João y Diogo de Castilho, Pero de Trillo, Francisco Danzillo, Diogo de Arruda, Nicolau Chanterene, Martim Lourenço y Mateus Fernandes, los de escultores como Diogo Pires o Moço y los de talladores como Olivier de Gand, Jean d’Ypres, el maestro Machim o João de Colónia [148] .

El manuelino fue, en cualq uier caso, una arquitectura fundamentalmente religiosa, circunstancia testimoniada bien a las claras por el hecho de que la mayoría de los edificios total o parcialmente manuelinos que han llegado hasta nosotros son iglesias. Pero no pueden olvidarse sus manifestaciones civiles y militares. Mencionemos entre las prime ras el palacio de Alvito, lo que queda de manuelino en el palacio ducal de Vila Viçosa y casas tardo-góticas como las que han resistido el paso del tiempo en la citada Alvito, Braga, Barcelos, Castelo Branco, Castelo de Vide, Évora, Freixo de Espada à Cinta, Guarda, Lamego, Óbidos, Portalegre, Se túbal, Viana do Castelo, Vila do Conde y Viseu. Y añadamos entre las segundas los castillos de Almeida, Arraiolos, Castelo Rodrigo, Sines, Torres Vedras y Viana do Alentejo. Muchas veces el propósito de las obras era embellecer la decoración de edificios religiosos y de castillos [149] construidos con anterioridad. No olvidemos al respecto que cualquier monumento vinculado con hechos o con tradiciones importantes podía ser objeto de transformaciones y arreglos arquitectónicos y decorativos [150] , las más de las veces al amparo de esfuerzos encaminados a crear espacios más o menos unificados.

Salta a la vista, por lo demás, que el manuelino obedeció a un objetivo político principal: el de difundir una imagen de D. Manuel I como “señor de los mares” y de Portugal como gran potencia, para así consolidar internamente el reino, encabezado por un rey tan absoluto como omnipresente [151] . En este orden de cosas es llamativa la percepción de Mircea Eliade, para quien el manuelino fue “una manifestación plástica de la locura y de los delirios de grandeza y borracheras de poder provocados por los descubrimientos marítimos. […] No hay nada demiúrgico, sino la embriaguez de la riqueza y de un poder recién hallados” [152] . Esto aparte, si aceptamos que el manuelino acarreó cierta “iberización” de la arquitectura portuguesa, habrá que apreciar en él la pretensión de D. Manuel I en el sentido de unificar los reinos peninsulares [153] . Mendes Atanázio ha sugerido que pareciera como si el manuelino desease alejarse del gótico florido presente en buena parte del monasterio de Batalha, tal vez porque éste era un monumento edificado para celebrar la victoria frente a los castellanos y esta última no era un buen reclamo en un momento, el inicio del siglo XVI, en el que el rey buscaba buenas relaciones con los vecinos [154] .

1. Son muchas, y muy variadas, las consideraciones relativas a lo que, en los hechos, fue el manuelino. Si Haupt ve en éste una fórmula intermedia entre el gótico y el renacimiento [155] , Pereira identifica una especie de “último gótico” desarrollado en tierras portuguesas [156] , sobre la base de una resistencia local frente al renacimiento [157] y a través de una especie de nostalgia del paraíso, anclada en una ideología macroimperial [158] . Mendes Atanázio afirma que el manuelino no fue en modo alguno un arte renacentista, aunque se manifestase al mismo tiempo que el renacimiento [159] . En este orden de conceptos, Pedro Dias sostiene que el gótico final —el manuelino— llamaba a los sentidos, en tanto el renacimiento apelaba a la razón [160] . No falta alguna voz, en suma, que identifica en el manuelino una especie de primer barroco europeo. Es el caso de Eugenio d’Ors, quien cabe entender empleó el adjetivo barroco como sinónimo de apego al naturalismo y a la exacerbación de las formas, y en modo alguno atribuyó al manuelino la condición, literal, de una especie de “protoestilo” barroco [161] .

Algunas de estas disputas nacen del hecho de que en el manuelino es fácil observar influencias muy dispares. Es, por lo pronto, el producto de una combinación de elementos estéticos, y de prácticas artísticas y artesanales, procedentes de lugares tan diversos como el norte de Europa —ante todo Flandes, Brabante y el sur de Alemania—, la península Ibérica —Galicia y Vizcaya, Castilla, el Levante y Andalucía—, el mundo árabe y tierras lejanas en África y Asia. Para Léglise-Costa constituye una mezcla de gótico tardío, elementos vinculados con la vida marítima, y con la fauna y la flora exóticas, e influencias del renacimiento italiano [162] . Josep Pla aprecia también peces, crustáceos, caracoles y motivos diversos relacionados con la navegación, el mar y los barcos [163] . Pereira habla de una acumulación de opciones procedentes de la arquitectura del siglo XV y del gótico internacional, del gótico flamígero, del arte mudéjar y morisco, de t ipologías mediterráneas y de la Europa septentrional, de for mas decorativas protorrenacentistas, como el plateresco, y de la propia iconografía heráldica manuelina [164] . Aunque Haupt acepta la influencia de determinada arquitectura de la India

[165] y recuerda la admiración que los portugueses sentían por la magnificencia y el lujo de aquel país [166] , subraya al tiempo el ascendiente, bien que a su entender menor, de formas importadas del gótico tardío morisco [167] . Hay quien ha barruntado, en suma, el ascendiente de la arquitectura y la decoración islámicas [168] .

Es un lugar común, por lo demás, la identificación del peso que sobre el manuelino ejerció la decoración efímera característica de celebraciones, fiestas y recepciones, en la forma de arcos triunfales, colgaduras, colores, músicas y formas de ostentación [169] . En algunos casos se intuyen elementos rabelesianos, grotescos, en un grado u otro vinculados con la sátira, con las comedias, con las farsas y con los cortejos carnavalescos propios de la cultura popular en la edad media [170] . En la trastienda despunta el hecho de que en el manuelino tienen mayor peso las formas escultóricas y la decoración que los edificios en sí [171] . Gabriel Magalhães afirma al respecto que en la esencia de nuestro estilo está el hecho de que lo accesorio acaba por ocultar lo fundamental. “Si observamos la célebre ventana del convento de Cristo, en la ciudad de Tomar, nos fijamos de tal modo en la selva de detalles, que la rodea con una tal intensidad, que uno termina olvidándose de que aquello, en el fondo, es una ventana. Lo mismo pasa con otro ex libris del país: la célebre torre de Belém, cerca del estuario del Tajo. El peso decorativo transforma el edificio en algo parecido a la tarta principal de la fiesta de una boda y se nos olvida lo esencial: nos encontramos ante un fuerte, ante un edificio militar.” [172]

1. A la luz de lo que acabo de señalar es fácil intuir que el manuelino ha suscitado muchas polémicas. Tal y como lo sugiere Mendes Atanázio, hay quienes ven en él influencias del arte indio y quienes las niegan, quienes aprecian el eco de la arquitectura de Borgoña y de Alemania como quienes vuelven la mirada hacia la vecina España, quienes otorgan relieve singular al trabajo de arquitectos y artistas gallegos y vizcaínos como quienes le conceden un peso mayor a los portugueses [173] . Bien puede agregarse que hay quienes vinculan el manuelino con el Mediterráneo y quienes hacen otro tanto con el Atlántico, de la misma suerte que hay quienes lo relacionan estrechamente con los descubrimientos y quienes recelan de ese vínculo [174] . Aunque para la mayoría es un estilo arquitectónico, hay quien aprecia sin más un estilo meramente decorativo [175] .

Bien está que recordemos, por otra parte, que no todo el mundo acepta que las decoraciones manuelinas recojan referencias expresas a la expansión naval portuguesa. “Esas cuerdas que inflamaron la fantasía de los historiadores del arte de otros tiempos se usaban en los carros de bueyes tanto como en los barcos; las anclas que los arquitectos revivalistas del XIX repitieron en tantas fachadas no se encuentran en ninguna construcción verdaderamente manuelina; las velas no están sino en la mente de autores poco atentos a la realidad”, escribe Pedro Dias [176] . La misma tesis es defendida por Paulo Pereira, para quien la mayoría de los elementos que han sido interpretados como evocaciones marinas no eran tales, a lo que se sumaría el hecho de que, en el caso preciso de los Jerónimos de Belém, los indisputadamente marinos son agregados muy posteriores [177] .

Las polé micas alcanzan, con todo, a otras cuestiones. Hay quien ha tenido a bien recordar, por ejemplo, que no hay ninguna diferencia esencial entre los edificios que hoy vinculamos con el manuelino y los que se construían, o se reformaban, en otros lugares de Europa. Lo anterior no implica, en modo alguno, olvidar que en los años del reinado de D. Manuel I se multiplicó sensi blemente el número de las construcciones, se acrecentó la complejidad de éstas y cobró cuerpo, en materia de decoración, un exuberante naturalismo [178] . Pero sí invita a sopesar con algún recelo la afirmación de que el manuelino carece por completo de equivalentes en España. Haupt menciona al respecto los casos de los patios del colegio de San Gregorio de Valladolid y del palacio del Infantado en Guadalajara, no sin subrayar que remiten a formas efímeras que inmediatamente abrieron el camino al plateresco [179] . Pero podrían mencionarse también los nombres de San Juan de los Reyes, en Toledo, de las iglesias matrices de Aranda de Duero y Almonaster la Real, del hospital de Zafra o de la puerta de los jardines del alcázar de Sevilla [180] . Ningún motivo parece haber, aun así, para concluir que muestras como éstas influyeron en el despliegue del manuelino portugués, que llamativamente se verificó ante todo en la zona costera del centro del país, entre Lisboa y Coimbra, lejos pues de la frontera con España [181] . Jesús María Caamaño considera, pese a ello, que a ambos lados de la frontera existía una gramática ornamental común, marcada por cuerdas, bolas y cadenas, y por una genuina exaltación de los elementos naturalistas [182] . A menudo se ha señalado, en fin, la relación, difícil de negar, entre el manuelino y algunos edificios gallegos. Así lo testimoniarían, en virtud de la presencia de arquitectos, artesanos o materiales portugueses, el hospital real de Santiago de Compostela, la puerta de Santa Comba de Rianjo, Santa Maria de Pontevedra o el monasterio de Junqueira de Ambia [183] .

No es éste mal lugar para jugar ahora con el tiempo, y no con el espacio. Y es que a menudo se ha hablado de la existencia de un “neomanuelino”. Recordemos, antes que nada, qu e en virtud de la llamada “ideología del patrimonio”, el mo nasterio de los Jerónimos, en Belém, se convirtió, en el XIX, en el gran monumento patrio portugués. Acogió, así, los cuerpos de Luís de Camões, de Vasco da Gama, de Alexandre Herculano y, más tarde, en 1985, de Fernando Pessoa. No es casual, por lo demás, que fuese delante del monasterio en donde se instalase, en 1940, la Exposição do Mundo Português promovida por el régimen de Salazar [184] . Más allá de estas consideraciones, y en un terreno más material, el neomanuelino ha tenido manifestaciones materiales tan sonoras como el gran hotel de Buçaco, la quinta de la Regaleira en Sintra o la estación del Rossio en Lisboa.

1. Empecemos nuestro examen, muy somero, de algunos edificios manuelinos con la torre de Belém, una singularísima mezcla de fortaleza militar y de palacio. “Estructura que, altiva, de perfil enérgico, erguida sobre rocas en medio del río, ejecutada en trabajo perfecto de cantería, produce una impresión pintoresca y guerrera, tan única en el mundo como el monasterio para cuya defensa fue construida. Su lado más hermoso y lujoso es el del mar”, nos dice Haupt [185] . Gaziel se refiere a la condición de fortaleza medieval de la torre, al tiempo que agrega que esta última tiene una “secreta ingravidez de cosa marinera” que hubiera hecho imaginable que se desprendiese de la tierra para navegar camino de África [186] . Para Aquilino Ribeiro es un barco de

piedra que avisaba a los navegantes de que habían llegado a las costas de Europa [187] . Saramago no acierta a apreciar, por su parte, qué uso militar podría tener “esta obra de joyería, con su maravillosa barandilla que gira al Tajo, lugar de mayor excelencia para asistir a desfiles náuticos que para orientar los cañones” [188] . Hiperrealista, ornamentalmente sobrecargada y aberrantemente apegada a la heráldica, todo ello frente al clasicismo renacentista [189] , conviene recordar que la torre fue objeto de una reforma que, a mediados del XIX, le otorgó elementos de carácter festivo de los que antes carecía [190] .

La fachada sur de los Jerónimos de Belém, la que da al río, es una de las piezas más logradas del manuelino. La nave central y las laterales de la iglesia se confunden y generan un espacio unificado, con una bóveda que propicia un juego de volúmenes y de encajes simultáneos que otorga un carácter muy singular al conjunto [191] . Esa iglesia, un auténtico panteón de la memoria nacional, es portadora, por añadidura, de un complejo juego de representación del poder regio [192] . Al tiempo arranque y faro, acoge todas las conquistas góticas en la forma de lo que se ha dado en llamar una “iglesia-salón”, impactante y llena de luz [193] . Por lo que al claustro se refiere, sincrético y tardogótico, incorpora la decoración naturalista manuelina junto con elementos renacentistas [194] . Dejemos hablar a Gaziel: “La suntuosidad del enorme claustro, con dos galerías superpuestas, que no hay forma de imaginarlo poblado por ascetas y frailes, sino, antes bien, lleno de músicas y de flores, de damas enamoradas y pérfidas, de galantes almibarados, amores y crímenes, como una tragedia shakesperiana” [195] .

Por lo que al monasterio de Santa Maria da Vitória de Batalha se refiere, lo primero que hay que subrayar es que es muy anterior al manuelino. En él se dan cita elementos característicos del gótico vertical, del flamígero y del propio manuelino [196] . Las obras vinculadas con éste corrieron a cargo de arquitectos como Boytac y Mateus Fernandes. Fue Fernandes quien introdujo en el gótico tardío la decoración naturalista llevada a su máxima expresión, como la que puede apreciarse en la parte superior de los arcos del claustro y en la gran puerta de las llamadas “capillas imperfectas” (por inacabadas: la muerte de D. Manuel I provocó la cancelación de la obra). Aunque estas últimas se levantan sobre la base de una estructura flamígera de influencia centroeuropea, los arranques de las bóvedas y la orgía naturalista acompañante se cuentan entre las expresiones más logradas del manuelino [197] . Batalha fue, por lo demás, el mayor centro de formación de arquitectos y artesanos en el final de la edad media portuguesa [198] .

Aunque nuestra atención habrá de concentrarse en la iglesia y el coro alto del convento de Cristo en Tomar, el conjunto de este último, cargado de misterios, sigue suscitando un sinfín de discusiones en lo que respecta al significado del todo y de sus partes. Maria de Lurdes Craveiro lo describe como un “verdadero memorial propagandístico” [199] . Gaziel habla, por su parte, de una “inimaginable rotonda mística, llena toda ella de mágica oscuridad [...] ¿Qué es esto, arquitectura nunca vista o escenografía?”, se pregunta [200] . Para Pla, quien cita a Reinaldo dos Santos, es en Tomar donde queda mejor reflejada la época de los descubrimientos, con la obsesión por los viajes, los desembarcos y los naufragios [201] .

Hay que subrayar que, en lo que se refiere al manuelino, los beneficios de la expansión ultramarina se hicieron valer ante todo en el Portugal litoral, en la forma de mejoras que enriquecieron iglesias y viviendas, como lo testimonian los casos de Caminha, Viana do Castelo, Vila do Conde, Azurara, Setúbal, Sines, Portimão, Tavira o Loulé. En el interior del país, por el contrario, los c ambios fueron más livianos y, las catedrales aparte, se limitaron por lo común a las capillas mayores y, en alguna circunstancia, a las laterales, de algunas iglesias. Bien es cierto que en el Ribatejo, en la baja Estremadura y en el Alentejo no faltaron los ejemplos de ig lesias de nueva construcción ajustadas al gusto manuelino [202] . Agreguemos que este último se desplegó también —aca so no podía ser de otro modo— en los archipiélagos de Azores y de Madeira, en Marruecos, y en las recién descubiertas colonias africanas y asiáticas. Esta última circunstancia justifica que a menudo se haya hablado de un arte de encuentro entre estéticas europeas, por un lado, y africanas y asiáticas, por el otro [203] .

Al margen de los tres grandes recintos mencionados — Belém, Batalha, Tomar—, hay muchos recintos y edificios que, total o parcialmente manuelinos, merecen una visita. Anotemos, en una breve lista, la puerta de la iglesia de la Conceição Velha en Lisboa, la pequeña capilla en São Jerónimo en Belém, la iglesia, el coro, la sacristía y el claustro del palacio de la Pena en Sintra, el atrio de la sacristía y los arcos altos del claustro real del monasterio de Alcobaça, la bóveda de la capilla mayor de la catedral de Braga, la iglesia de Santa Maria de Marvila en Santarém, las catedrales de Funchal, Lamego y Viseu, la capilla de João Carneiro en la iglesia de São Francisco en Oporto, muchos de los elementos del monasterio de la Santa Cruz y de la iglesia de São Miguel en Coimbra, la espectacular iglesia de São Francisco y el convento de Lóios en Évora, la iglesia del monasterio del Salvador en Vilar de Frades, la de Santa Maria Madalena en Olivenza, Nossa Senhora de Elvas, la iglesia del Pópulo en Caldas da Rainha, la del convento de Nossa Senhora dos Anjos en Montemor-o-Velho, la de São Pedro en Torres Vedras, la de Nossa Senhora dos Prazeres en Aldeia Galega, la d e Nossa Senhora da Purificação en Montelavar, el convento d e Nossa Senhora da Conceição en Beja, el de Santa Clara en Vila do Conde y el de Jesus en Setúbal —“pequeña iglesia, de las más hermosas que he visto nunca. Tiene algo de aéreo y luminoso”, afirmó sobre ella Hans Christian Andersen [204] —, o las iglesias matrices de esta última localidad, Arronches, Azurara, Batalha, Freixo de Espada à Cinta, Golegã, Mértola, Moura, Ponta Delgada, Viana do Alentejo y Vila Nova de Foz Côa.

Queda por preguntarse cómo veían la arquitectura manuelina sus contemporáneos. ¿Les parecería acaso, al menos en sus versiones más historiadas, una especie de Guggenheim bilbaíno de principios del siglo XVI?

Notas

1. Claro que, puestos en éstas, tampoco está de más recordar las cuatro efes que se atribuyen a la ciudad de Guarda — fria , farta , forte y feia (fría, harta, fuerte y fea)— o las tres pes que describirían a Braga — putas , padres y paneleiros ; en este caso dejo en manos del lector la consulta del diccionario—.

Correia, 2008; Possenti, 2010; Ribeiro de Mello, 1969; Silva y Fonseca
2. Santos, 2009.

3. Claval, 2004: 18; Disney, 2009: 233.

4. Claval, 2004: 25.

5. Disney, 2009: 238.

6. Disney, 2009: 265.

7. Claval, 2004: 30.

8. Claval, 2004: 53.

9. Claval, 2004: 151. La cita final es de Buarque de Holanda.

10. Claval, 2004: 70.

11. Claval, 2004: 70.

12. Claval, 2004: 72.

13. Claval, 2004: 59.

14. Campos Matos, 2008: 74.

15. Campos Matos, 2008: 75-76.

16. Campos Matos, 2008: 79.

17. Ribeiro, 1995: 19, 37 y 47.

18. Dutra de Menezes, 2007: 21.

19. Ribeiro, 1995: 24.

20. Ribeiro, 1995: 210-211.

21. Ribeiro, 1995: 219.

22. Ribeiro, 1995: 225.

23. Ribeiro, 1995: 448.

24. Dutra de Menezes, 2007: 187.

25. Dutra de Menezes, 2007: 187.

26. Dutra de Menezes, 2007: 188.

27. Hatton, 2012 : 92.

28. Hatton, 2012 : 92.

29. Dutra de Menezes, 2007: 64.

30. Llamativo es, por cierto, que la correspondencia completa mantenida por Pessoa y Ofélia Queiroz haya visto la luz por vez primera en Brasil, de la mano de un libro, eso sí, y de nuevo, de precaria distribución en Portugal.

31. Si bien es cierto que Carmen Miranda era de origen portugués, no puede ser considerada, sin embargo, una “cantante portuguesa”.

32. http://es.wikipedia.org/wiki/Inmigraci%C3%B3n_portuguesa

33. http://es.wikipedia.org/wiki/Inmigraci%C3%B3n_portuguesa

34. Nina Clara Tiesler, en Tiesler y Domingos, 2012: 281.

35. Lucas Coelho, 2014: 49 y 162.

36. www.brasileiraspelomundo.com/portugal-crise-e-os-imigrantes-brasileiros-43123620

37. Lucas Coelho, 2014: 222.

38. Quede constancia, aun así, de que en 2009 The Guardian publicó una lista con las cincuenta mejores especialidades que podían comerse en el mundo: en el puesto 15 de esa lista se hallaban los célebres pasteles de nata, con una indicación de la confitería de Belém en la que se venden los más afamados (Cámara, 2013: 96).

39. Gaziel, 1960: 201-202.

40. Cit. en Saramago, 2004: 164.

41. Esteves Cardoso, 2008.

42. Beckford, 1983.

43. Saramago, 2004: 140.

44. Hatton, 2012: 260.

45. Guimarães, 2001.

46. Hatton, 2012: 261.

47. Hatton, 2012: 261.

48. Hatton, 2012: 261.

49. Hatton, 2012: 265.

50. Saramago, 2004: 47.

51. Esteves Cardoso, 2008: 19.

52. Esteves Cardoso, 2008: 14.

Esteves Cardoso, 2013: 19.

53.

54. Esteves Cardoso, 2013: 19.

55. Luísa Costa Gomes, en Silva y Fonseca, 2009: 258.

56. Cámara, 2012: 99.

57. Saramago, 2004: 208.

58. Saramago, 2004: 220.

59. Saramago, 2004: 228.

60. Esteves Cardoso, 2008: 103. Tradiciones ancestrales como las vinculadas con los banquetes fúnebres (Guimarães, 2001: 60), propios del Alto Miño y de Trás-os-Montes, desarrollados al compás de los velatorios, son conocidas también en Galicia.

61. Sobral, 2012: 68.

62. Guimarães, 2001: 204-205.

63. Guimarães, 2001: 205.

64. Sobral, 2012: 94.

65. Saramago, 2004: 239.

66. Esteves Cardoso, 2008: 11.

67. Pini, 2013: 56; Halpern, 2004: 34; Osório, 1974: 19.

68. Hatton, 2012: 254.

69. Halpern, 2004: 35.

70. Osório, 1974: 24-25.

71. Halpern, 2004: 39.

72. Cit. en Osório, 1974: 23.

73. Osório, 1974: 51.

74. Osório, 1974: 80.

75. Hatton, 2012: 245.

76. Hatton, 2012: 247.

77. Jack, 2008: 186.

78. Unamuno, 2014: 16.

En Silva y Fonseca Santos, 2009: 266-267.

79.

80. Halpern, 2004: 28.

81. Halpern, 2004: 29.

82. Halpern, 2004: 27. Conviene subrayar que una disputa similar se despliega en España, bien que, las más de las veces, con los papeles invertidos, de tal suerte que el norte aportaría la tristeza y el sur, por el contrario, la alegría. No es éste, claro, el lugar para discutir si semejante reparto se ajusta razonablemente a la realidad.

83. Cit. en Osório, 1974: 67 y 73.

84. Osório, 1974: 78.

85. Jack, 2008: 186-187.

86. Halpern, 2004: 50.

87. Pla, 1975: 219.

88. Cit. en Halpern, 2004: 57.

89. Halpern, 2004: 59 y ss.

90. Halpern, 2004: 14.

91. Halpern, 2004: 100.

92. Halpern, 2004: 100.

93. Halpern, 2004: 117.

94. Halpern, 2004: 67.

95. Halpern, 2004: 195.

96. Halpern, 2004: 204.

97. Halpern, 2004: 159.

98. Halpern, 2004: 142.

99. Cit. en Halpern, 2004: 219.

100. Manuel Alegre, cit. en Raposo, 2014: 189.

101. Raposo, 2014: 188 y ss.

102. Cit. en Raposo, 2014: 28.

103. Sobral, 2012: 91; Nina Clara Tiesler, en Tiesler y Domingos, 2012: 284.

104. Serrado, 2012: 29.

Serrado, 2012: 35-36.

105.

106. Stephen Wagg, en Tiesler y Domingos, 2012: 319.

107. Sobre la historia del fútbol portugués contemporáneo, véase Serrado, 2010.

108. Serrado, 2012: 99.

109. Coelho, 2001: 108.

110. Serrado, 2012: 101.

111. Serrado, 2012: 141-142.

112. Coelho, 2001: 114.

113. Serrado, 2012: 147; Coelho, 2001: 111.

114. Serrado, 2012: 192-193.

115. Nuno Domingos, en Neves y Domingos, 2004: 39.

116. Nuno Domingos, en Neves y Domingos, 2004: 39.

117. Billig, 1995.

118. José Neves, en Neves y Domingos, 2004: 74.

119. José Neves, en Neves y Domingos, 2004: 39.

120. Coelho, 2001: 66 y 73.

121. João Rodrigues y José Neves, en Neves y Domingos, 2004: 220.

122. Véase Daniel Seabra, en Tiesler y Domingos, 2012: 249 y ss.

123. Rahul Kumar, en Tiesler y Domingos, 2012: 87.

124. Rahul Kumar, en Tiesler y Domingos, 2012: 90.

125. Nuno Domingos, en Neves y Domingos, 2004: 39.

126. Rahul Kumar, en Neves y Domingos, 2004: 245.

127. Rahul Kumar, en Tiesler y Domingos, 2012: 101.

128. Serrado, 2012: 185.

129. Cit. en Serrado, 2012: 187.

130. Serrado, 2012: 187-188.

131. Serrado, 2012: 188. Pareciera como si el interior del país, apenas representado en el campeonato portugués de primera división,

procurase, a manera de compensación, una adhesión masiva en provecho del equipo lisboeta.

132. Serrado, 2012: 189.

133. Serrado, 2012: 217.

134. Véase López Mira, 2002.

135. Coelho, 2001: 84.

136. Coelho, 2001: 85.

137. Coelho, 2001: 86.

138. Coelho, 2001: 140.

139. Lo suyo es certificar que argumentos del mismo cariz se manejaron durante mucho tiempo en España para dar cuenta de lo que hacía y significaba la selección de fútbol.

140. Coelho, 2001: 124.

141. Coelho, 2001: 163.

142. Pereira, 2007: 45.

143. Dias et al. , 2002: 22.

144. Mendes Atanázio, 1984: 25.

145. Dias, 2009: 18. La etapa posterior al manuelino es estudiada, desde una perspectiva muy singular, en Kubler, (s. d.).

146. Pereira, 2011: 416, 434 y 455.

147. Pereira, 2011: 461-462.

148. Pereira, 2011: 490-493.

149. Jack, 2008: 70.

150. Mendes Atanázio, 1984: 45.

151. Pereira, 2011: 471; Pereira, 2007: 16.

152. Eliade, 2001: 126.

153. Pereira, 2007: 34.

154. Mendes Atanázio, 1984: 25.

155. Haupt, 1986: XXII.

156. Pereira, 2011: 413.

157. “El manuelino asocia la arquitectura a las artes de lo efímero y a las portátiles (cestería, artes del metal y del marfil, etc.), dejándose contaminar por la semántica ornamental de éstas. Es lo característico de una sociedad que consumía objetos en términos de colección no reglada, ocasionales, sueltos, y que se expresó a través de una racionalidad alternativa, claramente anticlásica, hecha de estilizaciones inacabadas, de agregaciones de contigüidades. La arquitectura se aleja por completo de la pureza abstracta de la arquitectura ‘a la antigua’” (Pereira, 2011: 445-446).

158. Pereira, 2011: 446.

159. Mendes Atanázio, 1984: 26.

160. Dias, 2009: 9.

161. Dias, 2009: 53.

162. Léglise-Costa, 2007: 28; Disney, 2010: 260.

163. Pla, 1975: 30.

164. Pereira, 2007: 48.

165. Haupt, 1986: XXII.

166. Haupt, 1986: 16.

167. Haupt, 1986: 24.

168. Disney, 2010: 260.

169. M. C. Mendes Atanázio, en Haupt, 1986: XXII; Mendes Atanázio, 1984: 51.

170. Mendes Atanázio, 1984: 67.

171. Disney, 2010: 260.

172. Magalhães, 2012: 110.

173. Mendes Atanázio, 1984: 9.

174. Mendes Atanázio, 1984: 10.

175. Mendes Atanázio, 1984: 13.

176. Dias et al. , 2002: 24.

177. Pereira, 2007: 47.

178. Dias, 2009: 7.

179. Haupt, 1986: 18 y 21.

Dias, 2009: 49.

180.

181. Haupt, 1986: 21.

182. Cit. en Dias, 2009: 48.

183. Pereira, 2011: 463 y ss. El propio Haupt subraya cómo el manuelino del norte portugués recuerda a menudo la arquitectura característica de Galicia (Haupt, 1986: 18).

184. Pereira, 2011: 787; José Alberto Seabra Carvalho y Marta Barreira Carvalho, en Guimarães et al. , 2009: 134 y ss.

185. Haupt, 1986: 100.

186. Haupt, 1986: 76.

187. Jack, 2008: 73.

188. Saramago, 1985: 178.

189. Pereira, 2011: 454.

190. Dias et al. , 2002: 48.

191. Pereira, 2007: 73-74.

192. Pereira, 2007: 79.

193. Craveiro, 2011: 38.

194. Dias et al. , 2002: 46.

195. Gaziel, 1960: 46.

196. Dias et al. , 2002: 96.

197. Dias et al. , 2002: 97.

198. Dias, 2009: 84.

199. Craveiro, 2011: 45.

200. Gaziel, 1960: 208.

201. Pla, 1975: 204.

202. Dias et al. , 2002: 27.

203. Dias et al. , 2002: 35.

204. Andersen, 2003: 67.

Epílogo

¿Por qué nos gusta tanto Portugal?

El lector tiene derecho a preguntarse en qué estoy pensando cuando anoto que Portugal nos gusta mucho. Y lo tiene porque lo suyo es reconocer que esa atracción no la comparte todo el mundo. Aunque, y a buen seguro, hay muchas gentes que han pasado malos tragos del otro lado de la raya, no creo equivocarme, sin embargo, cuando afirmo que lo común es que, cuando el nombre de Portugal aparece en una conversación, lo normal es que se vea acompañado de algún elogio o del relato de alguna experiencia —del orden que fuere— placentera. Es verdad, aun así, que en España siguen siendo muchas las personas que prefieren esquivar el cruce de una frontera, por liviana que esta sea, que aducen graves problemas surgidos de la incomprensión idiomática y que prefieren renunciar a abandonar, entonces, el solar patrio. Difícilmente esas personas podrán sentir atracción, claro, por Portugal.

Estoy obligado a subrayar, de cualquier modo, lo que a mi entender es un hecho evidente: la minoría lusófila que ha cobrado cuerpo entre nosotros ha ido creciendo, y lo ha hecho hasta el punto de que permite alentar un horizonte esperanzador. Cada vez son más las personas que deciden estudiar portugués, los recitales de fado —y de otras músicas— menudean y no faltan las traducciones de escritores lusitanos. Si se me permite incorporar al argumento lo ocurrido con este libro —el hecho de que, venturosamente, haya agotado su primera edición—, creo que es razonable afirmar que, aunque el eco de Portugal entre nosotros sigue estando a años luz del que suscitan Francia, Inglaterra, Alemania o Estados Unidos, el panorama ha mejorado, y lo ha hecho sensiblemente. A buen seguro que en la operación correspondiente ha sumado sus activos el hecho de que los transportes y las comunicaciones, pese a no estar exentos de atrancos, son hoy sensiblemente más fluidos que lo que lo eran, sin ir más lejos, un par de décadas atrás. Baste con recordar al respecto que si durante mucho tiempo me he quejado de la dificultad, a menudo la imposibilidad, de encontrar libros portugueses en Madrid o en Barcelona —la única excepción al respecto la aportaba Galicia—, hoy en día es posible adquirir con facilidad esos libros a través de la Red.

Pero, y más allá de lo anterior, procuraré adelantar media docena de explicaciones que darían cuenta del atractivo portugués de estas horas. La primera, por la que me intereso en más de un momento en este libro, llega de la mano de una sociabilidad antigua, abierta y acogedora, que ha ido reculando, en cambio, en tantos otros escenarios. A menudo me ha asaltado la idea de que en Portugal perviven elementos de una forma de relacionarse que entre nosotros se evaporó, merced a la competitividad, a la productividad, a la búsqueda descarnada del beneficio y a la prisa, hace tres o cuatro décadas. En alguna ocasión he jugado con la idea de que esa sociabilidad algo le debe a lo que, con inefable superficialidad y frivolidad, llamamos subdesarrollo. Y mucho tiene que ver, también, con la pervivencia de una vida rural que en Portugal conserva una mayor fortaleza que en otros lugares. Nada sería, sin embargo, más desafortunado que ocultar que la sociabilidad que me ocupa se halla sometida a ataques no precisamente livianos. Al respecto el mayor es, sin duda, el de la gentrificación acelerada que están experimentado las dos grandes ciudades portuguesas, más

acelerada y visible, ciertamente, en Lisboa que en Oporto. Si alguien quiere apostar al efecto por un “acudan rápidamente a verlo porque poco va a quedar de lo que había”, me temo que no estará enunciando ningún dislate.

Estrechamente relacionada con la discusión sobre la sociabilidad hay otra que, para enmarcar esta última, subraya el vigor de una relación con el hábitat mucho más respetuosa que la que suele ser común entre nosotros. Qué frecuente es escuchar, en labios de forasteros, comentarios elogiosos sobre lo cuidadas que están, en Portugal, muchas ciudades y pueblos. No sé si, una vez más, no nos encontraremos ante los beneficios sobrevenidos al calor de ese supuesto subdesarrollo que he mencionado unas líneas más arriba. Las cosas como fueren, parece que en muchos lugares de Portugal no se han revelado con la misma fuerza que aquí los estragos de especulaciones inmobiliarias y agresiones medioambientales. Claro es que, también en este terreno, conviene huir de la ingenuidad. Hay amplias zonas del país —los alrededores de las dos grandes ciudades, determinados tramos de costa— que se han visto sometidas a la vorágine del capital y de sus intereses. Creo que no me equivoco si afirmo que las más de las veces el visitante esquiva de manera espontánea, y sagaz, esas áreas de la geografía portuguesa que tanto recuerdan a lo que ocurre en las ciudades dormitorio que rodean a Madrid y a Barcelona, o en la mayor parte del litoral español.

En ese mismo capítulo me parece que es obligado glosar la belleza, pese a las cautelas anotadas unas líneas más arriba, de las dos grandes ciudades portuguesas, o al menos de sus centros patrimoniales. Aunque he subrayado la agradable y atractiva condición de muchos espacios rurales, lo cierto es que Lisboa y Oporto siguen conservando, también, buena parte de su sabor tradicional. Tengo la impresión, por cierto, de que la segunda de esas ciudades va ganando paulatinamente terreno en el aprecio de los viajeros. No sé si al respecto la explicación mayor llega de la mano de la acelerada gentrificación , ya glosada, de la capital portuguesa, que estaría contribuyendo poderosamente a diluir sus encantos, o si hay que buscar, por el contrario, otras claves de explicación. De siempre ha habido quienes piensan que Oporto es una ciudad más natural , de tal suerte que, aunque perfilada en un escenario físico sobre el papel menos sugerente, su atractivo se mantendría con mayor fortaleza, alejada como estaría —siempre según esta percepción— de la artificial condición de Lisboa, mucho más impregnada por la huella de instituciones y funcionarios.

El círculo se cierra de la mano del recordatorio de que Portugal es, o parece ser, un país tranquilo, en el que el viajero poco más se apresta a padecer que los perjuicios, al cabo menores, provocados por la acción de los carteristas. Si lo he entendido bien, los gobernantes portugueses están singularmente empeñados en subrayar, en sus campañas de promoción del turismo, esta condición. Cierto es que hay otra dimensión de esa tranquilidad, más política y social, que suscita polémicas encendidas. Y es que hay quien ha creído ver en Portugal una anuencia excesiva de los ciudadanos de a pie en lo que respecta a los desmanes de gobernantes y empresarios. Semejante opinión tiene un asiento sólido en un escenario social caracterizado —ya me he referido a ello, bien que de paso, en el prólogo a esta segunda edición de este libro— por problemas severos y lamentables desigualdades que, ayer como hoy, no parecen preocupar, por

cierto, a la Unión Europea. En un terreno próximo, creo que no estará de más que apostille que lo que llamaré el “turismo político” tiene liviano eco en el caso portugués. Lo tuvo, sin embargo, cuatro décadas atrás, cuando, en la estela de la revolución de los claveles, con el franquismo agonizante o con los primeros coletazos de la transición eran muchos los españoles que se acercaban a Portugal con la vista puesta en disfrutar, siquiera unos días, de aquello que no tenían al alcance de la mano en sus lugares de origen. Tengo la impresión de que la condición y las políticas del gobierno portugués de estas horas n o arrastran, sin embargo, el suficiente tirón como para pro - vocar algo que huela a turismo político, y eso que por momentos me ha parecido, en un ámbito distinto, que la multitudinaria presencia de catalanes, gallegos y vascos en tierras portuguesas invitaba a concluir que alguna dimensión política —la vinculada acaso con la sospecha de que puede imaginarse una Iberia diferente de la esculpida por el cincel madrileño— operaba por detrás.

Me voy a permitir agregar que, a los ojos de muchos amigos, Portugal aporta una riqueza más: la que nace de un sugestivo escenario cultural y artístico. En el texto dedicado en esta obra al manuelino ya he llamado la atención sobre el activo de algunas singularísimas manifestaciones del arte portugués. Mis rituales visitas a la Casa Fernando Pessoa, en Lisboa, me obligan a certificar que siempre encuentro españoles en sus salas. Los encuentro también con frecuencia —supongo que se trata, ahora, de los integrantes de la minoría lusófila de la que antes hablé—, por cierto, en las librerías lisboetas o portuenses. O en las que van quedando de entre estas, toda vez que las últimas noticias invitan a concluir que algunas de las más connotadas han echado el cierre o se aprestan a hacerlo. Estoy seguro de que entre los frecuentadores de las librerías hay más de uno que busca, con buen sentido, la apertura a esos mundos de ultramar llamados Brasil, Angola, Mozambique, Goa, Timor o Macao.

Antes de que me olvide, y en fin, para no hacerme acreedor de las quejas airadas de algunos colegas, bueno será que recuerde que la gastronomía no es en modo alguno un elemento menor a la hora de calibrar por qué tantas personas sienten una atracción irrefrenable por Portugal. Y es que, como ya he tenido la oportunidad de señalar, y pese a las ínfulas de los fetichistas buscadores de estrellas Michelin, el país sigue siendo un genuino paraíso gastronómico. A tono con lo que ya he contado, y al calor de sociabilidades y hábitats respetuosos, no me resisto a añadir que el viajero bien conoce la riqueza que atesoran, y los precios que ofrecen, las tascas portuguesas. Hace un par de años, y en lo que interpreto que es una señal de los tiempos, compré sendas guías de tascas de Lisboa y Oporto. Luego de cotejar los comentarios de los autores respectivos y las realidades materiales correspondientes, llegué a la conclusión, tal vez precipitada, de que las primeras, o al menos las situadas en el centro de la capital, estaban padeciendo inexorablemente los efectos de la turistificación rampante. No me pareció, en cambio, que hubiese que decir otro tanto de las tascas portuenses.

Las cosas como fueren, en el caso improbable de que el lector haya llegado hasta aquí, a estas páginas, sin conocer Portugal, ya sabe lo que tiene que hacer. También hay playas, casinos y tiendas convencionales.

Bibliografía

Aboim, Sofia (2013): A sexualidade dos portugueses , Fundação Francisco Manuel dos Santos, Lisboa.

Adão da Fonseca, Luís (dir.) (2014): Entre Portugal e a Galiza (sécs. XI a XVII) , Um olhar peninsular sobre uma região histórica , Fronteira do Caos, Oporto.

Albuquerque, Luís de (1983): Ciência e experiência nos descobrimentos portugueses , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Alcántara, Adriano (2005): Camilo Castelo Branco , Planeta DeAgostini, Lisboa.

Alonso Estravís, Isaac (1987): Estudos filológicos galegoportugueses , Alhena, Madrid.

Álvarez Cáccamo, Celso (1990): The Institutionalization of Galician (tesis doctoral), University of California, Berkeley.

Alves, Hélio (2007): Tempo para entender. História comparada da literatura portuguesa , Caleidoscópio, Casal de Cambra.

Andersen, Hans Christian (2003): Uma visita em Portugal em 1866 , Gailivro, Canelas.

Andrade, Anselmo de (1923): Viagem na Espanha , Coimbra Editora, Coimbra.

Andrade, Ernesto d’ y Kihm, Alain (dirs.) (1992): Actas do colóquio sobre ‘Crioulos de base lexical portuguesa’ , Colibri, Lisboa.

Ávila, F. et al. (1975): Portugal. L’autre combat. Classes et conflits dans la société , Spartacus, París.

Azevedo Maria, Clarinda de (1997): História do galego-português. Estado linguístico da Galiza e do Noroeste de Portugal desde o século XIII ao século XVI , Fundação Calouste Gulbenkian/Junta Nacional de Investigação Científica e Tecnológica, Lisboa.

Barreiros, António José (s. d.): História da literatura portuguesa, séc. XIX-XX, Pax, s. l.

Barreto, António y Gómez, Braulio (2003): Portugal: democracia y sistema político , Siglo XXI, Madrid.

Beckford, William (1983): Excursión a Alcobaça y Batalha , Laertes, Barcelona.

Belo, Duarte (2012): Portugal. Luz e sombra. O país depois de Orlando Ribeiro , Círculo Leitores, Lisboa.

Bessa-Luís, Agustina (2007): O livro de Agustina , Guerra e Paz, Lisboa.

— (2014): Correspondência Agustina-Régio, 1955-1968 , Guimarães, Lisboa.

Besselaar, José van den (1981): António Vieira: o homem, a obra, as ideias , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

— (1987): O sebastianismo. História sumária , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Billig, Michael (1995): Banal Nationalism , Sage, Londres.

Birmingham, David (2005): Historia de Portugal , Akal, Madrid.

Birot, Pierre (s. d.): Portugal , Horizonte, Lisboa.

Bouchon, Geneviève (1998): Vasco da Gama , Terramar, Lisboa.

Bourdon, Albert Alain (2013): História de Portugal , Texto & Grafia, Lisboa.

B oxer , Charles R. (1982): A Índia portuguesa em meados do séc. XVII , Edições 70, Lisboa.

Braga, Teófilo (1986a): História da literatura portuguesa VI. O ultra-romantismo , Europa-América, Mem Martins.

— (1986b): História da literatura portuguesa VII. As modernas ideias na literatura portuguesa. A geração de 70 , Europa-América, Mem Martins.

Brass, Denis (1960): The Land and People of Portugal , Adam & Charles Black, Londres.

Bréchon, Robert (1996): Estranho estrangeiro. Uma biografia de Fernando Pessoa , Quetzal, Lisboa.

Brito e Silva, Gastão (2014): Portugal em ruínas , Fundação Francisco Manuel dos Santos, Lisboa.

Brocardo, Maria Teresa (2014): Tópicos de história da língua portuguesa , Colibri, Lisboa.

Cairo, Heriberto; Godinho, Paula y Pereiro, Xerardo (2009): Portugal e Espanha. Entre discursos de centro e práticas de fronteira , Colibri, Lisboa.

Calvet de Magalhães, José (1994): José Maria. A vida privada de um grande escritor , Bertrand, Venda Nova .

Cámara, Fortunato da (2013): Os mistérios do abade de Priscos , A Esfera dos Livros, Lisboa.

Camargo, João (2013): Que se lixe a troika! , Deriva, Oporto.

Campos Lima, João (1972): O movimiento operário em Portugal , Afrontamento, Oporto.

Camp os Matos, Sérgio (2008): Consciência histórica e nacionalismo. Portugal, séculos XIX e XX , Horizonte, Lisboa.

Carballo Calero, Ricardo (1983): Da fala e da escrita , Galiza, Ourense.

— (1990): Do galego e da Galiza , Sotelo Blanco, Santiago.

Cardeira, Esperança (2006): História do português , Caminho, Lisboa.

Caro Baroja, Julio (2004): El mito del carácter nacional , Caro Reggio, Madrid.

Carvalho, Ana M. (dir.) (2009): Português em contato , Iberoamericana/ Vervuert.

Carvalho, David de (1977): Os sindicatos operários e a república burguesa (1910-1926) , Seara Nova, Lisboa.

Castelo, Cláudia (2011): “O modo português de estar no mundo”. O luso-tropicalismo e a ideologia colonial portuguesa (1933-1961) , Afrontamento, Oporto.

Castro, Ivo (1991): Curso de história da língua portuguesa , Universidade Aberta, Lisboa.

— (2008): Introdução à história do português , Colibri, Lisboa.

Catroga, Fernando (2013): A geografia dos afectos pátrios , Almedina, Coimbra.

Catz, Rebecca (1978): A sátira social de Fernão Mendes Pinto , Prelo, Lisboa.

— (1981): Fernão Mendes Pinto. Sátira e anti-cruzada na Peregrinação , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Cesariny, Mário (dir.) (1983): Horta de literatura de cordel , Assírio & Alvim, Lisboa.

Claval, Paul (2004): La fabrication du Brésil. Une grande puissance en devenir , Belin, París.

Coelho, João Nuno (2001): Portugal, a equipa de todos nós. Nacionalismo, futebol e media , Afrontamento, Oporto.

Correia, Natália (dir.) (2008): Antologia de poesia portuguesa erótica e satírica , Antígona/Frenesi, Lisboa.

Correia, Pedro (2013): Vogais e consoantes politicamente incorrectas do acordo ortográfico , Guerra e Paz, Lisboa.

Cortés, Fernando y Rueda, Germán (2014): Portugal, diez siglos , Ediciones 19, Madrid.

Cortesão, Jaime (1975): A expansão dos portugueses no período henriquino , Horizonte, Lisboa.

— (1997): Os descobrimentos pré-colombinos dos portugueses , INCM, Lisboa.

Craveiro, Maria de Lurdes (2011): Obras primas da arte portuguesa. Arquitectura , Athena, Lisboa.

Crespo, Ángel (1987): Lisboa , Destino, Barcelona.

Cunha, Carlos (2008): O nascimento da literatura portuguesa , Nova Educação, Braga.

Dacosta, Fernando (2012): Máscaras de Salazar , Leya, Alfragide.

Dalgado, Sebastião Rodolfo (1998): Estudos sobre os crioulos indo-portugueses , Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, Lisboa.

Dias, Jorge (1971): Estudos do carácter nacional , Junta de Investigações do Ultramar, Lisboa.

— (1983): Vilarinho da Furna. Uma aldeia comunitária , INCM, Lisboa.

— (1984): Rio de Onor. Comunitarismo agro-pastoril , Presença, Lisboa.

Dias, Pedro, et al. (2002): El manuelino. El arte portugués en la época de los descubrimientos , Electa, s. l.

Dias, Pedro (2009): A arquitectura manuelina , Fubu, Lisboa.

Disney, A. R. (2009): A History of Portugal and the Portuguese Empire. Volume two. The Portuguese Empire , Cambridge University, Cambridge.

— (2010): História de Portugal e do império português. Volume I , Guerra e Paz, Lisboa.

Duffy, James (1962): Portugal in Africa , Penguin, Harmondsworth.

Dutra de Menezes, Angela (2007): O português que nos pariu , Civilização, Oporto.

Eça de Queiroz, António y Costa Santos, António (2009): Porto versus Lisboa , Guerra e Paz, Lisboa.

Eliade, Mircea (2001): Diario portugués , Kairós, Barcelona.

Espanca, Florbela (2008): Florbela Espanca. Perdidamente. Correspondência amorosa, 1920-1925 , Quasi, Vila Nova de Famalicão.

Esteves Cardoso, Miguel (2008): Em Portugal não se come mal , Assírio & Alvim, Lisboa.

— (2013): A causa das coisas , Porto, Oporto.

Fernandes, José Manuel (2003): Português suave. Arquitecturas do Estado novo , IPPA, Lisboa.

Fernandes Costa, Manuel (1979): As navegações atlânticas no séc. XV , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Fernández Clemente, Eloy (1997): Portugal en los años veinte, los orígenes del Estado Novo , Universidad de Valladolid, Valladolid.

Fernández, José Carlos (2012): Florbela Espanca , Nova Acrópole, s. l.

Ferreiro, Manuel (1995-1997): Gramática histórica galega (dos tomos), Laiovento, Ames.

Ferreiro, Manuel y Pereiro, Carlos Paulo M. (1996): Cantigas de escarnho e de maldizer. Antoloxía , A Nosa Terra, Vigo.

Fe rro, António (2007): Entrevistas a Salazar , Parceria A. M. Pereira, Lisboa.

Ferro, Gaetano (1989): As navegações portuguesas no Atlântico e no Índico , Teorema, Lisboa.

Fialho de Almeida, José Valentim (2001): Galiza, 1905 , O Independente Global, s. l.

Fidalgo, Vanessa (2013): 101 lugares para ter medo em Portugal , A Esfera dos Livros, Lisboa.

Figueiredo, Antonio de (1975): Portugal: Fifty Years of Dictatorship , Penguin, Harmondsworth.

Flores das Seixas, José Ramom (dir.) (2014): Quês e porquês do reintegracionismo , Através, s. l.

Fonseca, Carlos da (1973a): A origem da 1ª Internacional em Lisboa , Estampa, Lisboa.

— (1973b) : Introduction à l’histoire du mouvement libertaire au Portugal , CIRA, Lausana.

— (s. d.): História do movimento operário e das ideias socialistas em Portugal. I-Cronologia , Europa-América, s. l.

França, José-Augusto (2005): Lisboa: urbanismo e arquitectura , Horizonte, Lisboa.

Freches, Claude-Henri (1970) : La littérature portugaise , PUF, París.

Freire, João (1992): Anarquistas e operários. Ideologia, ofício e práticas sociais: o anarquismo e o operariado em Portugal, 1900-1940 , Afrontamento, Oporto .

Freire Costa, Leonor; Lains, Pedro y Münch Miranda, Susana (2011): História económica de Portugal (1143-2010) , A Esfera dos Livros, Lisboa.

Freitas, Paula y Gonçalves, Maria de Jesus (1987): Painéis de S. Vicente de Fora. Uma questão inútil? , INCM, Lisboa.

Freixeiro Mato, Xosé Ramón (2006): Lingua, nación e identidade , Laiovento, Ames.

Garcez Ventura, Margarida (2007): A definição das fronteiras, 1096/1297 , Quidnovi, Matosinhos/Lisboa.

Garrido, Carlos (2011): Léxico galego. Degradaçom e degeneraçom , Da Galiza, Sant Cugat.

Gaziel (1960): Portugal enfora , Selecta, Barcelona.

Gil, José (2009): Em busca da identidade , Relógio d'Água, Lisboa.

— (2012): Portugal hoje. O medo de existir , Relógio d'Água, Lisboa.

Gil Hernández, António (1996): Silêncio ergueito , Do Castro, Sada.

— (dir.) (2005): Temas de linguística política , Associação de Amizade Galiza-Portugal, A Corunha.

— (dir.) (2009): Galiza: língua e sociedade (XIV ensaios) , Academia Galega da Língua Portuguesa, Santiago.

Gómez, Braulio y Palacios, Diego (2006): Una historia política de Portugal: el difícil camino hacia la democracia , Siglo XXI, Madrid.

Gonçalves, Gabriel (s. d.): O falar do Minho , Edición del autor, Oliveira de Azeméis.

González Hernández, Juan Carlos (1999): Portugal (1974-1998) , Centro de Investigaciones Sociológicas/Universidad de Salamanca, Madrid/Salamanca.

Gu imarães, Fernando et al. (2009): Em torno da história da arte , Fubu, Lisboa .

Guimarães, Manuel (2001): À mesa com a história , Colares, Sintra.

Halpern, Manuel (2004): O futuro da saudade. O novo fado e os novos fadistas , Dom Quixote, Lisboa.

Hatton, Barry (2012): Os portugueses , Clube do Autor, Lisboa.

Haupt, Albrecht (1986): A arquitectura do renascimento em Portugal , Presença, Lisboa.

Hermano Saraiva, José (1978): História concisa de Portugal , Europa-América, Lisboa.

Herrero Valeiro, Mário (2011): Guerra de grafias, conflito de elites , Através, s. l.

Hogg, Garry (1954): Portuguese Journey , Museum, Londres.

Hooper, Kirsty y Puga Moruxa, Manuel (dirs.) (2011): Galician Cultural Studies. Between the Local and the Global , The Modern Language Association of America.

Huggett, Frank E. (1960): South of Lisbon. Winter Travels in Southern Portugal . Victor Gollancz, Londres.

Jack, Malcolm (2008): Breve história de Lisboa, cidade do mar , Alétheia, Lisboa.

Kubler, George (s. d.): Portuguese Plain Architecture , Westleyam University, Middletown.

Lancastre e Tavora, Luiz (2010): Dicionário das famílias portuguesas , Quetzal, Lisboa.

Lanciani, Giulia (1979): Os relatos de naufrágios na literatura portuguesa dos séc. XVI e XVII , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Lanciani, Giulia y Tavani, Giuseppe (1998): A cantiga de escarnho e maldizer , Colibri, Lisboa.

Léglise-Costa, Pierre (2007): Le Portugal , Le Cavalier Bleu, París.

Leite de Vasconcelos, J. (1987): Esquisse d’une dialectologie portugaise , Instituto Nacional de Investigação Científica, Lisboa.

Lindley Cintra, Luís F. (1983): Estudos de dialectologia portuguesa , Sá da Costa, Lisboa.

Livermore , H. V. (1977): A New History of Portugal , Cambridge University, Cambridge.

Llamazares , Julio (2002): Trás-os-Montes , Punto de Lectura, Madrid.

Lochery, Neill (2011): Lisbon. War in the Shadows of the City of the Light, 1939-1945 , PublicAffairs, Nueva York.

Loff, Manuel (2008): “O nosso século é fascista!” O mundo visto por Salazar e Franco (1936-1945) , Campo das Letras, Oporto.

Lopes, Oscar et al. (1997): A planície e o abismo , Vega, Lisboa.

López Mira, Álvaro Xosé (2002): Portugal: rexionalización imposible , Universidade de Vigo, Vigo.

Louçã, António (2005): Portugal visto pelos nazis. Documentos, 1933-1945 , Fim de Século, s. l.

Loude, Jean-Yves (2003): Lisbonne: dans la ville noire , Actes Sud, Arles.

Lourenço, Eduardo (2013): O labirinto da saudade , Gradiva, Lisboa.

Lucas Coelho, Alexandra (2014): Vai Brasil , Tinta da China, Lisboa.

Machado, Álvaro Manuel (1983): O mito do oriente na literatura portuguesa , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Magalhães, Gabriel (2012): Los secretos de Portugal. Peninsularidad e iberismo , RBA, Barcelona.

Magán, Fernando et al. (1996): Lírica profana galego-portuguesa (dos tomos), Centro Ramón Piñeiro para a Investigación en Humanidades, Santiago.

Ma riño Paz, Ramón (1998): Historia da lingua galega , Sotelo Blanco, Santiago.

Martín Marcos, David (dir.) (2013): Monarquías encontradas. Estudios sobre Portugal y España en los siglos XVII y XVIII , Sílex, Madrid.

— (2014): Península de recelos: Portugal y España, 1668-1715 , Marcial Pons, Madrid.

Martínez, Carlos y Martínez, José Antonio (dirs.) (2014): España y Portugal en el mundo (1581-1668) , Polifemo, Madrid.

Martins Afonso, A. (1979): Breve história de Portugal , Porto, Oporto.

Martins, Ana Maria A. (2001): O essencial sobre Antero de Quental , INCM, Lisboa.

Mascato Rey, Rosario (2012): Valle-Inclán lusófilo: documentos (1900-1936) , Axac, Lugo.

Mattoso, José (1985): Identificação de um país. Ensaio sobre as origens de Portugal (1096-1325) (dos tomos), Estampa, Lisboa.

— (1986): A formação da nacionalidade , INCM, Lisboa.

— (dir.) (1993): História de Portugal (ocho tomos), Estampa, Lisboa.

— (2003): A identidade nacional , Gradiva, Lisboa.

Mat toso, José; Daveau, Suzanne y Belo, Duarte (2011): Portugal. O sabo r da terra. Um retrato histórico e geográfico por regiões , Círculo Leitores, Lisboa.

Mayone Dias, Eduardo (1989): Falares emigreses. Uma abordagem ao seu estudo , ICLP, Lisboa.

Medeiros, António (2006): Dois lados de um rio. Nacionalismo e etnografias na Galiza e em Portugal , ICS, Lisboa.

Medeiros, Carlos Alberto (1978): Portugal. Esboço breve de geografia humana , Prelo, Lisboa.

Medina, João (1993): História de Portugal (quince tomos), Ediclube, Lisboa.

Mendes Atanázio, M. C. (1984): A arte do manuelino , Presença, Lisboa.

Mendes de Sousa, Carlos (dir.) (2009): Dar mundo ao coração. Estudos sobre Miguel Torga , Texto, Alfragide.

Michaëlis de Vasconcelos, Carolina (1996): A saudade portuguesa , Guimarães, Lisboa.

Moreno Cabrera, Juan Carlos (2009): La dignidad e igualdad de las lenguas , Alianza, Madrid.

Neves, José y Domingos, Nuno (dirs.) (2004): A época do futebol. O jogo visto pelas ciências sociais , Assírio & Alvim, Lisboa.

Nieves, Arturo de y Taibo, Carlos (dirs.) (2013): Galego, português, galego-português? , Através, s. l.

Ogrizek, Doré (1950): Le Portugal , Odé, s. l.

Oliveira Marques , A. H. de (1972): History of Portugal (dos tomos), Columbia University, Nueva York.

Osório, António (1974): A mitologia fadista , Horizonte, Lisboa.

Pacheco Pereira, José (s. d.): Questões sobre o movimento operário português e a revolução russa de 1917 , Edición del autor, Oporto.

Page, Martin (2013): A primeira aldeia global. Como Portugal mudou o mundo , Casadasletras, Alfragide.

Palma-Ferreira, João (dir.) (1980): Naufrágios, viagens, fantasias & batalhas , INCM, Lisboa.

Paradinha, Maribel (2006): As cartas de soror Mariana Alcoforado. Manipulação e identidade nacional , Caleidoscópio, Casal de Cambra.

Pardellas, Xulio (dir.) (2005): Turismo e natureza na Eurorrexión Galicia e Norte de Portugal , Universidade de Vigo, Vigo.

Pardinhas Azevedo, Elvira Manuel y Campos Monteiro Braga, Zaida Maria (1994): Itinerários literários. Viajando pela literatura portuguesa , Asa, Rio Tinto.

Pearson , M. N. (1990): Os portugueses na Índia , Teorema, Lisboa.

Pereira, Dionísio (2013): Emigrantes, exilados e perseguidos. A comunidade portuguesa na Galiza (1890-1940) , Através, s. l.

Pereira, Dulce (2006): Crioulos de base portuguesa , Caminho, Lisboa.

Pereira, Luísa y Ribeiro, Filipa M. (2009): O património genético português , Gradiva, Lisboa.

Pereira, Paulo (2007): Mosteiro dos Jerónimos , Ministério de Cultura, Lisboa.

— (2011): Arte portuguesa. História essencial , Círculo Leitores, s. l.

Peres , Damião (1992): Como nasceu Portugal , Vertente, Oporto.

Peres Gonçalves, Tiago (2014): Breve história do reintegracionismo , Através, s. l.

Pessoa, Fernando (2013): Mensagem, comentada por Miguel Real , Parsifal, Lisboa.

— (s. d.): Portugal, sebastianismo e quinto império , Europa-América, Lisboa.

Pinheiro, Magda (2011): Biografia de Lisboa , A Esfera dos Livros, Lisboa.

Pini, Lorenzo (2013): Lisbona , Odoya, Bolonia.

Pla, Josep (1975): Direcció Lisboa , Destino, Barcelona.

Possenti, Sírio (2010): Humor, língua e discurso , Contexto, São Paulo.

Prado Coelho, Jacinto do (1977): Originalidade da literatura portuguesa , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Proença, Maria Cândida ; Vidigal, Luis y Costa, Fernando (2000): Os descobrimentos no imaginário juvenil (1850-1950) , Comissão Nacional para as Comemoracões dos Descobrimentos Portugueses, Lis boa.

Quadros, António (1986): Portugal: razão e mistério , Guimarães, Lisboa.

Quental, Antero de (1987): Textos doutrinários e correspondência , Círculo Leitores, s. l.

Ramires Ferro, Túlio (1966): Tradição e modernidade em Camilo. A queda dum anjo , Parceria A. M. Pereira, Lisboa.

Raposo, Eduardo M. (2014): Cantores de abril , Colibri, Lisboa.

Raposo, Henrique (2013): História politicamente incorrecta do Portugal contemporâneo , Guerra e Paz, Lisboa.

Real, Miguel (2008): Padre António Vieira e a cultura portuguesa , Quidnovi, Lisboa.

— (2010): Introdução à cultura portuguesa , Planeta, Lisboa.

— (2012): O romance português contemporâneo, 1950-2010 , Caminho, Alfragide.

— (2014): Nova teoria do sebastianismo , Dom Quixote, Alfraxide.

Rebello, Luiz Francisco (1968): El teatro portugués , Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Reis da Silva, Sara (2002): A identidade ibérica em Miguel Torga , Principia, Cascais.

Rentes de Carvalho , J. (2010): Tempo contado. Diário , Quetzal, Lisboa.

Ribeiro, Darcy (1995): O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil , Companhia das Letras, São Paulo.

Ribeiro de Mello, Fernando (1969): Antologia do humor português , Afrodite, Lisboa.

Ribeiro, Orlando (1968): Mediterrâneo. Ambiente e tradição , Fundação Calouste Gulbenkian, Lisboa.

— (1977): Introduções geográficas à história de Portugal , INCM, Lisboa.

— (1982): Le Portugal central , Instituto Nacional de Investigação Científica, Lisboa.

— (2011): Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico , Letra Livre, Lisboa.

Rita, Annabela (2014): Luz & sombras do cânone literário , DesignGlow/ Esfera do Caos, Lisboa.

Robertson, Ian (2011): A Traveller’s History of Portugal , Armchair Traveller, Londres.

Rodrigues, Edgar (1977): Breve história do pensamento e das lutas sociais em Portugal , Assírio & Alvim, Lisboa.

Rodrigues Fagim, Valentim (2001): O galego (im)possível , Laiovento, Ames.

— (2013): Do Ñ para o NH , Através, s. l.

Rodrigues Lapa, Manuel (1942): Lições de literatura portuguesa. Época medieval , Coimbra Editora, s. d.

— (1963): Cantigas d’escarnho e de mal dizer dos cancioneiros medievais galego-portugueses , Galaxia,Vigo.

— (1979): Estudos galego-portugueses , Sá da Costa, Lisboa.

— (1997): Correspondência de Rodrigues Lapa. Selecção (1929-1985) , Minerva, Coimbra.

Rodrigues Vaz (2008): Os galegos nas letras portuguesas , Pangeia, Lisboa.

Rodríguez, Ana (2007): Orden en Portugal. La república nova de Sidónio Pais (1917-1919) , Editora Regional de Extremadura, Mérida.

Ros, Manuel (2008): La gran tentación , Styria, Barcelona.

Rosas, Fernando (2010): Lisboa revolucionária, 1908-1975 , Tinta da China, Lisboa.

Salter, Cedric (1957): A Fortnight in Portugal , Percival Marshall, Londres.

Sampaio, Francisco y Gil, Francisco (2007): Rotas polas cidades do Eixo atlántico e seus arredores , Nigratrea, Vigo.

Sanches Maragoto, Eduardo (2013): Como ser reintegracionista sem que a família saiba , Cumio, Ponte Caldelas.

Sánchez Cervelló, Josep (1997): La Revolución de los Claveles en Portugal , Arco, Madrid.

— (1998): El último imperio occidental: la descolonización portuguesa (1974-1975) , UNED, Mérida.

Santos Araújo, José David (2004): Portugal e Galiza: encantos e encontros , Laiovento, Ames.

Saraiva, António José (1971): Fernão Mendes Pinto , Europa-América, Lisboa.

— (1 979): Para a história da cultura em Portugal. Vol. II . Bertrand, Amadora.

— (1982a): A cultura em Portugal. Teoria e história. Livro I. Introdução general , Bertrand, Amadora.

— (1982b): As ideias de Eça de Queirós , Bertrand, Amadora.

— (s. d.): Breve historia de la literatura portuguesa , Istmo, Madrid.

Saramago, Alfredo (2004): Para uma história da alimentação de Lisboa e o seu termo , Assírio & Alvim, Lisboa.

Saramago, José (1985): Viagem a Portugal , Círculo Leitores/Caminho, Lisboa.

Sardica, José Miguel (2011): O século XX português , Texto, Alfragide.

Semprun, Jaime (1975): La guerra social en Portugal , Champ Livre/El Viejo Topo, La Chouette.

Sérgio, António (1977): Breve interpretação da história de Portugal, Sá da Costa, Lisboa.

— (1978): Introdução geográfico-sociológica à história de Portugal , Sá da Costa, Lisboa.

Serrado, Ricardo (2010): História do futebol português. Do 25 de abril à actualidade , Primebooks, s. l.

— (2012): O Estado novo e o futebol , Primebooks, s. l.

Serrão, Joel (1977): A emigração portuguesa , Horizonte, Lisboa.

Serrão, Joel y Oliveira Marques, A. H. de (1986-): Nova história de Portugal (diez tomos), Presença, Lisboa.

Silva, Nuno Artur y Fonseca Santos, Inês (2009): Antologia do humor português , Texto, Alfragide.

Silveira da Mota, Inácio Francisco (1994): Viaxes por Galicia , Galaxia, Vigo.

Simões do Paço, António (2006): Salazar , Planeta DeAgostini, Lisboa.

Sobral, J osé Manuel (2012): Portugal, portugueses: uma identidade nacional , Fundação Francisco Manuel dos Santos, Lisboa.

Soromenho-Marques, Viriato (2014): Portugal na queda da Europa , Círculo Leitores, Lisboa.

Sousa, Manuel Joaquim de (1976): O sindicalismo em Portugal , Afrontamento, Oporto.

Sousa Santos, Boaventura de (1990): Estado e sociedade em Portugal (1974-1988) , Afrontamento, Oporto.

— (1994): Pela mão de Alice. O social e o político na pós-modernidade , Afrontamento, Oporto.

— (2011): Portugal. Ensaio contra a autoflagelação , Almedina, Coimbra.

Souto Presedo, Elvira (1994): Socio-didáctica lingüística , Laiovento, Ames.

Subrahmanyam, Sanjay (1998): Vasco da Gama , Crítica, Barcelona.

— (2013): L’empire portugais d’Asie , Points, París.

Tamén, Miguel y Carvalhão Buescu, Helena (1999): Revisionary History of Portuguese Literature , Routledge, Nueva York.

Tavani, Giuseppe (1986): A poesía lírica galego-portuguesa , Galaxia, Vigo.

— (1988): Ensaios portugueses , INCM, Lisboa.

Tavares, Rui (2009): O pequeno livro do grande terramoto , Tinta da China, Lisboa.

Teyssier, Paul (1982a): Gil Vicente: o autor e a obra , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

— (1982b): História da língua portuguesa , Sá da Costa, Lisboa.

— (2005): A língua de Gil Vicente , INCM, Lisboa.

Tiesler, Nina Clara y Domingos, Nuno (dirs.) (2012): Futebol português. Política, género e movimento , Afrontamento, Oporto.

Torga, Miguel (1980): Portugal , Gráfica, Coimbra.

Torre, Hipólito de la (1996): El Portugal de Salazar , Arco, Madrid.

Torre, Hipólito de la y Telo, António José (2001): La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia , Editora Regional de Extremadura, Mérida.

Unamuno, Miguel de (1991): Epistolario inédito I (1894-1914) , Espasa Calpe, Madrid.

— (2014): Por tierras de Portugal y de España , Alianza, Madrid.

Valadas, Jorge (2008): A memória e o fogo. Portugal: o cenário invertido da Eurolândia , Letra Livre, Lisboa.

Valladares, Rafael (2000): Portugal y la monarquía hispánica, 1580-1668. Arco, Madrid.

Vaqueiro, Víctor (2001): Guía do norte de Portugal , Galaxia, Vigo.

Vaquinhas, Irene (dir.) (2011): História da vida privada em Portugal. A época contemporânea , Círculo Leitores, Lisboa.

Varela, Raquel (2011): A história do PCP na revolução dos cravos , Bertrand, Lisboa.

Vasques Corredoira, Fernando (2011): 101 falares com jeito , Através, s. l.

Vázquez Cuesta, Pilar (1989): A língua e a cultura portuguesas no tempo dos Filipes , Europa-América, Lisboa .

Veiga Arias, Amable (1983): Algunas calas en los orígenes del gallego , Galaxia, Vigo.

Veríssimo Serrão, Joaquim (1977-2001): História de Portugal , Verbo, Lisboa.

Vian, Cesco (1969): Storia delle letterature portoghese-brasiliana , Fratelli Fabbri, Milán.

Vicente, Ana (2001): As mulheres portuguesas vistas por viajantes estrangeiros , Gótica, Lisboa.

Vieira, Alexandre (1974): Para a história do sindicalismo em Portugal , Seara Nova, Lisboa.

Villier, Franz (1972): Portugal , Seuil, París.

VV. AA. (1970): Le Portugal , Larousse, París.

VV. AA. (1971): Portugal, Madère, Les Açores , Nagel, Ginebra.

VV. AA. (1973): Portugal. Madère. Açores , Hachette, París.

VV. AA. (1981): Fodor’s Portugal , David McKay, Nueva York.

VV. AA. (1983-1988): Guia de Portugal (ocho tomos), Fundação Calouste Gulbenkian, Lisboa.

VV. AA. (1984): Pequeña guía de la historia de la literatura portuguesa , Instituto Português do Livro, Lisboa.

VV. AA. (1989): Portugal , Anaya, Madrid.

VV. AA. (1997): Galiza-Portugal. Uma só nação , Nova Arrancada, Lisboa.

VV. AA. (1998): Lisboa. Letras de viaje , Acento, Madrid .

VV. AA. (2005): Portugal , Michelin, París.

VV. AA. (2009): Por um galego extenso e útil. Leituras da língua de além e de aquém , AGAL, Ourense.

VV. AA. (2010): Guia American Express. Norte de Portugal e Galiza , Civilização editora, Oporto.

VV. AA. (2012): Carvalho Calero atual , Através, s. l.

VV. AA. (2014): Este país é uma anedota , Arteplural, Lisboa.

Zaluar Nunes, Maria Arminda (1978): O cancioneiro popular em Portugal , Instituto da Cultura Portuguesa, Lisboa.

Zimmermann, Klaus (dir.) (1999): Lenguas criollas de base lexical española y portuguesa , Vervuert/Iberoamericana, Frankfurt/Madrid.

Table of Contents

Prólogo a la segunda edición

Prólogo A LA PRIMERA EDICIÓN

CAPÍTULO 1 ¿Por qué existe Portugal?

Los rasgos generales del país

Las diferencias internas

Lisboa-Oporto

Los cambios en el hábitat humano

¿Un país mediterráneo o un país atlántico?

Los rasgos nacionales

Los factores geográficos

Los factores étnicos

Los factores histórico-políticos

Una carta de Unamuno
CAPÍTULO 2 Sobre la historia de Portugal
La ‘reconquista’
Los ‘descubrimientos’
El imperio colonial
La decadencia
Sebastianismo y terremoto
Conservadores y liberales, monarquía y república
El ‘Estado novo’
Del 25 de abril a la Unión Europea
Una nota sobre el iberismo
Las blandas costumbres
Tres explicaciones para el inmovilismo
CAPÍTULO 3 La literatura portuguesa
Los elementos singularizadores
Un canon de la literatura portuguesa
Diez sugerencias de lectura
CAPÍTULO 4 Portugal y Galicia: a vueltas con la lengua
¿Dos lenguas distintas?
La historia
Las dificultades de la comparación
El escenario sociolingüístico gallego
La ortografía ‘oficial’ del gallego
La propuesta reintegracionista
La presencia histórica del reintegracionismo
El gallego: ¿un ‘portugués subdesarrollado’?
Una discusión poliédrica
CAPÍTULO 5 Portugales

Portugal y Brasil, Brasil y Portugal

La cocina portuguesa

El fado y otras músicas

El fútbol portugués

El estilo ‘nacional’: el manuelino

Bibliografía

EPÍLOGO ¿Por qué nos gusta tanto Portugal?